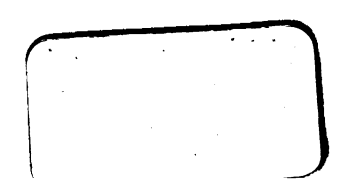


DE MADRID Á MADRID,

DANDO LA VUELTA AL MUNDO.

DE MADRID

Á

MADRID,

DANDO LA VUELTA AL MUNDO,

POR

DON ENRIQUE DUPUY DE LÔME,

SECRETARIO DE LEGACION.

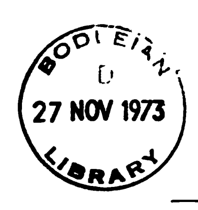


MADRID,

OFICINAS DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,

CALLE DE CARRETAS, NÚM. 12, PRINCIPAL.

MDCCCLXXVII.



Madrid, 1877.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
impresores de Cámara de S. M.
Duque de Osuna, 3.

A mi querido Padre, que con tanto interes y tanto cariño me ha seguido con el pensamiento á todas partes; á la memoria de mi buena y santa Madre, que si hubiera vivido hubiera compartido con él las penas de la ausencia y la alegría del regreso, dedico la narracion de mi viaje alrededor del mundo.

El 28 de Abril de 1873 salí de Madrid *por la Estacion de Atocha* para ir á ocupar un puesto de Secretario de Legacion en un país tan distante, que todo paso que de él se aleja, acerca al punto de partida. Despues de haber permanecido dos años en el Japon, que es el país á que hago referencia, emprendí el viaje de regreso, y sin abandonar la marcha hácia el Este, que tomé al dejar España, el 5 de Agosto de 1875 llegué á Madrid *por la Estacion del Norte*, habiendo dado la vuelta al mundo.

Con mis recuerdos y con algunas de las cartas que bondadosamente ha publicado en su ilustrado diario mi distinguido amigo el Sr. Escobar, á quien me complazco en dar público testimonio de agradecimiento, he hecho este libro, al que he puesto el título que han visto mis lectores, porque Madrid es el punto de partida y la meta de mi largo viaje.

Surcar los mares que dividen los continentes, atravesar éstos ó costearlos; estudiar las razas que los pueblan, ver las maravillas que ha realizado el genio del hombre y las maravillas que han salido de la mano del Creador, habia sido mi ilusion desde que salí de las aulas, en las que sólo habia aprendido que era tanto lo que me quedaba por aprender, que la vida bastaba apénas para leer el catálogo de los conocimientos que han acumulado el estudio y la experiencia de los hombres desde que es mundo el mundo. Viajando, me decia, comprenderé misterios y fenómenos que me costarán años de trabajo para estudiarlos por deduccion. Viendo los mares por donde han surcado los navegantes, comprenderé sus descubrimientos. Veré claramente el por qué del cambio de horas y la diferencia de estaciones; formaré idea de las corrientes y de los vientos, que eran, segun los antiguos, dioses enemigos de los hombres, y hoy decimos que son poderoso auxilio para su actividad. Recorriendo los países en que han vivido las razas cuyos movimientos han producido las naciones, el velo que cubre misteriosamente los orígenes de la Historia se descorrerá ante mis ojos, sobre todo despues de haber visto el fatalismo musulman, el quietismo chino y la actividad norte-americana, y de haber visto los países en que han nacido las religiones y las gen-

tes que las siguen. Tambien esperaba entender la política que no está sólo comprendida en el pedacito de tierra encerrado de Este á Oeste entre los Urales y el Atlántico, viendo la rivalidad de Rusia é Inglaterra, viendo á Italia y á Alemania pasear por todas partes sus banderas recien compradas, y viendo á España desperdiciar las condiciones de grandeza y poderío que Dios le ha dado.

Muchas cosas he visto, algunas he aprendido en mis viajes, pero sobre todo he traido de ellos un gran desengaño, porque veo á la vuelta que me queda por aprender más de lo que creia cuando me marché.

Sin embargo, he traido un consuelo, porque he comprendido, al ver al mundo y al ver al hombre, que en la tierra somos todos obreros, y que en la medida de nuestras fuerzas y de nuestra inteligencia debemos todos coadyuvar al progreso y al bienestar generales.

Sin ninguna pretension, y en cumplimiento de ese deber, he escrito estas páginas, que no tienen más mérito que ser la verídica relacion de lo que he visto y he pensado en países muy curiosos.

Los veloces medios de comunicacion modernos han convertido á la tierra en un caleidoscopio, en el que dan vueltas con vertiginosa rapidez figu-

ras y paisajes que, no sólo no pueden ser estudiados, sino que muchas veces no pueden ni siquiera ser vistos: sirva esto de excusa á los errores en que involuntariamente haya incurrido.

I.

DE MADRID A MARSELLA.

Marsella, 6 *de Junio de* 1873.

Al marchar al extremo Oriente, dejaba á España en circunstancias horribles. La córte de nuestros reyes era la capital *interina* de una República recien proclamada, que iba en pocos meses, con sus errores, á ver la flota en manos del extranjero; á entregar á los carlistas media España, y la otra media á la más feroz anarquía.

Difícilmente se borrará de mi memoria la tarde del 28 de Abril de 1873, en que dejé á Madrid y me separé de mi padre y de dos de mis hermanos. La separacion era penosísima, porque la ausencia iba á ser muy larga; ellos temian los peligros que pudiera arrostrar; yo sentia que iba á verme solo, y sobre todo sentia dejarlos en las circunstancias en que quedaban. Un hermano mio, que acababa de salir del colegio, tenía que batirse en esa maldita guerra que ha desgarrado á España; otro, que empezaba á estudiar, tenía vacaciones forzosas, porque las tropas del Gobierno de cuando en cuando bombardeaban á Valencia.

España estaba desgarrada por dos guerras civiles, y todos sufrian á causa de ellas; á mi padre, los republicanos le quemaban sus casas en Valencia, los carlistas atravesaban sus tierras, y el Gobierno repartia contribuciones forzosas y quintas extraordinarias.

En esa situacion salí de Madrid hácia Valencia á las ocho de la noche. ¡Qué mal consuela la Mancha al que tiene tristes pensamientos! Siempre árida, siempre igual, sin tener un punto en que la vista pueda reponerse, esa llanura melancólica y monótona que parece un alma sin sentimiento; ese paisaje frio que no deja á la mente apartarse del pensamiento constante que la embarga, es la imágen del dolor. ¡Qué noche aquélla en la que me separaba de cuanto queria y marchaba hácia lo desconocido, dejando tras mí un porvenir cargado de nubes, que poco tiempo despues desencadenaron horrible tempestad!

Al amanecer, en Almansa, el primer sol de mi viaje me mostró aquella llanura que decidió el comienzo en España del reinado de los Borbones. ¡Cuántas reflexiones nacian al buscar con la vista el monumento que conmemoraba la batalla y que en 1868 habia caido con nuestros reyes! ¡Cuántas y cuán tristes ideas hacía nacer esa falta, justamente cuando empezaba la última fase de la fatal revolucion! Despues de Almansa, por dos túneles que son como las puertas de Valencia, entré en esa provincia y pasé por Montesa, cuyo arqueológico castillo nos recuerda los gloriosos siglos de la Reconquista y los hechos de los bravos descendientes de los Templarios. Mas allá atravesé la Ribera con sus naranjales, sus bos-

ques de palmeras, las iglesias cuyos brillantes minaretes dé azulejos reflejan un sol purísimo, y vi vagar por aquellas hermosas vegas á mis ardientes paisanos, vestidos, casi como sus abuelos los moriscos, con blancos *saragüells*, pintadas mantas al hombro, y pañuelos á la cabeza, conservando en el traje el culto del recuerdo hácia la raza á quien deben su riqueza. Todo allí es hermoso, todo es alegre: el cielo, la vegetacion, los pueblos construidos en las montañas, las fortalezas levantadas por los moros.

Costas del Mediterráneo, ¡qué bellas sois en mi tierra! Si nuestra patria tuviera paz y los ferro-carriles anduviesen más deprisa, tuviesen mejores coches y más bajos precios, y en las ciudades hubiese buenas fondas, tambien vendrian los extranjeros aquí á miles, como á Italia, á respirar el templado ambiente de Málaga, á recorrer los palmerales de Elche y los naranjales de Sueca y de Játiva, y á ver á la reina de la huerta, á la ciudad de las flores, á la hermosa Valencia, que si duerme hoy dia embriagada por el azahar y los claveles, despertaria entónces para enseñarles sus hermosas mujeres, su Escuela de Pintura, sus andanas y sus fábricas de seda. Tambien vendrian los extranjeros á ver en Sagunto las ruinas de un pueblo heroico, y en Tarragona los muros ciclópeos y los monumentos de la capital de una provincia romana. Pero el estado de nuestro país no era á propósito para eso.

Al salir de Valencia tenía que viajar despacio, de dia, comer de cualquier modo en barracas de madera, porque los carlistas habian incendiado las estaciones y destruido

por vandálico placer las mejores y más costosas obras de fábrica.

En Barcelona, sobre todo, era de lamentar el estado de nuestro país al ver su ensanche y los penachos de humo de sus fábricas y el bullicio y movimiento de esa Rambla que conduce á un mar que debia estar surcado por barcos que llevasen en su popa la bandera española y en el palo mayor el gallardete de la matrícula de Barcelona.

A ver de nuevo los progresos de la ciudad me llevó el Sr. D. Manuel Durán y Bas, consecuente y buen amigo de mi padre, que me quiere como á hijo suyo y á quien quiero yo tanto como respeto.

Con él recorrí la Universidad nueva, que es tal vez el edificio de más importancia que se ha construido en España en estos últimos tiempos. Tambien ese edificio mostraba la triste situacion de España, porque en lugar de albergar estudiantes albergaba soldados, y sus claustros, convertidos en cuadras, resonaban con el ruido de los arreos de guerra en vez de resonar con el grave y acompasado andar de un maestro dirigiéndose al aula. En el vestíbulo hay cinco magníficas estatuas representando á San Isidoro, Alfonso *el Sabio*, Luis de Vives, Raimundo Lulio y Aberroes. Los representantes de la sabiduría estaban albergados en el patio de un cuartel, en una ciudad en la que se bailaba en las iglesias y en la que los soldados desobedecian y despreciaban á sus oficiales.

Con mi amigo visité el taller de los autores de dichas estatuas, los dos hermanos Valmitjana, en los que el mé-

rito iguala sólo á su amabilidad y á su modestia, y que me enseñaron las obras maestras que estaban saliendo de su cincel, y que han sido despues premiadas en várias Exposiciones.

Las pocas horas que estuve en la Ciudad Condal obsequiado por tantos amigos como allí conservo, fueron muy bien aprovechadas, y me dieron ocasion de asistir á los juegos florales que se celebraron el primero de Mayo, y que con el Sr. Durán fuí tambien á presenciar. Tenian lugar en el salon grande de la Lonja.

La Lonja de Barcelona es un edificio construido por aquellos comerciantes que dieron con los *Usatges* y el *Consulado de mar* paso inmenso en el derecho mercantil. Bajo los arcos de su salon gótico se han podido pensar las atrevidas empresas de los navegantes catalanes.

La fiesta que se celebra todos los años el primero de Mayo tiene un carácter especial: en ella se estrechan la mano los que hablan lenguas derivadas del catalan ó lemosin. En ella se reunen y recuerdan sus glorias los pueblos bañados por la parte Noroeste del Mediterráneo y que hablaban esa lengua cuando Europa estaba sumida en la barbarie y ellos solos se lanzaban al mar en busca de aventuras y cantaban sus dulces trovas al pié de los castillos feudales.

Hace pocos años ha sido resucitada la costumbre de dar un premio á la mejor poesía catalana, y á esa fecha le llaman el comienzo del renacimiento de la lengua.

Dirán muchos que es un mal se resucite un idioma que ha de dividir, cuando en España lo que es preciso es aunar voluntades: yo creo que eso es verdad; pero al

propio tiempo es imposible combatir una fiesta cuyo lema es *Patria, fides, amor*, y es imposible combatirla cuando ese lema que contiene los tres móviles de todo corazon bien nacido, la fuerza y el orígen de todo lo grande y todo lo heroico que se ha hecho en este mundo, se escribe en un país y en una circunstancia en que no hay *patria*, en que se escarnece la fe, y en là que el ódio y las malas pasiones se han sustituido al amor del prójimo y al patriotismo.

El salon donde se celebraban los juegos florales presentaba un golpe de vista deslumbrador. En España, en Mayo y con quinientas mujeres hermosas, ¡qué pronto se olvidaba la tempestad que en los ánimos rugia al exterior, viendo el tablado en el que, rodeado de los jueces y mantenedores, la reina de los juegos, con su blanca mantilla por corona, se sentaba en un trono no combatido por las revoluciones, teniendo por cetro la flor natural que le habia entregado el que habia obtenido el primer premio al elegirla, y por armas los tres emblemas de los juegos: una cruz, una lira y una guirnalda de flores! Nombres ilustres del antiguo reino de Aragon, gallardetes en que se leian los de los principales poetas, coronados cuando eran *maestros en gaya ciencia* (1), coronas de siemprevivas, recuerdo á los escritores catalanes, mallorquines ó valencianos muertos en aquel año cubrian las paredes y hacian parecer aquella reunion un oásis en medio de las pasiones desencadenadas.

---

(1) Que habian alcanzado tres primeros premios en tres distintos años.

Visité tambien con la alegría y la emocion con que se recuerdan las cosas de la niñez, el colegio de Valldemia, en donde habia pasado cinco años y donde me recibieron con cariño paternal.

De Barcelona á Marsella tardé cuarenta y siete horas, en un mal vaporcillo llamado *Andalucía*, y dí mil tumbos en ese golfo maldito que, no *Leon*, sino *Perro* debia llamarse. En la ciudad de los Phocios, vi sus calles y sus edificios públicos, la catedral, la ermita de Nuestra Señora de la Garde, el castillo de If, célebre porque la imaginacion de Alejandro Dumas ha encerrado en él al abate Faria y al Conde de Monte-Cristo. Vi los cuadros de la *consigne* (sanidad), en los que Horacio Vernet y David han pintado los horrores del cólera y la peste; vi todo lo que hay que ver, y paseé por la Cannebière, *que es lo único que le falta á París para ser un pequeño Marsella* (1).

Para mí lo más notable es el puerto, á donde llegan y de donde salen miles de barcos que traen las riquezas de Oriente y van á llevar por todo el Mediterráneo y á toda el Asia los frutos y productos de la rica é industriosa Francia.

En Marsella me he embarcado para el Japon; pero ántes de dejar á Europa quise verla reunida en el gran certámen que tenía lugar en el Prater de Viena, y hácia allí me dirigí. Mis proyectos eran bajar por el Danubio al Mar-Negro, visitar, aunque rápidamente, Hungría, los Principados semiindependientes y Turquía, para com-

(1) Eso lo dicen los marselleses.

prender, si me era posible, la lucha de intereses y de razas que se conoce con el nombre de *Cuestion de Oriente;* ver de léjos el Archipiélago griego, que ha sido al principio de los tiempos históricos centro del mundo, y visitar despues en Egipto los monumentos más antiguos que existen, viendo un pueblo por el que han pasado todas las razas que han influido en la vida de la humanidad.

El hombre propone, y... los refranes siempre tienen razon: á causa de la Exposicion y por temor al cólera habíase cerrado el Danubio, cuyas azules aguas no pude surcar, contentándome con oirlas celebrar en el inspirado vals de Juan Strauss. Tuve que contentarme, pues, con ir á Viena para regresar á Marsella á tomar el vapor, pero hice al ir y al volver un delicioso viaje por el norte de Italia. Con uno de esos billetes circulares, que son la perfeccion en el modo de viajar, y con una maleta en una mano y la Guía de Bædeker en la otra, me metí en el tren, dispuesto á disfrutar de los dias que me quedaban de Europa. Para viajar hay que imitar á los ingleses, constantes viajeros y maestros por experiencia. Nada más incómodo que ponerse en camino con esa multitud de voluminosas inutilidades con que algunos viajan. Al entrar en el coche, todo el mundo pone mala cara al que va á ocupar un local que es de todos. La dignidad personal padece horriblemente, porque es muy ridículo el espectáculo que da un infeliz que por temor de perder el tren corre cargado como un buhonero de un lado á otro y no puede meterse por las puertas, que obstruye con los bultos y fardos que por todas par-

tes le cuelgan. En los cambios llega siempre tarde, pasa sustos atroces y crueles afanes para coger el peor sitio. Para moverse debe llevarse poco ó nada de equipaje. Así hice entónces, y bien me plugo; pero desgraciadamente no siempre sigo esos saludables consejos. Teniendo que emprender á menudo viajes largos, por necesidad tengo que cargar con mucho equipaje, y al ir á pagar exceso de peso me entra avaricia y suprimo muchos bultos que me hacen pasar las desazones de que hablo arriba. Ademas, y sea dicho esto entre nosotros, tengo la manía de comprar cuantos libros puedo, y trescientas páginas impresas son á veces ligeras de ideas, pero pesan dos libras y aumentan los suplementos que hay que pagar por el equipaje.

Todo el que ha viajado un poco conoce el camino de Francia á Italia por la costa. En ese hermosísimo trayecto, el tren se desliza majestuosamente por la *cornisa* del gran edificio de los Alpes. La vegetacion es magnífica; las orillas del camino, ¡parece imposible!, están sembradas de rosas que, en todo su esplendor en el mes de Mayo, cuando yo pasaba, perfuman el ambiente mezclando su aroma con el que de los montes plantados de naranjos y olivos nos traia el viento. El camino va por el lado del mar, resbala por las montañas recorriendo todas las entradas y salidas de esa inmensa muralla que separaba á Roma de los bárbaros, que han tenido que atravesar por un prodigio de audacia Aníbal y Napoleon, y que los ingenieros hoy han perforado y allanado.

Cada promontorio que se dobla produce una nueva impresion; á la salida de cada túnel se ve un nuevo y

hermoso panorama; cada vez que se mira al mar, reflejan sus trasparentes aguas nuevos y brillantes colores.

Pasé por Niza: vi allí la *promenade des anglais*, y subí al *Mont du Chateau*, en el que me sentí triste y solo, no pudiendo hacer observar sus bellezas á quien soñando conmigo pudiera comprenderlas. Ese monte es el de los enamorados, y en la meseta de la cúspide se leen mil nombres enlazados, de personas cuyos corazones han latido á una al ver el mar á sus piés y los Alpes por horizonte.

De Niza fuí á Monaco, y vi el castillo del Príncipe que ha vendido su microscópico principado á M. Blanc, y ha puesto en su bandera blanca dos *croupiers* en vez de los dos monjes que sostenian sus armas.

He estado en Génova la soberbia, y he visto los palacios de la *Strada-nuova*, en donde vivian los Próceres, y las covachas de la *Strada Carlos Alberto*, en donde los comerciantes genoveses meditaban las arriesgadas empresas que debian enriquecerlos y humillar á sus rivales los venecianos y pisanos.

Renuncio á enumerar las grandezas, los palacios, las estatuas que tiene Génova. Sólo de una me ocuparé, de la estatua del gran genovés, de la estatua del gran marino, de la estatua de Cristóbal Colon. Cuando veo un recuerdo al descubridor de América, no puedo ménos de sonrojarme. Génova no debe á Colon más que el recuerdo de una vergüenza; el no haberle comprendido. El descubrimiento de América arruinó por completo su comercio, herido de muerte por el descubrimiento de las Indias, y sin embargo, Génova olvida que la grandeza

de Colon le quitó la vida, y sólo se acuerda de que es madre y tributa un recuerdo á su grande hijo. Nosotros en cambio, que sacamos todo el fruto del descubrimiento, no tenemos más recuerdo de Colon que las cadenas que le puso la discordia que siempre ha reinado en España.

De Génova la soberbia pasé á Milan la grande, y recorrí esa ciudad con el respeto que se merece la que ha encerrado en sus muros tantos recuerdos históricos y tiene en su nombre tantas enseñanzas. Me figuraba ver en ella á San Ambrosio, prohibiendo la entrada en el templo al emperador Theodosio, á los Reyes lombardos con la frente ceñida con la corona de hierro; recordaba las luchas de las investiduras, las guerras de güelfos y gibelinos, las guerras de España y Francia, y las luchas por la independencia y la unidad de Italia. Al recorrer esa ciudad recordando su historia, vi todo lo que puede ver en ella un viajero tan curioso como yo. La catedral, la Pinacoteca, la Galería, los Museos.

En las orillas de los lagos Mayor, de Como y Lugano, gocé viendo sonreir á la naturaleza. De allí fuí á Venecia, y en la Perla del Adriático paseé por el Gran Canal admirando las hermosas mansiones que se elevan en sus orillas, y vi el *Puente del Rialto* y la *Piazetta* y la Plaza de San Márcos, á la que yo llamo la Plaza de los Recuerdos, porque en cada una de sus piedras hay escrita una página de historia, en cada monumento un período, y en el conjunto las glorias y los desastres de Venecia. Allí está la iglesia de San Márcos con sus mosaicos que parecen cuadros; allí el palacio de los Dux con sus bellas columnatas, con sus paredes de mármol blanco y

rosa, con la escalera de los Gigantes y sus magníficos salones, donde evocaba á aquel Marqués de Bedmar que allí habia hablado con altivez y firmeza en nombre de unos reyes y de una patria que entónces no teniamos; allí está el leon alado de San Márcos y el dragon de San Teodoro y los tres mástiles en que hoy se izan las banderas de la Italia unida y en tiempo de la grandeza de la República se izaban en señal de vasallaje las banderas de Chipre, Candía y Morea.

En Venecia he visto las góndolas que semejan cisnes negros, y cuyas tétricas y poéticas formas parece que no pueden albergar más que enamorados ó conspiradores. En ellas me he deslizado por los *riis* y por los canales; de dia para ver la ciudad, de noche para soñar en las glorias de esa República, terror un dia de turcos y bereberes.

Sólo debajo del *felse* de una góndola, despues de haber estado todo un dia con los ojos deslumbrados por el brillante sol de Venecia, y la mente deslumbrada por los ricos colores de los cuadros de los pintores de la escuela veneciana, es cuando acuden los recuerdos de esa fantástica república cuya historia parece una novela; y el Dux sobre el Bucentauro, yendo á echar su anillo nupcial á las olas del Adriático; y los Plomos; y el Puente de los Suspiros; y el sanguinario Consejo de los Diez; y las galeras volviendo vencedoras de Lepanto ó trayendo los tributos de Chipre y de Candía, se presentan á la mente en bullicioso y confuso tropel, en el que resaltan los dos colores de Venecia: el oro y la sangre.

De las grandezas de la historia he pasado á las mara-

villas de la naturaleza y del arte, al atravesar el Semmering, en el que los Alpes se muestran lo que son, y en el que el hombre muestra lo que es, atreviéndose á gastar setenta millones de florines para franquear esos montes y á llevar la locomotora por donde sólo iban ántes los gamos ó anidaban las águilas.

Así llegué á Viena, á la Ciudad Imperial, que daba entónces hospitalidad al mundo entero. No voy á decir una palabra de la Exposicion Universal de 1873, ahora que es ya antigua la de Filadelfia y se prepara la de París. Lo más notable que habia en el *Prater* era el signo de la vitalidad de España. Miéntras en montes, campos y ciudades se desgarraban sus hijos, unos cuantos españoles, á cuya cabeza estaba mi respetable amigo D. José Emilio de Santos, luchaban y vencian, primero para decir al mundo «aún hay España», despues para decir á los españoles «aún teneis patria», con la victoria que consiguieron haciendo dar á una nacion, que entónces merecia, y con razon, la antipatía universal, un gran número de recompensas. Nada diré de la Exposicion: quien pretenda conocerla, quien quiera, ilustrándose, pasar agradabilísimos momentos, lea el precioso libro titulado *Del Turia al Danubio*, que sobre ella ha escrito mi paisano el Sr. Navarro Reverter.

Haber estado en Viena y no hablar del Imperio de los Hapsburgos sería faltar á los deberes de fiel narrador de mis impresiones, que me he impuesto, pues nadie querrá creer que he estado á orillas del Danubio sin pensar en los problemas que encierra el abigarrado Imperio austriaco y las dificultades á que dá lugar el estado de los

pueblos que bañan las orillas del caudaloso rio que pasa por Viena.

La época actual tiene por principal carácter el tender á la unidad, y todo lo que en el mundo se opone á esa tendencia es arrollado por la fuerza de las ideas, que en cuanto se manifiestan lógicas y justas son irresistibles.

El Imperio austriaco es el representante de las tradiciones antiguas de la política, que consistia en reunir y disgregar á los pueblos en la mesa de un Congreso, en que el vencedor dictaba las leyes sin consultar para nada la afinidad de intereses y la paridad de orígenes.

No nos ocupemos para nada de la historia antigua, y tomemos por punto de partida los tratados de 1815. Austria estaba formada de pueblos distintos que se habian reunido por las vicisitudes por que habia pasado el Sacro Romano Imperio, por la política matrimonial de los Hapsburgos, ó por los repartos y despojos de Polonia y de Venecia.

La reaccion producida en Europa por las victorias de los aliados contra el Imperio frances que representaba la revolucion, tuvo por consecuencia la Santa Alianza, y miéntras ella subsistió, el elemento germano dominó en Austria; pero en el año de 1848 el movimiento general de Europa empezó á desquiciar el Imperio. Verdad es que la política tradicional de Austria triunfó entónces, que el príncipe de Schwartzenberg humilló á los prusianos, y los revolucionarios de Francfort fueron vencidos; verdad es que los italianos fueron derrotados en Novara, y los magyares de nuevo aherrojados; el problema austriaco comenzó entónces, y entónces co-

menzó una variacion completa en el estado de Europa.

Hungría se ha separado de Austria; la unidad de Alemania y de Italia ha hecho dos potencias de primer órden de países divididos, y la razon que les dió el sér llama á formar con ellos á los países de su misma raza. El Archiducado quiere unirse á la gran patria alemana; el Tirol y el Trentino desean ir como el reino Lombardo-Veneto á unirse á Italia, que con su buen Gobierno y su buena suerte atrae, en lugar de repeler, como le sucede á nuestra pobre España, que aún no está hecha.

Tres razas principales claman el derecho de gobernar á Europa y civilizar al mundo, y las tres están agregadas, ya que no podemos decir unidas, al Imperio austriaco. Los celtas, los germanos y los eslavos. Estos últimos son los que más influencia han de ejercer en el porvenir de Austria, porque á ellos no se les ha hecho justicia todavía. La raza eslava es la última que ha venido en Europa á ejercer la influencia que legítimamente le corresponde. Colocada entre los germanos y los asiáticos, ha sido dominada y tiranizada por unos y otros, y no ha podido tener la independencia, sin la cual es imposible el desarrollo de las naciones.

No es lugar un libro de viajes para discutir el panslavismo, pero sí para indicar, al hablar del Imperio austriaco, que polacos, bohemios y eslavones, á quien se ha quitado toda vida propia, empiezan á tener aspiraciones á la libertad y á la autonomía, y quieren, despues de reconstruir su historia y su lengua, como lo están haciendo, reconstruir su nacionalidad.

No es extraño, pues, que al salir de Europa meditase sobre los móviles que la gobiernan, porque al ir á ver prácticamente en las otras partes del mundo cuál era el movimiento de la humanidad, debia llevar impreso en mí cuál era el movimiento de este continente, que, aunque es el más pequeño, es el que más puede y más pesa en el mundo.

Sin detenerme más que un dia en Trieste para ver á Miramar, el palacio del desgraciado Maximiliano, muerto por haber querido imponerse como emperador en un país que no podia sufrir extranjeros, volví á Marsella, á donde llegué el 6, y empleé todo el dia en los necesarios preparativos para el viaje. No es cosa de poco más ó ménos el prepararse para tan larga travesía. Si el tiempo nos era favorable, habiamos de estar cuarenta y cinco dias á bordo, y pasar tales calores, que para combatirlos toda precaucion habia de ser pequeña. La primera condicion para embarcarse para tanto tiempo es la de tener un sillon muy cómodo en donde dormir la siesta y leer ó departir formando corro, alumbrados por las estrellas. Yo habia tenido la suerte de ser bien aconsejado por persona de experiencia, y me eché á buscar por Marsella lo que no habia podido adquirir durante el viaje que acababa de hacer.

Es opinion que largas meditaciones me han hecho adoptar, que debe darse al cuerpo saludable ejercicio, y despues debe permanecer éste sentado solamente el tiempo en que decentemente no se pueda estar tendido; y como por convenio tácito la posicion de las posiciones, que es la horizontal, está admitida por la sociedad á bor-

do, busqué una silla que en beata posicion me tuviese cuarenta y cinco dias.

Los chinos, que en tantas cosas son maestros, han inventado y construyen unos sillones-camas deliciosos, y para los países cálidos, inapreciables. Son de bejuco primorosamente trenzado: su respaldo puede tener á voluntad la inclinacion que se le quiera dar; para los brazos tienen dos apoyos que sirven al mismo tiempo para colocar un vaso de refresco en un agujero hecho al efecto, y para colocar libros, el abanico, el pañuelo ó cuantas cosas quieran tenerse á mano: bajo de los riñones hace una ligera curva que los sostiene, y lo mismo en las corvas, y los piés se ponen juntos en un bambú que completa tan delicioso mueble, ó se separan poniéndolos en unos apoyos que hay á cada lado.

En la mañana temprano del ocho de Junio estaba mi sillon sobre cubierta: en mi camarote lo que me habian recomendado, y en la bodega mi equipaje para el Japon, adonde como *indumentaria* debe llevarse todo lo que se pueda y de la misma clase y género que en Europa, pues ni el invierno es más templado ni el verano más caluroso que el de Madrid.

Lo que tenía en el camarote para la travesía eran camisas de seda cruda, trajes de hilo, abrigo para el estómago, y un sombrero de médula de saúco, en forma de casco, para libertarme de los rayos del sol. Con eso y con la ayuda de Dios contaba hacer un feliz viaje, y así ha sido, como verá el curioso lector en los capítulos siguientes.

II.

EL HUGLY.

A bordo, 8 *de Junio de* 1873.

La hora de la marcha estaba anunciada para las diez: á las nueve me hallaba ya á bordo para instalarme cómodamente. Cuando billete en mano fuí al mayordomo para que me indicase mi camarote, me dijo que el agente de la Compañía tenía que hablar conmigo, y este señor me dió una carta de recomendacion circular para todos los agentes y capitanes de la Compañía, y me dijo que se me habia destinado un camarote para mí solo, favor muy grande, que comprenderán y apreciarán en lo que vale cuantos hayan viajado por mar.

Tamaña prueba de consideracion no se me daba á mí, sino á mi nombre, y la debia á mi cercano parentesco con el ilustre ingeniero monsieur Dupuy de Lôme, á quien tanto deben las Mensajerías.

La navegacion no podia empezar bajo mejores auspicios, así es que miraba con ménos terror los cuarenta y cinco dias que tenía que pasar á bordo, cuando en el vapor veia mi excepcional instalacion.

Es un espectáculo curiosísimo el aspecto de uno de estos barcos momentos ántes de la salida. Encajonado entre dos muelles flotantes, no se sube escalera, sino que la inmensa porta de la batería da entrada á bordo como á una casa particular; si para entrar en él necesario fuese, podria irse en coche hasta el mismo camarote. En el salon de popa se ve ir y venir á los viajeros, á los camareros blancos que los distribuyen en las que han de ser sus casas por mucho tiempo, y á los camareros chinos, que, con la seriedad y puntualidad de su raza, acuden á todas partes donde son necesarios. Sobre cubierta se toman disposiciones para la marcha; los oficiales, todos de gran uniforme, dan órdenes cumplidas inmediatamente; los pasajeros se sitúan convenientemente, segun sus gustos, colocando los sillones-camas, de que han tenido buen cuidado de proveerse.

Toca la campana; llega el momento decisivo; el vapor se escapa dejando oir un rumor de impaciencia, que es el piafar de estos caballos marinos; la maniobra avanza; el pito del contramaestre marca los movimientos por los minutos del cercano reloj de la Aduana. ¡Qué diferentes fisonomías se ven! Pocas alegres; las de los once japoneses que vienen á bordo: algunas indiferentes; las de los que nada dejamos en Marsella: muchas tristes; las que tienen cerca de sí una persona querida, las que estrechan una mano amiga, las que saben que hay un corazon en que queda su recuerdo.

¡Cuántos poemas hemos descubierto los que nos consolábamos viendo cuán general era la pena! El grumete que emprende su primer viaje, y el viejo lobo de mar; el

que va á buscar fortuna ó á encontrarla ya hecha; el que viaja para divertirse ó instruirse y el que viaja para no fastidiarse, todos tienen en el semblante diferentes impresiones; todos miden la distancia y miran con tristeza á Europa, su patria comun.

Por fin, son las diez; ya no queda á bordo ninguna persona extraña; el *Hugly* comienza á moverse; la hélice levanta montones de espuma; nos alejamos del puerto.

Al pasar por la punta de la farola, un espectáculo conmovedor nos espera: todos los amigos, todas las familias de más de cien tripulantes y de cerca de cien pasajeros, unidos á una infinidad de curiosos, están apiñados en número de más de mil en torno del faro; al pasar el barco, todos los sombreros se agitan, todas las bocas prorumpen en un adios; nosotros les contestamos, la bandera les saluda, y nos alejamos, tal vez, con la última muestra de simpatía que tendrémos en nuestro viaje.

El Mediterráneo es bellísimo visto desde el ferro-carril, al pasar por la cornisa de los Alpes ó desde el contramuelle de Valencia, en una noche de luna; pero no me gusta navegar en él; su oleaje es pequeño y raquítico, y cuando se enfada, sus tempestades, más que cóleras masculinas como las del Océano, parecen impertinencias de una vieja regañona, y como ellas es fastidioso.

Afortunadamente, el *Hugly* es un carácter entero y no hace caso de alfilerazos, ni pueden mover su mole las olitas de los golfos de Lyon y de Génova. Eso dió gran confianza á los viajeros, y siempre hace falta al principio de un viaje por mar, porque las caras se alargan y

los colores se van en cuanto comienza un barco á dar tumbos.

El aspecto del vapor en que iba á hacer la travesía me gustó mucho desde el primer momento; era el mayor de los que habia visto, con ciento veinte metros de eslora (1) y diez y seis de manga (2); el puente á popa parecia un *boulevard*, y el salon no cedia en nada al comedor de un hotel de primer órden. Sin embargo el *Hugly*, que así se llama, tomando su nombre del rio que pasa por Calcuta, se ha quedado un poco atras, y en la magnífica flota de las Mensajerías, el *Tigre*, el *Me-Kong*, el *Peiho*, el *Sindh*, y sobre todo el *Irawddy* y el *Dehjemma*, que son los mejores barcos de pasajeros que andan por los mares, le aventajan, y algunos de ellos tienen ciento treinta y seis metros de eslora. El *Hugly* tiene la fama de ser el más veloz, y esa cualidad es inapreciable para el que tiene delante de sí mes y medio de encierro.

El primer dia pasó entre recelos y desconfianza: áun los más fuertes temiamos marearnos, más aún que por la molestia del mareo, que es una verdadera enfermedad, por el ridículo que, no sé por qué, cae sobre el que no puede resistir que le zarandeen el estómago y le den olor de cocina y de aceite rancio para fortificárselo. La noche fué muy hermosa: dormí bien, y encontré al dia siguiente que muchos de mis compañeros estaban en mi mismo caso; así es que, despues de almorzar con prudencia, pero con apetito, dispusimos una visita de ins-

(1) Medida de proa á popa.
(2) Idem de babor á estribor.

peccion por el barco. El salon de popa es, como he dicho, el comedor, y está rodeado de camarotes. Estos son muy espaciosos y tienen dos literas: una paralela y otra perpendicular á la direccion del barco, de modo que no se está en un nicho con un semejante pocos palmos más arriba, como sucede en la mayor parte de los barcos. Debajo de las literas, que son de hierro y no tienen, por lo tanto, más habitante que el que ha pagado billete, cabe perfectamente una maleta, así es que puede tenerse á mano bastante ropa, hay ademas dias fijados para subir los equipajes de la bodega y tomar de ellos cuanto haga falta; un buen lavabo con dos jofainas completa el cuarto de que dispongo yo en totalidad, y está ventilado por una gran ventana, que en los dias de calma deja entrar la fresca y saludable brisa del mar. Las paredes no son macizas, sino de persianas muy juntas que mantienen una contínua corriente de aire. Todos los camarotes son iguales, ménos los últimos, que son mayores de uno y otro lado; á la derecha está la Administracion de Correos, y á la izquierda un saloncito para las señoras y el cuarto de baño de las mismas. Despues del salon viene la batería, en la cual hay tambien camarotes de primera á la derecha; á la izquierda está el *Econome*, el *Office*, el botiquin y el cuarto del doctor de á bordo y en el centro de la batería una mesa donde comen los niños. Sigue la máquina, que tiene un balcon desde donde se puede admirar la facilidad y la regularidad con que funciona. A uno y otro lado de ésta están los baños. Despues está el salon-comedor de segunda clase, con sus camarotes alrededor; á la proa no hay más que una bo-

dega para mercancías. La primera y la segunda cámara tienen unas escaleras por las que se baja á la *lingerie*, cuartos de mozo, etc.

En el puente, y empezando por la popa, se encuentra primero la distancia que hay entre el timon y el sitio ocupado por la vivienda del capitan y la escalera principal, en ese espacio están ordinariamente los pasajeros de primera y segunda clase; no se permite fumar, y allí se forman los corros, se organizan los juegos, se mata el tiempo, en fin. La cámara del capitan (comandante dicen los franceses) forma con las bandas dos anchos corredores á babor y estribor, en donde están siempre, extendiéndose á veces hasta el palo mayor, los fumadores empedernidos; al pié del *arbero maestro* se encuentra el salon-comedor de los oficiales, y, siguiendo por el órden que los voy enumerando, la cocina, los fogones de la máquina, el trinquete y un gran rellano donde están los marineros que no se hallan de cuarto.

En sentido longitudinal y sobre cubierta, entre los camarotes de tercera clase y perpendicular á la direccion del barco, las cuadras de la tripulacion donde están colgadas sus hamacas, lo cual forma el castillo de proa, á donde se sube por una escalerilla. Lo verdaderamente curioso á bordo es lo que hay entre el palo mayor y el baupres: primero, en la máquina, una coleccion de negros y negritos y de árabes de Aden, que hacen el oficio de fogoneros. Cuando no están de servicio duermen, en unas especies de parrillas, sobre el fuego ó sobre la máquina, y cantan y bailan de la manera más rara y ménos civilizada posible, acompañándose con sus instru-

mentos indígenas; segundo, los chinos, que forman el Estado Mayor del cocinero, y que rien y disfrutan cumpliendo admirablemente con su obligacion. Despues del palo trinquete, á derecha é izquierda, una coleccion de jaulas y jaulones con todo lo que sostiene la fama de la cocina de las Mensajerías á grande altura. Aquello parece el arca de Noé; gallinas, pavos, patos, ocas, pichones, conejos, cerdazos y cerditos, terneras, toros, carneros, etc., etc., esperan el sacrificio.

Es admirable el órden que en todos los servicios reina, y el número de gente empleada á bordo, que, salvo error de pluma ó suma, es:

La oficialidad, que se compone de un comandante, teniente de navío de la Armada; un segundo, *capitaine*, y cuatro tenientes, un Ingeniero, dos mecánicos de primera clase y no sé cuántos inferiores; un doctor, un practicante y un enfermero.

La parte administrativa: un Comisario y un *elève Comisaire*.

A todo eso hay que añadir dos *maîtres d' hôtel*, un regimiento de mozos, peluquero, dos doncellas. Ademas de los oficiales de pito y contramaestres, carpinteros y demas, cincuenta hombres de tripulacion y los negros y chinos, que son muy numerosos, y todo marcha con un órden y con una regularidad admirable.

El menor deseo de los pasajeros se ve cumplido al instante; la menor órden se ejecuta con una precision y una puntualidad pasmosas. El Comandante, que lo dirige todo y que tanta responsabilidad tiene, parece que no se ocupa de nada; los movimientos más complicados

se ejecutan sin una voz, sin un grito. Con un silbato se cambia de ruta, se plegan ó largan velas, sin que el pasajero se entere ni se incomode.

Ya he dicho que el comedor es muy grande: en la extremidad á popa hay un gran divan, una biblioteca con un centenar de obras interesantes, y el piano. Tiene cuatro grandes mesas en las que pueden fácilmente comer ciento cincuenta personas. Una de ellas está siempre presidida por el Comandante, y la otra por el Comisario. Yo me he colocado en el extremo de la mesa que preside el Comandante: á mi derecha está un inglés, por cuyas venas corre la sangre italiana de su padre; así es que une á la seriedad de una raza la vivacidad de la otra; va á la Isla de Mauricio como representante de una gran sociedad; á mi izquierda, un aleman que, lleno de esperanza, se dirige á Hong-Kong; enfrente un japonés, estudiante imperial de marina, y que va á entrar en la de su país. En los primeros momentos su interes en enterarse de todo, su movilidad, nos hacen creer en su inteligencia, y nos dedicamos á todo género de elucubraciones en favor de ese gran pueblo que en el extremo Oriente, dando una mano á América, tiende la otra á Europa, para dar la vuelta al mundo con la civilizacion; pronto vendrá, desgraciadamente, el desencanto; para perder las ilusiones que en los japoneses puedan fundarse, basta conocerlos un poco, y la falta de conocimiento ha hecho sólo que haya habido quien los tome por un pueblo serio. A su lado habia un señor frances, dueño de una Compañía de vapores que viaja entre Egipto y la costa de Siria, y que en Port-Said tomará

uno de los suyos; carácter alegre y expansivo, pronto nos ha puesto á todos en relacion á unos con otros. Añadamos á éstos un matrimonio español que va á Filipinas, dos holandeses que se dirigen á Batavia; una parisiense recien casada con un inglés, y que pasará el primer cuarto de la luna de miel á bordo; tres franceses que van á Saigon; tres españoles más, que son los únicos que no han cambiado *el billete de primera clase que les da el Ministro de Ultramar por uno de segunda:* tal es la composicion de la mesa en que me encuentro; en la de al lado, presidida por el Comisario, están divididos en cuatro grupos, los ingleses, los anglo-americanos, los italianos y los japoneses, y perdidos entre ellos un suizo y un colono de Mauricio con su hijo.

Como acabo de decir, la mayor parte de nuestros compatriotas, de los que habia treinta y seis á bordo, habian cambiado ó vendido por una pequeña indemnizacion el billete oficial de primera clase por uno de segunda, y se daba el escándalo de ir empleados de alta categoría mezclados con los de categoría muy inferiores extranjeros.

Verdad es que estábamos en lo más fuerte del año de desgracia de mil ochocientos setenta y tres, y la República, para premiar servicios prestados en las barricadas, mandaba á Ultramar gentes peores aún de las que gobernaban en la Península. Con honrosas y contadas excepciones, eran vergonzosas las acciones y las palabras de aquellos *señores:* la oficialidad los comparaba con lo que habian oido referir á sus compañeros de otros barcos, y decian que todos los españoles que viajaban

en aquella época eran poco más ó ménos lo mismo. Era doloroso poner en parangon dos ó tres ingleses y otros tantos franceses, que iban á ricas y prósperas colonias, con los que iban á nuestro hermoso y abandonado archipiélago filipino á representar á la madre patria, y lo era mucho más cuando se estaba impresionado por las últimas noticias que se recibian de España, viendo que crecia la marea de nuestras desgracias, que las ideas iban siendo un cáos, y la Patria estaba en la anarquía.

¡Cuántas veces hemos hablado de eso con el Comandante Asuero y con los tres ó cuatro españoles más que apartándonos de los otros nos reuniamos!

Unos veian, como yo, que era preciso volver al único régimen racional en España; otros tenian ilusion en las nuevas ideas, pero todos nos conduciamos con la educacion que habiamos recibido, y no haciamos como nuestros paisanos, que fumaban en donde estaba prohibido, gritaban en todas partes, hacian que cada dos ó tres dias fuera preciso recordarles que á bordo hay que ir decentemente vestidos, y anunciaban públicamente propósitos de lucro castigados por el Código penal y por los Mandamientos de la Ley de Dios.

El grupo que en número seguia al español era al japonés. No conociendo muy íntimamente la historia contemporánea del Imperio á donde me dirigia, no se da importancia á los señores Ito y Kido (1), embajadores

(1) A su vuelta al Japon el primero ha sido nombrado Ministro de Trabajos públicos, y el segundo Presidente del Consejo de Estado.

extraordinarios, subordinados al Sr. Iwakura (1), que han recorrido casi todas las costas de Europa; con nosotros venian acompañados de nueve personas entre Secretarios y sirvientes. Dichos personajes han ejercido decisiva influencia en su país en la última trasformacion que ha variado por completo su estado.

Cansada la oficialidad á bordo de los muchos orientales que titulándose príncipes sin serlo, van y vienen contínuamente, no hacian gran caso á los embajadores japoneses, y nosotros no nos hubiéramos ocupado casi de ellos si no se les hubiese ocurrido todas las noches empezar á hablar con voz estridente y chillona cuando todos teniamos ganas de dormir. Pasaban el tiempo jugando al aljedrez y al asalto, á su manera, sin molestar á nadie.

No pudiendo hablar con los japoneses por no saber aún una palabra de su lengua, hice amistad y trabé conversacion con los italianos, que casi todos habian estado várias veces en el Japon para ir á buscar simiente de gusanos de seda. Todos ellos eran entusiastas del país á donde me dirigia, y no tenian más que elogios para él, aunque se quejaban, como hacen siempre los comerciantes, de que sus negocios no iban del todo bien. Desde que la enfermedad del *Bombix Mori* ha puesto en peligro la riqueza del Mediodía de Francia y de la Lombardía, la atencion de esos países se ha dirigido preferentemente á combatirla, y cuando se han convencido

(1) Nombrado primer Ministro á su vuelta á su país.



de su impotencia para ello, han procurado buscar en tierras lejanas simientes nuevas. Durante algun tiempo han estado tanteando, hasta que se han fijado en el Japon; pero ántes ha habido exploradores que han recorrido Persia, China, los Principados Danubianos, Asia Menor y hasta Corea en busca de simientes sanas. En esos experimentos los italianos han aventajado siempre á los franceses, y entre los que venian con nosotros habia los señores Palavicino y de Cristoforis, que representaban á la Sociedad Agraria de Milan y que tenian créditos hasta un millon de francos, el Sr. Ferreri, cuyo padre estaba en Persia y cuyo hermano recorria los Balcanes, un señor cuyo nombre no recuerdo y que era uno de los *mil* de Marsala, que habia llevado cajas con simiente como experimento de Pekin á Milan por tierra, y otros que tenian órden de sus comitentes de llevarlas por los Estados-Unidos para ensayar esa vía.

La simple enumeracion de esos grupitos que componian el *pasaje*, hace comprender que, no habiendo más que dos ó tres señoras, y habiendo en cambio tantas nacionalidades, era imposible que reinase á bordo animacion necesaria para hacer comedias, organizar bailes y grandes conciertos, como sucede muchas veces en otros barcos.

Nuestro Comandante, el teniente de navío de la marina de guerra señor V.**, excelente marino, hombre muy fino y muy cortés, pasaba el tiempo dibujando ó en sus devociones, y no excitaba y embullaba á sus pasajeros como hacen muchos. Eso no quiere decir que se estuviese mal: el buen humor no ha faltado nunca, y la

mayor parte de los viajeros habian surcado tantos mares y recorrido tantas tierras, que la narracion de sus aventuras nos tenía siempre á los que no habiamos salido de Europa pendientes de sus labios.

Sin peripecia de ninguna clase pasaron los dias 8 y 9 de Junio: unas veces seguiamos las costas de Italia, otras las abandonábamos y navegábamos por alta mar. A la una de la madrugada del diez llegamos á Nápoles.

Nadie podia dormir en aquella hermosa bahía, frente á aquella hermosa ciudad ilusion de los poetas, ensueño de los artistas.

El mar tranquilo y plácido, surcado por multitud de lanchas pescadoras, cuyo farol les hacía parecer luciérnagas que dejaban al resbalarse por las aguas un surco de plata y fuego; la ciudad, sumida en el silencio del sueño interrumpido sólo de cuando en cuando por la veloz carrera de algun *corricolo;* en el puerto, el *qui va lá* y el *alerta* de los centinelas de los barcos de guerra aumentaban nuestra ansiedad por desembarcar, aumentando, si cabe, los pensamientos poéticos que Nápoles despierta.

¡Qué hermoso es visto desde el mar, cuando á esa infinidad de luces que cubren toda ciudad de noche señalando donde hay almas que piensan, aman y lloran, suceden el sol espléndido de Junio! ¡Qué hermoso se ve al Vesubio con su penacho de humo! ¡Qué poéticos son todos los pueblecitos cantados por Virgilio!

A las cuatro saltamos en tierra saludados por la alegre diana de los barcos y de los cuarteles, y recorrimos la Chiaja y la gruta de Pausilipio, admiramos las

estatuas de la Villa-Reale y dimos un paseo por la famosa calle de Toledo, á la que hoy han tenido la puerilidad de dar el nombre de « Roma. » Siempre los revolucionarios son los mismos, pero en Italia se ven al lado de un monumento á la unidad italiana, los reyes y los santos erigidos por los antiguos soberanos: el arte ante todo. No sucede como en un pueblo que todos conocemos. Decir que la visita á Nápoles ha sido agradable, sería faltar á lo exacto. Nápoles me ha producido el efecto de una gota de agua á un sediento; estar en Nápoles y no subir al Vesubio; estar en Nápoles y no ver sus museos; estar en Nápoles y no ir á las ruinas de Herculano y Pompeya, es el suplicio de Tántalo.

A las nueve estábamos de vuelta á bordo, y vimos durante una hora desfilar delante de nuestra vista, coral, camafeos de lava, guantes de á peseta el par, copias de los mejores maestros, que los japoneses compraban con avidez y que dirán con el *sans façon* que les caracteriza, que son los modelos del arte europeo.

A las diez de la mañana levamos ancla, y todo el dia dimos un paseo delicioso, porque el mar, terso y tranquilo, se veia apénas rizado por la brisa, y la costa se desarrollaba á nuestra vista con su infinidad de pintorecos pueblecitos y de elegantes villas. La puesta del sol fué magnífica, y la noche se vió de cuando en cuando alumbrada por los rojizos resplandores de la erupcion del Stromboli. En la madrugada pasamos entre Scila y Caríbdis sin caer en ninguno de ellos, y al despertarnos vimos á lo léjos la costa de Calabria y la magnífica y majestuosa forma del Etna, que al perderse en lontananza entre las

nubes nos hizo perder de vista la última tierra de Europa. En la mañana del 11 cambió el tiempo: el mar, balanceando nuestro barco y haciéndole dar contínuas cabezadas, que es el movimiento peor para los estómagos terrestres, hizo muchas víctimas del mareo.

Yo he sido una de ellas, por haberme acobardado: falto de experiencia, al sentirme un poco malo al despertar, en lugar de tomar alimento y de ir á dar un paseo sobre cubierta, me he quedado en la cama y he pasado un dia horrible, y lo mismo la mañana del 12, y sabe Dios hasta cuando hubiera durado, si el sonido de la guitarra y las sentimentales canciones patrias no me hubiesen hecho salir de mi letargo: era el dia del Córpus, y los españoles celebraban la gran fiesta.

Por fin se serenó el tiempo y volvieron los pasajeros otra vez sobre cubierta. El 14, dia señalado para llegar á Port-Said, desde la mañana el aire abrasador del Africa reemplazó al frio que hemos tenido desde la salida de Marsella. Todos sacamos y endosamos los trajes que á prevencion traiamos para pasar la zona tórrida, y salieron á relucir esos espantosos cascos indios que todos habiamos comprado, y que son, no á prueba de bala, sino del sol más ardiente.

Miéntras esperábamos con natural impaciencia el momento de la llegada, se organizó una lotería muy curiosa, que se saca del modo siguiente: Se escriben los números 1 al 60 y se reparten entre los que quieren pagar el precio convenido, y el que tiene el número del minuto del reloj de á bordo en que pone el piloto la mano en la escala, aquel gana.

Por fin se presentó á nuestros ojos la desolada costa de Africa; nuestros anteojos se clavan en ella: poco á poco descubrimos palmeras, camellos, árabes y arena. ¡ Oriente !

Son las cuatro: el calor es inmenso; ya llegamos; se cumplen las formalidades de costumbre; estábamos en otra parte del mundo.

III.

EL CANAL DE SUEZ.

En el canal, 15 *de Junio de* 1873.

Al atracar al muelle de Port-Said, los cañones de un buque de guerra egipcio que teniamos á estribor atronaban los aires para celebrar la puesta del sol del viérnes, dia santo para los musulmanes. Saludados por esa salva saltamos en tierra. Fácil será figurarse la emocion que experimenté; no era por hallarme en un arenal rodeado de multitud de chiquillos que se empeñaban en que cabalgase en diminuto asno, ni por ver unas cuantas casas á la europea y una plaza en la que trabajosamente crecian unos cuantos árboles, sino por pisar el Egipto, la madre del mundo, la tierra de los Faraones, de los persas, de los romanos, de los árabes, de los turcos y de los mamelucos. Por hallarme en la tierra por donde habian pasado todas las razas y en la que habian luchado todos los pueblos. Es imposible hollar la arena de Egipto sin pensar en sus reyes y en sus sacerdotes, sin evocar á José y á Moisés, y con ellos al pueblo judío; sin evocar á la vírgen María y á los ermitaños de la Tebaida,

y con ellos al pueblo cristiano; sin pensar en Amrú y en Saladino, y con ellos en los árabes; sin soñar con Cleopatra, la reina cortesana, y con los tres más grandes capitanes que han existido: Alejandro, César y Napoleon, que no han creidó que conquistarian jamas el mundo si no poseian un país que por el Nilo es dueño del Africa y por el Mediterráneo y el Mar Rojo puede ser dueño de Europa y Asia. En Port-Said estaba en Egipto, y en él debia pensar; pero estaba tambien en el canal de Suez, el proyecto más atrevido, la obra más grande de nuestra época, y al ver en la plaza de Lesseps árboles, tiendas, fuentes y fondas, debia pensar que pocos años ántes no habia allí más que una playa arenisca y pantanosa, en la que no crecia nada, y en la que los hombres morian de la fiebre sin poder apagar la sed porque no habia agua potable.

El genio y la constancia de Lesseps le han dado fuerzas para fundar la ciudad, buscar y traer aguas, y construir un puerto para el que era preciso hacer hasta las piedras. En 1867, en la Exposicion de París, uno de los pabellones más visitados era el del canal de Suez; en él entré muchas veces para estudiar los planos de los canales y proyectos de canales antiguos, y el plano de las obras en construccion; recuerdo haber visto y haber admirado los esfuerzos que era preciso hacer para dar al canal digna entrada por el Mediterráneo. Con esos pensamientos habia que mirar á esa ciudad de ayer y no con los de algunos de mis compañeros que la criticaban porque no respondia á la idea que se habian formado de una ciudad de Oriente que debia tener brillantes mina-

retes, ricos bazares y vistosa muchedumbre para merecer sus alabanzas, sin pensar que si ese puerto no estuviera hecho, en vez de atracar en él, hubiéramos tenido que ir á Alejandría y atravesar el abrasador desierto en ferro-carril, y el *Hugly* hubiera tenido desde Port-Said que doblar el cabo de las Tormentas y recorrer tres mil leguas para llegar á Suez á donde se va ahora en veinticuatro horas.

Port-Said no es la ciudad en donde viven de mala manera unos cuantos griegos y árabes; no es sólo un depósito de carbon para las escalas de la India; es el principio de ese grande canal que mañana vamos á atravesar, deciamos los que pensábamos en la importancia de esa obra á los que, no queriendo pensar, preferian reir de todo.

Al dar despues de puesto el sol la vuelta al buque, tumbéme sobre cubierta, y á la escasa luz del farolillo de popa púseme á leer la *Novela del Egipto*.

En los dias de la apertura del Canal habia seguido en *La Epoca* las admirables correspondencias que todos creian habian sido escritas inspiradas por la tierra de los Faraones y por el espectáculo de las maravillas del genio y de la industria. Volví á leer esas bellas páginas cuando Castro y Serrano las publicó en un volúmen y nos dijo: «Nada hay en esta *Novela del Egipto* que sea novelesco más que el asunto; todo lo que en él hay está libado en flor de Oriente, y quise volverlas á leer en ese Oriente que tan elocuentemente habia descrito y que presentia que habia comprendido admirablemente. Adormecido por el calor, casi aletargado por el sueño, excita-

do por el aire que respiraba, entusiasmado por hallarme en un país en el que podia resumir la historia de la humanidad, recordaba la sucesion de siglos que están comprendidos entre la obra antigua, las Pirámides, y la obra moderna, la union de los mares.

Los buenos libros son nuestros mejores compañeros; ellos nos consuelan, ellos nos enseñan, ellos nos acompañan y nos distraen. Siempre que á ellos nos dirigimos, responden perfectamente; pero cuando se les consulta en circunstancias dadas, cuando se les interroga ante las cosas que describen ó en los lugares en que han acontecido los hechos que narran, entónces son completos, porque se entienden perfectamente, y el alma vive, siente y piensa con ellos.

Con la *Novela de Egipto* sentia y pensaba en la historia, en la lucha para la construccion del canal, en los triunfos del dia del éxito. Con ese bellísimo libro y con los interesantes *Études sur l' Orient et l' Egipte* de Lucien Davesies de Pontés, que tomé en la biblioteca de á bordo, ayudaba á mis recuerdos para comprender al Egipto. Estos estudios tenian un gran interes; estaban escritos en 1838 cuando Mehemet-Alí luchaba con la Puerta en los campos de batalla, y protegido por Francia luchaba con las diplomacias rusa é inglesa en los gabinetes de Europa; en ellos se presenta al gran Bajá de Egipto en los dias de su gloria, se defienden ó se excusan sus actos y se habla de sus proyectos, que despues han realizado en gran parte sus sucesores Said é Ismail.

La historia de Egipto tiene que dividirse en grandes epocas; la antigua no tiene para nosotros más interes

que el de los grandes recuerdos; una colonia etíope desciende el Nilo y funda á Tébas; una colonia tebana funda á Mémfis; se suceden dinastías; los Faraones ganan la civilizacion al mismo tiempo que el Nilo gana el Delta, y una casta de esclavos dirigida por una casta de sacerdotes tarda siglos en construir obras colosales que resisten y resistirán al tiempo.

Cambises, primer conquistador extranjero, mata el buey Apis para dominar, es decir, suprime la religion y destruye las castas que con su inflexibilidad se oponian al progreso. Alejandro lleva á la desembocadura del Nilo la falange que habia vencido á Darío y conquistado hasta el Indus, y funda la ciudad que hizo decir á Napoleon que el héroe macedonio era más grande por la fundacion de Alejandría que por todas sus victorias. Despues de los funerales del grande hombre, que fueron sangrientos, segun su prediccion, viene Ptolomeo y reina su raza desde Soter hasta Cleopatra, que lleva el cetro del Egipto del lecho de César al de Antonio, y muere por no haber podido triunfar de la frialdad de Augusto, haciéndose acariciar por un áspid ya que no ha podido hacerse acariciar por el primer emperador romano.

Egipto sigue á Roma hasta que el Imperio se divide y pasa á Oriente, y en el año diez y nueve de la Egira, Amrú, durante el califato de Omar, lo conquista y somete. Este valiente general tomó á Alejandría, despues de catorce meses de sitio, y fundó el Cairo, acompañando á su fundacion circunstancias poéticas que merecen referirse.

En el sitio en que hoy está situada la bella capital de Egipto habia el jefe árabe plantado sus reales, y en los pliegues de su tienda una paloma hizo su nido. A fin de cumplir la ley del Profeta, que prohibe derramar sangre durante el mes de Moharrem, mandó fijar sólidamente su tienda para que no se destruyese el nido, y á su vuelta fundó á Masr-Forthah, llamado hoy el viejo Cairo.

Egipto es dominado por los califas; sirve de campo de batalla á los omniadas y á los abasidas; se apoderan de él los mamelucos, que lo conservan trescientos años, y cae bajo la dominacion de Selim I, que hizo colgar en una puerta del Cairo al último sultan circasiano y dió el gobierno de Egipto á un Pachá.

Ese es el fin de la historia antigua, que no tiene más interes que el de los grandes recuerdos. La historia moderna de Egipto comienza el dia en que el hijo del oficial de policía de Cavala deja la tienda de tabaco en donde vegetaba y va como voluntario á combatir con Napoleon al pié de las Pirámides, y puede terminar el diez y siete de Noviembre de 1869, en el que su nieto pasa del Mediterráneo al Mar Rojo escoltado por reyes y príncipes y acompañado por las aclamaciones del mundo entero. Esta época es la más interesante para nosotros, porque en ella se plantea el gravísimo problema de la cuestion de Oriente, y en él se realiza la obra más grande en la moderna industria.

La cuestion de Oriente es el problema político de más importancia que se ha presentado en Europa desde que en 1815 se firmó en Viena la paz general. Todas las

cuestiones han tenido solucion; Italia se ha unido, Alemania se ha formado, Austria ha bajado, Rusia ha subido, Francia ha cambiado sus sistemas de Gobierno, y España sus sistemas de desgobierno (1); sólo la cuestion de Oriente sigue en Europa tan entera como cuando se planteó por primera vez (2).

Para la cuestion de Oriente no hay más que una solucion, y es la que sintetiza Castro y Serrano en una sola frase: *Europa para los europeos.* La doctrina de Monroe, aplicada al continente más civilizado y más digno de gobernarse á sí mismo, no puede parecer á nadie extraña, y como dice muy bien mi querido amigo, los turcos se irán donde haga más calor, y se irán pronto; pero en este siglo, acostumbrados á llevar el cuerpo en ferro-carril y el pensamiento en telégrafo eléctrico, queremos que los acontecimientos vayan tan de prisa como nuestros deseos. Bastante correrán, y estamos de ello seguros, los que consideramos la cuestion de Oriente filosóficamente y no bajo el aspecto de los intereses del momento presente, no pudiendo ménos de reirnos con lástima de cuantos se empeñan en hacer europeos á los turcos. Eso no ha podido hacerse jamas, y ahora, sobre todo, es ya tarde.

La cuestion de Oriente no tiene más que una solucion y á ella la conducirá la mano de la Providencia que desde arriba y sin parecer ocuparse de nada, dirige todos

(1) Escrito en 1873.
(2) Nuestras ideas sobre la cuestion de Oriente las hemos expuesto en una obrita recientemente publicada con el título de *Los Eslavos y Turquía.*



los acontecimientos históricos al fin que deben tener.

Esa marcha providencial de los sucesos podemos estudiarla tambien en Egipto. Como he indicado rapidísimamente, por esta nacion han pasado todos los conquistadores y todas las razas, y por fin los turcos han venido á esterilizar una tierra fértil, y á destruir ó á dejar cegar maravillosas obras de otras edades. Cuando ha sido preciso que en el mundo pesára otra vez el Egipto, ha venido Mehemet-Alí, lo ha galvanizado y lo ha vuelto á la vida.

El año mil ciento cincuenta y uno de la Egira (1773), un pobre empleado de policía murió en Cavala, puerto sin importancia de la provincia de Rum-Ili, dejando un hijo de cuatro años sin pan ni asilo, y lo que es peor, sin parientes y sin amigos. El Aga (1) del pueblo, compadecido de él, lo recogió en su harem y allí creció y aprendió por toda educacion el manejo de las armas. El niño ese era Mehemet-Alí, destinado como Mahoma á ejercer gran influencia en la madurez de su vida. Los primeros años suyos pasaron tras el mostrador de una tienda de tabaco, en la cual, sin conocimientos de ninguna especie y sólo por su instinto, hizo una fortuna bastante considerable. Allí hubiera concluido oscuramente su vida, si el general Bonaparte no hubiera ido, como Alejandro y como César, á conquistar el Egipto para que le sirviese de base para la conquista del mundo. Mehemet-Alí fué como voluntario á combatir contra los soldados de la República francesa, y desde los rangos inferiores del ejército

(1) Gobernador.

pudo observar que unos pocos occidentales vencian siempre á las huestes del Gran Señor, á pesar de su número y á pesar del valor indomable de su caballería. Esa observacion fué un rayo de luz, y desde que la hizo y desde que, poseyéndose de las atrevidas concepciones de Napoleon, se persuadió de que con ellas el Egipto podia ser centro de un gran imperio, aguardó una ocasion para plantearlas y hacerse dueño de las orillas del Nilo.

Esa ocasion vinieron á dársela las disensiones de la Puerta con los mamelucos.

En el siglo XIV, el sultan Malek-Sala compró cierto número de circasianos é hizo de ellos su Guardia de Corps. Esos esclavos en el reinado siguiente asesinaron al Sultan y se apoderaron del trono y lo conservaron, como he dicho, trescientos años, hasta que, gracias á sus disensiones, cayeron en 1527 en poder del Sultan de Turquía, que puso en el Cairo un visir para que le sirviera de contrapeso; y para tener á éste siempre bajo su dependencia, dividió el gobierno del Egipto entre veinticuatro beys mamelucos.

Este sistema ha dado orígen á cerca de tres siglos de anarquía.

Los mamelucos que, por un fenómeno fisiológico al que no se ha dado completa explicacion, no pudieron nunca reproducirse en Egipto, establecieron como ley y regla que no pudiera ser bey el que no hubiera sido comprado en Circasia, es decir, el que no hubiera sido esclavo; y faltos de familia y de los lazos de la sangre, vivieron durante todo el tiempo en que estuvieron en Egipto, de las violencias y de la rapiñas.

A eso quiso oponerse destruyéndolos el sultan Selim III. Este es el verdadero reformador turco, y ha sido el precursor de Mahamud y de Mehemet-Alí, á quienes ha enseñado el camino. Miéntras en Egipto tramaba la destruccion de los mamelucos, en Sérbia protegia la insurreccion de los raías y les ayudaba á destruir á los sphais y á los dahis de la república de Belgrado, haciendo posible para pocos años más tarde la destruccion de los genízaros.

Para conseguir su objeto en Egipto reunió un ejército de quince mil hombres, con el que hizo abierta guerra á los mamelucos. El Bajá que lo mandaba encargó á Mehemet-Alí, que habia servido bajo sus órdenes contra Napoleon, de una de sus banderas, es decir, de un cuerpo de ejército, pero le ofendió al poco tiempo, y Mehemet-Alí hizo la paz con los enemigos y atacó al Bajá, dando principio entónces su influencia, que tan grande llegó á ser en pocos años.

Difícil es contenerme en los límites que me he impuesto y no hablar dejando correr la pluma con mis pensamientos, del reinado entero del fundador de la actual dinastía egipcia; de las intrigas que le dieron el poder; de las expediciones de Ibrahin contra los Wahahitas y contra los griegos; de la tarde en que cayeron en la ciudadela del Cairo los mamelucos ofrecidos en holocausto para la tranqulidad de Egipto. Mehemet-Alí es una de las figuras más grandes de nuestro siglo. Si no hubiera tenido que disputar sus conquistas contra los ejércitos de la Puerta y contra las intrigas de Inglaterra y de Rusia; si hubiera podido dedicar su aten-

cion al mejoramento material de Egipto, por quien tanto ha hecho, el recuerdo de Mehemet-Alí hubiera sido más útil y más provechoso todavía de lo que ha sido.

Muchos años de güerra, trescientos años de embrutecedor gobierno turco y de tiranía de los beys, habian concluido con todas las grandes obras que inmortalizaron á las antiguas dinastías egipcias. Mehemet-Alí, no sólo destruyó todos los gérmenes de desórden y dió unidad al gobierno, sino que empleó todo el tiempo que las guerras le dejaron en hacer obras considerables y en asentar la base del Canal de Suez.

Con esos pensamientos me dormí el 14 de Junio. En la mañana del 15, cuando al rayar el alba empezó á andar el vapor y subí sobre cubierta para ver el canal, sólo en él pude pensar.

Toda su historia antigua, todo lo que los hombres, desde los Faraones hasta Mehemet-Alí, han hecho para unir el Mar Rojo con el Mediterráneo y destruir ese obstáculo geológico que se llama Istmo de Suez, lo tenía presente, gracias á los libros, á los mapas y á los planos que la Compañía del Canal ó la Compañía de los vapores han puesto á bordo á la disposicion de los viajeros.

El primero era, naturalmente, el canal empezado por Necon, penúltimo egipcio que ha gobernado á su país. Para apoderarse de las colonias fenicias y con ellas del comercio del mundo, quiso establecer un canal tomando por base el Nilo y que partiendo de Suez fuese á terminar en Pelusa, es decir, hácia donde está hoy el puerto

de Said, ó lo que es lo mismo, siguiendo casi el trazado del Canal de Lesseps.

Necon murió sin concluir su canal, y sesenta años más tarde, Darío, hijo y sucesor del conquistador persa, lo terminó para que los trigos de Egipto pudieran ir más rápidamente á sus estados de Asia.

Al lado de las obras de los egipcios y de los persas estaban las de los griegos. Alejandro intentó hacer trabajos dignos de él en Egipto, mas la muerte vino á sorprenderle, y los Ptolomeos sólo realizaron parte de sus proyectos. Lo más notable que hicieron fueron canales que desembocasen en Alejandría, tomando por base el lago Maréotis y establecer una comunicacion entre el Nilo y el golfo Arábico para suplir el canal de Necon y Darío que se habia cegado. Sea porque los canales de los Ptolomeos fuesen desde un principio sólo accesibles á las embarcaciones de poco calado, ó porque se hubiesen obstruido por las arenas del Nilo, en tiempo de Cleopatra casi no eran ya navegables, y la hermosa reina no pudo despues de la batalla de Actium retirarse al Mar Rojo, como queria, y tuvo que matarse por no adornar el triunfo de Augusto. Trajano ó Adriano, que en esto no están de acuerdo los historiadores, unieron tambien el Nilo con el Océano, siguiendo tambien, como vemos, los romanos el pensamiento de todos los conquistadores del Egipto, de establecer comunicaciones rápidas entre Europa y Asia.

Los árabes fueron los que más hicieron y los que más se aprovecharon de la canalizacion, y durante ciento cincuenta años Arabia recibió por el canal del Príncipe

de los Creyentes los ricos frutos del Egipto. Este canal desapareció cómo los demas. Dicen unos que fué cegado por Almanżor, segundo califa abasida, para privar de trigo á Arabia, que pertenecia á los omniadas, y dicen otros que el estado de guerra impidió las obras de reparacion y sostenimiento, y las arenas invadieron el canal. Cuando los mamelucos se apoderaron del gobierno de Egipto ya no existia, y ni ellos ni los turcos hicieron nada por aumentar ó por conservar las obras hidráulicas del país que les estaba sometido. Su incuria las dejó perder todas; dejó que las arenas del Nilo invadiesen el delta, que el lago Menzaleh invadiese la costa, y que los lagos de Burlos, Madieh y Maréotis aumentasen é invadiesen los territorios que ocupaban ántes de las obras de los Faraones. En ese estado encontró Mehemet-Alí á Egipto, y á pesar de las guerras que tuvo que sostener, de ese estado lo sacó. Su obra más importante ha sido el Mahamudieh ó canal de Mahamud, que une á Alejandría con el Nilo y que llamó así en honor del Sultan cuyos ejércitos derrotaba en Siria.

Miéntras los fellahs morian á miles en ese canal cavando la tierra con las manos, en la cabeza del gran Virey bullia el proyecto gigantesco de unir el Mediterráneo con el Mar Rojo.

He citado la Novela del Egipto y he citado los Estudios de Davesiès de Pontés, y debo hacer nuevamente referencia á dichos libros. Uno está escrito para reseñar el éxito; en el otro se habla de los proyectos de Mehemet-Alí allá por los tiempos en que estaba arrrancando el Egipto al poder de los mamelucos y á la dominacion

del Gran Señor. Castro y Serrano nos pinta con elocuentes frases á Lesseps vitoreado de Port-Said á Suez por multitud entusiasta que no veia más que á él entre reyes y emperadores, y el Oficial de la marina francesa dice que algunos de los datos que apunta los debe á la amabilidad de un señor Lesseps, empleado en el Consulado en el Cairo. Ese contraste entre el hombre de 1838 y el hombre de 1869, hace su apología. La vida entera de Lesseps ha pasado en predicar al mundo entero, en convencer á pueblos y gobiernos que era posible y realizable la canalizacion del Istmo de Suez. Lesseps pasa los años de su juventud en Egipto, estudia las obras de los Faraones, de los persas, de los griegos, de los romanos y de los árabes; ve como vuelven las aguas del Nilo á Alejandría, á donde no iban desde que Ganimédes, eunuco del último Rey Lagida, cortó los canales para sitiar á César, medita los proyectos de Lepère y de Enfantin, las concepciones de Napoleon y de Mehemet-Alí, y convencido de que para ir á las Indias no hay más camino que un canal á través del Istmo, lleva el convencimiento al ánimo del virey Said, que le otorga la concesion de las obras. Era éste digno hijo de Mehemet, y habia recibido varonil educacion: miéntras su hermano Ibraim combatia en Grecia y en Arabia, él, de cortos años aún, servia de grumete en un buque de guerra y nadaba con los fellahs y con ellos subia á las vergas á cargar y á largar velas.

No voy á repetir lo que dice Castro y Serrano en su libro: no necesito hablar de Mongel, de Linant ni de Borel, nombres ilustres, que irán siempre unidos al de Lesseps; ni de las intrigas de Inglaterra, que queria pri-

mero hacer que fuese imposible ir rápidamente á las Indias, y que cuando construyó el ferro-carril de Alejandria á Suez, despues del viaje del teniente Waghorn, no queria perder el monopolio que ejercia.

Al empezar este capítulo, y muchas veces miéntras lo iba escribiendo, se me ha ocurrido no decir nada del Canal de Suez, y aconsejar á mis lectores que para conocer á Egipto lean lo que Castro llama su *Novela;* pero como lo que aquí hago es consignar las impresiones que he tenido en un viaje que necesariamente ha de hacer época en mi vida, me ha faltado valor para dejarlas, porque si Dios lo consiente, cuando ya no pueda moverme de viejo he de volver á dar muchas veces la vuelta al mundo con el pensamiento, y entónces me faltarian mis recuerdos del Canal. Lean los que no lo hayan hecho la Novela del Egipto, y así lo conocerán. Si no hubiese escrito esto y olvidase lo que he visto, no podria pensar en el respeto que he sentido al atravesar el Canal hácia la época en que se han separado las ardientes arenas del desierto y se han puesto en directa comunicacion Asia y Europa; no podria recordar la indignacion que he sentido al pensar que esa grande obra, esa mano tendida de Occidente á Oriente, esperanza del comercio, èsperanza de la industria, esperanza de la filantropía, de la religion, de la civilizacion, en una palabra, tiene contrarios, ha tenido escépticos, ha encontrado detractores.

El proyecto del Canal, su realizacion, sus consecuencias han sido acogidos por muchos con la estúpida sonrisa de la ignorancia: con esa sonrisa que acompañaba á las carabelas de Colon, con esa sonrisa que veia desli-

zarse los primeros ferro-carriles y que no ha impedido que Colon descubra á América, que el vapor dé la vuelta al mundo por mar y tierra, y que Mr. de Lesseps una el mar Rojo con el Mediterráneo.

Cuando se proyectaba el Canal, se decia: «No se podrá formar una Compañía capaz de realizarlo.» Cuando se comenzaron los trabajos, se hablaba del desnivel de las aguas, de catástrofes seguras, de falta de agua potable; hoy que está hecho, los mismos de siempre dicen que el Canal no sirve más que para los buques de poco calado; que el excesivo peaje, tanto para los viajeros como para las mercancías, hace que no sea práctico, que las arenas lo cegarán en un breve plazo. Pero negar no es probar.

¿Saben los escépticos que por el Canal ha pasado últimamente el *Malabar*, trasporte inglés de cuatro mil cuatrocientas catorce toneladas? ¿Saben que por el Canal pasan vapores de las Mensajerías marítimas que tienen ciento treinta metros de eslora y veinte de manga? ¿Saben que esos vapores calan siete metros? ¿Saben los precios y las ventajas que el Canal procura?

Algunos datos oficiales valdrán más que mis argumentos y demostrarán cuál es el presente y cuál el porvenir de esa vía. En el pasado año de 1872 (1), el Canal ha producido un beneficio neto de dos millones setenta y un mil doscientos setenta y nueve francos, que se han repartido entre los accionistas y obligacionistas; ese beneficio se debe á aumento en el tránsito de buques

(1) Cada año aumentan los réditos y se mejoran las obras.

y de pasajeros. La proporcion en que aumentan estos últimos es rapidísima, y de veinte y seis mil setecientos cincuenta y ocho que hubo en 1870, ha subido á cuarenta y ocho mil cuatrocientos veinte y uno en 1871, y á sesenta y siete mil seiscientos cuarenta en 1872, y de seguro aumenta y aumentará todos los años. Hoy dia hay establecidas líneas regulares de Europa con el extremo Oriente, y las Mensajerías sólo dan al Canal un millon de francos, que es el cuatro por ciento de los ingresos. Ademas de esta línea de vapores-correos, que es bimensual, hay la inglesa, tambien bimensual, muy considerable, llamada Peninsular y Oriental ó P. et O. (Pi and O.) como se le conoce por abreviacion. España tiene la de Olano, Larrinaga y Compañía, que es de esperar que, ayudada por el Gobierno, aumente y perfeccione su servicio, lo ponga al nivel del de la Empresa Antonio Lopez y Compañía, y evite á nuestro país el bochorno de que una colonia tan importante y de tanto porvenir como Filipinas reciba el correo con pabellon extranjero. Italia tiene la de Rubatino; Austria, el Lloyd; Alemania é Inglaterra se hacen competencia con sus líneas regulares de vapores mercantes, y Holanda es casi dueña del comercio de Java, gracias á los derechos diferenciales. Eso forma, por decirlo así, el ejército permanente; ademas de esos, hay contínuamente á la carga infinidad de barcos. El término medio de la capacidad de éstos ha ido aumentando cada dia, y ha llegado á ser de mil setecientas toneladas.

Sólo un argumento serio puede hacerse contra el porvenir del Cánal; por él no pueden pasar los buques de

vela. Desde Port-Said á Aden hay una zona de calmas tan completa, que muchas veces hay personas que se asfixian. A la salida del estrecho de Bab-el-Mandeb reinan las monzones, que son seis meses favorables y seis adversas. La marina de vela tomará siempre por el cabo de Buena Esperanza. Ha habido un momento en que se creyó poder obviar á ese inconveniente por el sistema de barcos mixtos que navegáran con vapor en las calmas, y con vela cuando hubiese viento, pero ese sistema se ha abandonado para el viaje por el Canal, é Inglaterra, para aprovecharse de las ventajas del viaje rápido, está construyendo gran número de vapores de hierro, muy veloces y casi sin arboladura, segun el sistema norte-americano. Esas han sido verdaderas revoluciones en la marina y consecuencias del Canal de Suez, dignas de ser tenidas en cuenta. Las naciones que quieran conservar su marina mercante y hacer competencia á las demas, sobre todo en Asia, deben construir buques de vapor, y construirlos de muchas toneladas de cabida. Eso tiene explicacion muy sencilla. Desde que se ha cortado el istmo y se han establecido comunicaciones telegráficas con la India, la China y el Japon, ya no se hacen en esos países los grandes negocios de otras épocas. El télegrafo anuncia diariamente las necesidades del mercado, y la competencia reduce los precios al último límite. En el dia, Shanghay y Yokohama son dos mercados como otro cualquiera, en cuanto á los beneficios; pero como las necesidades de chinos y japoneses son poco conocidas y aumentan ó disminuyen de un dia á otro sin saber por qué, nadie quiere exponerse á pedir telas, por ejemplo,

que tarden cuatro ó cinco meses por el Cabo, y que el vecino de enfrente se entere de que pueden dejar beneficio y las pida por telégrafo, las venda á los cuarenta y cinco dias, y cuando lleguen las otras, ya nadie las quiera.

Hoy el Cabo, con respecto al Canal, es como las carretas con respecto á los trenes, y aunque en España aquéllas puedan fácilmente competir con éstos, la excepcion confirma la regla.

De todas estas razones parece desprenderse que los detractores del Canal están plenamente convencidos. Sin embargo, no es así; últimamente se ha suscitada una grave cuestion por la reforma de las tarifas de lo Compañía, que ha aumentado el precio del pasaje por el Canal, lo que aumentando considerablemente sus rentas, le permitirá compensar á los accionistas que con su atrevimiento han dotado al mundo de este gran progreso. Los argumentos que presenta la Compañía en su defensa son concluyentes. Antes de la apertura del Canal, el precio del flete de una tonelada de Europa á las Indias era de ochocientos francos: al dia siguiente de la apertura bajó á doscientos, y hoy es ya mucho más barato; primera ventaja. Segunda: la prima de seguro por el Canal es uno por ciento, por el Cabo dos y medio, y como los diez francos que exigen las nuevas tarifas por tonelada es el uno por ciento aproximadamente del precio medio del valor de la tonelada de mercancía, resulta que con sólo la diferencia de seguro paga el peaje y gana medio por ciento, ganando ademas el tiempo, que disminuye considerablemente el interes del dinero.

La construccion del Canal de Suez comenzó el 25 de Abril de 1859, y como he dicho, fué inaugurado oficialmente el 17 de Noviembre de 1869; tiene ciento sesenta kilómetros de largo, y ha habido que mover en él para formarlo, setenta y cuatro millones de metros cúbicos de tierra y piedra. El haber osado acometer tamaña empresa es lo que constituye la gloria de Lesseps: el haberla realizado en tan poco tiempo constituye la gloria de la industria moderna. Con los procedimientos faraónicos se hubiera necesitado un siglo, y hubieran perecido cien mil hombres. Con los procedimientos de Borel se han necesitado diez años y ha muerto muy poca gente. He visto un cálculo hecho en 1838, que de seguro debió impresionar vivamente á Mr. Ferdinand de Lesseps, y debió contribuir á darle ánimo.

Dice que para construir la gran pirámide cien mil hombres tardaron veinte años, y que todas las máquinas de Inglaterra (en 1838), movidas por treinta mil hombres, hubieran construido la pirámide de Cheops en diez y ocho horas. Decir que las máquinas que hay hoy en Inglaterra tienen diez y ocho veces más poder que hace cuarenta años no creo sea exagerado, pues en ellas entran todas las locomotoras y la marina de vapor que apénas existia entónces; y si admitimos este cálculo, los esfuerzos de una sola nacion de Europa pueden construir en una hora lo que los antiguos hacian en veinte años.

Al lado de los recuerdos y de las grandezas del pasado pueden ponerse las grandezas de la época presente; ésos son los pensamientos que se llevan al Canal. Por lo demas, éste es triste y monótono; por él se anda muy

despacio, y se puede ir contemplando sus áridas riberas, que son dos grandes taludes de arena; no hay en ellas ni un árbol ni una hierba; el que haya visto nuestros campos de pan llevar en verano, en el pleno del dia, puede hacerse la ilusion de ese silencio, de ese calor y de esa tristeza.

Nuestra única distraccion ha sido ver alguna caravana que nos miraba con una curiosidad que le devolviamos nosotros con usura, ó algun europeo que nos seguia montado sobre esos valientes caballitos del desierto, que son los únicos que pueden galopar sobre la arena con el sol que desde las primeras horas de la mañana lanzaba rayos abrasadores.

La parte cómica, y siempre hay una en lo meláncólico ó en lo sublime, la forman los pescadores que corren al lado del barco. Con su volúmen el buque aumenta la altura de las aguas, y al retirarse éstas despues de pasar se quedan en seco infinidad de pececillos que diminutos fellahs pinchan con un tridente y arrojan léjos para que no vuelvan á entrar en las aguas: cuando están satisfechos de su pesca, deshacen el camino andado y recogen su botin, que de seguro está ya frito.

Nos hemos fijado, por el recuerdo de los esfuerzos que han costado, en la trinchera del Guisr, en las curvas del Ferdane y de Tussum y en Ismailia, preciosa ciudad que ha nacido con el Canal, y en donde hay árboles y elegantes chalets. Esta ciudad adquirirá una gran importancia el dia que esté terminado el canal de agua dulce entre Uady y el Cairo, y el dia en que, haciendo un canal lateral al marítimo, se lleven las aguas

del Nilo á Port-Said para qde fecunden esos arenales.

En Ismailia nos dieron una mala noticia ; un vapor de la compañía Peninsular y Oriental habia cometido la torpeza de encallar, y no podiamos pasar hasta que volvieran á ponerlo á flote. A esperar noticias fuimos á los Lagos Amargos, y en ese mar artificial, abrasados por el ardiente sol de Junio, con el silencio de la muerte estuvimos hasta las cuatro de la tarde, hora en la que una *mouche* de vapor de las Mensajerías vino á darnos permiso para continuar.

A las seis nos cruzamos con el *Zambesi*, así se llamaba el vapor, culpa de nuestra detencion, que estaba parado en una de las estaciones. Todos nos abalanzamos al costado, para llenar de imp·operios al capitan, pero en lugar de éste apareció sobre el puente una inglesita lindísima, hija ó mujer de aquel señor, y que, mirándonos con la impertinencia con que lo hacen siempre las mujeres cuando no tienen razon, nos aplacó porque comprendimos por qué causa no sabía su camino el capitan del *Zambesi*. Nuestro viaje no continuó mucho tiempo, porque por el Canal no se pasa de noche, y como la Compañía de los vapores está de pleito con Mr. de Lesseps por la cuestion de las tarifas, le aplicaron los reglamentos con todo rigor, y á las siete anclamos en un apartadero á dos horas de Suez.

Despues de la comida bajamos unos cuantos á tierra para tener el gusto de poner el pié en el desierto; pero el calor y la dificultad de andar con arena hasta la rodilla nos obligó á volver á bordo, y nos tumbamos sobre cubierta para esperar el dia siguiente.

Al rayar el alba movióse la hélice, y al cabo de una hora llegamos al sitio por el que los israelitas pasaron en seco el Mar Rojo aprovechando las bajas mareas del equinoccio. La noche anterior, despues de haberlo leido en el libro de Castro, dije que debiamos cantar al pasar por frente á ese lugar memorable la sublime plegaria del *Moisés*. Ya no me acordaba de mi consejo, cuando llegó á mis oidos, entonado por sonoras voces, aquel majestuoso andante que dice:

«*Del tuo celeste solio*
Signor vi guarda pietoso
Pietá dei figli tuoi
Del popol tuo pietá.»

La música; el sol, que salia del mar; Europa, que quedaba detras; Asia, que teniamos delante; Africa, que dejábamos á un lado; Suez, que se iba apareciendo á mi vista como si se levantase del sueño. ¡Qué cuadro y qué recuerdos!

IV.

EL MAR ROJO.

Era de ver la cara de los pasajeros en la rada de Suez cuando corrió de proa á popa y de babor á estribor la noticia de que no se nos permitiria desembarcar. Por poco curioso y poco instruido que sea un viajero, Egipto es un país clásico que debe desearse conocer, y los que no habiamos podido, yendo á las Pirámides, ver y estudiar el Egipto de los Faraones, queriamos al ménos, recorriendo las calles de la pintoresca ciudad del Mar Rojo, echar una ojeada sobre el Egipto de los Khedives. De él no habiamos visto más que los cafés franceses y los arrierillos de Port-Said, que no dan gran idea de un pueblo, y preparábamos toda nuestra atencion para Suez, que no pudimos ver á causa del accidente de Zambesi. Cada uno por su estilo exhalaba amargas quejas por no poder ir á tierra, uno porque le faltaba un sombrero para el sol, otro porque no tenía abanico, quién porque queria comprar tabaco para un *narghilé* ó para un *chibuck*, creyendo que en Oriente no se puede fumar más que como fuman los Pachás en sus Selamliks; otros querian bajar á tierra para ver bailar á las almés el paso

de la avispa, ó para ver si merced al aire que hacía aquel dia podia verse levantar el velo de alguna hurí.

Los que querian comprar, pronto vieron satisfechos sus deseos, porque en cuanto fondeamos, la cubierta se llenó de judíos que traian toda clase de baratijas que á precios espantosos cedian por pura filantropía, segun me aseguró repetidas veces un descendiente de los judíos españoles que me hablaba en el castellano que debió oirse por las calles de Granada el dia que entró triunfante en la Alhambra la reina Isabel I.

El Bazar improvisado sobre la cubierta se parecia lamentablemente á esos bazares que se ven en París, y en los que un turco de Belleville vende pastillas del Serrallo, aguas de olor y pipas de ámbar que salen de las fábricas francesas. De ellas habian salido, sin duda, muchas de las cosas legítimas que nos vendian, y que algunos incautos compraban como joyas sin precio.

Miéntras unos miraban las baratijas, mirábamos otros al Oriente, que se nos aparecia en los barcos que venian al costado del *Hugly* para descargar las mercaderías que la civilizacion de Europa cambia por los frutos que el Khedive hace brotar en el privilegiado suelo que gobierna y posee. Tripulados por gentes de diversas razas y de aspecto feroz en apariencia, más que como pacíficos transportes, se nos representaban como cazadores de esclavos.

Egipto es una de las naciones más antiguas de la humanidad, colocada entre Europa y Asia, y siendo la única nacion de Africa que, aparte de la corta vida de Cartago, ha tenido una civilizacion propia, ha sido siempre

una reunion de pueblos distintos venidos de los tres continentes, y que han vivido al lado unos de otros sin fusionarse.

Hoy dia viven juntos en Egipto nubios, abisinios, negros, griegos, sirios, armenios, judíos, georgianos, circasianos, copktos, turcos, beduinos y árabes, sin contar en esa enumeracion los francos ni las razas subyugadas que habitan al Sud del Sudan y en las orillas del Nilo Blanco y de los lagos ecuatoriales.

Problema dificilísimo de resolver es la averiguacion del orígen y de la procedencia de la raza indígena de Egipto. ¿Son de orígen negro, como quiere Volney? ¿Son puramente indios como pretenden Wil Jones, Heeren y tantos otros, fundándose en que Asia es la cuna de la humanidad, y en que las antiguas instituciones de los Egipcios son muy parecidas á las Indias? En el órden religioso el pantheismo, la trasmigracion y las encarnaciones de los dioses, bajo el aspecto de la organizacion social la division en castas y el gobierno de la teocracia, en el órden arquitectónico, sus monumentos, sus Pirámides, sus construcciones subterráneas que se parecen á las de la India y que hoy dia pueden compararse con ellas, parecen dar lugar á esa teoría. ¿Son, por el contrario, como pretende Davesiés de Pontés, y no cito más autores para no parecer prolijo, un producto de la raza india y de una mezcla de etíopes y de árabes? Esta opinion parece más racional, porque los árabes y los etíopes han debido salir de los desiertos del Sudan y de Arabia en que vivian, en busca de las fértiles orillas del Nilo, y huyendo de las inundaciones han debido ir hácia sus fuentes hasta

que el crecimiento de la raza y la formacion del Delta les ha permitido y obligado á bajar á la desembocadura del gran rio, y allí se han puesto en contacto con los indios.

En la época moderna los descubrimientos etnográficos, auxiliados por los adelantos filológicos, han hecho progresar mucho á la humanidad en el conocimiento de sus orígenes; pero segun humilde opinion que me atrevo á emitir, á pesar de las decisiones de las lumbreras de la ciencia, el deseo de generalizar y de formar sistemas ha llevado á casi todos los sabios mucho más allá de lo que hubiera sido preciso, y la averiguacion de la verdad sufre mucho del deseo exclusivo que tiene cada uno de ellos de darla á conocer. En este caso concreto, por ejemplo, dicen unos que los antiguos egipcios eran negros, y que la Esfinge lo prueba porque tiene la nariz chata y los labios abultados, y otros dicen que la Esfinge no prueba nada, porque tiene la nariz rota, y si los labios están abultados no están caidos, y si parecen abultados es porque no se observan desde el pié de la cabeza, sino desde los accidentes del terreno que acercan á ella al espectador.

Lo único que parece probado concluyentemente es que los antiguos egipcios no eran exclusivamente negros, porque el pelo quemado de las momias huele á cuerno como el de todas las razas, con excepcion del pelo de los negros, que es sabido que quemado huele á lana, y este descubrimiento ha echado por tierra las filantrópicas teorías de los que pretenden que habiendo dado una nacion de raza negra los gérmenes de la civilizacion y enseñado sus artes á Europa, los negros son sus-

ceptibles de civilizarse y vivir vida igual á la de las demas razas. Este descubrimiento deja en pié una grave cuestion que tiene gran importancia en el continente que estaba mirando desde el barco. ¿Qué hacen los negros en el mundo si no pueden presentar en la sucesion de los siglos una civilizacion propia? Si cuando están solos no prosperan, ¿podrán subsistir en África al contacto de las razas perfectibles, ó están destinados á desaparecer como los indígenas del Norte-América y de las islas de los mares del Sud? Las aficiones modernas dan lugar á estudios y meditaciones sobre tan importante problema; pero, como hemos dicho, si la verdad ha de ser conocida alguna vez, áun falta mucho que andar para llegar á ella.

El orígen de la poblacion del mundo no ha podido dilucidarse todavía. En las naciones en que hay conflicto de razas, sobre todo en Oriente, donde no se han amalgamado, todas las teorías hallan ancho campo, y por más que digan los forjadores de sistemas, no han logrado convencer á nadie. Todos dan argumentos, pero argumentos que se destruyen mutuamente y dejan la duda que se tenía al consultar sus teorías. Unos dicen que las razas son espontánea produccion del suelo; otros, que descendemos de los animales; otros hablan de las influencias climatológicas y sostienen la teoría bíblica de la creacion y de la unidad de la raza. Pero entre tantos autores como de esto se ocupan no hay uno solo que no deje en los orígenes lugar á dudas, ó que pueda dar explicaciones racionales sin acudir á un poder sobrenatural: á Dios. Esos pensamientos hacian nacer en mí la

vista de hombres de tantas razas y de tan distintos colores; pero una idea práctica me hizo muy pronto abandonar mis cavilaciones.

Por ambos costados del buque, sacados por una grúa de vapor, iban á parar á los lanchones de que he hecho mencion toda clase de cosas útiles traidas de Europa, y que habian de hacer más por la civilizacion de Egipto y por el bienestar de sus razas que todas las teorías de los que hacen descender al hombre del mono ó le hacen salir de la tierra como una col ó una lechuga. Imposible parecerá que tan temprano me hallase tan filósofo; pero como no tenía ocupacion, me empleaba en eso que los españoles decimos que «es hacer tiempo» y las demas naciones dicen que es perderlo. Por fin á las diez la campana nos llamó al almuerzo, y miéntras comiendo nos consolábamos de no ver el Egipto, el ya tan conocido ruido de la hélice nos avisó que habiamos levado anclas y continuábamos nuestra marcha.

No sin desconfianza, mejor dicho, no sin cierto temor empezaba á navegar por un mar en el que cuéntase que han acaecido tantas desgracias por el calor y la falta de aire. He dicho ya cuántas precauciones se toman á bordo para luchar contra tan terribles inconvenientes; todas son necesarias, todas son pocas, porque el calor es excesivo y estábamos atravesando en Junio un mar cuyas orillas son dos abrasados desiertos y cuyas auras y brisas se han enrarecido al pasar por sus ardientes arenas. En las horas de más calor, de doce á tres de la tarde, es casi imposible resistir. En los camarotes, á la sombra, bajo la línea de flotacion del barco, la pomada, los objetos de

caoutchuc se convierten en líquido; en mi cartera, dos barras de lacre se han pegado, y así las conservó en recuerdo del paso del Mar Rojo. Sobre cubierta es áun peor; delante de mí se ha roto un termómetro que habian puesto al sol para medir la temperatura; si algun descuidado apoya la mano sobre las placas de cobre de que están forradas las bandas del buque, se las desuella como si hubiesen tocado un hierro ardiendo; el humo de un fósforo subia perpendicularmente porque teniamos por desgracia un poco de viento, consecuencia de la monzon, y neutralizaba la salida que producia la marcha del barco. En esas horas del dia todo el mundo está consternado, y yo me he visto en la precision de tener en una bolsa de goma una esponja para remojarme la cabeza y la frente que parecian querer romperse dilatadas por el calor. Afortunadamente no han sucedido desgracias; algunos pasajeros que venian enfermos han visto agravarse sus padecimientos, otros han enfermado; pero ni de ellos, ni en la cocina ni en las calderas ha muerto nadie, como acontece muchas veces. Sin embargo, á pesar del calor, á bordo se hace una vida muy agradable.

Voy á detallar hora por hora cómo lo paso, para que se vean las inmensas penalidades que sufren los que dan la vuelta al mundo. Como para ello es lo mismo empezar por una hora que por otra, empezaré por las nueve de la noche, cuando despues de haber tomado el té subo al castillo de popa con la esperanza de respirar un aire ménos abrasador que el que se respira durante el dia. El fresco relativo que hace produce alegría, y sobre cubierta

se forman infinidad de corrillos que hablan en todas las lenguas imaginables. El Reglamento, comprendiendo perfectamente que un hombre puede sufrir de dia, pero debe reparar sus fuerzas de noche, permite desde las diez de ésta hasta las ocho de la mañana libertad completa en el modo de vestir. Es cosa de ver cómo se aprovecha todo el mundo del permiso. En cuanto *pican* la hora reglamentaria, se ven en la popa los trajes más pintorescos del mundo. Casi todos adoptan una de las variedades del traje asiático; unos se ponen el *kimonó* japonés, que no es más que una bata cruzada sobre el pecho; los que han estado en Batavia llevan el traje malayo, que consiste sencillamente en una banda de tela arrollada á la cintura y que cae hasta los pies; la mayor parte de los que han estado en Asia ó los que han tenido un amigo para aconsejarles, y yo con ellos, habiamos hecho provision de *pachamas* (trajes chinos), que consisten en una chaquetilla de algodon ó seda y un anchísimo calzon de lo mismo. Los que no pueden hacer otra cosa, adoptan las prendas ménos incómodas del ridículo traje europeo. De las señoras, triste es decirlo, se prescinde por completo en esa hora; las novicias se meten en sus camarotes huyendo de tan inmodesta mascarada; las que han estado ya en Oriente y han tenido por necesidad que acostumbrarse á ver á los indígenas al natural, endosan un peinador y van junto al hombre que las acompaña, padre, hermano ó marido, á colocare en un rincon, procurando ver lo ménos posible esas sombras chinescas.

Miéntras tanto nosotros continuamos riendo y cantando en las reuniones, que duran hasta que Morfeo nos

reclama, y entónces nos escurrimos en demanda de un hijo del Celeste Imperio, que sube á la cubierta un colchon de frescas hierbas que para los calores tiene preparada la Compañía. Poco á poco las conversaciones van cesando, y todo queda sumido en el más profundo silencio. Yo coloco mi colchon sobre la *chuisse longue*, y allí, despues de haberme ceñido un gran cinturon de franela para precaverme de la disentería, y de haberme puesto un pañuelo de seda en la cara para no pillar una oftalmía, me duermo como un bendito, y no pueden despertarme ni la campana que anuncia las horas, ni los pasos ni las voces de los hombres que echan la corredera.

Mas en este mundo no hay bien que dure, y lo mismo sucede en el Mar Rojo que á orillas del Manzanares, la felicidad no es nunca completa; ese sueño, dichosamente comenzado á las once ó á las doce de la noche, se ve bruscamente interrumpido por los hombres de á bordo, que á las cuatro en punto de la mañana empiezan á hacer el baldeo. El que tiene la suerte de atrapar un banco se duerme sobre él, que á bordo no hay cama dura ni sueño ligero, pero el que no puede pescarlo, no tiene más remedio, para huir del chorro de las mangas, que bajar á su litera, donde se convertirá de seguro en líquido, á pesar de la *porta* y de la *puerta*, que por muy abiertas que estén no establecerán nunca corriente, porque no puede encontrarse aire donde no le hay.

A las seis de la mañana bien pocos son los que duermen. El primer cuidado de cada uno es desayunarse, porque nada es peor á bordo que un estómago vacío. Sobre la mesa hay té, café, chocolate y otra porcion de co-

sas. Yo tomo diariamente una taza de té y una limonada. De la mesa me voy al baño, pero esa cuestion, de cómoda y agradable que era al principio, se ha convertido en el Mar Rojo en un verdadero asalto. Con los grandes calores todo el mundo quiere usar de su derecho, y los que nos bañamos todos los dias comparamos con disgusto las facilidades que teníamos ántes, con esas esperas á la puerta formando cola junto á la máquina, donde el calor es espantoso, y todo ¿para qué? para tomar un baño, cuya temperatura es tan alta, que no hubiera creido fuese agua acabada de salir del mar si no me hubiera convencido de ello viendo una bomba que la está sacando contínuamente.

Como compensacion, no faltan ni el buen humor ni las bromas, y las conversaciones son tan picantes en el corredor de la máquina como en el puente despues de cenar. Los que han despachado pronto el baño tienen aún libertad de pasear un rato con los trajes que los franceses llaman *mauresques*, y todos juntos á las ocho, de acuerdo con el Reglamento, nos vestimos y esperamos que den las nueve y media, hora en que nos llaman á almorzar.

El que ha viajado en los vapores de las Mensajerías conoce perfectamente su cocina, que es tan buena como la de una fonda de primer órden. Los jefes son excelentes: en los puertos compran lo mejor, que se conserva en una inmensa nevera ó vivo en la proa; los barcos llevan gran repuesto de comestibles. Los *bebestibles* son tambien muy buenos.

En la mesa dan vino tinto, Jerez, Marsala y *cognac*,

y el que quiere pagarlo, tiene, á precios módicos, vinos y licores de las primeras marcas del mundo.

Sin duda para entretener á los viajeros, las comidas son muy largas y son muy frecuentes para saciar el apetito que con el aire del mar se tiene siempre, á pesar del sol y del calor. De seis á ocho sirven, como he dicho, té, café y chocolate con tostadas y pastas; á las nueve y media un suculento almuerzo; á las doce lo que, tomándolo del inglés, de la India llaman *Tiffin*, y que debieran llamar *luncheon*, tomándolo del inglés de Europa, porque el *Tiffin* en Asia es la comida principal que se hace á mediodia, y lo que á bordo nos dan es una merienda de fiambres, ensaladas, frutas y bebidas frias.

A las cinco se vuelve á comer, y de firme, y á las ocho de la noche se sirve el té. En los cortos entreactos hay siempre sobre las mesas en el comedor agua helada, azúcar, limon y cognac. Como se vé, no es fácil morirse de hambre. Por supuesto que sólo comen de todo los que murmuran contínuamente del cocinero y dicen que desean llegar á su casa, en donde de seguro tendrán por costumbre comer gazofia.

Tambien las gentes del Norte, y sobre todo los ingleses, acostumbrados á comer con frecuencia, disfrutan y lo aprovechan todo. Yo, lo más que hago á mediodía es tomar una naranja y sorber un vaso de cerveza helada, y me vuelvo sobre cubierta, porque á pesar del *panca* (1) es imposible estar en el comedor á causa de la tempera-

(1) Estera cubierta de lienzo colgada sobre cada mesa y que agita un chino por medio de una cuerda.



tura. El miércoles 18 de Junio hemos tenido el sol exactamente perpendicular sobre nuestras cabezas; figúrense mis lectores qué dia habrémos pasado. A pesar de todo, no debemos quejarnos. Pocos de mis lectores habrán emprendido largos viajes trasatlánticos, y pocos sabrán, por lo tanto, lo diferentes que son á las cortas travesías que se hacen de una nacion á otra ó en los vapores del comercio de cabotaje. Por muy cómodas y por muy agradables que sean éstas, no pueden tener nunca las ventajas de los grandes viajes. En ellas los pasajeros se instalan á su gusto; los estómagos débiles se refuerzan con la costumbre, que es el único remedio contra el mareo; cierta intimidad y cierta franqueza de colegio que sólo se adquiere viajando, convierte á personas que se acaban de conocer en amigos.

Despues de las tres de la tarde el calor es ménos fuerte, y entónces los más valientes bajamos al salon; unos se sientan al piano, y abanicados á *tour de role* por los oyentes improvisan un agradable concierto. Allí hay para todos los gustos; la grandiosas sonatas de Bethoven y las dulcísimas melodías de Mozart se mezclan con las alborotadas producciones de Offembach y de Lecocq y con los patrióticos sonidos de los himnos nacionales y la sonata pastoral y heróica; el quinteto y el *Don Juan*, *La fille de Madamme Angot* y *La Gran Duquesa* alegran nuestros oidos y hacen latir los corazones de todos al recordarles su patria; el *Himno de Haydn* (1), el

(1) Austriaco.

Wacht am Rhein (1), el *God save the Queen...* (2), *God bless the Prince of Wales* (3), la *Brabançonne* (4), el *Hail Columbia* (5), el *Yankee doole* (6), el *Himno de Garibaldi*, la grandilocuente *Marcha Real* y el bullanguero *Himno de Riego*, que es tan bonito cuando no lo tocan los milicianos por la calle.

Despues del concierto, la cubierta se convierte en el patio de un colegio en la hora del recreo; unos juegan á las damas ó al ajedrez, otros arman partidas de *tonneau*, que es un juego que consiste en meter unas chapas de hierro por la boca de una rana ó por agujeros practicados en una tabla y que caen en casillas que tienen números y marcan lo que se gana; otros se divierten con unos juegos ingleses que consisten en colocar unos redondeles de goma en una tabla que tiene números, ó en lanzar unos discos de cuerda á un palo fijo en el suelo y donde deben quedar colocados. Todo da lugar á bromas y á risas; se forman partidos y se apuestan botellas de *champagne*, que en la comida alegran el entendimiento y desatan la lengua preparando las chispeantes conversaciones ó los cuentos de la velada.

A bordo ademas hay muchos libros y mucho tiempo para leer; tras la comida viene el almuerzo; tras la música, los juegos, los paseos y las conversaciones; los

(1) Aleman.
(2) Inglés.
(3) Idem.
(4) Belga.
(5) Norte-americano.
(6) Idem.

dias se suceden y no se diferencian, son siempre agradables. Tal es nuestra vida; tenemos compañía, biblioteca, buen cocinero, buen humor y buena salud. ¡Cuánto he sentido que no me viesen los que me quieren, para que no me tuviesen lástima como debian de tenerme al saber que navegaba por tan ardientes climas!

En las conversaciones de á bordo, en los libros de la biblioteca, en los pensamientos que en nosotros nacian al observar las áridas costas de dos continentes y al observar sobre todo las arenas de Africa, tras las cuales hay pueblos en la infancia de las naciones, predominaba siempre el recuerdo de las empresas intentadas y de los esfuerzos hechos para conocer y civilizar esas naciones.

En la época presente, el hombre culto ya no consiente que haya nada en el mundo que no conozca y se halle fuera de su accion. Los mares han sido explorados en todas direcciones, y sólo queda hoy dia por conocer el Polo, y el centro de Africa; por eso se suceden con tanto ardor las expediciones á esas dos regiones que el calor y el frio defienden contra la frágil naturaleza humana.

Aunque en el Mar Rojo debia pensar y debia hablar del Polo para ver si esa conversacion me daba fresco, no pude ménos viendo el desierto, tras el cual tantos actos heroicos se han hecho en bien de la ciencia, de tributar un recuerdo y sentir simpatía hácia los que han perdido la vida por servir á la humanidad. El descubrimiento de las fuentes del Nilo ha sido una de las cosas que más se han buscado.

En nuestros dias se ha adelantado mucho; el capitan

Speke y Sir Samuel W. Baker Bajá han descubierto los grandes lagos ecuatoriales Alberto y Victoria Nyanzas; el doctor Livingstone ha perdido la vida despues de haber fijado los descubrimientos anteriores y haber aumentado los conocimientos que hoy tiene Europa de esas regiones; mi antiguo compañero de fonda en Madrid, Enrique Stanley, al buscar al doctor Livingstone ha corroborado sus noticias y ha añadido algo á lo que se sabía. El teniente Cameron ha atravesado todo el continente africano de Oeste á Este, empresa que no parecia posible más que en las *Cinco semanas en globo* de Julio Verne.

El resultado práctico de esos descubrimientos, y es preciso en nuestra época hablar del lado práctico para que una empresa sea simpática, es dar á conocer una gran extension de terreno muy fértil en el que hay rios y lagos navegables y en el que los tres reinos de la naturaleza pueden contribuir á la felicidad del hombre. Por otra parte, en esos países habitados por tribus salvajes y enemigas entre sí es donde los tratantes de esclavos cosechan su mercadería, que llevan á las ferias despues de haber mutilado vilmente á muchos infelices para que puedan servir de guardianes en los serrallos.

Los blancos se han conducido hasta ahora con los negros como si tuviesen que vengarse de ellos, como si en lo antiguo hubiesen cometido grandes crímenes que debieran purgar. En nuestra época se ha empezado á ser justo con esa raza desheredada; se ha abolido la esclavitud; la trata no es ya legal en ninguna parte, y en Liberia y en Sierra Leona se han intentado fundar estados

independientes con negros civilizados cuya mision es dar ejemplo á sus hermanos salvajes.

Para completar esa obra de reparacion en el dia presente, Inglaterra sobre todo, ha intentado é intenta suprimir la trata y todas las infamias que para hacerla se cometen en el Este de Africa. Con ese objeto se ha hecho el convenio que despues de su viaje firmó el Sultan de Zanzibar, y con ese objeto los cruceros ingleses dan caza á todo barco sospechoso que navega por las aguas del Mar Rojo.

Egipto ha emprendido tambien una expedicion dirigida contra los traficantes de esclavos, cuyo objeto inmediato es reducir á la obediencia del khedive á toda la region del Nilo. Sir Samuel W. Baker Bajá, que mandaba la expedicion, ha escrito su historia con el título de *Ismailia*, y aunque su resultado, segun se desprende de dicha obra, no ha sido satisfactorio, se ha demostrado la posibilidad de evitar el mal, y ya eso es mucho en el siglo de las grandes empresas.

Las regiones del Africa Oriental, frente á las que yo navegaba en el Mar Rojo, están en un estado tal de barbarie, que algunos filántropos han llegado á sostener que la trata era un progreso y un mal necesario. Los esclavos son prisioneros de guerra, y en aquellos pueblos crueles y hasta antropófagos, ántes del establecimiento del comercio regular de esclavos, los prisioneros estaban destinados al sacrificio ó á servir de pasto á sus feroces vencedores. El afan del lucro ha hecho que les conserven la vida, y en ese sentido era ya un progreso; y lo era tambien porque el comercio de esclavos establecia rela-

ciones que podian aumentar de dia en dia con países que no podian conocerse más que por ese medio.

Ahora esa teoría no puede sostenerse despues de los descubrimientos que se han hecho, y es preciso que se suprima esa vergüenza y que los países del Africa ecuatorial sean pronto parte del mundo conocido. Sin unidad los trabajos que para explorar el Africa hacian viajeros insignes hubiesen sido infructuosos; para conseguir esa unidad y para que el esfuerzo comun diese resultados prácticos, S. M. el Rey de los belgas ha reunido á sus expensas y ha dado hospitalidad en su palacio á los geógrafos más ilustres, para formar un Comité directivo que promoviese la exploracion del Africa y estableciese estaciones permanentes para auxiliar á los viajeros. De esa union esperan mucho cuantos se interesan en esos grandes problemas que tanto hacen adelantar al mundo (1).

¡Cuán orgullosos estamos de nuestra civilizacion, y cuánto queda aún que hacer para que se extiendan las ideas que rigen y gobiernan á Europa!

Acabo de salir del Mediterráneo, y ya por todas partes veo el sino de la humanidad. «Trabaja, trabaja» le dice al hombre todo lo que le rodea. ¡Cuánto he de oir esa voz en la parte del mundo que pisé por primera vez al saltar en Aden el 21 de Junio!

---

(1) Su Majestad el Rey Don Alfonso XII, cuyo noble corazon acoge todas las ideas grandes y generosas, ha reunido en su palacio á personas distinguidísimas y ha honrado á la ciencia geográfica, tomando la presidencia del comité español correspondiente del central de Bruselas que se formó despues de dicha reunion.



A su rada habiamos llegado el 20 por la noche, con algunas horas de adelanto. En la bahía pasamos la noche; al despertarnos vimos la tierra desnuda, árida, horrible. En el agua, pareciendo monstruos marinos, una porcion de negros y negritos, nadando como peces, nos aturdian con sus gritos. Su única industria consiste en mostrar su destreza en la natacion á los viajeros; su única vivienda es el agua, de la que han hecho su elemento. Desde que se hizo de dia estuvimos oyendo un sonsonete á modo de letanía, que despues descubrimos, á pesar de la malísima pronunciacion, que eran palabras inglesas y francesas, y que lo que decian era «*á la mer, á la mer, to the sea, to the sea*», queriéndonos decir con eso que al mar debiamos echar monedas, que ellos se apresurarian á coger ántes de que llegasen al fondo. Les he visto hacer portentos de agilidad y de destreza para coger lo que les echábamos, y uno de ellos por una rupia (1) ha pasado por debajo de la quilla de nuestro barco, dando con ello una prueba de tener los pulmones bien constituidos.

Esa gente tiene sólo de sér humano una forma aproximada; van completamente desnudos, con el cuerpo reluciente, unos con la cabeza afeitada; otros con el pelo pintado de rojo, y parecen más una variedad del cuadrúmano que del *homo sapiens* de Linneo. Si en su facha parecen monos, lo parecen más aún en sus costumbres y sus movimientos. Antes de llegar nos habian advertido á bordo que tuviésemos mucho cuidado, que iban

(1) Moneda de la India inglesa, que vale unos diez reales.

á cerrar todas las portas, pero que, á pesar de ello, si dejábamos algo sobre cubierta podria desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Una escena graciosísima me demostró que tenian razon los que nos aconsejaban que no nos descuidásemos. un grumete, que por cierto era de la piel de Barrabas, se ocupaba en su faena ordinaria y barria la parte de la popa del barco en donde están colocados los sillones de los pasajeros. Como era por la mañana y el sol no incomodaba mucho, habia dejado sobre un banco su sombrero de paja; de pronto, y cuando más descuidado estaba, aparece una mano negra que no se sabía por dónde venía, y lo coge. Yo fuí el primero que lo vi y le grité al instante: «Que te quitan el sombrero», y él, cogiendo la escoba por una punta, corrió hácia el lugar por donde habian desaparecido mano y sombrero. El que lo habia cogido se hallaba aún sobre uno de los botes que están á los costados y cuelgan á la parte exterior, y se preparaba á bajar por la cuerda por que se habia encaramado. El grumete puesto sobre un banco intentaba recuperar su sombrero, y repartia palos de ciego; de pronto el negro, pillándole descuidado, le arrancó la escoba, y con el sombrero puesto saltó al agua desde una altura prodigiosa. Por desgracia suya el oficial de cuarto habia visto desde el puente esta escena, y deseoso de hacer un escarmiento para ver de evitar hechos que parece se repiten en casi todos los viajes, habia mandado echar un bote al agua, y al salir á flor de ella el negro, cuatro robustos brazos lo cogieron y la lancha hizo rumbo hácia tierra, á donde querian llevarlo para entregarlo á

las autoridades inglesas, que lo hubieran castigado severísimamente. Mas apénas habian remado unas cincuenta brazas, aprovechando un descuido el prisionero se dejó caer al agua y se zambulló, yendo á salir legísimos teniendo los marineros del bote que volver á bordo humillados, acompañados por los aullidos de toda aquella canalla.

Lo más extraño en esos negros es que la rada de Aden está poblada de tiburones y no se sabe cómo viven juntos.

A las ocho de la mañana se vió rodeado el *Hugly* por un sin número de barcas que venian á buscar á los que intentaban bajar á tierra; y yo, como siempre, salí con la primera expedicion.

Aden no puede compararse con nada; su posicion geográfica le hace ser uno de los puntos más calurosos del globo; las montañas que rodean la bahía están desnudas y descarnadas; ni una hierba, ni una planta repone la vista; no se ve un árbol que dé benéfica sombra; sobre las cabezas se tiene un sol abrasador; bajo los piés ardiente arena que refracta el calor que recibe. Se comprende muy bien que sólo gentes nacidas en este país puedan resistir el penoso servicio de fogoneros en el Canal y en el Mar Rojo, y despues de haber estado en Aden, me explico perfectamente que los fogoneros, despues de concluido su trabajo, se acuesten sobre las calderas y duerman como unos bienaventurados. Todos son de Aden, y en el viaje redondo de los vapores sólo en Aden bajan á tierra, y se les ve muy compuestos paseando por la ciudad.

Apénas llegados á tierra, no tuvimos más remedio

que irnos á una fonda: en la playa hay sólo unos cuantos edificios en los que están establecidas las administraciones de las líneas de vapores, que son al propio tiempo agencias consulares, el telégrafo y dos fondas. La del Príncipe de Gales está dirigirida por un *parsi* (1), que con grandes reverencias nos salió á recibir, prometiéndonos maravillas de su establecimiento. Lo que nos maravilló fué su facha, pues llevaba una chaquetilla blanca, unos anchos calzones hasta la rodilla, y un gorro redondo echado atras. El pelo cortado como el de los gitanos y unas patillas de chuleta completaban á mi hombre, que tenía tipo de ser muy listo y un pillo muy redomado. Lo que nos dió no fué gran cosa, pero no debo murmurar, porque pudo procurarnos un techo contra el sol y hielo con aquel calor, muestra de civilizacion que nos hizo bendecir la ocupacion inglesa.

Desde que llegamos á tierra, un enjambre de negrillos que llevaban por todo traje un abanico se empeñó en servirnos, y quieras ó no quieras, no hubo más remedio que aguantarlos á nuestro alrededor.

Lo que nos dieron de almorzar en la fonda no fué muy escogido; carne disfrazada de varios modos, que nos hacía recordar sin querer las famosas cabras de Aden, que crian dos veces al año, y un gusto desagradable en todo, que provenia del agua de cisterna trasportada en pellejos.

(1) Raza inteligente que vive en la India y desciende de los persas que emigraron cuando la conquista Mahometana. Siguen la religion de Zoroastro.



Si lo que estaba sobre la mesa no valía gran cosa, lo que estaba alrededor de ella era digno del lápiz de un gran caricaturista. Para servir á los siete europeos que estábamos, habia catorce negritos: dos más moviendo el *panca* sobre nuestras cabezas, y tres *parsis* dirigidos por el dueño de la casa. La falta de traje de los unos, lo pintoresco del de los otros, las idas y venidas de todos formaban un cuadro imposible de describir. Terminado el almuerzo, ¿qué habiamos de hacer á las doce con el calor y sin esperanza de salir vivos de un paseo? Más valor que para marchar contra una trinchera se necesitaba para pasearse al sol por la playa de Aden. Los pocos árabes que con sus camellos pasaban horas ántes, se habian puesto á cubierto: hasta las aves de rapiña, que contínuamente revolotean, se habian metido en los huecos de las rocas; el espectáculo era desolador, y me representaba uno de esos cuadro bíblicos despues que Jehová irritado habia enviado sobre una ciudad el fuego del cielo. No nos quedaba más que una cosa que hacer: entregarnos á esa ocupacion de las naciones meridionales, tan criticada por los hombres del Norte, y tan imitada cuando á nuestros países vienen: hablo de la siesta.

Al entrar en el cuarto que el adorador del Sol me destinó, despedí, haciéndome el muy enfadado, á los dos negritos de seis ó siete años que me seguian como mi sombra, y cerré con cuidado la puerta poniendo mi ropa bajo la almohada. Tres horas despues, al despertarme para el baño, me encontré con que me habian estado abanicando, y para penetrar en el cuarto habian saltado por encima de los tabiques, que, para dejar correr el aire,

no llegan hasta el techo. Para echármelos de encima tuve que recurrir á la *última ratio* de este siglo, y les dí á cada uno seis *annas* (dos reales), que se metieron en la boca para guardarlos, y con los que, más contentos que unas pascuas, se fueron á echar al agua de donde habian salido al saltar yo á tierra.

Por la tarde, despues de una comida muy parecida al almuerzo, que fué alegre porque estaban casi todos los pasajeros, recorrimos en coche la ciudad, fuimos á ver las tumbas del general Mac-Krohon y del contralmirante Salcedo y las famosas cisternas que surten de agua á la guarnicion y á la ciudad; á pesar de ellas, ántes de la expedicion de Abisinia, hubiéranse podido llegar á morir de sed los que viven en ese desierto; pero desde entónces grandes máquinas para convertir en agua potable la del mar han quitado todo temor.

En Aden no venden los indígenas que siempre vienen á rodear al viajero más que huevos de avestruz y plumas de la misma ave, perfectamente conservadas en tubos de laton.

Yo, aprovechando una recomendacion que uno de mis compañeros de viaje tenía para el agente de la Compañía Rubatino, compré un saco de café delicioso, como no podia ménos de ser el que habia sido cogido en el mismo Moka. El café es una de las plantas cuyo consumo se ha generalizado más, y contra la que, á pesar de su rico aroma y de sus buenísimas cualidades, más se ha predicado. Cuentan que fueron unas cabras las que descubrieron tan preciado fruto, porque siempre que lo comian se ponian tan alegres, que los pastores lo probaron y lo

dieron á conocer poco á poco, hasta que se fué extendiendo por todo el mundo.

Aden ha sido una ciudad muy floreciente; pero las guerras que han desolado á la península arábica la han arruinado. En el dia es uno de los puertos fortificados que guardan la ruta de las Indias, y que empezando en Gibraltar concluye en Penang y en Singapore. Para nosotros, que la recorrimos de noche, medio adormecidos por la comida y el calor, nos parecia uno de esos barrios pobres de Damasco ó de Bagdad, en donde van los *genios* á buscar á los pescadores ó á los humildes artesanos en las relaciones de la sultana de *Las mil y una noches*. Casas de piedra y barro, á cuya puerta se reunen casi en montones seres humanos cuyas formas no se distinguian, notándose tan sólo en ellos el contraste de sus blancos ropajes con el color negro ó cobrizo de la piel.

La raza que puebla estos parajes es una raza grande y hermosa. Son esos árabes de seis piés de altura, todo nervio, de mirada de águila, que han empuñado el alfanje del Profeta y han conquistado tantas tierras.

Los negros no son como los que estamos acostumbrados á ver, nacidos en la costa occidental de África ó descendientes de ellos, y que tienen los labios abultados y el pelo encrespado. Los de Aden, que vienen de Nubia, son de facciones regulares, de pelo lacio, verdaderas estatuas de bronce, y serian hermosísimos tipos si fuesen blancos y oliesen mejor.

¡Qué contraste forma con esas gentes el centinela inglés, rubio, vestido de blanco de piés á cabeza, posado en ese nido de águilas que guarda para contribuir á la gran-

deza de su patria! De seguro debe hervir en su cabeza el orgullo de pertenecer á una nacion que posee el mayor imperio territorial que existe y el mayor imperio colonial que ha existido nunca.

A las diez de la noche salimos de Aden, y tras de nosotros se cerraron sus tétricas fortificaciones. A las doce estábamos á bordo, y durante mi sueño levaron anclas.

V.

LA MONZON.

En el Océano Indico, 21-28 *de Junio de* 1873.

¡Cuánta razon tuvo el que dijo que el hombre es un animal que se guia solamente por la costumbre! Tan acostumbrado estaba ya al movimiento del barco, al ruido de la máquina, á los calabrotes pasados por el puente y á los silbatos de los contramaestres mandando la maniobra, que durmiendo como un bendito dejé la rada de Aden, y hubiera dormido hasta ver muy alto el sol al levantarme, á no haberse parado por completo el barco.

Nada asemeja tanto á la muerte como un vapor que se pára en un mar tranquilo; el movimiento de trepidacion cesa por completo; las aguas azotadas por la poderosa hélice ya no rugen y bullen pareciendo querer defenderse; cesa el contínuo subir y bajar de los pistones. Todo se encalma, y el barco queda inmóvil y solo en el mar inmenso. Despertados por el silencio, corrimos todos presurosos á ver qué era lo que motivaba nuestra detencion, y los que siempre sacan de los accidentes más triviales motivo á fúnebres auspicios, nos anunciaban

muerte segura y sepultura en el fondo de las olas. Pronto calmamos nuestra curiosidad viendo una hermosa fragata francesa, parada no léjos de nosotros, con la bandera amarilla en el palo mayor. Venía no sé de dónde, y tenía una gran parte de su tripulacion enferma con enfermedad contagiosa, y nos pedia una limosna de medicinas. ¡Con qué tristeza nos alejamos de ella y con qué tristeza vimos que nuestro comandante, cumpliendo con sentimiento suyo con su deber, no dejó que nadie se acercára al barco apestado! ¡Cuán miserable es la vida del hombre, y con qué tétricos colores se presenta á la mente un hospital flotante en el que el contagio se propaga, los elementos desencadenados rugen en torno suyo, y los hombres, despues de luchar con ellos, caen postrados por la enfermedad, y mueren y van envueltos en un pedazo de lona y con una bala en los piés á descansar al fondo del mar. Ya de pié, aunque era muy temprano, echéme en mi silla, y recordando las escenas del dia anterior, me puse á leer la vida de Mahoma y de sus sucesores por Washington Irving. Poco habia visto de Arabia, pero habia visto, sin embargo, bastante para comprender con más claridad el libro admirable del autor de *Los Cuentos de la Alhambra*. Mahoma es la representacion de un pueblo que llena un período entero de la Historia. Esa fe que hoy siguen aún más de doscientos cincuenta millones de seres humanos ha revuelto el mundo, y todavía en esos dos continentes que casi se ven desde la cubierta del barco, es el mayor enemigo que tiene el cristianismo. La península arábica, que habia permanecido apartada del resto de las naciones y libre

de sus luchas, se levanta un dia á la voz del profeta y amenaza conquistar la tierra. La doctrina que ha salido de esos desiertos se extiende por la tierra, y la nacion de donde habian salido los primeros guerreros del Coran vuelve á caer en el marasmo en que estaba, como si despues de haber tenido tanta influencia en los destinos de la humanidad, se hubiese vuelto á dormir para no turbar el reposo de las santas ciudades Meca y Medina.

Washington Irving nos da en el siguiente brevísimo resúmen la síntesis de la vida de ese pueblo: «Durante una larga sucesion de edades, que se éxtienden desde los primeros períodos históricos hasta el siglo VII de la Era cristiana, esa gran Quersonesa ó Península formada por el Mar Rojo, el Eufrates, el Golfo Pérsico y el Océano Indico, conocida con el nombre de Arabia, permaneció sin cambiar en nada y como si no le afectasen los sucesos que conmovieron el resto de Asia, y sacudieron á Europa y Africa hasta sus cimientos. Miéntras caian y se levantaban reinos é imperios y pasaban antiguas dinastías; miéntras cambiaban los nombres y las fronteras de otros países, y sus habitantes eran exterminados ó llevados cautivos, Arabia, aunque sus provincias fronterizas sufriesen algunas vicisitudes, conservaba en el fondo de sus desiertos su carácter primitivo y su independencia, y sus tribus nómadas no plegaron jamàs sus altivas cervices á la servidumbre.»

Ese cuadro elocuente nos muestra lo que era y habia sido Arabia. Allí no habia unidad para nada, y sus desiertos y la vida que en ellos hacian los pastores, les libraron de los males que les hubiera acarreado el contac-

to con sus vecinos. Los árabes vivian en ciudades y castillos unos, otros en tiendas apacentando sus rebaños ó conduciendo caravanas con ese animal tan útil y que ha sido llamado el barco de los desiertos. Plinio dice que estaban divididos por mitad entre el comercio y el pillaje. En religion, unos seguian la doctrina de los magos y adoraban al fuego; pero no segun la pura enseñanza de Zoroastro, sino con grosera idolatría, y otros eran sabeanos y rendian culto á los astros; habia judíos escapados de la destruccion de Jerusalen, y cristianos con todas las disensiones y todas las luchas que produjeron las primeras herejías de la Iglesia.

Un hombre vino á unir todos esos elementos discordes, y á su voz se lanzaron los árabes á Este y Oeste á la conquista del mundo.

El estado de Arabia era el más á propósito: el culto del sol y de las estrellas, puro y espiritual en sus primeros tiempos, habia degenerado en la más estúpida idolatría; el judaismo perseguido no tenía influencia; el cristianismo, en vez de ser la pura y espiritual doctrina de Cristo, se habia convertido en las disputas de los maniqueos, los nestorianos, los ebionitas y los gnósticos, sobre la procedencia del Espíritu Santo, la Trinidad, la Madre de Dios y el dualismo del principio del bien y del mal, etc., etc. El estado político era el que hemos señalado; su estado social, el de un pueblo nómada, hasta el extremo de que, como dice Amminiano Marcelino, que los conocia de cerca por haber combatido con ellos, las mujeres concebian en una parte, daban á luz en otra y criaban en otra á sus hijos; la mayoría de los

árabes no conocian ni el vino ni los cereales, y se alimentaban de animales silvestres, de vegetales y de leche.

El deseo de modificar el estado de su país se despertó en Mahoma. Hay hombres, dice Guizot en su *Historia de la civilizacion*, que no pueden sufrir el espectáculo de la anarquía y del marasmo social, cuya inteligencia se subleva ante ese hecho, y que se ven poseidos de un deseo indomable de dar reglas permanentes y generales que lo modifiquen. Así fué Mahoma, y los resultados que consiguió son asombrosos. A los cuarenta años empieza á predicar sus doctrinas, y por ellas sufre persecuciones; pierde la fortuna adquirida al casarse con Cadija; se ve desposeido de la influencia que le daba ser uno de los Seiks más importantes y cuya familia era guardadora de la Caaba; por fin es creido y escuchado, y en ménos de veinte años infunde fe y entusiasmo á sus parciales, vence á todas las tribus de Arabia, que le reconocen por Señor y Profeta, y se atreve á dirigir embajadas á los dos emperadores más poderosos, á Heraclio el griego, y á Cosroes el persa, para que sigan su ley y le presten vasallaje. Heraclio recibe al embajador de Mahoma con cortesía, pero no le hace caso. Cosroes le insulta, rompe la carta y le llama enviado de un esclavo. «Que su imperio se desgarre y se lo lleve el viento como él ha hecho con mi mensaje, dice con espíritu profético Mahoma», dando á entender á sus secuaces que ni la cortesía de uno ni la altivez del otro librarán á sus países del yugo de la media luna.

Mahoma muere á los sesenta y tres años, y poco despues de su muerte los árabes, como torrente desencade-

nado, se extienden por el mundo arrollándolo todo, y vencen á las cohortes romanas, á las falanges griegas y á los escuadrones persas de áureas espadas.

En poco tiempo Siria, Persia, Egipto, el Norte de África, España, Cerdeña, Sicilia, Chipre, Creta y la provincia india de Sindi son invadidas y subyugadas, y llega un momento en que parece que Europa entera va á ser conquistada, y lo hubiera sido á no salvarla el valor y el empuje de Cárlos Martel en Occidente, y de Leon el Isáurico en Oriente. Pronto llega el tiempo de la decadencia, y el Imperio de los Califas se divide: el de Córdoba tiene que sufrir los ataques de castellanos y aragoneses; los de Bagdad y el Cairo, los ataques de toda la Europa cruzada. Si no miramos más que á los árabes y sarracenos, parece que el islamismo concluye para siempre. Boabdil tiene que pasar el Estrecho; el cardenal Cisnéros ataca y conquista á Orán; el califato de Bagdad se ve reducido á la pequeña sultanía de Iconium; pero al mismo tiempo que unos caen, otros se levantan. Los turcos otomanos se apoderan de Constantinopla y vencen á los servios en Kossowo, á los polacos en Nicópolis, á los húngaros en Varna; conquistan al Egipto y á Crimea, se apoderan de Belgrado y de Pesth, ponen sitio á Viena, y otra vez amenazan domeñar á Europa, que es salvada por España en Lepanto y por Sobieski en Viena.

En Asia, lo mismo que en Europa, una nueva savia vigoriza el islamismo; los mongoles conquistan la India, fundan ciudades y convierten pueblos, y la semilla mahometana echada en las Islas Malayas se extiende y llega hasta los Datos de Joló.

Fenómeno digno de profundo estudio es la religion mahometana. Si hubiera venido ántes que el cristianismo, hubiera sido un gran paso en la humanidad. Ante las prácticas absurdas de los adoradores del fuego y de los astros ó ídolos de barro, presenta la verdad en todo su esplendor: *Sólo Dios es Dios*, no hay más que Él, eterno y todopoderoso: ante la division presenta la unidad de fe y de gobierno, y los preceptos del Koran tienden á mejorar las relaciones de los hombres; pero habiendo aparecido despues de él, como sus doctrinas no son un progreso, como lo eran las del cristianismo respecto de las del judaismo, ha sido y es una rémora para la humanidad. La principal doctrina del Evangelio es la igualdad de los hombres, la separacion de los poderes, la sábia y santa doctrina de *dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César*, que si hubiera sido seguida por los representantes de Dios y por los representantes del César, hubiera evitado la mitad de la sangre que en el mundo se ha vertido desde la sublime tarde del Gólgotha.

El precepto principal del Koran es la confusion de los poderes, la inmovilidad de la ley civil, que, al convertirse en ley de derecho divino, cierra completamente la puerta á toda reforma y á todo progreso. La religion musulmana quiere y pretende ser una religion esencialmente universal, y es una religion esencialmente particular, una religion oriental, y el ser oriental nos explica su rápido crecimiento y su perpetuacion en Asia y en África.

Cuando vino Cristo, el Oriente era ya viejo; la India estaba inmovilizada por las castas, Egipto tenía sus sa-

cerdotes; Persia, sus filósofos; por eso la nueva doctrina no penetró en pueblos cansados, é hizo en cambio tan rápidos y admirables progresos en los bárbaros que venian á la civilizacion desde los bosques, en donde no habian oido más voz que la de la naturaleza.

La pura doctrina de Cristo, que no habla á los sentidos ni á las ardientes pasiones de las razas orientales, no pudo ser comprendida por éstas; en cambio la religion de Mahoma, tal como la enseñó éste al final de su vida, y tal como la enseñaron sus sucesores, es la naturaleza misma de esas razas. Por eso hace aún prosélitos entre los negros salvajes del centro de África, y el cristianismo no prospera en esas regiones. Al principio Mahoma no enseñaba más que la unidad de Dios combatiendo la misteriosa Trinidad cristiana y la multiplicidad pagana; más tarde, sus pasiones le hicieron negar todas las grandes doctrinas del cristianismo. Por liviano, tuvo muchas mujeres y destruyó la familia, que es la base de la sociedad; por ambicioso, hizo de derecho divino la tiranía del Califa; por halagar las pasiones de sus secuaces, estableció la esclavitud en el Koran, haciendo diferentes á los hombres; por motivos políticos, dictó como ley el fatalismo, que le dió soldados indómitos, pero que ha paralizado completamente y ha producido la muerte de todas las naciones que siguen su ley. Todas ellas han tenido momentos de grandeza; han tenido príncipes como Abderraman, Harum Alraschid y Soliman *el Magnífico;* pero todas han ido muriendo una á una.

Yo recuerdo haber oido al Sr. Castelar evocar en su cátedra de Historia el recuerdo de los árabes españoles,

sus descubrimientos en Astronomía y Matemáticas, sus descubrimientos en Química y en Medicina; le he oido absorto describir las mezquitas para Dios y los palacios para las favoritas: de todo eso ¿qué ha quedado? Hoy los moros viven nómadas en Berbería; los turcos paralizan la vida de las más hermosas provincias de Europa; los persas mueren de hambre y de la peste en sus ciudades y en sus desiertos; los indios son súbditos de Inglaterra, y los malayos, de Holanda y de España.

El doctor Freeman concluye su *Historia de los Sarracenos* con las siguientes palabras, que son síntesis de la historia de los pueblos que siguen la ley de Mahoma.

«El islamismo, dice, ha fundado poderosos imperios, ha construido magníficos palacios, ha acumulado bibliotecas de innumerables volúmenes. Pero no ha hecho nada por el hombre, en su más alta capacidad en la tierra, como ciudadano de un pueblo libre; no ha hecho nada por la más alta de sus facultades especulativas. Reformándolos un poco, ha perpetuado y santificado todos los males del mundo oriental, y por su carácter agresivo ha aumentado el antagonismo con las creencias y la civilizacion de Occidente. Un sistema que en su orígen ha sido la reforma más grande de su época, se ha convertido en la mayor rémora y en el mayor mal del mundo desde hace mil doscientos años.»

Esas reflexiones sacaba de lo que habia visto el dia anterior y de mi lectura, y ese era el tema de nuestra discusion sobre cubierta; pero desde la salida de Bad-el-Mandeb la brisa comenzó á refrescar, se pusieron las velas, el *Hugly* comenzó á dar bandazos de una mane-

ra imponente, y tuve que dejar el libro. El número de pasajeros, de cincuenta que éramos, por las bajas que produjo el mareo se redujo á diez y siete, y los qué quedamos, en vez de pensar en los árabes y en Mahoma, no pensamos más que en la tempestad que producia la monzon. A las doce habiamos pasado el cabo Guardafuí y habiamos dejado atras la isla de Socotora. Entónces comenzó la verdadera danza: dimos todas las velas al viento, pues la monzon, que de Marzo á Octubre sopla del S. O., nos llevaba como queriamos. ¡Cuánta escena tragicómica hemos presenciado en estos siete dias de prueba! Sobre cubierta sólo se puede estar en el centro, protegidos por la casilla del Capitan: allí nos hemos arreglado unos cuantos, atando fuertemente nuestras sillas, y bien agarrados á ellas subimos y bajamos como en un columpio. Desgraciado del que intente pasearse; no hay pié, por marino que sea, que resista á una inversion tan completa de las leyes de la estática. Desgraciado el que no se guarezca tras la cámara del Comandante. Dos ó tres valientes han sido arrollados por un golpe de mar, y en compañía de las sillas de los mareados, que estaban amontonadas, han ido á estrellarse contra una banda y han tenido que dar gracias á Dios por no haber sido arrojados al agua, como sucede más de una vez.

Bajar á la cámara es un trabajo peligroso que no se emprende sin haber encomendado el alma á todos los santos del Paraíso. No puede darse nada más cómico que la comida. En la mesa, naturalmente, está puesto, para sostener los platos y vasos, ese instrumento de cuerdas llamado en frances *violon* y que todos tocamos

en español. Para comer la sopa es preciso coger el plato en la mano y hacer prodigios de equilibrio, que serian aplaudidos en un circo; el que intenta trinchar, tiene la seguridad de que la operacion empezada en el plato se continuará sobre las rodillas, y el que se pone á beber, lo hace en compañía de todo su cuerpo y traje, que participan del líquido.

En el baño, un movimiento del barco hace que uno tenga que levantarse, porque el agua se viene á la cabeza, y otro le deja en seco y el líquido se va á inundar el corredor. Por la noche es cosa difícil instalarse para dormir: en el camarote es imposible, porque las escotillas están herméticamente cerradas y estamos en los trópicos; sobre cubierta no hay que pensarlo; yo lo he intentado una vez, y al poco rato de dormirme me desperté desagradablemente contra la banda mezclado con una coleccion de sillas y mojado como una sopa por un golpe de mar que, en compañía de ellas y de mi colchon, me habia hecho rodar más de cinco metros.

Cuando llega la hora del silencio, todos nos colocamos como podemos en el comedor, unos debajo de los bancos, otros debajo de las mesas, atando bien nuestras camas, y procuramos pescar cuatro ó cinco horas de sueño, lo que es tarea difícil. De esa triste situacion sacamos nuestro entretenimiento, y cuando en un cuarto de baño se oye una interjeccion demasiado fuerte, ó cuando un ciudadano aumenta su base poniéndose á gatas, ó cuando á pesar de haber bajado su centro de gravedad rueda como una pelota, ú otro demasiado confiado se dispara con su silla como si estuviese en un trineo ó bajase una mon-

taña rusa, las carcajadas de todos les acompañan, y el paciente, si no se ha hecho mucho daño, rie con los demas, seguro de que tomará la revancha á los cinco minutos.

A pesar del movimiento, ha habido pocas desgracias, comparando nuestro viaje con la mayoría. Hay que lamentar solamente el de un pobre negro, fogonero, que se ha roto un brazo por habérsele caido encima el carbon, el de un marinero que se ha estropeado una mano, y más cardenales que hay en un Concilio Ecuménico, repartidos equitativamente entre los pasajeros.

En los dias 25 y 26 de Junio el viento ha soplado con mucha violencia, y aunque las gentes de á bordo decian con la mayor naturalidad que la *brisa era fresca*, las velas del trinquete se han hecho trizas dos veces consecutivas. A nosotros, profanos, nos parecia deshecha tempestad, y mirábamos conmovidos á los marineros de rodillas en las vergas, trabajando sin ningun apoyo á una altura vertiginosa, con la seguridad de que si les falta un pié ó la cabeza, su muerte es segura. No puede haber espectáculo más horroroso; el oficial desde el puente hace una seña, y se lanzan á las escalas y trepan por ellas hasta las cruces; los palos describen inmensos arcos de círculo, los hombres corren por las cuerdas y comienzan á desatar las velas, el viento entra en ellas rugiendo; el trapo se defiende como fogoso bruto, hasta que, libre ya, se presenta gallardo y majestuoso. ¡Qué hermoso es un barco viento en popa con todas las velas, alas y arrastraderas.

Lo que nos ha hecho pasar con paciencia estos dias ha sido la manera de andar del *Hugly;* cada vez que se ha echado la corredera, hemos preguntado cuántas mi-

llas andábamos y siempre acusaba trece, catorce, quince ó más. A mediodía, cuando se hacía el punto, veiamos siempre que habiamos recorrido más de trescientas veinte millas. Esta marcha era un consuelo y la esperanza de que iban á acabarse pronto nuestras penas, y no es extraño que una salva de aplausos acogiese siempre al oficial que nos daba tales noticias.

Esas luchas contra los elementos son los inconvenientes del mar; pero ése es el mar. Ni en el Mediterráneo con su oleaje mezquino, ni en el Mar Rojo con su calma de lago se comprende lo infinito.

En medio del Océano, con una monzon en pleno se extiende la vista y se ve más allá, y cuando nuestro inmenso barco parece una cáscara de nuez lanzada por la mano invisible de la Providencia, de una montaña á otra, de una montaña á profundísimo abismo, se contempla y se adora al Creador del Universo. Entónces, fuertemente agarrado á una cuerda, viendo las olas precipitarse furiosas sobre la cubierta y oyendo el viento silbar en las vergas y romper las velas con el estrépito de un cañonazo, me acordaba, mirando *la inmensa llanura del mar*, de mi familia y de mis amigos, y les mandaba mis afectos siguiendo *envidioso el vuelo de las aves marinas.*

Ante el espectáculo sublime de la naturaleza nos veiamos todos poseidos de santo terror é incapaces de bromear. Ya por las noches no se oian en nuestros corrillos los cuentos que alegraban las veladas del Mar Rojo, ni las canciones que celebraban el dia del Córpus en el Mediterráneo. Las noches del Océano Índico, negrísimas

y matizadas de brillantes estrellas; el viento, las olas, la soledad sobre el puente, pues apénas se nos veia á los pocos que ni estábamos tan malos que tuviésemos que acostarnos, ni éramos tan valientes que nos atreviésemos á irnos á ahogar á un camarote, hacian cambiar nuestras conversaciones, y estando en elementos tan asiáticos como eran las olas del golfo de Bengala y el viento constante, hablábamos de Asia y hablábamos del mundo entero. Para ello se prestaba admirablemente la composicion de nuestros grupos verdaderamente cosmopolitas.

¡Qué humillado me sentia, á pesar de mis cortos años, oyendo discurrir á personas que conocian admirablemente toda clase de extraños países y habian tenido en ellos toda clase de aventuras! Europa era para mí, cuando les oia, un rincon del mundo nada más, pero comprendia que es poco en el mundo, pero que es como la cabeza, que á pesar de ser siete veces menor que el cuerpo, manda en él y lo dirige.

En los primeros dias de viaje, y durante las tranquilas horas del Mar Rojo, habia oido hablar de Siria, de Egipto, del Canal de Suez y de las dificultades por que habian pasado algunos que, sin pretensiones, nos contaban la modesta parte que habian tenido en la realizacion de tan grandiosa obra. En el Océano Índico, la casualidad habia reunido en un grupo al señor de Cristoforis, uno de los italianos que iban á buscar simiente de seda al Japon, y que durante muchos años habia dirigido una plantacion en el Norte de la India; al comandante Asuero, que habia pasado casi toda su vida en Filipinas, y cuyo buen humor y ameno trato habia hecho que fuése-

mos amigos á los quince dias de conocernos; á un holandés que habia hecho fortuna en Java y que no habiendo podido acostumbrarse á la vida de Europa, volvia á los juncales y á los bosques de plátanos y cocoteros; al recien casado de Ceilan, al comerciante del Norte de la China. Un yankee, á quien llamábamos Coronel, porque siempre hay que dar algun título á los ciudadanos de la gran República, venía de cuando en cuando á fumar una pipa á nuestro rincon, y entre las salidas de su genio bufo y los vapores del Champagne de la comida emitia ideas y contaba aventuras que nos dejaban absortos. Nadie sabia quién era, ni de dónde venia, ni por qué viajaba; habia estado en todas partes y no paraba en ninguna. En un brazo le habian pintado una figura japonesa cuando eran muy contados los extranjeros en el Japon, y era peligrosa la estancia en el Imperio del Sol Naciente; de una mano le faltaba un dedo, perdido por habérsele disparado la escopeta cazando en Australia, y cojeaba un poco porque le pegaron un balazo en la guerra civil de América. Su nombre, que no recuerdo, era aleman, habia nacido en Inglaterra y estaba naturalizado en los Estados-Unidos; decia y probaba que habia visto bailar las habaneras en Cuba y el bolero en Sevilla, y comparaba, por haberlos bebido, cada uno en el país en que se producen, los vinos de Hungría, de California y del Cabo de Buena-Esperanza. Tambien se unia á nosotros un ruso de las provincias alemanas, que estaba establecido hacía muchos años en Wladivostoc, donde hacía un comercio muy lucrativo. En las bodeges del *Hugly* llevaba mercaderías bastantes para cargar en

Shanghai un barco de vela y subir con él al puerto de la Siberia Oriental, que acabo de nombrar.

En ese grupo se hablaba de todo y se discutia todo por personas que habian residido durante largos años en casi todos los países del mundo. Las principales narraciones naturalmente se referian á las costumbres; uno contaba sus paseos por Australia en bosques de eucaliptus y de helechos, persiguiendo cisnes negros, ó las danzas y comidas de los Maoris; otro las cazas de tigres y de osos en Siberia, y comparaba sus procedimientos con los que otros nos decian se emplean en Java y en la India.

El comandante Asuero nos contaba con graciosísima frase cómo se vive en Filipinas; nos hablaba de los gobernadorcillos, de los frailes, de los señolías (1) y de los Castilas (2); nos describia escenas deliciosas de sabor antiguo en casa de un Intendente ó de un Magistrado cuando tocan la oracion, y todos de pié y con el pocillo de chocolate en una mano y un bizcocho en la otra se daban las buenas noches, y pasan revista á todos los sirvientes indios que vienen á besarle la mano al amo de la casa; y las bromas y las risas, en las que siempre descuella la sonora carcajada del Padre Provincial. Trajes, usos, costumbres, comidas, vestidos, armas, instrumentos que usan todos los pueblos, desde el salvaje de los mares australes hasta el refinado chino de Canton, eran pasados en revista; y yo, que no hacía más

(1) Así llaman á los chinos.
(2) Así llaman los indios á los españoles por corrupcion de Castillas.

que escuchar, si hubiera copiado fielmente todo lo que oia hubiera formado un excelente libro ethnográfico. Todas las noches comenzaban por hablar del viento que hacía, de las millas que habiamos andado, del dia probable de nuestra llegada, y todas las noches, despues de haber tomado pié de esas conversaciones para contar alguna aventura, veniamos á caer en las dos grandes cuestiones que se agitan contínuamente en Asia, porque son los dos grandes problemas que se presentan en ese inmenso continente: la rivalidad de Inglaterra y Rusia, y el régimen ó sistema colonial que siguen ó deben seguir las naciones que tienen posesiones en Asia.

De todas las cuestiones que contínuamente amenazan la paz de Europa, ninguna ha sido tan constante en este siglo como la llamada cuestion de Oriente; en ella pueden considerarse dos fases: el interes de las razas oprimidas, cuestion puramente Europea, y el interes de las naciones que ventilan en ese terreno la supremacía que quieren ejercer en el mundo, cuestion universal. Antes de la guerra franco-prusiana, el Imperio francés ejercia grande influencia en Oriente; con la expedicion de Crimea habia comprado el derecho de proteccion y de intervencion en Turquía: con su política tradicional en Egipto, seguida desde la ayuda que prestó á Mehemet-Alí, mandaba á orillas del Nilo; con la victoria industrial conseguida cortando el Istmo de Suez habia ratificado el derecho á intervenir; con la aureola del éxito y de la gloria, y con la conquista de la Cochinchina baja, habia puesto el pié en el continente Asiático tan firmemente, que en la mente de todos está que la Cam-

boje, el Tonquin y Anam serán franceses y deberán servir á Francia de base para tener derecho á la posesion ó la proteccion de una parte de la China. La guerra ha quebrantado grandemente las fuerzas de Francia; en Constantinopla tiene que seguir una política expectante; Inglaterra, despues de haberse opuesto con todas sus fuerzas á que se hiciese el Canal de Suez, intriga pretextando la modificacion de sus tarifas, para que algun dia tenga necesidad la Empresa de acudir á sus capitales (1); el mal régimen colonial frances hace que no progrese Saigon tanto como debiera, y la política que tiene que seguir de paz y de economía impide que se extiendan sus conquistas. Quedan, pues, frente á frente en Asia, Rusia é Inglaterra.

¿Qué hará el Imperio moscovita, qué hará la Gran Bretaña, quién triunfará?

¡Cuántas soluciones se le daban sobre la cubierta del barco á esos problemas! Los orgullosos sajones negaban á las demas razas hasta la civilizacion, y nos mostraban los adelantos que han hecho en este siglo las naciones anglo-sajonas: Australia, Inglaterra y los Estados-Unidos. El ruso, con pocas palabras, con sobriedad de oraciones, citaba los progresos de su país en poco tiempo, sus nuevas conquistas, y nos decia las mismas frases que dicen siempre todos sus compatriotas, que parece que se han juramentado para no dejar traslucir el

(1) ¡Qué léjos estábamos en 1873 de creer que la Gran Bretaña compraria poco tiempo despues la mitad de las acciones del Canal para tener derecho á intervenir en él!

pensamiento nacional: «Nosotros tenemos ya bastante terreno, demasiado; necesitamos calma, paz y facilidad en las comunicaciones para que progresen nuestros dominios y se enriquezca Rusia con su progreso.» Los demas escuchábamos la discusion pensando que lo que disputan esas dos naciones rivales es un imperio que forma la sexta parte de la humanidad, y que si estuviese en manos de Rusia, que posee el Asia central y la Siberia, convertiria al Czar en el amo del mundo. El que mejor conocia la cuestion que tratábamos, y que podia ser más imparcial por no pertenecer á ninguno de los contendientes, el Sr. de Cristóforis, planteaba la cuestion en los siguientes términos:

Los progresos de Rusia en Khiva y en Bokhara han avivado los recelos que han tenido siempre los ingleses de que el poderoso Imperio del Norte se acercase al Indostan y se lo anexionase, y ayudado por los indígenas, que, por echar á los ingleses, á quienes odian, se arrojarian en brazos de Rusia, á pesar de saber que su gobierno sería más tiránico aún y mucho ménos ilustrado y beneficioso que el de la Gran Bretaña. Ese temor, nos decia el Sr. de Cristóforis, que conoce muy bien el terreno, es infundado. Las fuerzas de Rusia y la debilidad de Inglaterra han sido muy exageradas. El presupuesto de guerra de la India es igual al de Rusia, y la India tiene doble poblacion, cinco veces más comercio y una renta igual á la del Imperio Moscovita, y las diferencias de razas y religiones sabiamente explotadas pueden dar gran fuerza á la Gran Bretaña. Por de pronto, la última poblacion rusa está muy léjos aún de la frontera india,

y entre las dos está Persia y el Afghanistan, que sería preciso conquistar completamente para proceder con prudencia en tan colosal empresa. El peligro no es tan inminente como algunos creen, sobre todo porque Rusia, que ha de ser la agresora, no puede mover á traves de los desiertos y las estepas los formidables ejércitos que se necesitarian. La conquista del Cáucaso, la defensa de Crimea y la expedicion del Turkestan son pruebas incontestables. Para allanar los obstáculos que al ataque y la defensa se presentan, las dos naciones están haciendo grandes esfuerzos para facilitar las comunicaciones, y en Rusia y en la India se construyen vías ferreas y se canalizan ríos; pero ni Rusia ni Inglaterra han salido aún de sus posesiones. Para dominar el Asia, ambas intentan hacer dos ferro-carriles colosales. Rusia, el del Asia Central; Inglaterra, el del valle del Eufrates. Con esas dos líneas, que se harán algun dia, pretenden, no sólo luchar en el terreno de las armas, sino ser dueños del inmenso comercio del Asia Central. Estos proyectos, por grandes que parezcan, son mera cuestion de tiempo y de dinero, pues ninguno de esos ferro-carriles tiene ni la longitud ni las dificultades del ferro-carril interoceánico, y hay ménos distancia de Lóndres al Golfo Pérsico que de Nueva-York á San Francisco. Cuando esos dos proyectos se realicen, como serán un progreso, alejarán cada vez más el choque de las dos naciones rivales. Cuando Persia esté unida á Europa por un ferro-carril, sus adelantos le darán fuerza y con su progreso servirá de barrera, y Rusia, que tendrá con su vía férrea inmensos territorios, riquísimos, unidos y

compactos, se dejará de quimeras, y abandonando á los ingleses la tranquila posesion del Sud del Himalaya, penetrará, si es que quiere aún engrandecimientos territoriales, en el corazon de China.

La manera como gobiernan sus posesiones las naciones que tienen colonias en Asia, fué tambien, como he dicho, el tema de nuestras conversaciones. La nacion más poderosa es Inglaterra, que tiene el Indostan, Ceilan y plazas de comercio ó defensa en China-Indochina, y en lo que llaman los Estrechos.

Holanda posee Java y parte de Borneo y Sumatra, y España las islas Filipinas. Francia, como he dicho, tiene Cochinchina, pero no hace bastante tiempo que la posee para que su régimen colonial, que es aún un ensayo, pueda merecer atencion. La manera de gobernar España sus colonias era unánimemente combatida, lo que es más triste porque se veia que no era por pasion ni odio; era combatida por los mismos españoles cuando no tenian que defenderse por vergüenza contra los ataques de los extranjeros. Filipinas, á pesar de ser territorio tan rico y de tanta importancia para España, no tiene un cable que lo una á la Metrópoli, no tiene una línea regular de vapores-correos, y pasa España por la humillacion de mandar sus cartas por las líneas francesas é inglesas.

En cuanto al régimen administrativo, conocido es de todo el mundo; no hay una carrera regular y lucrativa parecida al *Indian civil service* que haga que los que la sigan puedan dedicarse con calma á mejorar el país que rigen, para bien de los indígenas y progreso de España.

Con razon las más de las veces se señala con el dedo á los que han estado en las colonias, porque sabiendo que no iban á estar más que un año, no han procurado más que indemnizarse por medios reprobados de sus viajes y fatigas.

Para tener moralidad en la administracion colonial es preciso que sea ésta una carrera de escala cerrada, en la que se éntre probando suficiencia. El que ha estado una vez en el extremo Oriente, sobre todo el que en Europa no tenia gran posicion social, siempre quiere volver allí donde es rey de los indígenas y hace una vida ancha y libre sin las pequeñeces y las miserias del viejo continente. Si el que va á Filipinas, por ejemplo, supiese que allí podia hacer buena carrera, y que iba á estar bien retribuido, teniendo al cabo de algunos años licencia con todo el sueldo para volver á Europa, en lugar de marcharse sólo, para volver con ahorros hechos de buena ó mala manera, iria con su familia y le nacerian allí hijos que al buscar carrera y modo de vivir, establecerian en el país comercio é industria que aumentase los lazos de la patria con sus colonias.

Dado el actual sistema, eso parece utópico; pero soy de opinion de que es más fácil de lo que se cree mejorarlo. Si en lugar de decretar la inamovilidad inmediata, como hacen todos los Gobiernos en cuanto colocan á sus amigos, se decretase la inamovilidad para lo futuro, es decir, para las dos ó tres últimas categorías, que se concederian prévio concurso para ascender por antigüedad al cabo de un número marcado de años de servicio, el mal se remediaria paulatinamente; cada tres ó cuatro

años perderia el Gobierno el derecho de nombrar libremente unos cuantos empleados, y al cabo de algun tiempo insensiblemente las costumbres se habrian formado, y todos los empleados serian idóneos y de carrera. Esta reforma podria completarse combinando la antigüedad, por la que se ascenderia dentro de las mismas categorías, y el mérito, que al pasar de una á otra categoría deberia probarse, ó bien con servicios reconocidos, ó bien por la redaccion de informes ó memorias, ó por exámen.

Eso daria, estamos seguros, moralidad á la administracion, y en las colonias hace falta mucha; pero sobre todo crearia una administracion que no existe, y que con su permanencia y espíritu de cuerpo haria progresar el país que regiese. Los ingleses tienen en su administracion eso sobre todo, y por eso adelantan tanto sus colonias.

De tres clases podemos decir que son estas colonias: 1.ª Las en que la raza anglo-sajona es casi exclusiva: el Cabo de Buena Esperanza, Canadá, Australia y Nueva Gales del Sur, que en caso de separarse no harian perder nada á Inglaterra, porque ésta no hace su comercio por medio de leyes protectoras, sino con el espíritu emprendedor de sus hijos y la bondad y baratura de sus géneros, y lo mismo haria ó más si se separasen, y buena prueba de ello son los Estados-Unidos, cuyo comercio con su madre patria es mucho mayor, teniendo en cuenta poblacion y riqueza, que el del Canadá con su metrópoli. 2.ª Colonias, tales como la India y Ceilan, que le son indispensables, porque si se hiciesen inde-

pendientes caerian en la anarquía; y si fuesen conquistadas por otra nacion, serian cerradas con derechos protectores, y en ambos casos sufririan un golpe fatal la marina, el comercio y la industria de la Gran Bretaña. Tiene esta poderosa nacion ademas otras colonias y establecimientos, que ni producen ni comercian, pero que mantiene unas como defensa: Gibraltar, Malta, Aden, Perim, Penang; otras para depósitos de comercio, como Singapore y Hongkong; y otras, como las Antillas, los establecimientos de la Costa de Oro, las Guyanas, etcétera, etc., para mantener su prestigio, y sobre todo para ensanchar las ideas de los ingleses, que se extienden por todo el mundo haciendo que los espíritus inquietos y ambiciosos se desparramen por todas las posesiones británicas, apartándose de las luchas de los partidos de la madre patria.

Descartado el sistema colonial de España por malo, y el de Francia por incompleto, quedaban frente á frente el inglés y el holandes, que consisten: el primero, en sacar provecho de las colonias por el deserrollo del comercio y la industria, pero sin leyes protectoras; y el segundo en sacarlo por medio de leyes protectoras y monopolizando los frutos en perjuicio de los indígenas. Uno y otro tienen ventajas que sería imposible señalar en corto espacio; y si se adoptasen prudentemente en nuestras islas Filipinas, darian por resultado un modelo de colonias. Allí donde los españoles han dominado, han impreso su carácter, su lengua, sus usos y la civilizacion; donde los anglo-sajones se han puesto en contacto con razas que desprecian, ó han desaparecido és-

tas, como ha pasado en los Estados-Unidos y Australia, ó no han impreso vestigio alguno, como pasa en la India. Si los ingleses abandonasen su imperio asiático, pocos años despues no quedaria ni rastro de su paso.

La consecuencia y la síntesis de tan instructivas conversaciones es que los europeos deben extender la vista más allá de la nacion en que viven, pues los problemas que se agitan hoy dia en Europa no son nada comparados con las luchas de razas y religiones y sistemas que conmueven las otras partes del mundo, y que España, á pesar de las tristes y vergonzosas circunstancias por que ha pasado, podrá ser la nacion grande y gloriosa de otras épocas, si sus hijos, en lugar de empeñarse en pequeñas rencillas, se empeñan en desarrollar los elementos que tiene de fuerza y poderío.

En ménos de siete dias hemos salvado las dos mil ciento treinta y cinco millas que separan á Aden de Ceilan, y el 28, á las once de la noche, fondeamos en la bahía de Punta de Gales.

VI.

CEYLAN.

Punta de Gáles, 29-30 *de Junio de* 1873.

Al mirar desde cubierta la Isla de Ceylan vi cuán superior á mis fuerzas es el trabajo que he emprendido. Desde mi salida de Europa no habia visto ni un solo árbol. Port-Said, el Canal, las ardientes riberas del Mar Rojo, Aden, han presentado á mis ojos una naturaleza muerta, imágen del sufrimiento. ¡Qué contraste con esa imágen del cielo, con ese delicioso pedazo de tierra que poseen los ingleses en el Océano Índico! Es la diferencia que existe en una comedia de magia entre una caverna y el apoteósis final. El viajero experimenta una sensacion igual á la que debió experimentar el pobre pescador de las *Mil y una noches* al cambiar su cabaña por un palacio engendrado por la embriaguez del hatchis.

Un cielo purísimo, inmensos bosques de árboles seculares, grandes cocales meciendo sus graciosas palmas; una infinidad de esas primitivas cabañas que recuerdan la lucha del hombre contra la naturaleza para conseguir la civilizacion; una infinidad de pequeños islotes mati-

zados con distintos verdes; el mar siempre tempestuoso, rompiendo sus olas contra las rocas y levantando torrentes de blanquísima espuma, que al caer descompuesta por los rayos del sol, presenta todos los colores del prisma. Eso es lo que se ve mirando al mar y mirando á la tierra. Imposible es describirlo, más imposible pintarlo; cuando se recuerda se duda de su realidad, y lo único que convence de su existencia es que el hombre no puede soñarlo tan bello; es preciso que Dios lo haya hecho.

En cuanto las formalidades de costumbre se cumplieron, bajamos á tierra, pues nos devoraba la impaciencia de ver la hermosa isla.

La llegada de un buque es igual en todas partes, y en estos países orientales el cuadro está siempre recargado; al momento en que fondeamos vinieron á rodearnos todos los barqueros del puerto, que se disputaban la honra de llevarnos á tierra, y sobre el puente, gran número de personas con todos los trajes y de todas las razas y colores posibles nos ofrecieron hoteles, en frances, en inglés y hasta en español, lo que demuestra lo muy acostumbrada que tiene el Gobierno de la Metrópoli á un vaiven constante de empleados á todas las escalas de la carrera de Filipinas.

Dos clases de barcos podiamos tomar: los indígenas, que consisten en un tronco ahuecado y sujeto por medio de unos arcos á otro macizo que le sirve de contrapeso y que hace insumergible el conjunto, y los botes á la europea. Por mucho que fuera mi deseo de probar de todo, no me aventuré en los barcos del país, porque probablemente para demostrar que nada bueno puede conse-

guirse sin trabajo, una especie de flujo y reflujo hace dificilísimo el trasbordo en la rada de Punta de Gáles.

Despues de tener la consiguiente disputa con los barqueros que se empeñaban en que les pagásemos ántes de abordar, lo que nos guardamos de hacer, porque sabiamos ya que en los puertos ingleses hay siempre en el muelle un gran letrero con la tarifa cuyos precios son diez veces menores que los que piden, saltamos á tierra. En cuanto pusimos en ella el pié nos vimos rodeados de oficiosos que nos arrancaban los paquetes de las manos para llevarlos á los hoteles donde servian y á los que á la fuerza nos querian llevar. Abriéndonos paso con los codos y con el baston, llegamos al Hotel Oriental á descansar de las fatigas del mar. El *Hugly* con su ligera marcha habia ganado el derecho al reposo, y ántes de desembarcar nos dió la grata nueva la tablilla de á bordo de que no saldriamos hasta el 1.° de Julio, de modo que podiamos dormir en tierra el 29 y el 30.

Despues de haber escrito en el hotel las cartas que pocas horas despues debian salir para Europa en el magnífico vapor de las Mensajerías, *Pei-hó*, nos extendimos en la galería que hay en Oriente á la puerta de cada casa, y que llaman *veranda* (1), esperando á que refrescase el tiempo y pudiésemos salir á recorrer la ciudad y sus alrededores.

El espectáculo que de allí se divisaba parecia una linterna mágica; ora se fijaba nuestra vista en un singales de ojos de fuego, de cabellera negrísima cayendo sobre las cobrizas espaldas casi desnudas, y teniendo por todo tra-

(1) Nombre de orígen portugues.



je una banda de tela de algodon de vivísimos colores sujeta con un cinturon de cuero y cayendo sobre los piés en forma de falda, ora en un singales de buena posicion social con chaqueta de tejido finísimo, sombrilla de papel, y con el pelo levantado por un peine de concha y pareciendo una mujer: sobre todo cuando se le comparaba con las singalesas despeinadas y despechugadas y con el tipo mucho más varonil que el de sus maridos, kandianos, tamils del Sud de la India, moros de rojos caftanes, chinos, indios, árabes, parsis, ingleses, malayos, portugueses, holandeses, mujeres árabes cubiertas con espeso velo; vedas, que son los aborigenes de la isla, completamente salvajes, con los arcos y las flechas de que áun se sirven para la caza, y ademas de todo eso, mestizos de tan múltiples razas y naciones como han conquistado la hermosa y rica isla.

Pronto nos vimos rodeados de vendedores que nos ofrecian objetos de concha, de marfil, bastones de canela, de palma y cocotero; elefantes de ébano, cajas con incrustaciones, telas de pelo de camello y de cachemira, y la famosa pedrería de Ceylan; brillantes, zafiros, esmeraldas, topacios, ópalos, rubíes, amatistas, aguas marinas, ojos de gato, todo del tamaño más desmesurado, por cada uno de los que pedian cuatro ó cinco libras esterlinas, y despues de mucho regateo daban la docena por media rupia (1). Al mismo tiempo que en la veranda se

(1) Moneda-tipo del sistema inglés de la India; vale unos diez reales; se divide en *annas*, que vale cada una unos quince céntimos de peseta.

improvisaba un bazar, delante del hotel se improvisaba un circo, é indios medio desnudos hacian prodigiosos juegos de manos, se tragaban sables, hacian bailar serpientes encantadas al són de la flauta, y pretendian vendernos monos de todos tamaños ó loros de todos colores.

Cuando el sol, que es en Ceylan un punto negro por lo mucho que brilla, hubo calmado sus ardores, nos instalamos unos cuantos en un cochecito y fuimos á dar una vuelta por la ciudad. Esta se divide en tres partes, y así me han dicho son todos los establecimientos europeos en Asia; ciudad europea formada de elegantes *chalets* y *cottages* muy bonitos, muy bien construidos, muy independientes y rodeados de un jardin, en donde se ve por la tarde jugar al *croquet*, ó donde corretean infinidad de chiquillos muy rubios y muy elegantemente vestidos; ciudad china compuesta de comerciantes y artesanos que trabajan, hablan muy alto, tienen el aspecto muy industrioso, pero muy sucio.

Los pocos indígenas que no viven en el campo, y que forman la tercera division de la ciudad, ó son comerciantes que tienen casas á la europea, puesto que están con los europeos siempre en contacto, ó son infelices que viven de mala manera, cargadores del muelle y gentes por el estilo. Los habitantes de Ceylan viven por lo general en los bosques al pié del cocotero. Dando una vuelta por los alrededores de Punta de Gáles es como se puede comprender al indígena. En medio de bosques de palmas, en chozas construidas con hojas del bosque, vense familias enteras sentadas perezosamente, dando de seguro gracias á sus dioses por haberles hecho nacer en un

país en que no hay necesidades, y en el que no es apénas preciso trabajar. Viendo la indolencia de los singaleses, se concibe que crean que Budda, cuya religion siguen casi todos, ha pasado diez mil años sentado con las piernas cruzadas contemplando su propia perfeccion.

Al vernos pasar, sacudian su pereza y corrian tras el carruaje para ofrecernos plátanos, cocos, piñas, y otros frutos, á precios que en Europa parecerian ridículos por lo baratos y en Ceylan lo eran por lo caros.

Para aprovechar bien el tiempo, recorrimos en la misma tarde del 29 las fortificaciones, los cuarteles, en los que admiramos los regimientos indígenas y cipayos, y sobre todo los brillantes regimientos ingleses, compuestos de hombres escogidísimos y perfectamente uniformados de blanco.

En los mercados nos extasiamos ante los frutos tropicales, los primeros que veiamos en tan gran cantidad; pero, sobre todo, lo que más nos llamó la atencion fué el *betel*, que mascan contínuamente los indígenas, convirtiéndoles la boca en una cueva negra, de la que sale contínuamente una baba sanguínea. Es lo mismo que mascan los indios de Filipinas, y que allí llaman *bullo;* se compone de nuez de la *palma areca*, llamada vulgarmente nuez de betel, de hoja del árbol de este nombre, de una pasta hecha de coral calcinado, de tabaco y de jengibre.

La palma areca es una de las más bellas variedades de ese hermoso árbol, llega á tener ochenta piés de alto, y como no tiene más de cinco pulgadas de diámetro, se columpia elegantemente movida por el viento, que no puede nunca romperlas. Su copa es preciosa y parece he-

cha de plumas. El betel es una especie de pimienta, y su hoja se parece mucho á la de la pimienta negra; es muy aromática y excitante.

Para hacer un bullo se toma una hoja de betel, se le extiende encima un poco de barro ó cal de coral del tamaño de un guisante, se cortan tres finísimas rajitas de nuez de areca, un poquito de jengibre y una buena porcion de tabaco; sobre todo se pone otra hoja de betel, y ese *sandwich* dura várias horas, produciendo la asquerosa saliva encarnada de que he hablado.

Como cerca del Ecuador los dias son siempre cortos y poco despues de las seis se hace de noche, dimos á esa hora la vuelta al hotel y esperamos á las siete la hora de la comida.

En la mesa estábamos la mayor parte de los pasajeros del *Hugly*, muy contentos de encontrarnos en tierra, y muchos teniendo que comer por siete dias de ayuno. Naturalmente, durante la comida hice cuantas observaciones pude para darme cuenta de la manera de vivir en las fondas de Oriente, porque por deduccion podria sacar el modo de vivir en las casas. Lo primero que salta á la vista es el gran número de criados que hay siempre dando vueltas al rededor de la mesa; unos acudian presurosos en cuanto se les hacía una seña; otros, por más que se les llamase, no se movian; esa diferencia en la manera de servir me la explicó un compañero conocedor práctico de estos países. En ellos es costumbre llevar siempre á donde se va á comer el ayuda de cámara que detras de su dueño se ocupa en darle pan, de beber, cambiarle de platos y cubiertos, etc., etc., miéntras los de la casa no se

ocupan más que del anfitrion y de su familia y en pasar las fuentes con las viandas. A las fondas se llevan tambien los criados, y eso explicaba su número y porque no se movian los que no eran del Establecimiento.

En el *Oriental Hotel* no se come mal; y aunque la cocina inglesa no es comparable á la francesa, sobre todo á cocina francesa tan buena como la de las Mensajerías, el paseo por tierra y la variedad habia abierto á todos el apetito.

Por primera vez probé buen *curry;* á bordo nos lo daban todos los dias, pero tan malo, que por unanimidad se abstenian de él los pasajeros.

El *curry* ó *cary* es un plato indio que se sirve todos los dias y en todas las mesas europeas al Este del Canal de Suez; es una salsa coloreada con raíz de *curcuma* ó azafran indio, y en la que entran por principales ingredientes especies excitantes, comparadas con las cuales no son nada la pimienta roja y la mostaza inglesa. En los países en que se puede, se le pone para suavizarlo leche de coco. En esa salsa se cuecen langostinos, camarones ó pedacitos de pollo. Ademas, y aparte, se sirven tambien raíces, frutas y legumbres de los trópicos, conservadas, unas dulces y otras muy picantes. Todo eso, y á voluntad, se mezcla con blanquísimo arroz cocido al vapor de agua. El conjunto es excelente, y dicen que en los países cálidos, en donde la digestion concluye siempre por ser muy trabajosa, es conveniente estimularla con alimentos fuertes, tomados en cantidad moderada. Los españoles, que por lo regular comemos pocas cosas picantes, con dificultad nos acostumbramos al *curry*, pero

en cuanto se le toma gusto, la dificultad estriba en contenerse y no abusar de él.

La velada de nuestro primer dia de Ceylan la pasamos en la veranda del hotel hablando de lo que habiamos visto durante el dia; con nosotros estaba tambien una familia norte-americana compuesta del padre, una muchacha jóven y su institutriz. Para viajeros principiantes, como éramos la mayor parte, era admirable ver á unas personas que habian venido de New-York á San Francisco por el ferro-carril interoceánico, de allí al Japon y á la China, á Australia, á Ceylan, é iban á continuar por la India á Egipto y á Europa, completando la vuelta al mundo al volver á su país. Por su facha parecia un comerciante en fósforos ó petróleo que se habia enriquecido y se entretenia en tirar su fortuna para volver luégo á hacer otra. Poco tiempo estuvo en la veranda, porque su hija le envió á digerir el champagne de la comida, quedándose ella con su institutriz muy entretenida con dos elegantes de Ceylan, para quien tendrian, probablemente *Letters of introduction.* Ellos se atrevian poco, pero ellas no eran cortas de genio. En Europa se les hubiera aplicado el sentido más lato de la palabra coqueta. Los americanos llaman á eso una *fast lady* que se dedica á atrapar un marido, que cuando cae en el garlito se casa con un tronera con faldas. Gran adelanto de la civilizacion y de la educacion de los Estados-Unidos. Buen provecho les haga.

Al mismo tiempo que esas pastoriles costumbres, pudimos observar fácilmente el número de vasos de *Soda y Brandy* que puede asimilarse un inglés en Oriente.

Dicen que en los tiempos primitivos de la colonizacion descubrieron que el agua era perjudicial á los europeos, y éstos comenzaron á beber gaseosas, á las que añadian unas gotas de espíritu para darles buen gusto y para que sirviesen de fortificante. Poco á poco el *brandy* ha ido aumentando y el *soda* disminuyendo, y hoy éste es ya casi una fórmula, y ese brevaje es el mal mayor de las colonias inglesas. Nosotros podiamos convencernos de ello desde nuestro observatorio. La mayor parte de los que habian comido en el hotel se pusieron á jugar al billar, alegres y habladores; á medida que el juego adelantaba se oian tantos golpes de las bolas como de los tapones de agua gaseosa que saltaban al techo y los jugadores callaban y se ponian negros de colorados. «Mírelos usted, me decia uno, yo conozco á las naciones por el modo de emborracharse: los rusos lloran, los franceses y los españoles cantan, los irlandeses se pelean, pero los ingleses se callan y se ponen serios. Cuando no puedan más, se darán fuertes apretones de manos sin decir una palabra y se irán á sus casas; si han bebido muchísimo y se sienten mal, se harán echar un cubo de agua por la cabeza; al levantarse tomarán, como de costumbre, un baño frio, y estarán tan listos y dispuestos como si tal cosa; al dia siguiente volerán á hacer lo mismo.» No esperé á ver si era verdad lo que me decian, y cortando la conversacion me retiré á dormir, que buena falta me hacía, citándome con mis compañeros para la mañana siguiente para ir á dar un paseo á los jardines de canela.

*
* *

El cuarto que me habian destinado en la fonda tenía

sencillamente un lavabo, un par de butacas y una cama con un colchon muy duro separado de las sábanas por una esterilla de palma. Las paredes no llegaban al techo; la ventana se quedó abierta, y á pesar del cansancio, á pesar de la corriente de aire, me costó mucho conciliar el sueño á causa del calor, que es mucho, y que la humedad de Ceylan hace insoportable. Tambien tuvo mucha parte en desvelarme el olor del aceite de coco de las lamparillas, que son muy grandes y que es la única luz que ponen en las habitaciones. Es posible que pueda uno acostumbrarse á ese olor, pero á mí me costaria mucho, y confieso que todo el tiempo que he estado en los países que lo usan, ha sido mi pesadilla. No sé si se ungirán con él los indígenas, pero desde que desembarqué en Ceylan no se apartó de mi olfato olor tan penetrante y tan desagradable; lo sentia en el pan al comer, en el agua al beber y al bañarme, en la ropa que me habian lavado, en la atmósfera que se halla impregnada de las emanaciones de ese aceite antipático. Por fin me dormí tan profundamente que no oí á los que entraron en mi cuarto en la madrugada á cerrar las ventanas, pues los cambios de temperatura son bruscos y fatales.

Antes de salir el sol estábamos todos de pié, y cómodamente instalados en el mismo carruajillo del dia anterior, nos hicimos conducir al jardin de la canela.

¿Cómo he de dar la descripcion del camino sin repetir lo que ya he dicho? Es una contínua alameda en cuyos dos lados hay bosques magníficos. Entre los indígenas volví á observar hombres con la cara de niña bonita (salvo el color), y mujeres con cara de diablo feo, con pen-

dientes arriba y abajo de las orejas, con broches en la naríz, aunque nuestra civilizacion en eso no puede extremar la crítica, pues áun agujerea las orejas de las mujeres para ponerles colgajos.

Cruzándonos con carretas tiradas por búfalos enganchados por la joroba; pasando, con temor de aplastarlos, por entre una nube de chiquillos casi desnudos que nos pedian dinero haciendo títeres y ofreciéndonos fuego y frutas, y apartando con trabajo á los mendigos, que en cuanto nos parábamos un instante venian á besarnos los piés, llegamos á *Cinnamon* (1) *garden*. En ese jardin han reunido, para solaz del viajero, sin órden ni concierto, lo que imitando la naturaleza aumenta la belleza, un *specimen* de casi todas las plantas que hay en Ceylan. Allí crece el árbol que da el nombre al jardin y que en los alrededores de Punta de Gáles no necesita cultivo; el rico árbol cuya corteza es la canela, cuya raíz es de alcanfor y cuyas hojas tienen el gusto y el olor del clavo, y de las que se saca preciado aceite: crecen allí el algodonero de rojas flores, el plátano ó banana, la piña ananás, el mango y el mangustin, la sensitiva que se cierra al tocarla, la regaliz, plantas venenosas de mil nombres, todas las cañas y bambús conocidos, la planta con la que se hace el *arrow root*, que en la India se vende á peso de plata; la pimienta, el ricino, del que se saca aceite medicinal; la hierba-limon, cuyas hojas grasas tienen el olor de esa fruta y se usa para tantos productos de perfumería; el árbol del pan, que sacia el hambre del viajero ex-

(1) Canela.

traviado; el lindísimo plátano en forma de abanico, cuya sávia mana haciendo una hendidura en las hojas y da la riquísima agua de que toma el nombre; las maderas preciosas no puedo contarlas: ébano, caoba, palo rosa, etc., etc. Los indios que nos rodeaban corrian por todos lados para mostrarnos tan interesantes plantas, nos traian agua de una, frutos de otra, perfume de la de más allá, espumoso jabon, tan bueno como los de Rimmel ó Atkinson, conseguido frotando unas hojas delante de nuestra vista. Siete variedades de palmeras crecen en Ceylan, y todas las he visto en el jardin de la Canela. El cocotero, sobre todo, es la verdadera riqueza del indio; con sus palmas construye sus chozas y teje sus velas; con su madera fabrica los instrumentos de labranza; con sus fibras hace cuerdas; de su nuez saca agua, leche, aceite, vino, vinagre y cerveza. Con unos cuantos cocoteros una familia llena todas sus necesidades, y la industria india y la industria civilizada, segun dicen, fabrican treinta y seis cosas diferentes de ese árbol de bendicion. En Ceylan hay doscientas mil áreas plantadas de cocoteros, que producen siete ú ocho millones de cocos al año.

¡Cuán pródiga ha estado la naturaleza con esta tierra! Un clima en que no se necesita traje; árboles en los que con sólo alargar la mano se tienen los frutos que nosotros conseguimos á fuerza de lucha y de trabajo.

Por las orillas de aquel jardin encantado corre un rio; con sólo atravesarlo se entra en una floresta vírgen, en la cual me dicen abundan los monos, los cocodrilos, y hasta se puede cazar alguna pantera. Mucho convidaba á quedarse el hotel que han hecho en medio de aque-

lla floresta, y aunque no tomaba como verdad inconcusa lo que me decia su dueño, no podia ménos de recordar lo que habia leido de la fauna de Ceylan despues de haber visto tan hermosos ejemplares de su flora.

Por entre los juncales que crecian á la orilla del rio podian esconderse los inmensos anfibios que allí se crian; saltar de rama en rama los monos, enroscarse en las palmeras las serpientes; rampar, entre las altas hierbas la pantera, y avanzar, arrollándolo todo, manadas de elefantes. No se comprenden los países tropicales sin naturaleza vírgen, sin venenosas alimañas, sin fieros é inmensos animales que parecen de épocas prehistóricas.

A la vuelta del jardin de la Canela nos indicó el guía un templo brahamista, y entramos á visitarlo. Para que no lo profanen los animales tienen un sistema especial: ponen unas vallas, y en vez de hacer que se abran cuando se quiere pasar, colocan una especie de escalera, compuesta de troncos no muy gruesos y plantados de menor á mayor; los naturales saltan como ardillas de uno á otro; pero nosotros, que no estamos acostumbrados á esas evoluciones, hicimos, no sin miedo, tres ó cuatro veces ése penoso ejercicio. El templo no tiene nada de particular. Ni tiene nada de las grandiosas construcciones de Benarés, la ciudad santa del Indostan; es casi una pobre choza compuesta de dos construcciones metidas una dentro de otra; en la interior están Brahama y Siva; en la exterior Visnú, el dios del mal, rodeado de la representacion del Infierno, que es igual en todas las religiones.

¡Cuán bien se comprenden mirando á la naturaleza,

el orígen de las creencias y de los misterios de la religion india! ¡Qué bien se comprenden la metempsícosis, las encarnaciones de sus dioses, el que en la tierra hayan colocado el premio y el castigo!

¿Qué pueden desear? En sus bosques encuentran alimento, no necesitan vestirse, no necesitan trabajar. El que en esta vida se conduce bien, vuelve á la tierra á gozar; el que en esta vida se conduce mal, vuelve á la tierra á sufrir. El mayor premio es vivir feliz en sus bosques y en sus florestas; el mayor castigo, ser desgraciado á la vista de tales elementos de felicidad.

El singalés no es como el infeliz samoyedo ó esquimal, que, luchando toda su vida con el frio y con el hambre, recibirá por premio á su muerte una existencia en un jardin templado lleno de sabrosos frutos. No es como el árabe, que, llevado por su naturaleza y por su instinto hácia los placeres carnales, tendrá, como premio, odaliscas de todos colores y perpétuo vigor y juventud.

El indio tampoco ha buscado la verdad, ni la comprende; esencialmente materialista, no funda su porvenir en el goce del espíritu en la otra vida, sino en los goces del cuerpo en una vida como ésta. El brahamismo ha nacido en los países más bellos del mundo. Toda la historia, toda la filosofía de esos pueblos está en la hermosura del suelo que habitan.

Estas reflexiones generales no quieren decir que los singaleses sean brahamistas, casi todos siguen la ley de Budda, pero las doctrinas de éste no son más que una reforma de las de los brahamistas. Ceylan es la cuna del buddismo, y en Kandy, capital de las montañas, con-

servan y veneran la reliquia más preciada de Budda: un diente que sacan en procesion solemne todos los años.

Esas religiones han nacido en los trópicos; deben su esencia á la belleza de estos países. La verdad es que á la caida de la tarde, cuando el sol se pone y las plantas parece como que se regocijan de verse libres de la tiranía de sus rayos, es imposible soñar nada más hermoso que el paisaje.

En la última tarde que he pasado en Ceylan, situado en una altura respirando ese aire cálido, fatigado por un día de actividad en clima tan enervante, recuerdo haberme quedado adormecido arrullado por el recuerdo de las sublimes armonías del cuarto acto de *La Africana.* Entónces he comprendido, como no habrá comprendido quien no se haya visto en mi mismo caso, la magnífica romanza de Vasco de Gama, llena del calor de los trópicos, y en la que parece respirarse la exuberante vegetacion de la India. La satisfaccion de haber conseguido el sueño de toda su vida, el orgullo de verse dueño de aquel *nuovo sol*, la admiracion por aquel *bel paese*, todo se siente en esa música sublime, y cuando se recuerda ésta, viendo hombres de la mirada de Nelusko y mujeres del color de Selica y sacerdotes con amarillas vestiduras (1), y las palmas, cocoteros y plátanos son verdaderos, y es de véras el ardiente sol que ilumina el cuadro, se admira

(1) Pero sin los pelos y las coronas que se le ocurre ponerles al *atrezzista* del Teatro Real, los sacerdotes buddistas llevan la cabeza completamente afeitada.



el genio de Meyeerber que ha comprendido y expresado tan bien el poema de Scribe.

Despues que al hundirse el sol en el mar nos quedamos á oscuras casi de repente, dimos lá vuelta al hotel á descansar del calor que habiamos sufrido y á esperar la mañana siguiente en que debiamos seguir nuestro viaje. Por el camino no distinguiamos más que los infinitos insectos alados que por millares revoloteaban en torno nuestro; se acercaban, se alejaban y desaparecian, pareciendo su brillante luz fosforecente la de espíritus foletos ó almas en pena que venian á atormentarnos ó á pedirnos intercesion. Unas, como estrellas errantes, describian parábolas en los aires; otras, fijas entre las ramas de los árboles, indicaban que habian caido en las redes de alguna araña, que, guiada por su brillo acudiria presurosa á devorarla.

La luz, la humedad y el calor son orígen en estos climas de una exuberancia tal de seres animados é inanimados, que el naturalista tiene anchísimo campo para sus estudios y sus descubrimientos. Pero en los insectos estos han de ser rápidos si en un mismo sér quieren hacerse, porque en los trópicos, más aún que en nuestras zonas, la vida es corta para ellos. Un rayo de sol tras unas gotas de lluvia los ve nacer, y otro rayo de sol los ve morir víctimas de nuevos seres.

¡Qué admirables son los arcanos de la naturaleza! Unos seres viven de la muerte de otros; apénas cae la flor ó la fruta al suelo, apénas la vida deja al animal, el insecto que está destinado á descomponerlo se precipita sobre él y lo aniquila, y lo mismo la fruta más carnosa

que el palo de hierro, cuando mueren desaparecen, como desaparece el cuerpo humano, sin dejar nada á la vista.

El insecto de luz es devorado por la araña; ésta sirve de pasto á las aves, que cuando mueren son por los gusanos comidas. No sé por qué pensando en esa rotacion de la vida y de la muerte pensaba en Ceylan, que ha tenido tres dueños europeos: portugueses, holandeses é ingleses, que han nacido y han vivido los unos de la muerte de los otros.

Apénas Flavio Gioja descubre la brújula, D. Juan de Portugal adopta el astrolabio y se perfeccionan los aparejos de los barcos que los normandos habian ideado; lánzanse nuestros hermanos á alta mar, y con su valor y perseverancia costean el Africa, cruzan la línea, doblan el cabo, y preguntando por el Preste Juan llegan á Calicut, y poco á poco sus comerciantes y misioneros se extienden hasta el Japon, y sus navegantes pueden reclamar la gloria de haber trazado el camino desde las Canarias hasta el imperio del sol naciente. De nada ha servido á los portugueses el recuerdo de sus Infantes y de sus Reyes, tan decididos protectores de los navegantes; de nada las glorias de Bartolomé Diaz, de Alvarez Cabral, de Vasco y de Alburquerque; las rivalidades de España con Holanda fueron causa de su ruina, la Compañía de Amsterdam se apoderó del comercio de las Indias, y Java fué el centro de un poderío que empezaba en el Cabo y terminaba en Deshima (1). En 1658 se apoderaron

(1) Isla del Japon donde estaba establecida la Factoría holandesa.

de Ceylan, que poseian los portugueses desde 1505. De nada les sirvieron tampoco á estos nuevos dominadores del Asia las escuadras, los soldados, y los millones de su Compañía de comercio; les llegó su hora, y los ingleses, durante las guerras del comienzo de este siglo, unas veces para castigarles por ser franceses, y otras para protegerles contra éstos, se fueron apoderando de la mayor parte de sus posesiones. En 1796 cayó Ceylan en su poder.

¡Cuánta enseñanza encierra la grandeza y la decadencia de las naciones, y cuánta esperanza para los que tenemos fe en el porvenir de nuestra patria!

VII.

SINGAPORE.

Singapore, 6 *de Julio de* 1873.

El 1.°, á las ocho de la mañana, estábamos á bordo. Todos habiamos querido tener el menor número posible de espectadores al pasar de la lancha al vapor, porque presentiamos que si al bajar la resaca hizo dificultoso el trasbordo, habia de ser éste dificultosísimo al embarcarnos. El flujo y reflujo que hay en la bahía de Punta de Gáles hace que las olas tan pronto estén al pié de la escalera como en las barandas del vapor, y el que se apunta para subir á las escaleras, tiene que cogerse dos ó tres metros más arriba, y el que quiere entrar por la escotilla aprovechando la subida de las aguas, se da por muy contento si pilla el final de la escalera y corriendo muy aprisa logra no mojarse. Cada espectáculo de esos era acogido por grandes risotadas por los que veian los toros desde la barrera; pero era imposible enfadarse, porque los que más se reian eran luégo los que contaban con más modestia sus propias peripecias.

A la hora marcada suelta á andar el buque, y poco

tiempo despues, no nos quedaba de Ceylan más que el recuerdo. Sólo vemos el Pico de Adan, á lo léjos, indicándonos el sitio donde está la hermosa isla.

El *Pico de Adan* es el más alto del sistema de montañas de Ceylan. Dícese que en su cúspide se ve claramente marcada la huella de un pié, lo que ha dado orígen á una multitud de tradiciones á cual más curiosas. Para los mahometanos, Adan y Eva, al ser arrojados del Paraíso, cayeron en diferentes partes del mundo. Eva en Arabia, y Adan en una montaña de la isla Serendib ó Ceylan. Despues de haber andado errantes durante doscientos años, Dios se apiadó de su afliccion y les permitió volver á reunirse, y así lo hicieron, encontrándose en el monte de Arafat, no léjos de donde está hoy fundada la Meca. Esta tradicion se une con otra más interesante aún, cual es la de Caaba. Dice el Coran, que arrepentido Adan de su falta, rogó á Dios le permitiese adorarle como en el Paraíso, y oyendo el Señor benévolamente sus súplicas, le envió, por medio de ángeles, un altar de nubes igual al que tenía en el Eden. A la muerte de Adan desapareció, y Seth, su hijo, construyó un ara de piedra parecida á la que acababa de perder, y que duró hasta que fué arrollada por el Diluvio. Muchas generaciones despues, y en tiempo de los Patriarcas, cuando Agar y su hijo Ismael vagaban por el desierto muriendo de sed, un ángel se les apareció y les indicó la fuente de Zem Zem, que estaba en las inmediaciones del sitio en donde en lo antiguo habia estado el ara de Adan. Allí pasaron algun tiempo la desgraciada sierva de Abraham y su hijo, hasta que unos amalekitas los encontraron, y viendo lo her-

mosa que era la fuente, fundaron la Meca en sus inmediaciones y tomaron bajo su proteccion á la madre y al hijo. Los amalekitas fueron expulsados por los legítimos moradores del país, entre los cuales se quedó Ismael, casándose con una hija del Príncipe reinante, de esta union se deriva el pueblo árabe. Dios le mandó reconstruir la Caaba ó altar de Adan en el sitio mismo en que habia estado fundado, y así lo hizo Ismael, auxiliado por su padre. Para ayudar á Abraham, Dios le dió una piedra milagrosa que le sirvió de andamio, subiendo ó bajando á medida de las necesidades de la obra. La piedra se conserva todavía, segun dicen, y es de creer que en aquel tiempo las piedras serian muy blandas ó los piés muy duros, porque cuentan que el que tiene fe puede ver marcado en dicha piedra el pié del patriarca. Otra tradicion dice que ese pico se llama de Adan, porque allí se retiró nuestro primer padre á llorar durante cien años á su hijo Abel. Esas tradiciones no son las únicas. En un país como Ceylan, que ha sido conquistado tantas veces y que está habitado por pueblos de tantas razas y de tantas religiones, la tradicion no puede ser una. Así es que los indios dicen que lo que se ve es la huella de Siva, y los singaleses pretenden que es el pié de Budda, que al trasladarse de Ceylan á Siam y de allí á Camboje, saltando de monte en monte, fué marcando sus huellas en todos ellos. Ménos tiempo del que necesitamos para comunicarnos lo que sabiamos de esas tradiciones y para discutir la significacion que pudieran tener, empleó el *Hugly*, gracias al viento favorable, en hacernos perder de vista el Pico, y cuando desapareció,

nuevos motivos de conversacion nos hicieron olvidar á Ceylan, á Budda y á los Patriarcas.

Lo que se notaba al momento á bordo, era la trasformacion completa de la mayor parte de los pasajeros. De Marsella á Aden pasamos el aprendizaje: aleccionado yo por la experiencia de la salida de Nápoles, y acostumbrado al movimiento del buque, no volví ni he vuelto despues á marearme y lo mismo sucedió á otros muchos; de Aden á Ceylan la tempestad nos quitó todas nuestras fuerzas; pero restauradas éstas por los dos dias que habiamos estado en tierra, cada uno de nosotros parecia ó queria parecer al salir de Ceylan un lobo de mar. Todos empleábamos ya con la mayor frescura los términos técnicos que habiamos ido pescando, escuchando á los marineros ó en las conversaciones que teniamos con los oficiales. Ya nadie decia á derecha ó á izquierda, sino á estribor ó á babor; nadie iba adelante ó atras, sino á popa ó á proa; las citas se daban para el trinquete, el palo mayor ó el de mesana, y hasta el nombre de las horas habia cambiado: en lugar de decir las siete ó las nueve, deciamos: «Me parece que acaban de picar seis», ó «supongo que habrán picado ya dos». Este sistema necesitará explicacion para la mayor parte de mis lectores, segun creo, por que yo confieso que ántes de embarcarme no lo conocia.

El dia á bordo está dividido en seis cuartos de á cuatro horas. Para marcar las horas se dan campanadas muy seguidas de dos en dos ó *campanadas dobles*, y para las medias se repite la hora y se da despues una campanada un poco separada de las otras, ó una *campanada simple*. Pero no se crea que las once, por ejemplo, se señalan con

once campanadas dobles: se emplea un sistema que parece complicado, pero que no lo es; hay, como he dicho, seis cuartos de á cuatro horas, que empiezan á la una, á las cinco y á las nueve de la mañana y de la noche; la primera hora de cada cuarto se señala con una campanada doble, con dos la segunda, con tres la tercera y con cuatro la cuarta; y las medias, como he dicho, con una doble y una simple, dos dobles y una simple, etc., etc. Como se ve, la una, las cinco y las nueve de la mañana y de la noche, una campanada doble; las dos, las seis y las diez, dos dobles; las tres, las siete y las once, tres dobles; y las cuatro, las ocho y las doce, cuatro dobles. Tampoco se llama como en tierra tocar á dar las horas, sino picarlas; porque un marinero las señala con la campana tirando de la cuerda que está atada al badajo. Y ya que hablo de esa cuerda diré que en los barcos franceses, como nos decia con énfasis un teniente marsellés, *il n' y a qu' une corde, celle de la cloche.* Todas las demas son *cordages* y tienen naturalmente, como en español, cada una su nombre. Despues de cerca de un mes de mar, á bordo no podia hacerse ya nada sin que lo comentásemos y sin que fuésemos á presenciarlo. Si uno oye que van á largar un rizo ó á recoger velas, lo comunica á sus amigos, que corren presurosos arremolinándose con los marineros, que se divierten en hacer pasar grandes sustos á los que no saben hácia donde van á llevar esas cuerdecitas que usan y que parecen árboles.

A lo que más atencion se presta es á la corredera ó *lok*, que marca la velocidad del barco. El *lok* se compone de una tablita que tiene la forma de un triángulo esfé-

rico, cuya base está cargada de plomo, de manera que flote verticalmente, y de una cuerda con nudos colocados á distancia de quince metros cuatrocientos veintinueve centímetros. La corredera se arroja al agua y se deja desenrollar cuerda durante treinta segundos. Cuando se dice que un barco anda diez ó doce nudos, quiere decirse que en treinta segundos, que se miden con un reloj de arena, se han desarrollado diez ó doce nudos ó brazas de cuerda del *lok* de quince metros cuatrocientos veintinueve centímetros.

Más de una vez me ha extrañado, y he dado cuenta de ello á muchos marinos, de que en esta época, en que tantas cosas útiles se inventan, no haya podido inventarse un instrumento que midiese con perfeccion la velocidad de los buques. Me han explicado los muchos *loks* que se han ideado, pero me han dicho todos que, por ahora, lo más seguro es lanzar la cuerda al agua.

La navegacion, sobre todo desde el segundo dia de nuestra salida de Ceylan, ha sido deliciosa. Toda mi vida recordaré con gusto esos cinco hermosísimos dias.

El mar sereno y tranquilo como un lago, sin un soplo de viento siquiera; las aguas, como un espejo, parecian heladas, y parecia que el barco no se movia ó que patinaba suavemente.

¡Qué mañanas tan deliciosas hemos pasado extendiéndonos sobre cubierta, despues de un baño sosegado y fresco, sin calor y sin cuidados y con la libertad que nos da el Reglamento! ¡Cuántas historias se han contado, cuántas confidencias se han hecho, cuántos proyectos en los paseos dados del timon al palo mayor! ¡Qué de en-

sueños por las tardes cuando, refrescada la atmósfera por la diaria tormenta de agua que descarga á mediodía en esta latitud, dejamos vagar *la loca de la casa*, despues de un párrafo siempre repetido del libro que como pretexto para soñar despierto se toma! ¡Cuántas carcajadas, cuánta alegría en el castillo de proa, sentados sobre el baupres, cuando los marineros, excitados por el vino que les regalábamos, contentos porque con el buen tiempo apénas tienen que hacer, se entregan á un animadísimo baile acompañado por un *acordeon*, una lata de petróleo que sirve de tambor, y una zambomba! Al compas de ese alboroto infernal, timoneles, gavieros y grumetes bailaban sin cesar, hasta que, picadas las ocho, íbamos los pasajeros á instalarnos á popa y se tocaba silencio para los marineros. Las noches, sobre todo, son las que se recuerdan con gusto; nada hay más hermoso, nada más poético que la luna: al sol puede comparársele con la fuerza, con el poder; sus rayos dan calor y vivifican; el sol es el trabajo, el sol es la energía. Cuando la aurora ilumina la tierra, el que mira salir el sol del mar ó levantarse detrás de las montañas, piensa en el porvenir, toma fuerza para lo futuro y energía para la lucha de la vida. Con el sol nacen los ensueños de gloria y de ambicion. El sol es el cariño del padre; sus rayos dan la luz directamente, como la autoridad que del padre emana da el ejemplo y traza la senda que en la vida hay que seguir.

La luna, por el contrario, es como el amor de la madre: sus rayos alumbran todo lo ideal; á su luz sueñan los poetas y cantan los trovadores.



Horas de poesía; en las horas de luna no se piensa nunca más que en el pasado, y en el pasado hay siempre dulces recuerdos; no es como el porvenir, que está siempre lleno de acerbos temores. Donde reina la luna en todo su esplendor es en este mar en calma. ¡Qué rayos tan puros! ¡Cómo rielan é iluminan las aguas que tan dulcemente nos mecen! ¡Con qué facilidad se extasía el alma y se siente más que se medita!

Cuando la guitarra puntea una alegre jota, ó cuando se oye una de esas malagueñas cuya letra es un poema y cuya música es un llanto, ¡cuánto nos acordamos de nuestra madre España! ¡Cuán grande deseamos que sea, cuán buenos quisiéramos que fueran sus hijos!

Y si cansados, en silencio, con los ojos medio entornados y la cabeza entre las manos, que no pueden sostener el peso de nuestros pensamientos, meditamos observando extáticos ese fenómeno de fosforescencia, esos millones de animales infinitesimales, que, al ser rozados por la quilla del barco, convierten al mar en plata y en fuego, ¡qué de ilusiones se pierden! ¡Qué de sentimientos se cambian! ¡Cuánta experiencia se gana en una noche á solas con Dios ante el Océano!

*
* *

El 3 de Julio entramos en el estrecho de Malaca; íbamos tan cerca de tierra, que á la simple vista podiamos distinguir la costa y distraernos con su espectáculo.

A pesar de los esfuerzos de los pasajeros, las navegaciones son monótonas, y lo prueba más que nada los asuntos á los que á bordo se da gran importancia. Una vela en el horizonte, un barco que nos cruza y que nos

saluda y á quien respondemos, ó que pasa groseramente de largo sin bajar y subir su bandera, como es debido, hiriendo nuestra susceptibilidad de igual modo que si hubiera sido una persona que nos debiera favores y que hubiera pasado sin hacernos cumplida reverencia; los delfines que siguen el curso del barco ó nadan á nuestro lado luchando en rapidez con el vapor y dando graciosos saltos como corvetas de potro mal domado; los peces voladores que huyen delante de la proa ó que caen sobre cubierta al querer atravesar por encima del barco, ó se meten en los camarotes atraidos por la luz; un cachalote ó algun tiburon que se divisan á lo léjos, son bastante para entretener durante horas enteras á los pobres prisioneros.

A esas distracciones han venido á unirse otras: la flota holandesa compuesta de una fragata y un *aviso* bloqueando á Atchin, cuyas costas divisábamos pensando ver en ellas esos indómitos malayos musulmanes, correligionarios y parientes por la sangre de los de Joló, con quien tiene España que romper lanzas, cuando, por haber olvidado las lecciones que les damos, prestan oido á las naciones europeas que intentan medrar á costa de nuestras disensiones.

Hemos distinguido la hermosa vegetacion de las costas, y las barquillas y juncos con velas de color de púrpura, que á lo léjos parecen de fuego. Antes de entrar en el Estrecho, hemos pasado cerca de las islas Maldivas y Laquedivas, peligrosísimas siempre para los navegantes, por los escollos y bajos de que están rodeadas, y ese ha sido durante mucho tiempo motivo de conversacion,

exagerando, naturalmente, lo expuestas que han estado nuestras vidas.

Desde que entré en el Estrecho empecé á sentirme como prisionero; habiamos pasado cerca de Penang, en donde cañones ingleses cierran la boca del Oeste, é íbamos á Singapore, que cierra la boca del Este. Estábamos á merced de Inglaterra. Hace muchos años leí una definicion geográfica que se me quedó muy impresa. *Estrecho*, dice un autor frances, *es un pasaje entre dos mares guardado por los ingleses.* Es imposible precisar mejor la situacion á que hemos llegado por la política sagaz de Inglaterra, y por el descuido de las demas naciones. La preocupacion constante de los ingleses ha sido siempre cerrar las puertas de los mares á las demas naciones. En tiempos remotos, durante la guerra de los cien años, la posesion de los cinco puertos del Estrecho (1) ha sido causa de más batallas que la conquista de París. En la guerra de sucesion de España interviene para evitar que la casa de Borbon domine en Europa, como habia dominado la casa de Austria, y se apodera, siendo aliada de los austriacos, de Ceuta, de Menorca y de Gibraltar, y los tratados de Utrech confirman estos despojos. Poco despues Barceló y el Pacto de Familia rescatan los dos primeros, pero en Gibraltar ondea aún la bandera británica, que al agitarse en el viento azota nuestro rostro, y que es una marca tan deshonrosa como la antigua marca del verdugo.

---

(1) *De la Mancha*, estaban regidos por un gobernador especial llamado «el Lord de los cinco puertos».

Vienen las guerras de la Revolucion y del Imperio, é Inglaterra se convierte en desfacedora de entuertos y en el paladin de Europa; y no Quijote, sino Sancho; al concluir la guerra domina en la desembocadura del Tajo, engañando á Portugal y atizando las odios que no debian existir entre hermanos; en la boca del Elba planta su bandera en Helgoland; en el Adriático, en las Islas Jónicas (1); en el Mediterráneo, en Malta, robándole ademas sus colonias á Holanda, so pretexto de defenderla contra el Rey intruso Luis Bonaparte, y no quiero salir de los mares por donde navegó, ni hablar de lo que ha sucedido en África y América. Con esas adquisiciones creian seguro el camino de las Indias y el dominio de los mares. Más tarde, cuando Mehemet-Alí regeneró el Egipto y empezaba á creerse probable la apertura del canal de Suez, Inglaterra se apoderó de Aden en mil ochocientos treinta y nueve como diciendo: «Vosotros pensais penetrar en el Mar Rojo; puede ser que lo consigais; pero de allí no saldréis si yo no quiero.» Hay que hacer justicia á la Gran Bretaña; siempre ha andado muy lista. Cuando Francia, dominando con su influencia en Egipto, abria con sus capitales el Canal de Suez, quiso tener un punto de apoyo en el Mar Rojo, y mandó una escuadra á tomar posesion de Perim, islote situado en la parte más estrecha de dicho mar. La escuadra tocó naturalmente en Aden para hacer carbon, y el Gobernador de dicha fortaleza sospechó que algo tramaba el emperador Napoleon, y convidó á co-

(1) Que ha devuelto; por algo se empieza.

mer á su Almirante; dícese que en la comida le dió excelente champagne, que el marino bebió mucho y habló más, y que el inglés dió, sin que se enterase su huésped, una órden escrita con lápiz al Capitan del puerto, para que impidiese á toda costa que el carbon pudiera estar listo al dia siguiente, y otra al Comandante de una cañonera para que embarcase artilleros y cañones y fuese á Perim. Cuando veinte y cuatro horas más tarde llegaron allí los franceses, se encontraron con que en dicha isla ondeaba ya el pendon británico. Este proceder no será noble, pero ha sido provechoso, porque si á todas esas posesiones añadimos Penang y Singapore, vemos que la India está defendida por muy numerosos fuertes destacados.

Esa política mercantil inglesa hasta ahora le ha dado buenos resultados, pero no es nueva, porque primero Fenicia, despues Venecia y más tarde Holanda, la han seguido, y una tras otra han ido desapareciendo ó reduciéndose á rango secundario. A Inglaterra le ha de llegar su dia; ella se escuda en sus islas y pasea por el mundo sus formidables escuadras: ella, á imitacion de los romanos, divide el mundo en ingleses y continentales, es decir, en ciudadanos y bárbaros; ella desprecia todo lo que no es anglo-sajon; pero ya irá perdiendo sus armas; por ahora ya ha perdido la más poderosa.

En tiempo de la Santa Alianza todos los Gobiernos temian la Revolucion, é Inglaterra les amenazaba á todos con proteger á los liberales: hoy dia la Gran Bretaña se ha quedado atras de muchas naciones, y nadie la teme. Si se mira el mapa, los alemanes se encuentran,

como he dicho, á Inglaterra en Helgoland; los italianos, en Malta; los egipcios, en Perim; los eslavos ven que la desembocadura del Danubio no les pertenece, porque Inglaterra se opone; los españoles vemos que no somos dueños de todo el Tajo, porque Inglaterra no quiere, y vemos que en Gibraltar nos insulta; Francia ve que la abandonó en mil ochocientos setenta para pagarle su auxilio de mil ochocientos cincuenta y tres, y ve que se aprovecha del Canal de Suez despues de haberse opuesto tanto á su construccion. No es extraño, pues, que un dia salga de todas las naciones un grito de *¡Delenda est Britania!* ¡Ojalá sea en mis dias! Sólo pudieron consolarnos de esos amargos pensamientos y del recuerdo de la vergüenza de Gibraltar el sol, el mar y el cielo, esos tres grandes reflejos de Dios, como dice en su admirable estilo D. Pedro Antonio de Alarcon, que no pueden ser propiedad de nadie, porque el Infinitamente Justo los ha dado para todos. Con la caida de Inglaterra vendrá la libertad de los mares y la neutralizacion de los estrechos, y se abolirán las presas y otros restos antiguos de la barbarie que sostiene Inglaterra, cuya política extranjera es en el mundo en este momento histórico la política más reaccionaria.

*
* *

A las seis de la mañana del 6 de Julio llegamos á Singapore, en cuyo muelle atracó el *Hugly* cual si fuera una lancha; desde él nos trasladamos á un carruaje muy bueno, muy ligero y muy cómodo, pero feo. Los que han vivido en Filipinas deben conocerlo, pues se me ha dicho que en Manila son conocidos con el nombre de «sin-

gapores.» La Península de Malaca, la antigua Chersonesa Aurica es por su naturaleza uno de los lugares más encantadores del mundo, y disputa, en opinion de muchos, el premio de la belleza á la isla de Ceylan. El dia que pasé en Singapore le empleé perfectamente. Durante las horas del sol almorcé bien, dormí la siesta y me entretuve en las galerías del Hotel de Europa con los vendedores y los acróbatas que venian á sacarnos ó pedirnos dinero. Cuando despues de la lluvia diaria se hizo la atmósfera un poco ménos sofocante, fuí á visitar á nuestro cónsul. Todos los diplomáticos españoles que han estado en Oriente conocen al Sr. Mencarini y han quedado encantados de su amabilidad y de la de su familia. El Sr. Mencarini goza de gran consideracion en la colonia, y ve coronados los titánicos esfuerzos que hace con su escaso sueldo, comparado con el de sus colegas, para que España sea representada como debe serlo. ¡Ojalá todos los que son guardadores en el extranjero del nombre de nuestra patria, lo mantuviesen siempre con el brillo con que nuestro amable cónsul en Singapore!

La situacion de esta ciudad hace que no tenga carácter propio. No es ni India ni China. Los europeos viven en el campo; vi sus casas despues de visitar al Cónsul y cuando me dirigia al jardin público ó jardin botánico. Para un europeo ese jardin es un espectáculo grandioso, porque todas las hermosísimas plantas de los trópicos, auxiliadas por el arte que las dispone en macizos, dándoles verdes praderas, como fondo y claras fuentes y estanques en donde mirarse, forman un cuadro encanta-

dor. Hay allí ademas pajareras llenas de pintadas aves de variados colores, monos y animales raros que vuelan ó saltan en su aire, que comen lo que da el campo, donde ántes vagaban libres, y á los que nada falta en esa situacion de despotismo ilustrado.

Los barrios chino, indio y malayo son dignos de ser visitados; en ellos halla el viajero abundante recreo para los ojos; pero en un dia, ¿qué puede saberse de las costumbres, qué puede hacerse más que mirar?

Singapore fué fundada por los malayos en el siglo XIII: su nombre viene de *Singa*, leon, y *pura*, ciudad. Los ingleses la poseen desde mil ochocientos diez y nueve.

Por la noche fuimos á ver una representacion de *ópera china*. El teatro es rectangular y tiene palcos y lunetas no muy cómodos. En la escena, en donde estaban los músicos junto á los actores, debian pasar cosas terribles, porque la orquesta, compuesta de platillos, bombos, *gongs* (un caldero sobre el que golpean) y una especie de rabeles, hacía un ruido infernal, se daban voces y palos y se hacian muecas y contorsiones agitando el imprescindible abanico. Comprendimos poco y olimos mucho; y dejando para personas más peritas el explicar la influencia del arte dramático en China, nos fuimos á dormir á bordo despues de habernos despedido de todos los pasajeros que iban á Java y á Filipinas.

Pocos de ellos se acordarán tal vez de mí; yo no olvidaré nunca á algunos cuyas manos estreché con emocion al despedirme, tal vez para no volverlos á ver jamas.

VIII.

SAIGON.

Saigon, 11 *de Julio de* 1873.

El siete, á las seis de la mañana, levamos anclas de Singapore. Continuó el mismo tiempo magnífico y la misma calma: el viaje iba siendo más feliz de lo que lo habia acariciado nuestro deseo.

La vida de á bordo se hizo más íntima. En Singapore nos habian abandonado más de cuarenta pasajeros de todas clases, y el puente del *Hugly* parecia una calle desierta, despues de haber estado animado como en una fiesta. En la cara de todos se notaba el cansancio del viaje, el deseo en unos de llegar al seno de sus familias y al centro de sus negocios, en otros de ver las tierras que se han propuesto visitar y de salir de un piso flotante y movedizo, en el que no encuentran asiento las ideas ni el cuerpo. Todos ansiamos ya, aunque parezcamos ingratos con quien tan bien nos trata, abandonar el barco y el clima enervante y caluroso de la zona tórrida. En el dia de la salida de Singapore y en los siguientes

nos hemos acercado tanto al Ecuador, que no hemos distado de él más que un grado (60 millas).

Los dias son iguales á las noches, naturalmente, y hemos podido observar al ponerse el sol la brusca transicion de la luz á las tinieblas. En el Ecuador no hay crepúsculo. A las seis de la tarde parece que el sol baja, se le puede seguir con la vista en sus movimientos. En ocho ó diez minutos queda sepultado en el Océano. El espectáculo es magnífico cuando el mar está en calma. Una inmensa mole de fuego, suspendida sobre nuestras cabezas, comienza á bajar lentamente; cuando parece tocar las aguas, en la retina se verifica un fenómeno óptico: el sol parece como que se alarga y toca al mar semejante á un globo; despues sólo se ve una corona, geométricamente hablando, y despues nada. En estas transiciones, que son rapidísimas, refleja el sol tan extraños colores, ilumina de tan diversos modos á las nubes, les da tonos tan inverosímiles, que causarian la desesperacion de un colorista si intentára copiarlas.

El 11, á las once de la mañana, hemos llegado á la vista del Cabo Saint-Jacques, y como la marea nos era favorable, entramos en el rio Donnai. Sus orillas responden á la idea que se tiene formada de la naturaleza vírgen; por los bosques no puede pasar ni una culebra; en los juncos y en la maleza hay sitios en que parece presentirse el tigre escondido acechando á su presa.

Desde que los vapores navegan por stas aguas, las fieras han huido como huyen siempre donde se manifiesta la civilizacion; sin embargo, no han desaparecido. Con nosotros viene desde Singapore un inspector

del telégrafo que une á Europa con el extremo Oriente por la India y la Indo-Çhina, que nos decia que una de las mayores dificultades de su empresa es la de no encontrar quien se atreva á recorrer la línea, porque con demasiada frecuencia se repite no hallar más que los trajes de los infelices guardas al lado de las pisadas del rey de las selvas asiáticas. El piloto que hemos tomado en el cabo Saint-Jacques nos contó que dos dias ántes, cuatro tigres, á las mismas puertas de la casa-faro, habian matado á un enorme perro de guarda, y habian degollado un rebaño de cabras.

Nosotros sólo hemos visto monos huyendo de rama en rama al divisarnos, y pelícanos pescando, unas veces en bandadas por su cuenta, y otras con una argolla en el cuello, que les impide tragar, llenando la bolsa que tienen bajo el pico, por cuenta de algun anamitano ó chino que desde una barca cuidaba de sus pájaros domesticados. Lo que no hemos visto, como quiere la conseja, es que se abriesen el costado para alimentar con su sangre á sus pequeñuelos, á los que prefieren dar peces, que abundan mucho en los rios y en los mares de Asia.

El rio lleva nuestro barco con facilidad suma, y permite que nos crucemos con juncos y vapores que navegan con tanta libertad como en el mar.

El Donnai toma su orígen en el país de los *moi* (1); penetra en la provincia de Bien-hoa, baña la ciudad de este nombre y recibe por su derecha el rio *Saigon*, de

(1) Llámanse *moi* los habitantes de las montañas que no son de raza china, y que se cree que son los aborígenes del país.



quien toma su nombre la capital de la Baja Cochinchina, que pertenece á los franceses. Poco despues de su reunion, estos rios se dividen en varios brazos. El principal es el Soirap, que, á primera vista y á causa de su direccion de Norte á Sur y de su caudal de aguas, parece que debiera conservar el nombre principal, pero no sucede así, porqe no es tan fácilmente navegable como el brazo ó canal que seguiamos y que desemboca en el mar entre la punta de Cangió y el cabo de Saint-Jacques: éste es el que conserva el nombre de Donnai.

El sistema hidrográfico de Cochinchina es admirable; ademas de los dos rios que acabamos de citar, Saigon y Donnai, existen los dos Vaicos, oriental y occidental, que despues de reunirse van á desembocar en el brazo mayor del Donnai.

En la Cochinchina sometida á Francia hay, ademas de estos rios, una infinidad de canales. La parte de la Península sometida todavía al Anam y al Camboje, está bañada principalmente por el rio de este nombre, que tambien se llama Me-Kong ó *gran rio*. El Camboje nace en las montañas del Tibet, atraviesa la extremidad del Sudoeste de China, rodea la parte occidental del imperio de Anam, pasa de allí al reino de Camboje, y á los once grados treinta y cuatro minutos de latitud Norte, se divide en tres brazos. El primero desemboca en un lago de 400 millas; el segundo, el del Oeste, llamado por los anamitanos *rio posterior*, en el mar, por dos bocas; y el tercero, el del Este, conocido con el nombre de *rio anterior*, se divide en cuatro brazos, que van á dar en la mar por seis bocas. Me he detenido fijando, aunque so-

meramente, el cauce recorrido por estos rios, porque encierran uno de los problemas más importantes que se han presentado en Asia en estos últimos tiempos: el establecimiento de comunicaciones entre el Sud de la China y los golfos de Bengala y del Tonkin. Una simple ojeada al mapa demuestra, sin necesidad de esfuerzo, las grandes consecuencias que para el progreso tendrá la exploracion y explotacion de esos países.

Al escribir en Julio de mil ochocientos setenta y tres mis impresiones de viaje, teniendo que sujetarme á la índole y al tamaño de las correspondencias que dirigia á *La Epoca*, decia solamente: «No es extraño que Francia desde su colonia de Cochinchina, y que Inglaterra desde su inmenso imperio del Indostan, manden expediciones repetidas para explorar esos rios; expediciones que, si hasta hoy han dado poco ó ningun resultado, darán su fruto más ó ménos pronto, pues ya no es permitido dudar del resultado de las empresas que intentan llevar á cabo el genio y la perseverancia del siglo XIX, por grandes y extraordinarias que sean.» Unicamente decia esto; pero era bastante para plantear el problema de que sólo entónces empezaban á ocuparse los hombres pensadores, porque hacía poco tiempo que las repetidas tentativas de gobiernos y exploradores habian dado un resultado práctico.

Como he dicho, basta mirar el mapa para convencerse de la importancia de esas empresas y para comprenderlas fácilmente. El Imperio chino forma la cuarta parte de la humanidad: se extiende desde las heladas orillas del Amor hasta las hirvientes aguas del golfo de Tonkin,

y en esa extension de terreno, en donde se agitan tantos millones de consumidores, se recogen toda clase de productos naturales, desde las pieles hasta el añil y el azúcar. Europa ha luchado siempre para que el mercado chino fuese accesible á su comercio, y despues de várias guerras se han establecido factorías, primero en algunos puertos de las costas orientales, y despues por el *Yang-tse-Kiang* (1) hasta Hankow. Esto no bastaba á la actividad y á las necesidades de la época que atravesamos. Quedaban y quedan aún por descubrir y explotar el Tibet, el Yun-nam y las provincias centrales de China; y la explotacion de esas regiones ha sido el objeto de las expediciones que han enviado Francia é Inglaterra, que, por la posicion de sus colonias, se hallan en buenísimas condiciones para intentarlo.

Los ingleses han querido ir á buscar las provincias bañadas por el Yang-tse remontando desde Rangun el rio Irawddy si era navegable, ó tomando el camino de Bhamo, lo que haria que todo el comercio de las regiones que hemos citado, en vez de ser casi nulo é ir por caravanas ó tomar trabajosamente el camino de Shanghay

(1) Tercer rio del mundo: sólo el Amazonas y el Misisipi son mayores; nace en las alturas del Tibet, tiene tres mil doscientas millas de largo, y baña un terreno poblado por ciento setenta millones de habitantes. Su nombre se compone de tres caractéres chinos, *Yang* Océano, *tse* hijo, y *Kiang* rio; significa el *rio hijo del Océano.* Siempre que vaya precedido de la palabra española *rio* deberá suprimirse la equivalente china *Kiang* para no repetir las misma idea en dos lenguas. En lengua mandarina *Kiang* se pronuncia *Chiang.*

Tambien se hace segun el nombre de los rios chinos de la partícula *ho* sinónimo de *Kiang*: así se dice Huang-ho, Pei-ho.

dando un rodeo inmenso, iria á desembocar en un puerto del golfo de Bengala ó de Martaban buscando allí cambio ó embarque. Por allí podrian llevar los ingleses el opio de la India y tomar el té y las grandes riquezas minerales que están hoy sin explotar. El resultado inmediato de esto sería la anexion de la Birmania á Inglaterra, colocando bajo el dominio de esta nacion, ó declarando tributaria y vasalla, á la córte de Amazapura. Hasta ahora las várias expediciones inglesas no han dado ningun resultado, y la última ha terminado con la desgraciada muerte de Mr. Margary, por la que acaba Inglaterra de obtener satisfaccion, aunque no muy cumplida, por el convenio de Chefu.

La mision de Francia parecia ser la explotacion del Me-Kong. Para intentar dicha empresa se organizó una expedicion bajo las órdenes del comandante de Marina, Ernesto Douart de La Grée, acompañado de los oficiales de la Armada, Garnier y Delaporte, de los doctores Joubert y Thourel y del Vizconde de Carné, agregado al Ministerio de Negocios Extranjeros. El fin de esta expedicion está claramente marcado en un párrafo de las instrucciones que el Almirante de la Grandiere, gobernador general de Cochinchina, dió al jefe de ella. «Determinar geográficamente la direccion del rio por medio de una exploracion rápida llevada lo más léjos posible; estudiar al mismo tiempo los recursos de los países que se atraviesen, y buscar el medio de unir comercialmente el valle superior del Me-Kong con el Camboje y la Cochinchina.»

La expedicion del comandante de La Grée era tema

de los oficiales á bordo del *Hugly*, pues recordaban con orgullo los trabajos, los sufrimientos y la gloriosa muerte de aquel héroe.

El cinco de Junio de mil ochocientos sesenta y seis salió de Saigon para el Norte, acompañado de los que he citado un poco más arriba; el doce de Marzo de mil ochocientos sesenta y ocho, casi al término de su empresa, murió en Tong-Chuén, en China, á consecuencia de la fatiga, de las privaciones, del clima y de las torturas morales que tuvo que sufrir en los dos años que duró el viaje.

El comandante Douart de La Grée merece, como La Peyrouse, como Mungo Park, como Franklin, como Cook, como Livingstone, un puesto en la memoria de la humanidad, en cuyo servicio ha muerto. En estos apuntes nos es imposible seguirle en todo su viaje y en todos sus sufrimientos en las luchas con los régulos del Laos Birmano, con la malevolencia de los mandarines, con el clima, con la falta de recursos; nos es imposible describir su desesperacion al convencerse el veinte y cuatro de Mayo de mil ochocientos sesenta y siete en Vien-Chan y confirmar posteriormente su convencimiento de que el Me-Kong no era navegable para los vapores á causa de las cataratas de Khon, de sus grandes crecidas y de sus furiosas corrientes. Nos es imposible describir su alegría el diez y ocho de Octubre del mismo año al penetrar en China y encontrarse con su civilizacion relativa y con la esperanza de éxito. Sólo podemos sentir y llorar viendo esa enérgica naturaleza postrada en Tong-Chuén, y aquella poderosa inteligencia trazando proféticamente el camino que por el Song-coi al Ton-

kin debia seguirse para conseguir el objeto que se proponia el gobierno frances.

Las consecuencias del viaje del Comandante Douart han sido grandísimas. En el dominio de la ciencia se ha descubierto y descrito el Me-Kong en una extension de mil doscientas millas hasta el grado veintidos paralelo; se han reconocido sus afluentes, atravesado las montañas del Yun-nam por puntos nuevos y desconocidos, y se han descubierto varios lagos. Desde entónces, saliendo del terreno de las hipótesis, se ha tenido el convencimiento de que el *Gran Rio* nace en las nieves del Tibet, se han añadido en los mapas trescientas millas al trazado del Yang-tse, se han hecho importantísimas observaciones astronómicas y metereológicas y se ha traido un tesoro de datos acerca de la historia, la lingüística, la fauna y la flora de los países recorridos.

Bajo el punto de vista político se han visto los grandes resultados que puede conseguir Francia explotando el descontento de los gobiernos y pueblos del Laos (1) sometidos ó tributarios de Siam en el Sur, y de Birmania en el Norte. Bajo el punto de vista práctico, ha probado, como hemos dicho, que el Me-Kong no es navegable y ha encontrado el verdadero camino para el Sud-Este de China y para el Yun-nam Oriental.

El Comandante Douart comprendió que siendo, como

(1) Antiguo reino, del que no quedan más que restos fraccionados en principados tributarios de sus vecinos; ocupaba casi todo el valle del Me-kong confinando con China, Tonkin, Cochinchina, Camboje, Siam, Birmania, India y Tibet. Los Laos son aún la raza más numerosa de las indo-chinas.



es, el Song-coi ó *Rio Encarnado* navegable desde Manghao, última ciudad de la provincia china de Yun-nam, á cuatro cientas catorce millas del mar, las relaciones que de antiguo existian entre China y Anam podian restablecerse é ir al Golfo de Tonkin, tomando el mismo camino las que la moderna actividad creára.

Todo el comercio de esas considerables regiones se dirigiria entónces á Saigon, que sería rico y provechoso depósito.

Los compañeros de Douart, cumpliendo con las órdenes de su Gobierno, fueron á buscar el Yang-tse, y por él se dirigieron á Sanghay; pero Francia, comprendiendo el fruto que podria sacar del descubrimiento, organizó una nueva expedicion exploradora, que en Junio de 1873, cuando pasé por Cochinchina, se estaba prepaparando y esperaba sólo la estacion seca para empezar sus trabajos. Habiendo visto aquellos climas y habiendo estado en aquellos rios, seguí, naturalmente, con muchísimo interes las vicisitudes por que pasó. El 10 de Octubre el teniente Garnier, el segundo de Douart, salió precipitadamente para el Tonkin, porque la situacion política de aquella region reclamaba la presencia de un representante de Francia é imposibilitaba todo trabajo científico.

En Diciembre del mismo año, ese sabio y valiente oficial murió en un encuentro con los indigenas. La consecuencia de esta muerte ha sido que Francia extendiese su protectorado sobre el Tonkin, abriese el rio al libre comercio estableciendo factorías en Hanoi (1) y en

(1) En algunos mapas, Hanoy, capital del Tonkin, se llama Kécho.

Haiphong que le servirán de base para dominar algun dia todo el Anam.

Cuatro palabras de Historia enseñarán cuál ha sido el motivo de la intervencion de Francia en todas esas regiones, intervencion que producirá su sumision en breve plazo.

Anam perteneció á China hasta el siglo x. Desde este siglo hasta principios del siglo xv fué vasallo del Celeste Imperio, debiendo su independencia á Nguyen Tien, antepasado de los actuales reyes. En tiempo de su independencia comprendia tan sólo el Tonkin; pero habiéndose dividido la dinastía, la que gobernaba al Sud de las montañas de Hué (1) fué extendiéndose hácia el Mediodía y conquistó la baja Cochinchina y sometió el Camboje (1570-1658).

En 1774 una poderosa insurreccion dirigida por los hermanos Tay-son, desposeyó al Rey, á quien dió muerte. Su hijo y legítimo heredero fué protegido, despues de muchas vicisitudes, por el célebre Obispo de Adrán, Mgr. Pigneau de Béhaine, quien le aconsejó pidiese auxilio al Rey de Francia. Gracias á la intercesion de dicho Obispo, se firmó en Versalles, el 28 de Noviembre de 1787 un tratado en que, á cambio de positivas ventajas, Luis XVI prometia un cuerpo expedicionario de unos mil quinientos hombres y un completo material de guerra.

La fecha nos dice claramente que el tratado no pudo tener efecto. Ademas de la mala voluntad de las autoridades francesas de la India, vino la Revolucion á impe-

(1) Capital de Anam.

dir fuese llevado á cabo. El Obispo de Agran, no pudiendo prestar á su protegido la ayuda de su país, le buscó la de algunos de sus compatriotas, y oficiales franceses organizaron el ejército, y aprovechándose de las disensiones de los rebeldes, entregaron al rey legítimo una buena parte de su territorio en 1790, y todo el Tonkin y la Cochinchina en 1802, de los que se declaró rey con el nombre de Giá-long.

El Obispo fué nombrado primer Ministro; á su muerte se le hicieron pomposas honras fúnebres, y durante la vida de Giá-long progresó su reino y fueron bien tratados los franceses; pero en 1820 le sucedió su hijo, que expulsó á los franceses y volvió á sumir á sus reinos en asiático letargo.

Francia no podia consentir la pérdida de una influencia que habia de ser algun dia fuente y base de prosperidad, y procuró reanudar las interrumpidas relaciones, tomando pretexto de la cuestion religiosa. Los sucesores de Giá-long, Minh-Mang (1820), Thieu-Tri (1840) y Tuc-Duc (1847), no cesaron un instante de perseguir á los misioneros y á los cristianos convertidos. Despues de muchas tentativas sin resultado, aliado á España que tenía que vengar la muerte del obispo Diaz, Vicario apostólico del Tonkin, martirizado el 20 de Julio de 1857, el Emperador Napoleon declaró la guerra á Anam.

El 31 de Agosto de 1858 empezaron las hostlidades; el 2 de Setiembre del mismo año toda la península de Tourane estaba en poder de los aliados; el 17 de Febrero del año siguiente se apoderaron de Saigon.

Miéntras duró la guerra de China, los expedicionarios se mantuvieron á la defensiva; pero concluida ésta victoriosamente por el tratado de Pekin, comenzaron de nuevo las hostilidades, que, aunque lentas, fueron victoriosas durante el año de 1861 y parte del de 1862, hasta el tratado de Saigon que se se firmó el 5 de Junio. Por él se cedian á Francia las tres provincias de Bien-hoa, Saigon y Mitho. A estas importantes adquisiciones vino á añadirse el protectorado de Camboje. El jóven rey Phra-Norodon, por el tratado de 11 de Agosto de 1863, lo aceptó gustoso, prefiriendo la proteccion de Francia á la tiranía alternativa de Anam y Siam.

Despues de la muerte del teniente Garnier, la córte de Hué ha aceptado tambien el protectorado de Francia y ha renunciado al derecho de hacer tratados con las naciones extranjeras.

En estas guerras y en estas conquistas, en el establecimiento en Asia de Francia, ha tenido parte principal nuestra madre España.

Inútil nos parece decir que nuestros oficiales y soldados se portaron como siempre; pero ya que tantas veces tenemos que leer con disgusto justas ó injustas censuras de los extranjeros, permítasenos complacer nuestro orgullo nacional con la copia de las siguientes frases estampadas por un autor frances al hacer la descripcion de la capital de Cochinchina.

«Los españoles oficiales y soldados que han dejado en la colonia tan brillantes recuerdos de valor y cortesía, habian construido un gran campamento de barracas de madera, á lo largo del cual abrieron la calle de Isabel

segunda, una de las más largas y de las más hermosas de Saigon.»

Degraciadamente, ni los gobiernos con su política, ni los particulares con sus empresas han sacado el partido que hubieran debido sacar de un país en que tanto hemos hecho. Dos tristes ejemplos nos lo prueban; al fundar en Saigon la ciudad europea, el gobierno frances cedió al español un hermoso pedazo de terreno para que en él se construyese una casa-consulado; á pesar de los años trascurridos, nada se ha hecho, y hoy el terreno de España afea uno de los sitios más públicos y más hermosos de Saigon.

Esa es la culpa del Gobierno; pero como casi siempre éste no las tiene todas. Saigon es casi un puerto franco, las mercancías que de él entran ó salen, sólo están gravadas con un derecho de puerto ó navegacion del que sólo se ven libres los franceses y los españoles, y sin embargo, entran en el Donnai más barcos con bandera inglesa y alemana que con la nuestra.

España, no me cansaré de repetirlo, tiene un gran porvenir en Asia, si quiere desarrollar las inmensas riquezas naturales de Filipinas y si quiere hacer de ese rico archipiélago base para su comercio.

No sé si al hacer la guerra de Cochinchina habrá llevado España, á las riberas del Donnai, la idea de introducir en Asia una nacion nueva y fuerte á cuya política no convendrá nunca extenderse más que en el Continente, y que por propia conveniencia, para no tener temibles vecinos y por agradecimiento por nuestra ayuda, nos podria un dia defender contra los que codician nuestras

posesiones, sobre todo contra Alemania. Si esa fué la idea primordial de la expedicion, fué idea racional y que puede, tarde ó temprano, dar sus frutos.

Hoy el comercio de Cochinchina con Europa es todavía escaso; pero si se convierte la colonia francesa en depósito para el centro de China y para el Yun-nam, será considerable. Los recursos de Filipinas son aún pequeños; pero si se quiere, pueden ser nuestras islas base de la riqueza nacional. Muchos requisitos han de reunirse para que esto suceda. Es preciso una voluntad firme y constante, empresas de comercio que unan la ilustracion y la grandeza de miras al genio emprendedor y al arrojo, un gobierno que se empeñe en tener representacion diplomática y consular bien retribuida y con positivas ventajas para que permanezca mucho tiempo en Asia. Hace falta, ademas, una administracion colonial inamovible, una marina de guerra que, no necesitando velar nuestras costas sublevadas, pueda pasear el pabellon gualdo y oro por remotas tierras, enseñando el camino á los barcos mercantes.

Mucho hay que hacer, pero ménos de lo que parece, porque tenemos grandes elementos y grandes ejemplos que imitar; mas volviendo á Saigon, ó mejor dicho, ocupándonos de esta ciudad, dirémos que á las doce en punto fondeamos en el muelle de las Mensajerías. La ciudad es curiosísima, pero lo es ménos para el que ha visto ya Punta de Gales y Singapore; iguales casas, idénticas abigarradas muchedumbres, en las que predomina la anamítica y tonkinesa, que es transaccion entre la india y la china.

El aspecto general de la poblacion hace ver el momento que los franceses no son ni serán nunca buenos colonos; un almirante viejo y unos cuantos jóvenes, que ni estudian el país ni aprenden la lengua, gobiernan malamente un territorio que pudiera ser muy rico. ¡Qué diferencia entre el colono frances y el colono inglés! Para un frances, en el mundo no hay más que Francia. El dia que llega á una colonia, ya piensa en abandonarla. El inglés ama con delirio á su país; pero sabe que puede serle tanto ó más útil en el extranjero que en Lóndres. El inglés llega á un país, forma su *home*, se reune con su mujer y sus hijos, en *Christmas* llena su casa de *evergreens*, tiene al año dos *meeting* de carreras de caballos, uno en primavera y otro en otoño; para él siempre existe *Old Englad*, pero no la recuerda nada más que cuando no trabaja en su comercio ó en su oficina. De esos colonos procede la raza de *Australians Indians*, *West Indians*, *Africans*, etc., que llevan ese apelativo con tanto orgullo como Scipion el de *Africano*.

Poco despues de amarrar el buque vino á sacarme de mi propósito de quedarme á bordo hasta la caida de la tarde, un mandadero de un hotel que me dijo que en él estaban los pasajeros del *Provence*, barco de las mensajerías que habia llegado allí hacía dos semanas, y que á la salida del rio habia sufrido fuertes averías, teniendo que volver de arribada, y que entre ellos habia un español que se dirigia á Pekin. Al momento comprendí que era mi querido amigo y compañero Emilio Moreno Rosales, y corrí á abrazarlo; mis lectores comprenderán con cuanta efusion nos estrechariamos las manos en aquellas

alturas tan léjos de la patria, la familia y los amigos. Él me sirvió de guía y *cicerone* por la ciudad y sus alrededores; con él visité Cholon, que es la ciudad china, centro del grandísimo comercio que se hace por los *arroyos*, que es como llaman en Cochinchina á los canales, y juntos recorrimos el rio, viendo las gentes que en él viven en los barcos, y que comen, duermen, fuman y mascan betel sin salir nunca ni para nada de la choza flotante que les alberga.

Por la noche visité con mi amigo al capitan de un lindo vapor español que estaba anclado en el rio (1), y me puse despues á buscar albergue para la noche, porque á bordo era imposible estar, pues entre el ruido que hacian cargando carbon, y los mosquitos, que son los mayores que he visto, no era dable conciliar el sueño. Dificilísimo fué encontrar donde guarecerme. Los pasajeros del *Provence* tenian tomadas todas las habitaciones del único hotel aceptable. Me metí en una fonda de mala muerte, donde tuve que pasar la noche en la ventana; el aire era tan pesado y tan poco respirable, que temí asfixiarme. Por primera vez durante mi viaje me sentí mal, y no me repuse hasta respirar el aire puro de alta mar. A las ocho de la mañana del dia siguiente ya estaba á bordo; á las diez comenzamos á bajar el rio.

(1) El *Albay*. Un año despues ese vapor se fué á pique en el puerto de Hong-Kong en un tifon, pereciendo en él ochenta personas.



IX.

HONG-KONG.

Hong-Kong, 15 *de Julio* 1873.

Despues de tres dias de travesía llegamos en la noche del 14 al 15 al puerto de Hong-Kong.

La navegacion habia tenido para mí un encanto extraordinario; no podrán comprender los que por una situacion análoga á la nuestra no hayan pasado, el valor que tiene un encuentro inesperado á seis mil millas de la patria, sobre todo si es un compañero y amigo que tiene por la *Casa grande* (1) el cariño que le tenemos todos los que en ella hemos pasado los primeros años de la juventud, que parecerán pocos á alguno, pero que han sido una buena parte de nuestra vida. El recuerdo de nuestros compañeros, los proyectos para el porvenir, los planes de vida en Pekin y en Yokohama, á donde nos dirigiamos él y yo, hacian pasar el tiempo con más rapidez que la que con viento en popa llevaba nuestro

(1) Palacio, donde está el Ministerio de Estado.

buque. Los recuerdos que despierta siempre la música, ese lenguaje universal de los sentimientos que con tanta maestía maneja mi amigo Moreno Rosales vinieron á unirse á nuestras conversaciones, y nos hicieron pasar las mejores horas que habiamos tenido desde nuestra salida de Europa.

Desde el puerto, donde esperábamos impacientes que amaneciese para desembarcar, el aspecto de Hong-Kong es tétrico y fantástico. Ese silencio que no se encuentra más que en los países donde hace gran calor, la oscuridad de una noche sin luna; enfrente de nosotros las cuestas de Victoria City, esmaltadas de lucecitas que parecian el firmamento alfombrando el suelo, producia un efecto de leyenda.

La mañana siguiente la empleamos los que íbamos al Japon en trasbordar nuestro equipaje. El *Hugly*, nuestro antiguo amigo, y el *Mensaleh*, á donde debiamos pasar, estaban colocados á ambos lados de un ancho muelle flotante, de modo que se hizo la operacion fácilmente, pero no sin gran calor y gran molestia, porque debiamos colocar nuestros equipajes aumentados con todas las fruslerías compradas por el camino en un barco mucho más pequeño y en el que teniamos que meternos tres por lo ménos en camarotes para dos personas y mucho menores que los del *Hugly*.

Acostumbrados ya á la mar, y persuadidos de que tendríamos que continuar durmiendo sobre cubierta ó sobre la mesa del comedor, no nos asustamos, y despues de arreglarlo todo y de despedirnos de los oficiales de á bordo, nos dirigimos á la ciudad.

Lo primero que Moreno y yo hicimos fué ir á visitar al Cónsul de España, con tanto más motivo, cuanto que lo era en Hong-Kong D. José A. de Lavalle, Conde de Premio Real, antiguo compañero nuestro en la Secretaría de Estado.

Para los chinos, España es la Gran Luzon; como nos habian hecho esta advertencia, diciendo á los *coolis* de los palanquines *Great Luzon Consul*, fuimos fácilmente comprendidos.

El efecto que produce el ir en andas en un palanquin es indescriptible, se siente un poco de orgullo por creerse uno importante mandarin y superior á los que cargan con las sillas. Un palanquin se compone de un sillon de bejuco muy cómodo, con una especie de templete que lo cubre, de donde caen unas cortinillas, y de dos perchas horizontales que descansan en los hombros de los que lo llevan con andar ligero y acompasado. El movimiento es muy agradable, siendo sólo difícil acostumbrarse á guardar el equilibrio y no inclinarse á los lados, lo que podria hacer sufrir la dignidad y el cuerpo dando en tierra con ambos.

«Los ingleses, decia desde la rada de Hong-Kong un viajero frances con razon y gracia, tienen un talento especial para amueblar peñascos»; ahí están para probarlo Gibraltar, Aden, Malta, y eso que está enfrente, Hong-Kong, es como las ciudades que acabamos de citar: un verdadero nido de águilas, un islote montañoso situado en la desembocadura del Rio de las Perlas, que los ingleses se hicieron ceder en 1841.

En treinta y tres años ha crecido y prosperado mu-

cho. La ciudad de Victoria, que es como llaman á la factoría, es importante, el *Camino de la Reina*, los edificios públicos, las casas de Jardine, de Dent, de Russell y de otros importantísimos comerciantes, cuyos nombres no recuerdo, son dignos de ciudades viejas. El Sr. Lavalle nos recibió muy bien y no nos dejó un instante; con él pasamos todo el dia y ocupamos en su casa las elegantes y confortables habitaciones que en ella tenía destinadas á los viajeros españoles.

Pasamos el dia hablando de las cosas de Europa y preguntando por las cosas de Asia, yendo de tiendas para hacer las necesarias compras, y sobre todo *pachamas* de franela, indispensables si quiere combatirse la humedad con la misma prudencia con que se ha combatido el calor.

Fuimos despues á visitar á los misioneros españoles, buenos y amables padres de la órden de San Francisco, encargados de evangelizar el Tong-kin y la provincia china de Chin-kiang.

El misionero es de todos los fieles de la iglesia militante el más digno de admiracion. Cuando se ve un pobre fraile internarse en China ó en el Tong-kin, teniendo que olvidar completamente á su patria, á donde no puede volver, á su familia y á sus amigos, á quienes no verá hasta la otra vida; cuando se les ve desprenderse de todos los atractivos y comodidades de la civilizacion, vestir á la china, comer y vivir con los chinos para enseñarles la verdad; cuando se les ve ir voluntariamente á países en donde mueren martirizados los que resisten al clima, se reverencian su fe y su valor. ¡Qué lástima,

que las pasiones de las que ningun hombre se ve libre hiciesen que la rivalidad entre jesuitas y dominicos causase la ruina de la religion justamente cuando entraba China en vías de civilizacion occidental! ¡Qué desgracia que las imprudencias de los frailes y la rivalidad con la Orden fundada por San Ignacio de Loyola hiciese cerrar el Japon en tiempos en que las naciones y el espíritu de la época ayudaba los esfuerzos de los civilizadores del Evangelio! Ya que hablo de los misioneros, no puedo ménos de consagrar un recuerdo á unas viajeras del *Provence*, que desde Saigon vinieron á bordo del *Hugly* y que continuaban su viaje á Pekin. Pertenecian á esa religion que se llama *Hermanas de la Caridad*, á esa pléyade santa que, con la fe y la abnegacion por norte, son las madres de todos. Eran de esas santas mujeres que se encuentran siempre junto al lecho del moribundo en los hospitales; al lado del soldado entre las balas en los campos de batalla; respirando el aliento mefítico de los apestados, las que cuidan de los pobres niños abandonados por la crueldad ó la miseria de sus madres.

Si causan y deben causar admiracion esos hombres valientes, soldados de su fe y de sus creencias, sagrado respeto deben inspirar esas heroínas que van á sufrir los desprecios de un pueblo supersticioso y fanático, y que al dia siguiente de los horribles asesinatos de Tientsin se inscribian en tan gran número para ir á China, que no podia el General de su Orden concederles á todas *la esperanza del martirio*.

Las religiosas que han venido con nosotros desde Saigon, están bajo la direccion de la Duquesa de Audifret

Pasquier (que tambien venía á bordo), hermana del célebre jefe del centro derecho de la Asamblea de Versalles (1). La Duquesa dirige hace mucho tiempo las misiones de China. Entre las hermanas habia algunas que no tenian veinte años, que son de tan buena alcurnia como su Superiora, y que abandonaban posicion, riquezas, alegría, familia, patria, todo lo que decimos que constituye la felicidad.

Por la tarde del dia 15, que por cierto era el dia de mi santo, dimos un largo paseo en coche por el campo de carreras y por las orillas del mar.

Al describir rápidamente los países que he visitado en mi viaje, me he detenido á veces en hacer algunas consideraciones acerca de la influencia que, á mi pobre juicio, ejercen ó pueden ejercer en la marcha general de la civilizacion. De China hay que ocuparse con más detenimiento. Para conocer á fondo á ese pueblo, para poder hablar de él sin temor de equivocarse y de emitir juicios erróneos, para hablar de sus instituciones, es preciso estudiar su larga y difícil historia, su filosofía y las religiones que dividen las conciencias de tan numeroso pueblo. Hong-Kong no es China, es un puerto en donde viven algunos chinos de baja estofa que pueden dar la misma idea de su nacion que los Chinos que residen en California, en Australia ó en Cuba. En el segundo año de mi permanencia en el Japon he hecho un viaje por China; he navegado por el Yang-tse-Kiang y por el Peiho; he visitado grandes ciudades como Shang-hay, Tient-

(1) Hoy Presidente del Senado.

sin y Pekin; pueblos como Sha-ho, Nang-Kao, y otros cuyo difícil nombre no recuerdo; he visto las obras más notables del norte de China; el Templo del Cielo, las ruinas del Yuen-ming-Yueng (Palacio de Verano), las tumbas de los emperadores Ming, la Gran Campana, y la Gran Muralla. Si escribo alguna vez lo que he visto durante los dos años que he pasado en el Japon, diré tambien lo que he visto en la excursion que hice á Pekin y en la correría que, capitaneados por Otin, Moreno Rosales, Cárcer y yo hicmos á caballo por los alrededores de la capital de China. Eso será en tal caso una narracion puramente descriptiva, porque, por las razones que dejo sentadas, nunca intentaré entrar sin conocimientos en tan difícil materia.

En España hace mucha falta, es verdad, que se traten ciertas cuestiones para despertar ideas que debieran estar en la mente de todos. Nuestra nacion debiera ser, no me cansaré de repetirlo, una nacion asiática, es decir, una nacion que ejerciera gran influencia en la parte del mundo en cuyo gran archipiélago poseemos tan vastos territorios. A pesar de creer que es un deber de los que en Asia hemos estado, iniciar el conocimiento de las naciones asiáticas (1), no intento hacerlo, porque tengo la esperanza de que algun dia le dejarán sus atenciones tiempo bastante á mi buen compañero y amigo Francisco Otin para recopilar sus recuerdos y el fruto de su ex-

(1) El Sr. D. Adolfo de Mentaberry ha cumplido hace poco tiempo brillantemente ese deber con la publicacion de sus *Impresiones de un viaje á la China.*



periencia. En distintas ocasiones han visto la luz pública trabajos y Memorias suyas sobre la guerra de los taipings, sobre cacerías en Siam, y recientemente sobre una excursion de Pekin á Si-wantse, en la que, en estilo ligero y con mucha gracia, cuenta sus peripecias é indica cuestiones que deja ver conoce muy á fondo, y no es extraño, pues aparte de su instruccion é inteligencia, de las que no quiero hablar porque es demasiado amigo mio para que no parezca parcial, ha estado en tres ocasiones distintas trece años en Asia; ha residido en Filipinas, en Siam y en el Japon; ha recorrido una buena parte de China, y ha dado dos veces la vuelta al mundo. El que haya leido las *Correrías por el Celeste Imperio* de un *Cristiano errante*, que aparecieron en *La Época* del 13 al 26 de Enero de mil ochocientos setenta y seis (1), comprenderá muy bien que quien habla como él de los *ritos* que tanta influencia ejercen en la vida de los chinos de las distintas regiones, y principalmente del culto de *Fó* ó budhismo; del culto de *Tao* ó racionalismo, y del culto del Estado; quien conoce á los filósofos Laucio, Mencio y Confucio; quien hace excursiones históricas tan interesantes como la que trata de la Gran Muralla y la que trata de las predicaciones evangélicas en China, y quien conoce tan á fondo las costumbres de los *hijos del cielo*, es el que debe escribir sobre China, y de seguro no se me perdonaria invadiese un terreno que no puede pertenecerme.

(1) Mis lectores echarán de ver fácilmente que estas reflexiones no las he hecho ni podia hacerlas al llegar á Hong-Kong, sino al poner en limpio las notas que tomé el 18 de Julio de 1873.

Yo sólo puedo decir que he visto caras chatas y amarillentas con ojos atravesados, pertenecientes á cabezas afeitadas completamente, ménos en el occipucio, de donde cuelga una trenza que les llega hasta los piés, añadida con seda cuando no es bastante largo el cabello. Los habitantes del Celeste Imperio llevan ese adminículo en signo de vasallaje desde que domina en China la dinastía Manchú. Puedo decir que he visto á las chinas con la cara pintada de blanco y bermellon, con artificioso y complicadísimo peinado y tocado que señala la provincia de que son originarias, con piés diminutos de dos ó tres pulgadas, atrofiados por medio de ligaduras puestas en la niñez, y que les dan aspecto repugnante y poco gracioso, pues parecen lisiadas. He visto la multitud bullanguera, comprando en tenduchos ambulantes colocados en equilibrio á la punta de perchas de bambú, arroz y comestibles, que con suma destreza engullia por medio de dos palitos á guisa de cubiertos; he visto su manera de beber té y vino de arroz, y he entrado en un fumadero de opio para observar de cerca ese vicio repugnante.

Los ingleses, que tan filántropos son cuando no les cuesta dinero; que tienen sus hipócritas sociedades de templanza y protectoras de los animales, han cometido como individuos y como nacion un crímen de lesa humanidad. En la India se criaba con facilidad suma la adormidera: de ella se saca una droga que embriaga, que embrutece, que enerva, que mata el cuerpo y la inteligencia; pero que da buen interes al dinero empleado en ese negocio. El opio para fumar procede, como

acabo de decir, de la adormidera; el jugo de esa planta se envia á los lugares de consumo, y allí se disuelve en agua caliente poniéndola en infusion con tabaco ó plantas aromáticas. Ese producto es una pasta blanda llamada *chandoo*.

Las pipas de opio se componen de un tubo cilíndrico de treinta á ochenta centímetros, cerrado en una de sus extremidades. En los dos tercios, poco más ó ménos, se atornilla un recipiente de barro vidriado que tiene un agujerito. El fumador se extiende en un banco sobre esteras, y un chiquillo ó una muchacha con una aguja terminada en espátula, pone de cuando en cuando en la pipa una bolita de diez ó quince gramos de pasta encendida en una lamparilla *ad hoc*, y limpia el tubo con la punta aguda.

Los fumadores hacen llenar la pipa hasta que se aletargan y embriagan. Las deplorables consecuencias de ese vicio son demasiado conocidas para que me ocupe de ellas. La introduccion del opio en China es una vergüenza para Inglaterra, que ha llegado á hacer la guerra al Celeste Imperio, porque el Gobierno del Hijo del Cielo queria prohibir la entrada en China de un producto tan pernicioso. Al ver fumar el opio hablamos naturalmente del Dr. Jardine, que fué quien lo introdujo, y por asociacion de ideas del actual estado del comercio en el extremo Oriente.

Personas muy entendidas me confirmaron en las ideas que en mi viaje habia ido adquiriendo, y algunas de las cuales he manifestado ya más arriba.

Todos se quejaban con razon del estado del comercio de

lo que se pierde en las exportaciones: sobre todo en la seda, que es el principal artículo de que hay en los puertos depositados y sin vender, géneros para muchos años y de que la baja del precio de la plata ha producido una gran crísis en el mercado monetario de países cuya sola moneda es el peso fuerte. Las razones de este estado de cosas dicen ser las siguientes. El aumento de las comodidades en los establecimientos europeos del Este y la facilidad de comunicaciones ha hecho afluir un número considerable de personas que han fundado casas de comercio, que se han hecho ruda competencia valiéndose para ello del telégrafo y de la apertura del Canal de Suez.

En Europa, por otra parte, ha habido crísis terribles, sucesos como la guerra franco-prusiana que han dificultado el comercio agobiado con una excesiva produccion. El adelanto industrial é intelectual va mucho más de prisa que el mejoramiento material de los pueblos y las necesidades de éstos no aumentan en razon directa de los productos que para cubrirlas se fabrican. Ya no puede especularse como en lo antiguo ni hacerse fortunas colosales en pocos años.

El comercio del extremo Oriente ha tenido su tiempo heroico; hoy parecen leyendas el lujo insolente y desenfrenado que hubo en Shang-hay durante la insurreccion de los Tai-pings; las casas de los príncipes-comerciantes, como se llamaba á Dent, Russell y Jardine; los vapores ligerísimos apostados en Singapore para llegar veinte y cuatro horas ántes que el correo á Hong-Kong y á Shang-hay, haciendo con sus noticias anticipadas ganar millones; la mesa opípara de los escribientes de las casas de

comercio y las cuadras de los jefes que compraban los caballos vencedores en el Derby para hacerlos correr en China.

El comercio del extremo Oriente es hoy tan metódico y tan regular como el de cualquier mercado de Europa.

El delicioso é interesante paseo que dábamos con el Sr. Lavalle fué bruscamente interrumpido por la lluvia, precursora de la tempestad que amenazaba. Durante todo el dia el calor habia sido sofocante, el aire pesado, el barómetro bajaba sin cesar. En ese país de horribles cataclismos no se hablaba más que de la posibilidad de un tifon (1).

Los buques surtos en el puerto se habian preparado para el combate y se disponian á luchar con los elementos desencadenados, encendiendo sus calderas para salir á alta mar, cruzando las vergas y calando los masteleros. Los barcos chinos, llamados *Sampan* (2) se dirigian á los canales y se metian en el rio: desde el balcon de la casa del Sr. Lavalle los veiamos avanzar hácia nosotros mirándonos asombrados con sus ojos enormes (3).

A las siete comenzó á soplar el viento con horrible furia, y comenzó á llover á mares. A esa hora, poco más ó ménos concluimos de comer. ¿Saldria el *Mensaleh* por la noche como estaba anunciado? No lo creia; pero era

---

(1) Tifon viene de dos palabras chinas: *tai*, grande, y *fun*, viento.

(2) *San*, tres; *pan*, tablas. ¡Qué poco convida á embarcarse ese nombre!

(3) Los chinos procuran dar á sus barcos la forma de un pez, y les pintan grandes ojos en la proa.

preciso averiguarlo, y como no podia fiarme de ningun chino ni queria quedarme en tierra, decidí ir á preguntarlo á bordo, tardando de la casa que estaba cerca del vapor á éste mucho tiempo en llegar luchando contra el viento y el agua.

La salida se habia retrasado hasta el dia siguiente al mediodia, y pude dormir en tierra en casa del amable consul de España, y pasar la velada oyendo decir á un capitan de marina español que aquella deshecha tempestad que tanto nos asustaba no era nada, que el viento y la lluvia que amenazaban arrastrar la casa no eran más que la cola de un tifon; que Hong-Kong no estaba en el centro del huracan.

El 16 por la noche estreché la mano á mis compañeros, y dejé á Hong-Kong, que era ya la última escala de mi viaje.

X.

EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE.

Yokohama, 23 *de Julio de* 1873.

Al embarcarme en Marsella el 8 de Junio, me habian dicho que la llegada reglamentaria á Yokohama estaba fijada para el 23 de Julio á las nueve de la mañana; pero que, naturalmente, habia que dejar á lo imprevisto una parte de la responsabilidad sobre el adelanto ó el atraso que en el viaje pudiésemos tener. Figúrense los que esto lean cuál no habrá sido mi asombro y mi alegría cuando á las nueve en punto del dia fijado el *Mensaleh* tiró un cañonazo en la rada de Yokohama, como diciendo: «*Aquí estoy*,» á todos los que esperan el correo que les trae en las cartas noticias de las personas amadas, y en los periódicos el aliento de la patria, tanto más querida cuanto más lejana. La última etapa de mi viaje ha sido tan dichosa como las anteriores. Despues de la tempestad que afortunadamente nos pilló en tierra, en Hong-Kong, el mar quedó alborotado, como queda siempre despues de la tormenta; pero el cielo sereno y la calma que reinaba nos hicieron presagiar, desde que salimos

del puerto, una navegacion tan agradable como la que hemos tenido.

El *Mensaleh*, á bordo del cual he llegado á Yokohama, es un vapor muy bonito, de elegantes proporciones y de excelentes condiciones marineras; es largo y estrecho, y por lo tanto, lo que pierde en estabilidad lo gana en ligereza. Está mandado por el teniente de navío Mourrut, excelente navegante y hombre agradibilísimo bajo todos conceptos, de manera que ayudados por el tiempo, todos los pasajeros que nos conocemos hace mes y medio, hemos hecho la misma vida que en el *Hugly*; pero el cansancio y la monotonía del viaje no nos ha dejado durante la última semana pensar ni hablar más que de la llegada. Es tan largo estar cuarenta y cinco dias á bordo para los que costumbramos á estar en tierra y tenemos en nuestro elemento plantas y flores en el campo, ruido y animacion en las ciudades, que el cielo y el mar, siempre monótonos, nos llenan de tristeza, y lo que es aún peor, nos fastidian.

Es muy hermoso, ya lo he dicho, columpiarse sobre las olas teniendo el oceáno por horizonte, y encontrarse en él dueño de cuanto abarca la vista. El marino debe de tener goces inefables dirigiendo su barco contra los vientos y contra las corrientes, viendo venir la tempestad y evitándola ó combatiéndola. Debe de sentirse orgulloso al verse dueño absoluto de un barco en el que hay vidas humanas de las que responde, riquezas de naciones distintas que se le han confiado. Cuando sobre el puente manda subir á los marineros á los palos, exponiendo sus vidas, ó con un signo hace virar de bordo y con ese movi-

miento vence á los elementos desencadenados, obligándoles á que en lugar de sepultarle en el abismo le lleven á seguro puerto, debe de tener la satisfaccion que siente siempre el hombre cuando triunfa de las dificultades que en esta mísera vida le salen contínuamente al paso. Así hemos deseado todos vernos en el mar cuando la ardiente fantasía no nos hacía ver más que peligros y victorias.

¿Quién no se ha visto en sueños abrazado á la bandera de su patria y montado sobre un brioso corcel, salvar trincheras enemigas, ó espada en mano, subir el primero al asalto de formidables fortalezas dirigiendo ejércitos vencedores? ¿Quién no se ha visto empuñando con mano fuerte el timon de un barco en una deshecha tempestad salvando con su valor y su arrojo á seres débiles confiados á su guarda?

Así es bella la tempestad, así parece hermosa la guerra; pero para el pobre soldado que, sin comer y muerto de frio, marcha á la derecha ó á la izquierda, avanza ó retrocede y triunfa ó es derrotado y muere ó ve caer á su lado á sus compañeros, sin saber que hace ó á dónde va, es triste la guerra, como es triste el mar para el pasajero que echado sobre un banco ve siempre las mismas olas y el mismo humo, y ve izar y cargar las velas sin saber por qué ni para qué. Entónces el mar no aparece más que como una cosa redonda y azul que se mueve más ó ménos, y el grito de *¡tierra!* es saludado como el grito de *¡libertad!* por el infeliz prisionero.

¡Con cuánto gusto, despues de tan largo viaje, contemplaba desde la cubierta del *Mensaleh* la hermosa bahía de Yedo, que casi no tiene rival en el mundo, y cuán sa-

tisfecho estaba de la primera impresion que en mí proproducia mirar á Yokohama, en donde iba á desembarcar y en donde iba á vivir por mucho tiempo!

Quien me haya seguido hasta aquí en mi viaje, habrá visto que he procurado dar mis impresiones someramente y tal como las recibia. He creido siempre que estos países tan lejanos y en los que la raza, la religion y las costumbres son diferentes, cuyo modo de ser y de pensar tanto se apartan de nosotros, tienen en sí atractivos bastantes y no necesita la fantasía añadir nada para aumentar el interes de la narracion.

El Japon es un país que ha estado separado de los demas durante muchos siglos, y que ha vivido aislado; tan sólo desde 1854 tiene relaciones con Europa, y por el hecho mismo de su separacion ha conservado costumbres primitivas en completo desacuerdo con la civilizacion europea.

Cuando el comodoro de los Estados-Unidos, Perry, por órden del Presidente Filimore, arribó á las costas de Shimosa y declaró en nombre de su país y en el de otros muchos que la solaridad de la raza humana no podia consentir que viviese, como vivia, apartado de las demas naciones, el Japon no se parecia á ningun otro pueblo del mundo.

Despues de esa época ha habido una revolucion que ha cambiado el Gobierno, que ha devuelto al Emperador de derecho el poder que le habian usurpado, y los hombres que han restaurado las antiguas instituciones japonesas han entrado de lleno en las ideas modernas y han hecho en diez años cambiar por completo la faz de su país. El

Japon ha marchado tan de prisa que si no se estudian los orígenes históricos de la revolucion, la mente ha de hacer un esfuerzo para comprender cómo en tan poco tiempo y por simples decretos han cambiado instituciones seculares y que en Europa han costado rios de sangre para llegar á establecerse muy paulatinamente. Desde que salí de Europa habia encontrado en todas las escalas colonias europeas que por medio de la fuerza imponian la civilizacion; al desembarcar en Yokohama pisaba el primer país asiático independiente, y encontraba en él un contraste contínuo que habia de llamar muchísimo mi atencion.

Yokohama puede y debe dividirse en tres partes para ser bien comprendida: parte europea, parte oficial y parte indígena. Hay que tener siempre en cuenta esos tres elementos si se quiere estudiar el Japon.

Como es sabido, dicha ciudad está en la bahía de Yedo. Cuando á ella arribaron los europeos era una aldea situada en un pantano, se establecieron á la derecha, mirando al mar, ocupando una de las dos colinas y parte del terreno bajo, y los indígenas fundaron á la izquierda una ciudad, que ha llegado en poco tiempo á contar sesenta mil habitantes. Entre los dos se hallan situadas las construcciones oficiales.

La ciudad europea de la parte baja está compuesta casi exclusivamente de almacenes y escritorios; en la colina hay elegantes *chalets* y *cottages* en donde viven las familias de los negociantes establecidos en el país, y en ella flotan al viento las banderas de las Legaciones que no han ido aún á establecerse á Yedo. Entre ellas está la de España.

En la parte europea de la ciudad nada extraordinario puede encontrarse; su fisonomía es la misma que la de Punta de Gales, Singapore y Hong-Kong. Los *residentes*, que es como llaman á los *blancos* establecidos en Oriente, podrán encontrar diferencias entre unas ciudades y otras; para el que viene de Europa, todas son iguales.

En donde está el contraste muy marcado es en la ciudad oficial, en ella se fija el que acaba de desembarcar para ver los progresos hechos en el Japon, y en la ciudad indígena se detiene á ver los trajes y costumbres.

En Europa se tiene idea muy equivocada del Japon, y no es extraño; los libros más serios y más formales, si están escritos hace veinticinco años, no pueden dar más que una idea errónea de la historia y de las tradiciones de este país, porque entónces no se conocian. Las descripciones de viajeros que han pasado sólo quince dias en el Imperio de la Mañana no son más que relaciones muy bien escritas, pero en las que la imaginacion tiene necesariamente más parte que la verdad.

La mayor contrariedad con que tropieza el que escribe impresiones de viaje es la tendencia á generalizar que se tiene siempre al juzgar cosas que salen del órden natural ó de la costumbre. La historia aquella del frances que vió en España un hombre de pelo rojo comiendo melon y apuntó en su cartera como dato precioso: *Todos los españoles tienen el pelo rojo y pasan su vida comiendo melon*, es ménos inverosímil de lo que parece, y en el Japon me he convencido de ello comparando lo que habia leido con la verdad de lo que sucede.

La situacion en que los extranjeros se encuentran tiene la culpa de ello.

Los extranjeros viven únicamente en lo que llaman *puertos abiertos* y pueden tan sólo moverse en un radio de *diez ri* (treinta millas inglesas) alrededor de cada uno de ellos. Estos son Yokohama, Yedo, Hiogo, Ozaka, Hacodaté y Nigata.

Al principio ese estado de cosas se mantuvo por desconfianza; hoy dia se mantiene porque no pueden ponerse de acuerdo los representantes extranjeros con el gobierno japones, aquéllos quieren que conserven sus nacionales privilegios ex-territoriales, y éste quiere someterlos á su ley y á los tribunales indígenas que no están todavía bastante civilizados para juzgar á europeos y americanos.

Eso hace que el Japon que se ve en los puertos no sea el Japon verdadero.

Las gentes que allí viven y que se ocupan en sacar el dinero á los extranjeros, no son ni pueden ser iguales á sus compatriotas, como no son muestra y ejemplo de las costumbres andaluzas los gitanos que en la feria de Sevilla se ocupan en sacárselo á los ingleses.

Desde el instante que puse pié en tierra, comprendí perfectamente cuánto tendria que estudiar para conocer ese país, y por la noche, cuando escribí los apuntes que aquí copio, me prometí no caer en los errores en que incurren los que escriben sus primeras impresiones. Me prometí decir sólo lo que habia visto, dejando para cuando conociera un poco el país y conociese su historia, el formar juicio sobre sus costumbres y sus instituciones.

En ellas no piensa el que salta á tierra en Yokohama, en el primer dia ni en muchos de los que le siguen. Lo que le rodea basta para entretenerle. Parece que se está en un país de niños; todo es alegre, todo sonrie; el traje es pintoresco, las casas limpias, y como están siempre abiertas, parece que brindan hospitalidad al que pasea por las calles. Estas, en la ciudad japonesa, más que via pública parecen una feria ó una exposicion. El recien desembarcado siente por los japoneses una gran simpatía al verlos tan limpios, al pasar por delante de las tiendas llenas de esas curiosidades que tan apreciadas son en Europa, al ver las sonrisas que le dirigen, las cortesías que le hacen y las cosas que le dicen y que no comprende, pero que cree por el tono que son benévolas y amables.

Más tarde se conocen los defectos de los japoneses y se ve su falsía; pero cuando se les compara con todo lo que se ha visto en Asia, se siente hácia ellos una atraccion de que nadie se ha libertado al llegar aquel lejano imperio.

El japones, y bueno es que lo dé á conocer ya que de él hablo, es pequeño de estatura, moreno de color, delgado, dejando ver en su naturaleza la debilidad que yo atribuyo á que se alimenta exclusivamente de arroz y pescado.

Antiguamente, cuando existia completa division de clases, los trajes eran muy diferentes en cada una de ellas. Hoy los personajes ya no se presentan en público más que vestidos á la europea; los *samurais* ú hombres de armas han ingresado en el ejército ó se han confundido con la clase media, y apénas se ven por las calles

los anchos pantalones á lo moro, y los dos sables cruzados que han hecho célebre en Europa á la clase militar (1). En Yokohama, no hay más que comerciantes. Con observar lo que pasa en una casita cualquiera y en la familia que la habita, puede conocerse esa clase, que no ha perdido del todo su originalidad al venir á vivir con los extranjeros.

El piso de la casa japonesa está levantado media vara del suelo y tiene delante una gran piedra arreglada á modo de escalon, donde se deja el calzado, de que hablaré al describir el traje. Frente á la calle y separada de las habitaciones por unos biombos de corredera hechos de enrejaditos de madera que tienen papel trasparente en vez de cristales, hay una especie de galería, todo lo más de unos setenta y cinco centímetros de ancho. Las habitaciones tienen de cuatro á cinco metros en cuadro, y en ellas está reconcentrada la vida de una familia en el Japon. Por la noche la galería se cierra como los escaparates de las tiendas, pero de dia está abierta, pudiéndose ver desde la calle todo lo que se hace, y llegándose así prácticamente al *desideratum* de aquel romano que queria que los *quirites* tuvieran casas con paredes de cristal.

Algunas casas aunque pocas, tienen ademas un piso compuesto de un balcon sobre la galería, y una pieza del tamaño de la del piso de tierra. Todas, ó casi todas, tienen un jardin de doce ó catorce pasos, en el que hay

(1) Los japoneses de la clase militar ó noble tenian derecho á usar dos sables, uno largo de combate y otro corto á modo de daga, con el que se abrian el vientre cuando su honor era atacado.



dos ó tres árboles hechos enanos artificialmente, un poco de agua y unas cuantas piedras toscas y de formas raras semejando un puente ó una montaña.

El piso de la habitacion, y hay que fijarse bien en él, pues es donde viven, se juntan, comen y duermen los japoneses, está formado por cuatro ó seis *tatami* (1) (más, es ya lujo), que cubren toda su superficie.

En esos tatami se ve en cuclillas ó arrodillados, posiciones las más usuales, toda la familia que he ofrecido presentar. El *padre* tiene la cara cuidadosamente afeitada, sin un pelo y sin el menor vello; el cuchillito (2) del barbero se ha paseado por todas partes, sin olvidar ni el interior de las orejas ni el interior de la nariz: sólo las cejas y las pestañas se han libertado del rasurador. La cabeza tambien está afeitada por el centro, formando del frontal al occipital una calva perfecta. Los cabellos que quedan y que se han dejado crecer ex-profeso, están echados hácia atras, á partir de los dos lados de la frente, y pegados completamente á los parietales (3), levantados en el occipital, y allí atados, pulidos y engrasados de manera que forman una coleta de un decímetro de largo, y de unos tres ó cuatro centímetros de diáme-

(1) *Tatami*, tapiz de estera hecha de paja de arroz atado fuertemente, cuya parte superior está cubierta de esterilla; cada uno tiene seis piés de largo, tres de ancho y dos pulgadas de grueso: los costados están generalmente ribeteados de tela. (*Diccionario inglés-japones y japonès-inglés del doctor Hepburn.*)

(2) Afeitan con un cuchillito recto y con punta.

(3) Ruego á mis lectores me perdonen este poquito de anatomía, sin el que no sé cómo hubiera podido explicar el complicado modo de peinarse de estos ciudadanos.

tro, que parece un pincel, y que viene á descansar majestuosamente sobre la calva.

Su traje consiste sencillamente en una bata (*kimonó*) que llega hasta los piés, cuyas mangas anchísimas y cuadradas le sirven de bolsillos. Esa bata se cruza perfectamente por delante, y se sujeta con un largo cinturon de unos ocho ó diez centímetros de ancho, que da dos vueltas al cuerpo y se àta despues con un lazo. En él está colgado el estuche con la pipa y una cartera con tabaco; en el pecho se entreve una resma de papel que sirve de pañuelo. En los piés llevan unos calcetines (*tabi*) con dos separaciones: una para el dedo pulgar y otra para los demas. En todo el traje no tienen ni un boton, ni un alfiler, ni una cinta, ¡y sin embargo, están adoptando nuestro engorrosísimo traje y abandonando el suyo!

Dentro de casa no usan nunca calzado: las *gueta* se dejan á la puerta. Estas se hacen con un pedazo de madera ahuecado para que no pese, y al que dan la forma aproximada del pié. Su altura es de seis á ocho centímetros. La parte superior tiene una plantilla de paja muy bien tejida, y un ángulo de terciopelo ó de cuero relleno, de un dedo de grueso, cuyo vértice está en la punta, y cuyos dos lados, arqueándose, van á parar al sitio que ocuparia el talon. Para usar ese calzado se encaraman sobre él, meten el vértice del ángulo en la separacion de los calcetines, haciendo al andar pausadamente y con la gracia de los patos un ruidito bastante desagradable.

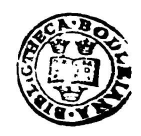
La *madre* (sin meterme á averiguar si es esposa ó barragana, ni cuáles son las relaciones de derecho en la

familia japonesa, que aún no conocemos bien los europeos, tomando sólo el hecho de un hombre, una mujer, y varios vástagos), es ya vieja, aunque no tenga más que treinta años. La precocidad de la raza, la debilidad de la alimentacion, los baños de agua casi hirviendo que diariamente toman los japoneses (1), acaban pronto con la lozanía y la juventud, y los estragos son más visibles en las mujeres que en los hombres: una japonesa de veinte y cinco años está tan vieja y tan ajada por lo ménos como una europea de cuarenta y cinco.

Las mujeres se afeitan completamente las cejas y se ennegrecen los dientes con una composicion de hierro; ése es el signo distintivo de que están casadas. Esta asquerosa costumbre está ya prohibida, pero continúa practicándose á pesar de haber dado el ejemplo la Emperatriz limpiándose los dientes y dejándose crecer las cejas. No puede tener más significacion, á mi modo de ver, que el hacer gala despues de casadas de un completo abandono de coquetería y de pretensiones, al contrario de lo que pasa en los matrimonios civilizados. Pero con ello hacen muy mal, porque deben parecerles muy feas á sus maridos.

El traje de la mujer es casi igual al del hombre. Debajo del *kimonó* llevan una banda de tela encarnada ó blanca que les llega casi á los piés, con la abertura por

(1) El baño público y comun es un uso en el Japon, que nadie ignora. En ellos, los hombres y las mujeres en estado natural y en la misma habitacion, pero en distintas pilas, se meten en agua que un europeo no podria resistir. El baño se llama el *agua caliente* (*Oyú*).



delante, de modo que cuando andan se ve hasta las rodillas, y cuando hace aire, un poco más arriba; pero en ello no hay ningun mal, como no lo hay tampoco en lucir todo lo que el cuerpo tiene de la cintura á la cabeza. En verano se ve á todas las mujeres en su casa con la bata caida y colgando de la cintura, y ha sido preciso que viniesen al Japon los europeos para que en esa exhibicion y en otras muchas encontrasen malicia.

El cinturon (*obi*), de las mujeres es de tamaño colosal; tiene sesenta centímetros de ancho lo ménos, y despues de dar dos vueltas, forma un enorme lazo. El peinado es muy complicado, y no sabré describirlo; usan mucho agujas de ámbar y de coral, y peines de concha.

Las niñas visten como sus madres, con un obi modesto en tamaño y en calidad. Pasan la vida jugando con sus compañeras al volante (los volantes son muy pequeñitos y de plomo, y las raquetas de madera), ó jugando solas á la pelota, haciéndola rebotar del suelo y dando una vuelta sobre sí mismas á cada bote. Cada una tiene montado en la espalda un agelito colocado entre su traje y otro mayor que se pone por encima del bebé, atándolo bien á la cintura; al niño no se le ve más que la cabeza completamente afeitada, con la sola excepcion de una mechita. Las madres europeas, que cuidan tanto á sus hijos libres ya de los manotazos de las niñeras en los elegantes carruajitos modernos, piensen con lástima en el jaleo que llevarán los niños japoneses en las carreras de un juego de volante ó en las revueltas de uno de pelota.

Si nos empeñamos en conocer á toda una familia, po-

drémos ver tambien, correteando frente á la casa un chiquillo de cinco ó seis años vestido con el indispensable kimonó, con la cabeza afeitada por su madre, que se la ha puesto á su gusto, con una corona de pelo ó con varios pompones. En la cintura tiene un saquito, en el que hay la imágen del Dios tutelar de su familia, y lo que es muy digno de ser imitado, una tablita con su nombre y las señas de su casa, y una moneda de poco valor, que debe servir para dar de comer al niño si se perdiese y fuese recogido por personas pobres. Lo más notable es que en ese país se respete ese dinero y no sea esa moneda un aliciente, como sucederia en Europa, donde tanto vago hay á la sombra de su civilizacion.

Los japoneses cuando se ponen en contacto con los europeos, varian por completo su modo de ser. Un japones al hablar con un extranjero supone que debe abandonar por completo su cortesía y educacion, sin tomar en cambio la educacion y la cortesía nuestra: eso salta á la vista en cuanto se les trata un poco; pero entre ellos y entre los que no quieren adoptar nuestras costumbres la cosa varía, y sus saludos y ceremonias llaman muchísimo la atencion al viajero. Puede verse en la calle á cada paso dos ciudadanos que desde léjos, en cuanto se ven, empiezan á hacerse cortesías, poniendo el cuerpo lo ménos en ángulo recto, conservando siempre en la mano el sombrero aunque el sol abrase ó llueva á cántaros, y á cada una de las muchas frases galantes que cambian, hacer nuevas cortesías, dar nuevas gracias y prodigar nuevas sonrisas; y tanta galantería las más veces no procecede de dos cortesanos; si miramos bien, puede

que esas personas tan finas sean dos mozos de cordel.

¡Qué diferentes maneras de inclinarse tienen segun el recíproco grado de respeto que se tienen! Un saludo profundísimo, que en Europa no se hace á un Rey absoluto, es en el Japon la respuesta que da un caballero al criado de un amigo suyo que al pasar se arrodilla casi á sus piés. He visto en Yedo hablarse dos soldados durante más de un cuarto de hora con el képis en la mano y las espaldas en ángulo recto con las piernas. Eso pasa en la calle: en sus casas la cosa aumenta.

La posicion de una familia japonesa en casa es estar acurrucados al rededor del *hibashi* (brasero muy pequeño), en donde hierve contínuamente el agua para hacer el té, y donde se encienden las pipas. Al entrar un huésped, y miéntras éste se quita los zapatos, deja el paraguas ó quitasol y se desenrolla la bufanda, instrumentos con los que no se puede ser bien educado, toda la familia, con la cabeza en el suelo y con el aire más respetuoso del mundo, le enjareta una coleccion de frases vacías de sentido y aprendidas de memoria, frases que repite y glosa el visitante cuando despues de desembarazarse de sus estorbos, puede ponerse tambien de rodillas en igual respetuosa postura.

La conversacion, por muy interesante que pueda ser cuando entran en materia, empieza siempre por frases como las siguientes: «Hace buen tiempo» ó «llueve.» «Qué hermoso dia.» «Le doy las gracias por sus bondades conmigo la última vez que nos hemos visto (eso lo dicen siempre, y tambien á los europeos, aunque lo único que tengan que agradecer sea un pescozon).» «Tomará usted

un poco de té.» «Beberá usted tabaco» (1). Y cuando el visitante haya dicho que en efecto hace buen tiempo, que no tienen que agradecerle nada y haya tomado té en una taza del tamaño de una huevera, y fumado en una pipa cuya cazoleta no es mayor que media avellana, entran en materia, y faltan á sus promesas y á la verdad con gran número de salutaciones y con la cara más placentera y más risueña.

El modo de dirigirse la palabra y el pronombre personal que usan es siempre de la más exquisita cortesanía.

Que yo sepa, tienen y emplean los siguientes: *Temae*, que puede corresponder á nuestro *tú; omae*, que es un poco más respetuoso, *usted; omae san* compuesto del anterior y *san* (señor), que si no es nuestra *señoría* se le parece muchísimo; *anata*, que es nuestra *excelencia; anata san*, más respetuoso, *anatasama*, *grandeza*.

Por supuesto, hablo y me ocupo solamente de los comerciantes de Yokohama, porque en las otras clases hay una infinidad de fórmulas y maneras de hablarse segun se dirija la palabra á un superior, á un igual ó á un inferior, siendo distintas, segun la diferencia de clase social y teniendo cada una su coleccion de fórmulas con sus correspondientes escalas ascendentes y descendentes.

Por muy humilde que sea la persona á quien uno se dirige, ó por mucha que sea la confianza que con ella se tenga, es preciso decirle, por lo ménos, *omae;* á las mujeres y á los criados que sirven á la mesa, á los ayudas de cámara y á los viejos, hay que decirles *omae san* para

(1) Traduccion literal.

no ser grosero y enfadarse siempre, porque es una verdara falta de consideracion y de respeto cuando no le dan á uno, por lo ménos, el tratamiento de excelencia que ellos se dan siempre entre iguales.

Para analizar á estos pueblos es menester mirarlos desde su punto de vista y no desde el nuestro. En Europa una conversacion entre dos pobres diablos que hacen el oficio de caballos y que se tuviese en los siguientes términos: —¿Como está V. E.?—¿Ha comido V. E. *ogozen*? (1), sería altamente ridículo; aquí no lo es, y pasan como moneda corriente todos esos cumplidos entre gentes que por su oficio parece no debieran tener refinada urbanidad.

En las relaciones de familia sucede lo mismo. No me parece extraño, y á nadie le parecerá seguramente, que traten con consideracion á sus padres; en lo que se diferencian de nuestras costumbres es en el profundo respeto con que tratan á sus hermanos mayores. En su lengua tienen palabras especiales: *ani* y *ane*, que significan hermano y hermana mayor; y tal es la costumbre en usar esas palabras, que hasta los niños las emplean, y choca ver á una criaturilla de cuatro ó cinco años decir *ani-san* (señor hermano mayor); á un chiquillo de seis ó siete, ó á uno que apénas sabe hablar, llamar *ane-san* (señora hermana mayor) á una señora de cinco ó seis.

Al dirigirse á una persona á quien no conocen, dicen siempre señor abuelo, señor padre ó señor hermano mayor, segun su edad, y cuando hablan á un superior le llaman *danna* (amo).

(1) *O*, fórmula honorífica; *go*, partícula china que significa grande, imperial; *zen*, arroz, por comida en general.



Esta descripcion de los japoneses, y sobre todo de su urbanidad, es posible que parezca prolija; pero creo que el mejor medio para llegar á hablar de un pueblo extraño, de modo que los que no lo conozcan puedan ententender lo que de él se dice, es hacer formar una idea *plástica*, digámoslo así, de él.

No sé si será una ilusion, pero me parece que debe de representarse á la vista de mis lectores el cuadro que presenta el *Hon cho* ó calle mayor de Yokohama ó el *Benten Dori*, que es como si dijéramos la Carrera de San Jerónimo. A uno y otro lado de la calle están las casas, abiertas como los puestos de una feria, y en ellas toda calse de objetos que llaman la atencion, porque no se sabe lo que son ni para qué sirven. Por las calles circula una bulliciosa muchedumbre, que de seguro se presentará como es, risueña y ceremoniosa; los hombres con flotantes trajes oscuros; las mujeres, con cinturones de abigarrados colores y artificioso peinado lleno de peines y agujas. Si algun europeo se ve entre ellos, llama la atencion por la manera erguida como marcha, por su traje blanco y su *sun helmet*. De dia todos llevan paraguas ó quitasoles de bambú y papel; de noche, la mayor parte, linternas en la mano que aumentan la alegría del cuadro; la confusion y la bulla la aumentan los coches y jinetes que llevan delante como heraldo un *beto* ó groom corredor, que avisa que se aparten, y que vuela más que corre delante del caballo, á quien cansa sin sentir nunca fatiga. Su traje aumenta la ilusion, pues parecen más mariposas que hombres. Llevan los piés desnudos, en las piernas un pantalon ceñido como el de los pajes

de la Edad Media, y una chaquetilla muy corta, cuyas mangas parecen alas. Al principio, cuando llegaron los extranjeros, y ántes de que se alarmase el pudor de las inglesas, los betos corrian desnudos y tenian el cuerpo admirablemente pintado de todos colores, como los salvajes.

La facilidad que tienen los japoneses para correr sin fatigarse, creo que no es igualada por ningun otro pueblo. Irán durante un dia entero delante de un caballo al trote, y se rendirá ántes el caballo que esos hombres de piernas de acero y respiracion maravillosa.

Esa propiedad ha sido explotada desde hace algun tiempo para modificar el sistema de locomocion que se usaba ántes. Ese sistema obedecia al mismo principio que las sillas chinas ó palanquines, en los que he sido trasportado en Hong-Kong, pero en vez de ser cómoda y agradable como es ésta, consistia sencillamente en una especie de canasto, llamado *kango*, que colgaba de un palo, y que dos hombres llevaban en los hombros bamboleando al paciente que apénas cabia en él. Ahora se usan unos cochecitos, invencion de un norte-americano y construidos á la europea, que tienen la forma de una victoria; tienen muelles, están primosamente lacados en su exterior, y forrados interiormente de mullidos almohadones; tienen toldo de lienzo para el sol y una especie de *water proof* para la lluvia. Es un cochecito de niños que apénas pesa, y en el que cabe una sola persona. Lo arrastra un hombre más de prisa que un buen caballo al trote. Ha sido bautizado con el poco pronunciable nombre de *shinrikishá*, palabra compuesta

de *shin*, hombre; *riki*, fuerza, y *shá*, que es una corrupcion de la palabra inglesa *car*. No sé quién, con mucha gracia y para parodiar el nombre, lo ha traducido al inglés *Pullmancar*, estableciendo con esa traduccion exactísima notable contrastre entre el método de locomocion japones y el que se usa en América desde que Mr. Pullman inventó sus magníficos *wagones camas* (1).

En Yokohama esos carricoches son infinitos; dicen que en Yedo pagan contribucion más de 20.000, y en dos ó tres años se han generalizado tanto, que en donde hay camino en que puedan rodar, se encuentran estaciones de *sinrikishás*.

En los primeros dias de mi permanencia en el Japon no he hecho más que mirar y observar durante todo el tiempo que me dejaban las comidas de despedida que sus colegas daban en honor del Sr. D. Tiburcio Rodriguez y Muñoz, representante de España que debia salir con licencia para Europa en los dias de mi llegada á Yokohama, despues de haber permanecido cuatro años al frente de la Legacion.

En esos banquetes conocí á mis compañeros, muchos de los cuales han de ser siempre mis amigos, y por ellos comprendí la vida que debia hacer para pasarlo bien tan léjos de la sociedad á que estaba acostumbrado. Unos me decian que abandonase toda ilusion, que aquello era y sería siempre fastidiosísimo, que me decidiese á

(1) Para comprender el juego de palabras hay que recordar que en inglés *Pull* significa tirar ó empujar; *man* hombre, y que Pullmancars son los coches-camas del ferro-carril inter-océanico y de muchos otros de la Union-Americana.

vegetar hasta que viniese la órden de volver á Europa á sacarme de este destierro. Otros, más prácticos, me dijeron que podia pasarlo bien en el Japon, como en todas partes, si no queria pedir al país y á la residencia más de lo que puede dar. «Al principio, me decian, tendrá usted bastante con ver á Yokohama, con recorrer los monumentos de Yedo y con dar paseos por los deliciosos alrededores de estas dos ciudades; se entretendrá usted viendo los tipos que discurren por las calles, revolviendo las tiendas, en donde aprenderá á conocer las curiosidades y depurará su gusto buscando, entre lo mucho malo que se encuentra, alguna joya artística. Si es usted aficionado á la caza, sin alejarse mucho podrá matar faisanes, becacinas y patos, y si le gusta la naturaleza, no se cansará nunca de admirar los campos que nos rodean, siempre verdes y siempre hermosos, y en los que verá en todo su esplendor y desarrollo las plantas que en Europa ha visto muy cuidadas y como arbustos en los jardines y parques. La criptómeria, el ebonibus sencillo y plateado, el ligustrum, los cedros, tuyas y cipreses más preciados, y descollando entre todos la camelia, cuyas colosales plantas enseñan sus rojas flores y oscuras y lustrosas hojas por entre los verdes y elegantes bambús. Recorra usted las *ochayas* ó casas de té, y verá en ellas cómo se alegran los japoneses cuando beben algunos dedales de *sake* (1), ú oyen tocar el *samsim* (2) y el *kotó* (3). Pida usted allí de

(1) Vino ó licor hecho con arroz.
(2) Guitarra de fres cuerdas.
(3) Arpa horizontal de trece cuerdas.

comer, aunque no lo pruebe luégo, para que le sirvan en unas bandejitas de media vara cuadrada y de un palmo de alto toda clase de legumbres conservadas en salmuera; pescados crudos ó asados y rociados de *shoyu* (1), y en una taza de porcelana rico arroz cocido en agua, que con dos palitos que aprenderá usted á manejar, se mezcla con los manjares y se lleva diestramente á la boca. Le darán té en unas tacitas pequeñísimas, que le parecerán aún demasiado grandes si cree que por educacion no debe usted dejar el jugo de una planta que de seguro le parecerá detestable porque es diferente al chino, y porque se toma sin azúcar, pero que es posible que le guste cuando á ella se acostumbre. Ya que es usted español, verá que el paso de sus compatriotas y de sus hermanos los portugueses por este país en el siglo XVI ha dejado trazas; y si no se contenta con sentarse en el suelo, pida un *banco*, que así se llaman; y si quiere fumar, pida *tabaco*. Verá que el pan se llama *pan*, y los confites *competos*, y los bizcochos, que son como los de su tierra, *castera*, corrupcion de Castilla, de donde venian los que los enseñaron á hacer. Beberá usted en un *copo* si tiene sed; y si llueve ó tiene frio le darán una *capa*. Empéñese usted en no fastidiarse, y lo conseguirá. Cuando conozca Yokohama haga excursiones á sus alrededores, visite la isla de Eno, ó *Enoshima* (2), que es preciosa, ó los templos de Tzurumi, ó el del Dios de la guerra en Kamákura, cerca del que hay una estatua de Budda que

(1) Salsa hecha de habas, con la que lo condimentan todo.
(2) *Shima* significa isla.

tiene cincuenta y un piés de alto. Vaya usted á ver el Fusi-yama (1), esa montaña tan hermosa que desde aquí estamos viendo. Debe usted proponerse salir de los límites que fijan los tratados para conocer el Japon verdadero; pero, créanos usted, no salga de los alrededores de los puertos abiertos hasta que conozca un poco la lengua y algo las costumbres, arte é historia de este curiosísimo pueblo; si así lo hace, gozará en sus viajes; si no, lo que vea, por muy bonito que le parezca, no le compensará de sus fatigas.

»Haga usted algo, no se abandone y no se fastidiará. Aquí tenemos casinos, en los que podrá jugar al billar y á los bolos, y en donde encontrará periódicos, libros y compañía. Si es usted aficionado al mar, hágase del Club de Regatas. Si le gustan á usted los caballos, compre usted *poneys* japoneses ó chinos, é inscríbase en el *Yokohama Race Club;* en los jardines públicos se juega á menudo al *croquet* y al *long tennis*. Eso es lo que podemos ofrecerle en este país. De usted mismo depende quiera usted no fastidiarse, y lo conseguirá.» Desde el primer dia cumplí lo que me aconsejaban, y no me ha pesado. El que más y mejores consejos me dió fué Emilio de Ojeda, segundo Secretario de la Legacion de España. A él le debo la mayor parte de los buenos recuerdos que tengo del Japon. Por él conocí á Emilio Moulron, Cónsul de Bélgica, corazon de oro, con quien he vivido unido en cariñosa y fraternal amistad despues que al casarse Ojeda dejé su linda casa. Durante todo el tiempo que

(1) *Yama* significa montaña.

he estado en el Japon hemos vivido Ojeda y yo en comunion de ideas y he podido conocer lo que vale su corazon y lo que vale su cabeza.

¡Lástima grande que la contínua movilidad que ha habido en estos últimos años no haya permitido á los señores Ministros de Estado ir á buscar en donde se hallan las personas que pueden prestar grandes servicios á su patria! Más de ocho años hace que uno de los individuos más brillantes de la carrera diplomática ocupa el mismo puesto en el país más lejano de España, y no le ha valido para adelantar en su carrera ó mejorar de puesto, ni sus premiadas Memorias, ni haber aprendido al momento la lengua, la historia y las costumbres del Japon, ni haber sido cerca de dos años, en épocas difíciles y con grande éxito, Encargado de Negocios interino, ni haber abandonado en invierno á su hijo recien nacido y á su jóven esposa para ir á ser primer Secretario, *interino* tambien, en Pekin, en momentos críticos.

El que me haya seguido hasta aquí en mi viaje, habrá visto con cuánta felicidad lo he hecho, y aunque soy de los que sostienen que no hay más peligro en viajar que en quedarse en casa, suerte ha sido que en mes y medio de navegacion y en dos y medio de viaje, contando el que hice por Europa ántes de embarcarme, no tenga que señalar el más mínimo accidente al hacer el resúmen de mis peregrinaciones.

El 8 de Junio, á las diez de la mañana, levamos ancla de Marsella; el 23 de Julio, á las nueve de la mañana, llegamos, á Yokohama, como he dicho, salvando las nueve mil setecientas veinte millas marítimas que hay entre di-

chos dos puertos en cuarenta y cuatro dias y veintitres horas; pero para ser del todo exacto, debo deducir de esa suma: primero, nueve horas que hay de diferencia entre ambos meridianos, y segundo, nueve dias y once horas parados en las escalas, á saber: nueve horas en Nápoles, doce en Port-Said, nueve en el Canal de Suez, cinco en el puerto de dicho nombre, treinta y cuatro en Aden, cincuenta y nueve en Punta de Gales, veinte y cuatro en Singapore, veinte en Saigon, y cincuenta y cinco en Hong-Kong, lo que reduce la navegacion á treinta y tres dias y tres horas, que á estar lo dos puertos en el mismo meridiano y no habiendo hecho escalas, es lo que hubiéramos tardado.

XI.

DOS AÑOS DESPUES.

Yokohama, 13 *de Junio de* 1875.

Por fin ha llegado la tan deseada hora de la vuelta: voy á dejar las costas del Japon con rumbo á Europa, y al dejarlo, tal vez para siempre, vuelvo la vista atras pensando en lo que me ha pasado en los dos años que aquí he vivido, y pensando que aquí dejo amigos queridísimos, que si alguna vez leen estas líneas, deben tomarlas como recuerdo que les mando desde el fondo del corazon, agradecido á la constante y cariñosa amistad que me han demostrado siempre. En los dos años que he estado en el Japon, he procurado estudiar el carácter de este pueblo, y para conseguirlo he leido casi todas las obras que se han escrito sobre él, y he observado diariamente sus costumbres. He recorrido catorce provincias en un viaje que hice á Kioto, la capital antigua del Imperio; he visto ese bello trozo de la creacion que se conoce con el nombre de *mar interior*, y en el que millares de islas, islotes y rocas, sembrados á la ventura en las aguas del Pacífico, aprisio-

nadas por las tres principales islas del archipiélago japones, forman con sus verdes campos y caprichosos contornos una de las más bellas regiones del mundo. He estado en Nangasaki, gloria de la religion católica, baldon eterno de la Holanda; y para comprender un poco la política asiática, he ido á China, y he podido observar ese colosal Imperio, cuya debilidad proviene de su inmensa área, y cuya política de resistencia es rémora de la civilizacion.

Algun dia publicaré el diario de mis viajes por el interior del Japon, y los apuntes que he tomado (1).

Este país merece un detenido estudio, porque es muy interesante; pero más que por nada, porque en Europa es muy poco conocido. Hasta hace poco ha sido una esfinge para el viajero, que no lo podia abordar. No nos quedaban de él más que algunas relaciones de los misioneros que allí hubo en el siglo XVI, y el interesantísimo y valioso libro de Koempfer, médico de la factoría holandesa de Déshima, que nadie creyó, y contra cuyas afirmaciones, que han resultado despues exactas, se ha escrito mucho.

Hasta hace muy poco tiempo sólo se sabía del Japon lo que dicen los tratados de Geografía, que si son anteriores al año de mil ochocientos sesenta, no pueden decir una palabra exacta. ¡Cuántas personas creen hacer gala de erudicion hablando del Mikado y del Taicun como de los representantes de los poderes civil y religioso, di-

(1) Dios mediante, no tardaré mucho en dar á la imprenta mis recuerdos de *Dos años en el Japon.*

ciendo que el Japon estaba y está gobernado por un Papa, un Emperador y varios señores feudales! Sin embargo, eso es un error crasísimo. La dualidad de poderes no ha existido nunca de derecho, y el feudalismo ha concluido hace diez años.

La primera noticia que en Europa se ha tenido del Japon se remonta al siglo XIII. Las relaciones de Marco Polo hicieron saber á Occidente que más allá de los mares de China existian tierras. El gran navegante veneciano, á su vuelta de Asia, hizo público que al Este de la Gran Cathay (China) existia un reino insular llamado *Zipango*. Despues de haber estado en China, he comprendido lo que queria decir Marco Polo. Los chinos llaman al Japon *Je pan Kuo* (1): *País por donde sale el sol:* por corrupcion se ha formado *Zipango;* esa era la isla que buscaba Cristóbal Colon al llegar á América. El manuscrito de Marco Polo da mucha luz y nos hace comprender clarísimamente el por qué Colon buscaba las Indias marchando hácia Occidente. El célebre viajero veneciano estuvo encarcelado en Génova por haber sido hecho prisionero en uno de los combates navales que se riñeron entre las dos repúblicas. En sus prisiones escribió la descripcion de sus aventuras, y éstas fueron ávidamente leidas dos siglos más tarde por Colon. En sus manuscritos existia esta frase: *est insula magna in Oriente,* que fué un rayo de luz para Colon, sobre todo, porque Marco Polo habia fijado por un error la longitud de

(1) Detras del nombre de cada nacion, los chinos ponen siempre *kuo*, país.



China á los doscientos veinticinco grados del meridiano de Génova, ó á las quince horas como entónces se decia. Si China está á quince horas (doscientos veinte y cinco grados) al Este de Génova, pensaba Colon, Zipango debe de estar á ménos de nueve, ó como diriamos ahora, á ménos de ciento treinta y cinco grados al Oeste, puesto que el mundo está dividido en veinte y cuatro horas ó trescientos sesenta grados. Un error de Marco Polo, el genio y la constancia de Colon y la fe y la confianza de Isabel la Católica, puede decirse que han descubierto á América.

Marco Polo señaló á Europa la existencia del Japon: tres portugueses, Fernando Mendez Pinto, Cristóbal Boralho y Diego Zeimoto lo descubrieron, arribando á sus costas, en mil quinientos treinta y cuatro, en el barco de un pirata chino. Tras ellos vinieron comerciantes y misioneros de España y Portugal, primero todos con el nombre de portugueses, más tarde todos con la bandera de Castilla, que era la única que cobijaba á los dos pueblos unidos en mil quinientos ochenta por Felipe II. El jefe de las misiones, el apóstol del Japon, fué el santo navarro Francisco Javier.

Las misiones hicieron considerables progresos. Príncipes y señores feudales con sus vasallos se convirtieron á la fe católica, y los jesuitas llevaron á Lisboa, á Madrid y á Roma á los daimios de Arima, Bungo y Omura, á quienes por error ó por motivos políticos llamaban reyes. Los comerciantes establecieron relaciones con la colonia de Macao, con las Indías y con las islas Filipinas, descubiertas por aquel entónces.

El poder creciente de los príncipes católicos del Sur, el temor de ver á los misioneros ayudando el brazo del Rey de España, que se extendia por todas partes; los malos consejos de los ingleses, rivales entónces de los españoles, que fueron muy bien acogidos, sobre todo porque venian por conducto del piloto Adams que supo adquirir gran influencia, las intrigas de los holandeses que vinieron al Japon como súbditos del Rey de España, y aconsejaron á los japoneses que expulsasen á los castellanos si no querian caer bajo el dominio de un rey en cuyos Estados no se ponia el sol, hicieron decretar á Taico Sama la persecucion de los cristianos y el extrañamiento de los extranjeros.

En el martirologio romano están los que sufrieron la muerte por la fe; en la conciencia de todo el mundo, la reprobacion contra los holandeses, que á cambio de una factoría en Nangasaki, en la isla artificial ó Déshima (1), construida por ellos enfrente de la roca que han llamado Papenberg (2), porque de ella han sido precipitados muchos cristianos, no sólo ayudaron á los japoneses á bombardear á Shimabara, último refugio de los católicos, y en donde perecieron cuarenta mil, sino que durante doscientos años han estado humillándose ante los japoneses por tener el derecho de recibir en Déshima todos los años un barco que les trajese mercancías que cambiar.

Los portugueses de Macao, mal avenidos con la pér-

(1) *De*, separada; *shima*, isla. Fué construida en la rada de Nangasaki para que los holandeses no viviesen con los japoneses.
(2) Roca de los papistas.



dida de su comercio con el Japon, arruinado por la órden de expulsion de Taiko, mandaron una embajada para tratar de restablecer las antiguas relaciones, á fines del año de 1639; pero al desembarcar en Nangasaki fueron decapitados los cuatro jefes y hasta sesenta, contando los servidores y un niño. Sobre el lugar de la sepultura pusieron los asesinos un letrero que decia: *En adelante y miéntras el sol alumbre al mundo, que nadie intente penetrar en el Japon, ni áun con el título de Embajador, bajo pena de muerte. Que este decreto no sea nùnca revocado.* Desde entónces, y con la sola excepcion del Padre Rubin, Visitador general del Japon, y de cuatro padres más que fueron en 1642 á buscar voluntariamente el martirio, sólo los holandeses, á costa de sus creencias, luchando con los cristianos; y de su dignidad, cantando, bailando, imitando el borracho y poniéndose de rodillas ante el Shogun, han podido permanecer en el Japon, pero prisioneros en Déshima.

Esa es en pocas palabras la historia de la que podemos llamar primera fase de las relaciones de Europa con el Japon. Para darla á conocer á fondo, deberia entrar de lleno en el estudio de este país, y esto lo haré más adelante, como he dicho, dando el resúmen de mis observaciones durante, dos años. De lo único de que no puedo prescindir siendo español, es de dar á conocer un episodio glorioso para nuestra marina, que es muy poco conocido.

Despues de prohibida la entrada en el Japon á los extranjeros, arribó á Nangasaki un barco español llamado *La Madre de Dios*, con intencion de reanudar las relacio-

nes comerciales. El Taicun dió órden de incendiarlo y de matar á todos sus tipulantes. Atacado el *Madre de Dios* por fuerzas considerables, se defendió como saben hacerlo siempre los barcos que llevan en sus topes el pabellon rojo y oro. Dado el asalto del buque, se retiraron del primer puente y lo hicieron saltar con todos los enemigos que en él habia. Así hicieron con el segundo, y lo mismo con el tercero, hundiéndose con este acto heróico en los mares del Japon el poderío y la influencia española.

Desde entónces el Japon ha sido un mito; sus costumbres é instituciones nos han sido desconocidas. Bajo la fe de los misioneros, que habian sido inducidos en error, se ha creido que en el Japon habia dos poderes: uno temporal y otro espiritual, que el uno lo ejercia el Taicun y el otro el Mikado. Hasta la época presente no se ha venido en conocimiento de que el Taicun no era más que un usurpador, un *Mayordomo de Palacio* cuyo cargo por la imposicion se habia hecho hereditario y que habia cambiado su nombre japonés de Shogun, que significa general, por el título chino *Tai Kun* que quiere decir gran príncipe, con el único objeto de que los extranjeros lo tomasen como soberano reinante. El Mikado es único y legítimo soberano del Japon. Su orígen es divino, y de los dioses de quienes desciende le viene la autoridad. El Génesis de la religion nacional japonesa, llamada *Shinto* ó *Kami no michi*, que significa camino de los dioses, prueba mi aserto. «Al principio, *dicen sus textos*, el cielo y la tierra estaban confundidos. El principio hembra *Me*, no se habia separado del principio varon *O*. El cáos, en la forma de un huevo, se hallaba agi-

tado como un mar tempestuoso; en él se encontraba el gérmen de todas las cosas. Poco á poco lo puro y trasparente se levantó y formó el cielo, lo pesado y compacto cayó y formó la tierra. En el centro nació un ser divino, un *Kami*. Tal es el principio de la creacion. Este *Kami* fué el primero de los siete espíritus celestes, y reinó cien mil millones de años, y otro tanto cada uno de sus dos sucesores. Los tres primeros fueron varones; el cuarto, quinto y sexto tuvieron compañeras hembras, pero no tuvieron con ellas relaciones sensuales; se reprodujeron por mutua contemplacion y reinaron un número fabuloso de años.

Al final de ellos nació el espíritu varon llamado *Izanagui* y el espíritu hembra llamado *Izanami;* crearon la isla de *Onokoro*, centro y columna del Imperio, y bajaron á ella. El espíritu varon á la izquierda (1); el hembra, á la derecha; allí se conocieron, y al verse exclamó Izanami: «¡Cuánto me alegro de ver un jóven tan hermoso!» Izanagui, enojado le replicó: «¿Cómo siendo mujer te atreves á hablar ántes que yo?», y enfadados tomó cada uno por su lado.

Vueltos á reunir algun tiempo despues, tomó la palabra el varon y le dijo: «¡Cómo me alegro de verte, jóven y hermosa mujer!», y así se inventó el arte de amar (2).

(1) Sitio de honor en el Japon.

(2) Otra tradicion dice que estando los dos principios en el puente flotante del cielo, vieron dos pajaritos de nieve arrullándose amorosamente, é imitándolos inventaron el arte de amar. En memoria de esto, en las ceremonias nupciales japonesas hay siempre una pareja de esas avecillas.

De la union de Izanagui é Izanami nacieron plantas, rios, islas, cuanto constituye el Japon. Para gobernarles dieron vida á una hija llamada *Tensho dai jin* (diosa del sol); pero era tan bella, que sus padres la mandaron al cielo y le dieron el gobierno de todo el universo y tuvieron otra ménos hermosa llamada *Tsuki no kami* (diosa de la luna), para acompañarla.

De Tensho dai jin dicen los japoneses que desciende en línea recta el actual Emperador y todos sus ascendientes.

Tal es el orígen divino de la dinastía japonesa; el período histórico comienza en Jimmu Tenno (1) hace más de dos mil años, y el soberano del Japon puede reclamar para sí el honor de que su nobleza es la más antigua del mundo.

He dicho más arriba que el Shogun habia cambiado su título japones por un título chino que significaba príncipe, pero que nunca en el Japon ha creido nadie que fuese el soberano del país como han creido por mucho tiempo todas las naciones de Europa; para probar mi aserto, decia lo siguiente en una reseña histórica que publicó en 1874 *La Epoca:*

«El disfrute de un poder, cuyo derecho nadie discutia, enervó completamentamente á los soberanos del *Imperio de la mañana*, y nuevos reyes holgazanes hubieron de tener su mayordomo de palacio. Tal es el orígen del Shogunado; el poder, abandonado por el legítimo Emperador, fué recogido con mano fuerte por sus generales, y

(1) *Tenno* significa Emperador.

desde 1186 hasta 1869, el reinado de los Mikados ha sido puramente nominal. Todas las fuerzas, todas la riquezas estaban en manos del poder usurpador, y no es extraño que el mundo haya estado tanto tiempo inducido en error, creyendo que el verdadero soberano del Japon era el que ejercia el mando. Todos los esfuerzos del Shogun se dirigian á hacer creer que su título, que no significa más que general, significaba soberano, lo mismo que los césares cambiaron el significado de *Imperator*, dando á un título antiguo un poder contrario á las instituciones de Roma.

»El Mikado, relegado á Kioto, prisionero en su capital, reducido al papel de un ídolo, sin fuerza, sin poder ninguno, viendo á su lado á los *Kugués*, sus antiguos nobles, los que ocupan el primer lugar en el rango de las clases, reducidos á la miseria y despojados de sus bienes para enriquecer al Shogun y á los *daimios* sus partidarios, no ha ejercido el poder, pero no ha dejado nunca de ser considerado como el solo y único soberano; el dicho japones de que *al Emperador se le respeta y al Shogun se le teme*, demuestra bien claramente la situacion de ambos poderes.

»No puede discutirse el poder ejercido por los Shogunes; pero no debe creerse, como hasta hace pocos años, que dicho poder equivale á nuestras monarquías. Cárlos Martel y Pepino de Aristal fueron tan poderosos como Pepino el Breve; pero éste se ciñó la corona de Francia, miéntras que aquéllos, como los Shogunes, la dejaron á los enervados monarcas á quien servian.»

Hace pocos años que han concluido seculares institu-

ciones tan radícales, que hoy dia el Shogun ó Taicun, los samurais y los daimios (1) han desaparccido tan completamente del Japon como de España el gran Justicia de Aragon, los cuadrilleros y los templarios.

A consecuencia de la venida de los extranjeros, una guerra civil desgarró al Japon, y desde su final, que fué en 1868, el Mikado es el solo Emperador de hecho, como ha sido siempre el único de derecho.

El *Imperio del sol levante* está sufriendo una trasformacion radical, y está pasando por ella con las vacilaciones y las dudas de un país que deja el sistema antiguo y busca el ideal moderno.

La dualidad de poderes ya no existe, y el Mikado, único y legítimo señor, gobierna el imperio desde Yedo, á donde ha trasladado su capital. Ha desaparecido por un decreto el feudalismo, que era la base del régimen político, han desaparecido las diferencias de clases, y los *sámurais* ó militares han perdido la influencia que tenian.

Una sed de reforma se ha apoderado de los hombres que gobiernan el Japon, y las instituciones que nos han costado siglos de experiencia y rios de sangre el adquirir, las adoptan y las adaptan á un país que pasa de un salto del feudalismo al régimen constitucional.

Todo lo que es moderno y todo lo que es occidental es admitido ciega é irreflexiblemente por gobernantes que creen que basta un decreto ó creen que basta la ley escrita para que todo un pueblo varie sus creencias y su modo de ser.

---

(1) Señores feudales dependientes del Taicun.

Un ejército instruido por oficiales franceses, una marina amaestrada por oficiales ingleses, arsenales, telégrafos, ferro-carriles, cuanto constituye, en fin, los modernos adelantos lo adoptan los japoneses; y en Asia ese pueblo da ejemplo á los demas de imitar nuestras prácticas y costumbres. ¿Cuál será el resultado de esas reformas? A mí no me es dado profetizarlo.

En los dos años que en el Japon he vivido he seguido paso á paso las trasformaciones; he visto muchas mejoras y muchos adelantos; pero he visto tambien una raza cegada por el orgullo de su valer, del que tienen una idea muy errónea. He visto y presenciado las luchas interiores de los partidos que quieren gobernar, unos marchando adelante de una manera desalentada, queriendo volver otros á las prácticas feudales, y otros llegar á las modernas, sin reñir con las tradiciones, pero obrando con poca y con mala fe.

He visto la inutilidad de los esfuerzos de la diplomacia europea para conseguir la apertura de un imperio que se dice civilizado, y que se comunica con el mundo por sólo cinco puertos, y prohibe la circulacion por el interior sin grandes formalidades; he visto el orgullo de un pueblo que, conservando la tortura en sus instituciones jurídicas, pretende ejercer jurisdiccion sobre los súbditos de naciones que han sufrido en sus Códigos las reformas traidas por el cristianismo, por Becaria y por la revolucion francesa.

En dos años he presenciado la insurreccion de Saga, porque no se hacía la guerra á la Corea; la expedicion de Formosa contra ley y derecho, porque no se decla-

raba la guerra á China. La primera fué promovida por el partido militar, que con el nuevo régimen se ha quedado sin comer, y pretende vivir guerreando, porque no sabe ni quiere trabajar; la segunda fué emprendida por el Gobierno para evitar una nueva insurreccion.

Para aumentar la confusion de los espíritus, se ha convocado un Parlamento. ¿Cuál será el resultado de la situacion de este país? ¿Seguirán adelante con las reformas, y fundarán en un país habitado por raza amarilla instituciones que han hecho progresar á la raza blanca, ó llegando el partido anti-reformista á medidas violentas, se atraerá la intervencion occidental, sirviendo el Japon de campo á los encontrados intereses de Rusia, Inglaterra y los Estados-Unidos? Nadie puede preverlo. Si el Japon está destinado á progresar en el camimo que ha emprendido, su influencia en Asia será muy grande; su situacion es magnífica. País insular, y de costas que la naturaleza ha hecho poco hospitalarias, es muy fácil de defender, y puede llegar á ser, por su posicion análoga, la Inglaterra de Asia. Pero para ello sería preciso que prosperase contínuamente, pero con mucha calma, para no dar pretexto á la intervencion de las ambiciosas potencias que quieren dominar en Asia. Tres he nombrabrado: la confederacion Norte-Americana, Inglaterra y Rusia. Los Estados-Unidos estarian llamados á ejercer una gran influencia en Asia, contribuyendo á ello el fabuloso desarrollo de sus Estados del Pacífico, pero nunca la ejercerán á causa de sus instituciones. La lucha de los partidos, que varia toda la administracion con el cambio de Presidente; el abandono de la política ac-

tiva por casi todas las personas honradas, hace que los Estados-Unidos de América tengan una representacion diplomática y consular completamente lega, muchas veces poco respetable á causa de las personas que la forman, y otras estando formada de personas improvisadas que cambian tan á menudo que no pueden ni alcanzar influencia ni conocer el país en que están acreditadas y pretenden aplicar á todas las cuestiones el criterio americano, con lo que consiguen resultados negativos. Su marina militar tampoco les ayuda en Asia á conquistar ni á mantener influencia; conocido es de todos el sistema seguido por el Ministerio de Marina en estos últimos tiempos. Los barcos que tienen en Asia no pueden asustar ni siquiera á las naciones salvajes. Todos ellos son restos de la guerra civil, y muchos no pueden volver á América á causa de sus malas cualidades marineras.

Siendo su marina mercante la segunda del mundo y su comercio uno de los primeros, naturalmente los Estados-Unidos han de ejercer influencia en el Japon, pero ejercen mucha ménos de la que debieran, teniendo en cuenta su riqueza, su poblacion y su posicion geográfica.

Inglaterra no puede tener la ambicion, que algunos le prestan, de querer anexionarse el Japon. Lo único que le convendria sería ocupar algun puerto, como ha hecho con Hong-Kong y Singapore; lo que quiere allí, como en todas partes, es imponer tarifas de aduanas, sin cuidarse para nada del interes de los demas con tal que el suyo encuentre ventajas. Naturalmente, por el interes comercial, que es la norma de su conducta, ha de oponer-

se á que la influencia rusa aumente, como está aumentando todos los dias. Esta nacion, para completar y defender sus establecimientos de la Siberia Oriental, se ha anexionado la isla de Shangalien, haciendo un cambio con el Japon, con lo cual es dueña de uno de los lados del Estrecho de Lapeyrouse, y puede, cuando quiera, cerrar su paso.

Dios nos libre de la vecindad de Rusia y de la amistad de Inglaterra, debiera ser un refran; y ya que esa vecindad y esa amistad tienen los japoneses, deberian guardarse más de ella, prócurando explotar sus rivalidades y la simpatía que tienen por ellos las demas naciones. Todas, más ó ménos, y sobre todo Francia, Italia y Alemania, tienen relaciones comerciales con el Japon y tienen interes en que se desarrollen los recursos de ese país y en que sirva de ejemplo á las demas naciones asiáticas.

España, que debiera estar directamente interesada en ese país, porque es el que más cerca de él posee una colonia muy importante, no hace nada porque su nombre sea conocido y respetado. Allí tiene una Legacion, pero por rutina ó por economía mal entendida, hay un Encargado de Negocios, miéntras todas las demas naciones tienen Ministros, y el representante de España es siempre el último del Cuerpo diplomático, y ni tiene intérprete ni casa, y desde que se ha firmado el tratado de 1868 (1), no ha ido un solo buque de nuestra Arma-

(1) Firmado, por cierto, catorce años despues que los de las otras naciones.



da. Sólo como por casualidad fué la *Narvaez* á Nangasaki, en la parte meridional del Japon, ántes de entablar España relaciones con dicho Imperio.

Al despedirme del Japon, no he podido ménos de llamar á mi memoria el recuerdo de las relaciones que antiguamente ha tenido con Europa, y de pensar en su actual estado. A pesar de no haber querido entrar en su historia, he creido deber señalar el error en que se ha incurrido siempre en Europa. Tambien creo deber repetir lo que dije en una *Memoria sobre la seda, su cultivo, su produccion y su industria*, acerca de los errores en que han incurrido los geógrafos al hablar del Japon, y que son debidos á la ignorancia de la lengua japonesa. *Nipon* no es el nombre de la isla mayor; Nipon quiere decir Japon. *Shi kuoku*, que algunos escriben Shicof, significa *cuatro tierras*, y *Kiushiu*, *nueve* provincias. Las islas japonesas, no tienen nombre.

Al dejar al Japon, quiero sólo recordar un país hermosísimo, cuyo privilegiado suelo es uno de los más bellos del mundo.

Quiero llevarme el recuerdo del sagrado monte Fuji, el más hermoso de la tierra por la esbeltez de su forma, por su majestuosa soledad, por su blanca cima cubierta de nieves; quiero llevarme el recuerdo de los bosques de cedros y de criptomerias, de las camelias cuyas rojas flores se destacan entre los distintos verdes que matizan los campos japoneses, y que desde el claro del bambú hasta el negro del ligustrum, presentan más variedad de tintas que las aguas del mar, desde el verde esmeralda de la bonanza, al verde oscuro de la tempestad.

Quiero olvidar el ódio que hácia nosotros siente esa raza, para no acordarme más que de su afable y ceremoniosa hospitalidad; quiero olvidar sus bajezas y embustes, y llevarme sólo el recuerdo de su urbanidad y de su constante alegría. No quiero recordar su servil instinto de imitacion, para pensar sólo en los progresos que en la moderna cultura ha realizado.

Al levar ancla con rumbo á la civilizacion de Occidente, voy á dejar tras mí este pueblo tan pintoresco y tan curioso. ¡Adios, infelices que haceis el oficio de caballos y tantas veces me habeis arrastrado en el cochecillo que llamais *shinrikishá;* adios, mi beto; adios, mi puntual ayuda de cámara chino, ya no os volveré á ver!

Ya no volveré á ver esas casitas que parecen de pigmeos, ni esos jardines que parecen trazados para muñecas; ya no veré más á los que aún se pasean con dos sables cruzados en la cintura, protesta viva contra los modernos innovadores; no volveré á ver á esas, ya que no bonitas, graciosas japonesas, tan pintorescamente ataviadas, deslizarse acompasadamente encaramadas en sus zapatos de madera.

Alguno de esos objetos de arte japones que la moda lleva á Europa me recordará el placer que me ha producido el rebuscar en las tiendas antigüedades y obras maestras.

Me marcho del Japon queriendo olvidar todo lo malo que tiene y todo lo que de él se dice; no volveré á pensar en el proverbio de los antiguos residentes, que dicen que no se puede esperar nada de un país en que *las flores no tienen olor, las frutas sabor ni las mujeres pudor:*

sólo recordaré sus bellezas y los progresos que ha hecho.

Ha llegado el tan deseado momento de la vuelta á Europa. Todos mis amigos me miran con envidia; unos, á quienes los negocios obligan á vivir para siempre en Asia, suspiran por la patria. Otros, amantes de la sociedad y de las fiestas de las córtes, desean ser trasladados á centros ménos tristes que Yokohama, y ¡es tan fácil encontrarlos!

Al salir de Yokohama he recibido pruebas inequívocas de amistad y de compañerismo.

Las manifestaciones de simpatía se convierten siempre en comidas solemnes, en donde imperan las costumbres inglesas. Al llegar la hora de los brindis, con el vino de las alegrías en la copa, he oido expresar sinceras protestas de amistad, deseos de que nos volviéramos á ver en Europa.

No olvidaré nunca el dia que salí de Yokohama: era uno de esos dias de lluvia tan frecuentes en el Japon, y que son tan tristes. Mi casa estaba desmantelada y revuelta, y con esa frialdad que se nota en las habitaciones ántes de emprender un largo viaje. Una porcion de amigos la llenaron primero, y vinieron á escoltarme á bordo hasta que la campana anunció la marcha y nos obligó á estrecharnos la mano por última vez.

Cuando se levó el ancla, bajaron mis compañeros á las lanchas, y desde allí, agitando los pañuelos hasta que hubo desaparecido el surco formado por el *Occeanic* y hasta que se hubo ocultado éste en las brumas de la distancia, lanzaron hurras atronadores.

¡Hip, hip, hip, hurrah! Se oia, dicho con calor y

fuerza por los que en las lanchas quedaban. Sí, ¡hurrah! por la amistad, ¡hurrah! por la vida de fraternal union con que hemos suavizado nuestro destierro; ¡hurrah! por el recuerdo, ¡hurrah!

Dos océanos y un continente voy á atravesar ántes de llegar á la vieja Europa; pero la inmensidad de esa distancia no borrará nunca de mi mente ni la amistad probada ni el cariño recíproco que de mis colegas y de algunos habitantes de Yokohama he recibido.

Mi buena suerte me protege siempre: salia del Japon con Costantino Bouteneff, oficial de la flota rusa, é íntimo amigo mio, y el dia mismo de la marcha del vapor llegó de Pekin para embarcarse con rumbo á Europa mi buen amigo y compañero Otin. Juntos habiamos de recorrer medio mundo. Confianza, y *go a head.*

XII.

EL OCÉANO PACÍFICO.

A bordo del Occeanic, *del* 13 *al* 29 *de Junio* 1875.

Viajo por el Océano de que tomó posesion Vasco Nuñez de Balboa en nombre de su muy católica majestad el Rey de España.

Grande es, y sin embargo, toda su inmensidad ha servido para bañar costas españolas.

En el Norte fundaron los frailes establecimientos en lo que es hoy dia California; por el Sur pasaron los tres barcos españoles que mandados por Magallanes descubrieron las Filipinas, lo único que hoy nos queda, y que despues de la muerte de aquel héroe, dieron con Sebastian de Elcano por primera vez la vuelta al mundo.

El viaje á traves del Océano ha causado temor á muchos por su inmensidad, y más áun por lo mal servida que está esa línea por los vapores de la Compañía de la Mala del Pacífico.

Ordinariamente tardan de veinte y cinco á treinta dias, y en ese espacio de tiempo no se ve tierra, ni un barco siquiera, y ademas, y esto es más triste, se come horri-

blemente. Esas consideraciones no me hubieran detenido, pues me habia propuesto dar la vuelta al mundo, y para conseguirlo hubiera hecho algun sacrificio. La suerte me los ha evitado, porque justamente en el momento en que debia embarcarme, una Compañía, establecida en competencia, trajo tres vapores de la *White Star*, línea muy conocida en el Atlántico, pues hace mucho tiempo que navegan sus vapores entre Nueva-York y Liverpool.

Esos vapores tienen sus ventajas, y tambien sus inconvenientes. Son de hierro, y no hay en ellos el peligro de incendio, que en los otros es inminente; el triste ejemplo del *América* y del *Colorado* lo demuestran bastante; la tripulacion está compuesta de europeos, y no hay temor de verse abandonado en el momento del peligro; son de hélice y van más deprisa por lo tanto, y tienen arboladura y pueden emplearse las velas en caso de accidente. En cambio son más incómodos, tienen peores camarotes, son más estrechos y se columpian más sobre las olas.

El vapor que nos tocó en suerte era el *Occeanic*. En cuanto le vimos, nos convencimos de dos cosas: de que hariamos un viaje muy rápido, pero tambien de que habiamos de estar malísimamente á bordo.

El *Occeanic* tiene grandes condiciones marineras, y lo habia demostrado luchando con las tempestades del Atlántico, y haciendo desde Liverpool á Yokohama la travesía más corta que se recuerda; eso nos daba grandes esperanzas; pero cuando llegamos á bordo y vimos lo sucio que estaba, cuando vimos que los criados blancos no sabian dirigir á los chinos, y vimos que la codicia de la Compañía habia llenado de té una parte del salon,

dos tercios de los camarotes, los corredores y hasta tres de esos lugares que no son lo más á propósito para aromatizar la balsámica hoja, nos resignamos á sufrir mil incomodidades. Nunca he visto servicio tan mal hecho, nunca oficialidad tan poco complaciente, jamas una comida tan lastimosa.

Desde el dia que levamos ancla hasta que nos acercamos al muelle de San Francisco, nos han estado dando las mismas carnes hervidas, duras, sin sustancia, y por todo adorno, las tres ó cuatro salsas que constituyen la cocina inglesa *eggs sauce*, *capper sauce*, *bread sauce* y *jelly*, con el sempiterno carnero, ganso y vaca.

No se crea que es por delicadeza de paladar por lo que exhalo estas amargas quejas; estoy acostumbrado á comer de todo, y la cocina inglesa, aunque no es refinada, es sana y me gusta, pero cuando está bien condimentada.

En el *Occeanic* habiamos de estar mal servidos; habiamos de estar, á pesar de ser pocos pasajeros, amontonados en los camarotes; habiamos de pasar hambre y hasta estar enfermos algunos á causa de la insuficiencia de la alimentacion.

A todos esos inconvenientes vino á unirse el mayor de todos. La única preocupacion del capitan era llegar pronto, recorrer las cuatro mil seiscientas millas en ménos tiempo del empleado por otro barco ántes que él.

Segun clarísimas explicaciones que por mi amigo el marino ruso me fueron dadas, el camino más corto entre dos puntos del globo es lo que se llama *el gran círculo*, que á primera vista parece mucho mayor que una

línea recta trazada en el mapa; pero geométricamente se demuestra que el arco de círculo que pasa por los dos puntos cuya distancia quiere conocerse y cuya circunferencia es sector á la esfera pasando por el centro de ella, es el camino más corto entre dichos puntos.

Para ir á tomar ese camino, que nos ahorraba algunos centenares de millas, era preciso remontarse al Norte. Yokahama está á los treinta y cinco grados de latitud, y San Francisco á los treinta y siete grados diez y ocho minutos, y el vértice del arco que en nuestra marcha hémos descrito, se encuentra á cuarenta y nueve grados cincuenta minutos.

Comparando esa latitud con igual latitud de Europa, no parece que deba ser muy frio; pero en todos los continentes la parte oriental es mucho más fria que la occidental. En el continente asiático, á los cincuenta grados, está el Kamtchatká y las islas Aleutianas. Muy pocos venian preparados para combatir una temperatura casi siempre á cero; porque estábamos en Junio, saliamos de un cilma cálido y nos dirigiamos á otro más cálido todavía. Miéntras subimos al Norte y tuvimos frio en el salon y lluvia y nieblas sobre cubierta, la vida de á bordo fué sosa y triste. No habia señoras, y la falta de éstas no estaba ciertamente compensada por unos cuantos japoneses que componian la mitad del pasaje. Habia entre ellos aprovechadísimos jóvenes que, despues de haber estudiado en las escuelas del gobierno que el Tenno tiene en Yedo, iban á continuar sus estudios á los Estados Unidos y á Inglaterra.

Si los aplicadísimos jóvenes que venian con nosotros

se quedan tiempo suficiente en los colegios, la civilizacion en su país se establecerá sobre bases sólidas; pero si en cambio sigue el Gobierno creyendo como hasta aquí, que al cabo de un par de años de Europa pueden reemplazar á los médicos, á los ingenieros y á los profesores que han gastado la mitad de su vida en adquirir ciencia y toda entera en adquirir experiencia, poderoso auxiliar y base de aquélla, el Japon marchará á su ruina y sus habitantes, vestidos á la europea, más que hombres, parecerán monos; eso parecian algunos que á bordo venian con rumbo á Filadelfia, y que no han sacado del contacto con los europeos más que ódio y envidia hácia nosotros, y desprecio hácia el Japon y los japoneses.

Con éstos venía su *cornac*, que era un muchacho inglés muy jóven y muy instruido, tipo completo de esos britanos que, sin perder su nacionalidad, se asimilan á sus compañeros. Componian ademas el pasaje un yankee que ha salido de Nueva-York en el *Occeanic*, que ha recorrido muchos países y cruzado casi todos los mares del mundo, sin pararse en ninguna parte y sin más preocupacion y sin más interés que el ir deprisa, el que el barco en que navega salve la distancia que hay entre dos puertos en ménos tiempo de lo empleado hasta allí por otro alguno; un inválido, no de la ciencia, de la gloria, ni del trabajo, sino de la originalidad; un inglés que se ha empeñado en visitar toda la creacion. Ha estado en las montañas del Cáucaso y en el Asia Central; ha asistido á la feria de los pueblos en Nijni-Novgorod; ha subido al Himalaya; ha atravesado la India, y su cuerpo no ha podido seguir sus intenciones, y en los juncales

de Java ha caido enfermo, y medio muerto ha sido llevado al Japon. Un clima parecido al de Europa le ha restablecido un poco y vuelve á Inglaterra. A estarse quieto, dirán los sensatos; no, señor, á reponerse para ir en invierno de Inglaterra á Shangay, en uno de los magníficos vapores de las Mensajerías, y desde allí remontar el Yangtse, visitar Pekin, recorrer la Mongolia, viajar por todo el Japon, volver á cruzar el Pacífico, y atravesando por los Andes la América del Sur, ver si Dios le da salud y medios cómo podrá ir á la luna.

Tambien habia á bordo lo que con mucha gracia llaman los norte-americanos *globe trotters*, tipos vulgares, jóvenes recien salidos del colegio, que dan la vuelta al mundo porque es moda, que dicen desatinos ó hacen tonterías, gastan mucho dinero y escriben sus memorias. Tipos todos que en Jules Verne parecerian exagerados, y que se encuentran en la vida real; un juez de Ceylan, más aficionado al *poquer* (1) que á las *orders in council*; dos ó tres comerciantes que van á su país despues de muchos años de permanencia en Asia, y el doctor aleman Nissen, que ha ejercido su profesion en Manila durante ocho años, y que al desembarcar en San Francisco se unió á nosotros, de quienes no se separó hasta Liverpool.

De nosotros tres, Bouteneff estaba en su elemento, como el pez en el agua, admirado de poder dormir cuando queria, entusiasmado de estar á bordo de un buque

(1) Juego de cartas.

en que no habia ni cuartos ni guardias, y asombrado de que tal cosa pudiera ser.

Otin y yo lo pasábamos malísimamente con el frio y con el hambre, y no recobramos nuestra alegría y buen humor habituales hasta que desembarcamos y comimos.

Sólo por la noche teniamos un momento de expansion fabricando un ponche con huevos, leche y vino de Porto, bálsamo de Fierabras que supongo ha sido lo que ha evitado que muriésemos de inanicion. Sacando partido de todo, nos hemos reido más de una vez en aquel rato imitando á uno de los mozos que, exagerando la costumbre de la gente ordinaria de Inglaterra, aspiraba las *h h* de las palabras que no la tenian, y le ponia á *eggs* una que parecia una *j*.

Los pasajeros de cubierta eran más dignos de estudio que los de cámara. Eran seiscientos y tantos chinos que se dirigian á California. No pienso entrar en la cuestion del trabajo de los chinos y de la emigracion, ya sea libre, ya por contrata. Bajo el punto de vista humanitario, bajo el punto de vista del derecho y bajo el punto de vista de la conveniencia, ha sido muy discutido ese asunto, y alguna que otra vez por personas tan competentes, que lo mejor es no entrar en esta materia. De la Legacion de España en Pekin han salido en estos últimos años datos tan luminosos, informes tan extensos y tan completos, que el que tenga un verdadero interes en conocer ese asunto, debe ir á buscarlos á la correspondencia de esa Legacion con el Ministerio de Estado.

Negar que en el enganche y contratacion de coolise en Macao se han cometido grandes abusos; negar que

en Cuba, por crueldad ó por ignorancia del carácter del chino, se han cometido iniquidades, sería hacerse cómplice de ellas. Se ha abusado, como se abusa al contratar emigrantes gallegos y vascos para la América del Sur, como se engaña tambien á los que creen segura su fortuna yendo á la América del Norte.

De esos abusos han sacado partido Inglaterra y los Estados Unidos, y con sus lacrimatorias y pseudo-humanitarias reclamaciones han conseguido que China, rompiendo el tratado, prohiba la emigracion por sus puertos, y que Portugal cierre el suyo de Macao á la contratacion de trabajadores. Si los chinos perseveran en su negativa, puede sobrevenir en Cuba una crísis peor que la guerra. Los constantes trabajos de la Legacion de España en Pekin habrán dado ó darán fruto, y la riqueza de nuestra gran Antilla no peligrará por falta de brazos; pero para que esto suceda es preciso que, imitando en cuanto sea posible la conducta que se observa con los chinos que van á California, se les trasporte mejor de lo que se hace, se les haga comprender y se les *pruebe* que tienen interes en ir y en permanecer en Cuba; ése es el único argumento que puede usarse con el chino: es preciso tambien que sepan los propietarios cubanos que el chino no es esclavo, sino que ha mediado entre él y el plantador un solemne contrato bilateral, y es preciso que se cumpla por ambas partes; sobre todo, por la parte más ilustrada.

El gobierno chino, que ha prohibido la emigracion para crear dificultades á una potencia occidental, sólo puede ser convencido por la firmeza y probándole que

sus argumentos ahora son exagerados y en adelante serán falsos.

Los sentimientos humanitarios de las dos naciones anglo-sajonas son puramente interesados. Nosotros somos los que hemos de corregir el abuso, y nuestro buen nombre debe en ello empeñarse; pero de ninguna manera hemos de sufrir que nos consideren inhumanos los que han hecho la guerra para introducir en China el ópio, y los que, tras de llevar el *brandy* á los indios pieles-rojas, les desposeen de un modo cruelísimo de las tierras que legítimamente ocupan.

Tampoco debe de ser para España un argumento en favor de los resultados de la emigracion y de la manera de hacerla, que los emigrantes son los más viciosos y los más malos de China y que sólo salen de allí cuando literalmente se están muriendo de hambre. España debe considerar que siendo la emigracion una necesidad, es preciso que se haga en condiciones tales que sea beneficiosa para Cuba, pero sea tambien moral y humanitaria.

La única distraccion que teniamos á bordo, cuando en latitudes más bajas tuvimos mejor tiempo, era ver y observar á nuestros compañeros los *celestiales*. Jugando siempre, fumando y charlando, pasaban el tiempo y esperaban las horas de la comida.

Para repartírsela los habian dividido en grupos de diez, y cada uno de ellos tenía un capataz responsable de la cazuela y demas instrumentos culinarios que se les daban. A una campanada se formaban contenidos con una cuerda, y uno á uno iban recibiendo á cambio de una

chapa de hoja de lata una gran cantidad de arroz blanco, un puchero con té y una sopa ó guisado grato á su paladar y ofensivo á nuestras narices. En honor de la verdad, nunca se comian todo lo que se les daba. Sus camarotes, á los que fuimos várias veces, estaban limpios y bien aireados. A ese punto debe tenderse llegue la emigracion para Cuba. Que los trasporten vapores de Compañías respetables, en vez de los restos infames de la trata de negros; que en Cuba se cumplan los contratos, y que la contratacion se haga, como para California, por Compañías chinas.

En esas condiciones, el chino, que es sobrio, trabajador y sufrido, aumentará la riqueza de Cuba y servirá el dia que se dé libertad á los negros de contrapeso á esa raza que, de estar sola, monopolizaria el mercado del trabajo.

Cuando comenzamos á bajar y empezaron á disiparse las nieblas del Norte, pudimos alguna vez que otra subir sobre cubierta y respirar el aire puro del inmenso Océano. Puestos en el puente de un barco en medio del Pacífico, es como por comparacion puede llegarse á comprender lo infinito. ¿Qué es el barco que nos lleva comparado con esa inmensidad de aguas que se extienden de polo á polo y lamen costas pobladas por centenares de millones de habitantes; y sin embargo, al ver el barco y al ver el mar, en lugar de sentirme humillado y pequeño con ser hombre, me sentia orgulloso y grande.

Al hombre le ha sido dada el alma, destello de la divinidad, y se le ha lanzado sobre la tierra diciéndole: «lucha», y ha luchado y ha vencido.

El mar ocultaba los continentes: han nacido Vasco, Colon y Cook, y los han sacado de las aguas. La distancia desunia á los hombres: han venido Wat, que ha aprisionado las fuerzas naturales; Fulton, que las ha aplicado á la navegacion; Sauvage, que ha dado aletas á los buques, y esos peces, creados por los hombres, luchan con los vientos y con las olas como los peces creados por Dios.

Ya no hay distancias sobre el mar; el hombre ha suprimido, por decirlo así, *esa inmensidad de aguas que se extienden de polo á polo y lamen costas pobladas por centenares de millones de habitantes.*

¿Qué son hoy dia los continentes con el coche de Stephenson? «Pronto desembarcaré en San Francisco, me decia á bordo, y allí me dirán á qué hora y en qué minuto llegaré á Nueva York, á la otra parte de América en las costas del Atlántico, atravesando cordilleras cuyas cimas se esconden en las nubes, rios cuyas orillas no se ven, y desiertos que parecen mares.»

Al hombre le han dado el mundo y se ha visto perdido en él; ha pensado, ha luchado, y hoy dia el mundo es pequeño. Tal es mi opinion al llegar al ciento ochenta grado. Desde Madrid he recorrido la mitad de la esfera terrestre: hasta Madrid me falta recorrer otro medio mundo, y ¿qué ha sido este viaje? Unos cuantos dias de navegacion, y Egipto, India, China, Japon, el Mediterráneo, el mar Rojo, el Océano Índico, el mar de la China y la mitad del Pacífico han pasado como un sueño. En pocos dias más atravesaré América, cruzaré el Atlántico, saltaré de Inglaterra á Francia, de allí á Ma-

drid, y ¿qué habrá sido mi viaje? ¿Qué habrá habido en él de extraordinario? Extraordinarias habrán sido las bellezas del Océano embravecido por la monzon ó fosforecente á la luz de la luna; extraordinarios son los paisajes de Ceilan y del Japon, los campos de California, la sierra Nevada, el Niágara: la obra de Dios. Grandes y extraordinarias tambien las obras de los hombres; un canal del que ha habido que sacar más de ochenta millones de metros cúbicos de arena y piedra, y que ha unido dos mares, ahorrando más de tres mil leguas á la navegacion; un ferro-carril en el que ha habido que extender miles de millas de rails; ciudades que tienen medio millon de habitantes y que han sido creadas en un cuarto de siglo; cables que permiten hablar con la rapidez de la palabra del Japon á Cádiz; barcos y locomotoras que rompen la proporcion que habia entre el tiempo y la distancia, todo eso es lo grande, lo notable, lo extraordinario, en mi viaje circular. Eso engrandece al hombre, en eso se ve la obra de Dios. Pero en la distancia; en la duracion, en la manera cómoda de hacer el viaje, no se ve más que una cosa: que el mundo es muy pequeño.

Llegados al ciento ochenta grados de longitud, era preciso arreglar nuestros relojes para que á nuestra llegada á tierra pudiéramos estar de acuerdo con los que no se habian movido.

Cada grado que se viaja hácia el Este, es decir, cada grado que se camina en el sentido de la rotacion de la Tierra, el reloj que tiene la hora del punto de partida atrasa cuatro minutos; porque la Tierra gira sobre su eje en veinte y cuatro horas, y como está dividida en tres-

cientos sesenta grados, presenta al sol para que lo ilumine un grado cada cuatro minutos ($24^h \times 60 = 1440 : 360 = 4$). Al llegar al ciento ochenta grados, el reloj habrá adelantado, pues, $4' \times 180 = 720' = 12^h$; de manera que cuando en el Océano Pacífico estamos almorzando á las doce, salen en Madrid del teatro. Citando las fechas en que he experimentado este hecho, diré que miéntras era para los habitantes de Madrid sábado 19 de Junio á las doce de la noche, para nosotros en el Pacífico era domingo 20 á las doce de la mañana. Como despues de recorrer los ciento ochenta grados que para dar la vuelta al mundo nos faltan, habrémos adelantado doce horas más, nos hallarémos con que al llegar á nuestra casa sostendrémos que es lúnes, por ejemplo, y los que no se han movido de ella aducirán pruebas documentales para demostrar que es domingo.

Para remediar este conflicto se toma una medida radical. Nuestro reloj adelanta doce horas y adelantará doce más hasta la conclusion del viaje; pues retrasándole veinte y cuatro, á nuestra llegada el Calendario marcará igual fecha para todos. Por eso se cuenta un dia doble, y al domingo 20 de Junio de 1875, en lugar de seguir el lúnes, ha seguido para todos los que en el *Occeanic* navegábamos otro domingo 20; y puedo decir que he vivido un dia más que el que ha nacido en igual fecha que yo y no se ha movido de su casa.

Mi amigo Otin, que daba la vuelta al mundo por segunda vez y que la daba en sentido inverso de la primera, volvia á recobrar el dia perdido en el Pacífico, al ir de San Francisco al Japon; porque al que da la vuelta

al mundo de Oeste á Este le pasa lo contrario: su reloj se adelanta cuatro minutos por grado, y para ponerse de acuerdo con los mortales estáticos es preciso hacerle dar un salto de veinte y cuatro horas y suprimir un dia, dejando veinte y cuatro horas de vida en el fondo del mar.

Este fenómeno, ó ese hecho, á pesar de su fácil explicacion, hoy dia causa gran asombro en los viajeros y da lugar á muchos comentarios y no extraña nadie que al llegar á Sanlúcar con la *Victoria* Sebastian de Elcano, despues de haber dado la vuelta al mundo en tres años y catorce dias, quedasen perplejos aquellos sencillos navegantes al encontrar su Almanaque en desacuerdo con el de sus compatriotas, y que se llenasen de escrúpulos porque habian comido carne los viérnes, y no quedasen tranquilos hasta que el veneciano Gaspar Contarini les explicó el fenómeno, y la autoridad eclesiástica les absolvió de su culpa involuntaria.

En el inmenso mar no veiamos nada, ni una roca, ni una vela, ni el humo de la chimenea de un vapor. Por eso ese Océano se llama Pacífico; un barco pasa por él sin cambiar un signo con otro ni divisar una vela. De cuando en cuando un surtidor salia de las aguas á lo léjos, y una mole negra se movia á flor de agua: era una ballena. Unas cuantas gaviotas nos seguian desde el Japon, vuelo inmenso de cinco mil millas; á ellas les ha dado la naturaleza alas para atravesar el espacio: el hombre ha tenido que hacérselas. Eso es lo único que vemos en ese inmenso Océano, cuyas aguas no pueden mirarse sin recordar las glorias de los navegantes y guer-

reros de la hermosa Península Ibérica. Por el Oeste, los portugueses descubren y conquistan las Indias; en el Este, los españoles domeñan la América del Sur; sus carabelas unen el Atlántico con el Pacífico y sacan de las aguas centenares de islas, y sus misioneros catequizan á malayos, chinos y japoneses.

¡Vasco de Gama, Alburquerque, Nuñez de Balboa, Pizarro, Magallanes, Legaspi, San Francisco Javier, vosotros, los albaceas de aquel testamento de Adan, quien segun el dicho de un rey de Francia, habia dividido el mundo en dos partes, dando una mitad á los españoles y la otra á los portugueses! ¿Qué direis de la parte que la codicia, el tiempo y la desgracia han dejado á vuestra patria?

La política del mundo se ha ido desarrollando en los mares y se ha ido ensanchando con el tiempo. Roma y Cartago luchan en el Mediterráneo, y en sus costas está casi todo el mundo antiguo. Las repúblicas italianas, el imperio turco, Francia, Aragon, ventilan sus cuestiones en ese mar hasta que la reforma y el descubrimiento de América traen á la vida á las naciones atlánticas: Inglaterra, Alemania y más tarde Rusia y los Estados Unidos. En ese período estamos hoy; pero el mundo se ensancha, y los pueblos bañados por el Pacífico van á venir tambien al comercio de las naciones. En ese Océano están por una parte China, la India, Asia, las naciones de ayer; por otra, América y Australia, las naciones de mañana.

La apertura del itsmo de Suez, la próxima apertura del de Darien, han acortado las distancias é infunden sá-

via á las naciones muertas y envian semillas á las naciones por nacer. ¿Qué va á resultar del contacto del quietismo fatalista asiático con la actividad febril americana y australiana?

Australia progresa tanto, marcha tan deprisa, que será pronto más que una gran nacion, la quinta parte del mundo. California se puebla, desarrolla sus inmensas riquezas, y valdrá pronto más que los Estados del otro Océano; las repúblicas del Sur tendrán que obedecer tambien á la ley del progreso, que es ley de la humanidad.

Así, pues, los hombres pensadores no pueden desconocer que allí tambien hay una política que seguir, y que no está ya Europa en los tiempos del Preste Juan, ni Asia está ya tan léjos que asuste pensar en ella.

En las costas occidentales del Pacífico tambien hoy dia pasa algo. Está el Japon, que adopta la cultura europea; Korea, cerrada y misteriosa; China, rémora del mundo, civilizacion rutinaria, cuerpo podrido que tendrá Europa que desmembrar y cauterizar; la India, que es hoy la fuerza y la riqueza de Inglaterra, y que puede ser un dia la muerte de la nacion que más daño ha hecho á España; y al Norte de todo, Rusia, que se apodera de Shamgalien, se baja á Mongolia, conquista el Turkestan y prepara la *cuestion del extremo Oriente*, aprestándose á reñir la gran batalla que se dará un dia entre el coloso de los mares y el coloso de las tierras. A España Dios le ha dado, como siempre, el mejor sitio, y como siempre hace lo posible por perderlo.

Filipinas es un emporio rico, fértil, grande, está co-

locado entre el mundo antiguo y el mundo moderno. Aun es tiempo. En Filipinas puede estar el poderío de España; en Filipinas puede hundirse en el mar la última barca que lleve el pabellon que ha descubierto á América y ha dado la primera vez la vuelta al mundo.

¡Ideas de una época que ha de venir; sueños formados en ese inmenso Océano y dictados por el amor á mi patria, ojalá seais cumplidos! ¡Ojalá sea España tan grande como yo la quiero, y su poderío en Asia recuerde á los pueblos futuros que de Iberia salieron los que por el Oeste descubrieron las Indias; de Iberia salieron los que penetraron por primera vez en el Pacífico, y fueron carabelas españolas las que descubrieron esa nueva parte del mundo en la que voy á saltar!

La jóven América me ofrece todos los refinamientos de la civilizacion; la bella California me abre de par en par sus brazos.

A los diez y seis dias y diez horas de haber salido del extremo Oriente, entraba en el extremo Occidente, en la bahía de San Francisco, por el poético *Golden Gate*.

XIII.

LA CIUDAD DE ORO. (1)

San Francisco (C.), 5 *de Julio de* 1875.

Al desembarcar en San Francisco me encontraba otra vez en Occidente, en un mundo completamente distinto del mundo asiático, pero distinto tambien del viejo mundo europeo.

California es una tierra en que las ciudades han nacido viejas, á la que los hombres han venido sin pensar para nada en el pasado, muy poco en el presente y mucho en el porvenir.

Una aglomeracion de gentes llegadas de las cinco partes del mundo, y compuesta principalmente de la plétora de Irlanda y Alemania, esos viveros de la América del Norte, y de los más atrevidos, más activos y más enérgicos de los Estados norte-americanos que baña el Atlántico, forman en veinte y cinco años un pueblo que empieza sin preocupaciones antiguas, que empieza con

(1) *The Golden City.*

todos los elementos de las civilizaciones más refinadas y que marcha adelante en una desenfrenada carrera.

La mente no puede seguir á ese pueblo en su formacion. Cabezas organizadas á la europea, que están acostumbradas á seguir la progresiva pero lenta marcha de los pueblos antiguos, se asustan y abandonan el estudio de este fenómeno maravilloso. Prescindamos del paulatino crecimiento de las naciones europeas; tomemos los Estadas-Unidos, tomemos Australia, que son dos fenómenos sociales, y no comprenderémos aún lo que ha sido California.

La estadística, que es la historia escrita con cifras, nos dirá más que volúmenes de consideraciones. En 1849, San Francisco tenía 2.000 habitantes; 20.000, en 1850; 56.000, en 1860; 149.000, en 1870; 200.000, en 1874, y en el último censo, 230.000; á ese paso tendrá un millon ántes de tener un siglo.

En 1849 unos cuantos bandidos de Nueva-York y Filadelfia, de la América española y de las islas de los mares del Sud, plantan sus cabañas de madera y sus tiendas de lona en arenales pantanosos. En 1875, una de las ciudades más hermosas del mundo, con calles magníficas, con edificios monumentales, admira al viajero, que no puede comprender cómo se ha realizado ese milagro.

Si la historia de los *rowdies* fuera historia antigua y estuviese separada de nosotros por siglos de trasformaciones, podria comprenderse; pero ese pueblo ha nacido y ha crecido en ménos tiempo del que necesita un niño para ser hombre.

De 1849 á 1856, la historia particular de San Francisco es la historia del crímen.

Ni la vida, ni la propiedad estaban á salvo en aquella caverna. Los bandidos que en busca del oro habian acudido de todas partes, se habian sobrepuesto á los simples aventureros, y una orgía contínua reinaba en aquel territorio. Pero cuando unos fueron ricos, y por lo tanto conservadores, y otros se atrevieron con su ayuda á hacer valer sus buenos instintos, se organizó el comité de vigilancia, que como los antiguos jueces francos, juzgaron y se tomaron pronta y segura justicia, estableciendo el órden por la violencia. Primero aparecieron colgados en las calles los ladrones y asesinos; más tarde se balancearon en los balcones los cuerpos de los individuos del Consejo Municipal que habian traspasado el límite á que se permite llegue el robo de un edil norte-americano. Al disolverse el Comité, la ley se habia impuesto al crímen, y la nueva sociedad podia moverse como las otras, en el círculo de la moral y el derecho.

En San Francisco vuelven á asaltarme las mismas ideas, que al abarcar con la mente los Estados bañados por el Océano Pacífico me asaltáran. California se ha desarrollado inmensamente; su suelo feracísimo ha sido colonizado y cultivado por numerosos inmigrantes, y hoy ofrece ya al mundo ricos y cuantiosos productos.

Hoy para llegar al *Estado de Oro* no se necesita ya doblar el Cabo de Hornos, ni atravesar el pestilente Itsmo de Panamá; ya no se necesita atravesar el gran desierto ni las praderas pobladas de pieles-rojas; las montañas de roca y la sierra nevada no son ya un obstáculo

para el *pioneer*. Hoy una cinta de hierro pone en comunicacion á los Estados del Este con los del Oeste. El centro se poblará y formará nuevos Estados.

A ese ferro-carril, que por su magnitud ha asombrado al orbe, y cuyas obras han costado una suma igual á la que Alemania victoriosa ha impuesto á Francia, han llamado los americanos con su admirable golpe de vista *Central Pacific*, sabiendo ántes de empezar una obra que la rutina creia imposible que llegaria un dia en que habria un *Northen* y un *Southern Pacific railroads*.

Ya se trata de construir el del Sud, que seguirá el treinta y dos grado paralelo. El del Norte tambien se hará, y dos caminos de mil leguas cada uno vendrán recogiendo los productos de toda la Union, é irán á presentarlos al Asia en la ciudad que llamarán un dia *emporio del Pacífico y metrópoli del Oeste* (1).

En cuanto el vapor atravesó el muelle, tuvimos una prueba palpable y pronta de la vida americana y de la febril actividad que caracteriza á aquel pueblo.

No hablaré de los agentes de hoteles què nos acosaron y nos dejaron hasta que supieron que el *Occidental* iba á tener la honra de albergarnos; no de las facilidades que inmediatamente encontramos para que se nos trasportase todo al hotel, sin pagar unas sumas fantásticas que no pagan más que los tontos ó los que no hablan inglés, aunque tengan talento.

Sólo hablaré de una originalidad *yankee*. En cuanto llegamos empezaron á inundarnos de prospectos, reco-

(1) En oposicion á Nueva-York.

mendándonos el ferro-carril que debiamos tomar para ir á los Estados del Este.

Esto merece y necesita una explicacion. De San Francisco sale una línea, el *Central Pacific*, que va hasta Ogden; allí se une al *Union Pacific*, que llega hasta Omaha; esas líneas son únicas, y no tienen competencia; pero de Omaha á Chicago hay ya ahora tres líneas distintas, y de Chicago á Nueva-York hay ya tantas, que no es fácil apuntarlas.

Lo que querian los prospectos era que desde que dejáramos la línea única tomáramos la que ellos patrocinaban. Eso no se comprende en Europa. Compañías de ferro-carriles luchando á golpes de prospectos ilustrados como los del chocolate de Lopez y con frases como las del doctor Garrido.

Esos prospectos son verdaderas obras maestras. Figúrese el lector un hermoso papel de un metro de base y cincuenta centímetros de altura, que se dobla por la mitad y se va plegando de manera que forma un librito. En el centro, unos tienen un mapa primorosamente iluminado, marcando en él las líneas de vapores que pueden tomarse para ir á los Estados-Unidos, y desde los puertos las líneas de ferro-carriles que conducen á la que se recomienda, y que resalta majestuosamente trazada con vigorosas líneas. Otros, más modestos, ponen sólo el mapa de los Estados Unidos, marcan muy visiblemente su línea, indican los que á ella conducen, y que en trazos menores parecen arroyuelos tributarios de un gran rio; pero se guardan muy bien de marcar las líneas que van por aquellos andurriales en igual trayecto.

La parte exterior de los prospectos está formada con vistas de los puntos más notables, modelos de los wagones, tablas indicadoras y una cantidad de ditirambos no comparables con nada. La exageracion andaluza, las bravatas gasconas é irlandesas, no llegan á la seriedad y á la formalidad *yankee*.

En un prospecto se ven los coches-camas y salones, los valles pintorescos y los caudalosos rios; si no se leyese otro, se tomaria de seguro ese, creyendo que es el único bueno y posible. Pero todos dicen lo mismo. Todos presentan iguales ventajas, y despues de leerlos todos se sabe tan poco como si no se hubiese estudiado nada. «¡Dormir en el camino de los *pionneers!!!*» «¡Un coche con diez y seis ruedas!» «Lujo, *comfort* y seguridad combinados.» «La mejor construida y la más agradable de las del Oeste!» «¡La que toman las personas sensatas!» «*Pullman cars.*» «Coches-fondas.» «¡Una milla en un minuto!»—Pero como todas ofrecen en sus prospectos tanto lujo, *comfort*, diez y seis ruedas y rails de tal ó cual sistema, el pasajero se da á los malos y se queda sin ninguna opinion, decidido á hacer lo que habia pensado, á pesar de tener media arroba de recomendaciones en el bolsillo.

Para saltar á tierra debiamos pasar de antemano por esa institucion aborrecida por los viajeros, absurda, vejatoria é incómoda; por la aduana.

A bordo me habian dicho lo que se dice de todo lo oficial en la gran república. Los empleados son unos bribones y unos ladrones: de nada les servirá estar en regla. Si llevan VV. contrabando, denles cinco dollars, y si no

tambien, para que no les molesten. «A mí me pasó tal y tal cosa, decia un viajero.» «Son lo más miserable y lo más bajo de los *politicians*», decian los norte-americanos, y al decir eso creian proferir la injuria mayor que puede dirigirse á un compatriota.

Ninguno de nosotros llevábamos nada que pagára derechos, y no queriamos empezar por pagar exigencias. Una estratagema que inventamos nos dió un buenísimo resultado.

Teniamos, es decir, tenía uno de nosotros un cajon de cigarros de Manila, que en concilio de fumadores habia sido considerado indigno de los honores del desembarco, y habiamos convenido en abandonarlo; pero se nos ocurrió emplearlo para suavizar á los empleados del fisco de la gran república. Al efecto, uno de nosotros tomó el cajon bajo el brazo poniéndolo de modo que se viera bien, aunque apareciera que no se queria enseñar. Cuando tocó el turno á nuestros equipajes, lo primero que nos dijeron fué: «¿Qué llevan VV. ahí?—¿Esto? contestó uno de nosotros con descuido. ¡Ah! sí, son cigarros.—¡¡Cigarros!!—Sí, señor, estamos buscando dónde tirarlos. —¿Tirarlos? ¡Tirarlos! preguntó con asombro el funcionario público:—Nada de eso, vengan aquí»; y abriendo *pro fórmula* nuestras maletas, les hizo con yeso el garabato convencional, y libres de ese modo nos instalamos en un coche del *Hotel Occidental*, que tan lleno de dorados estaba, que parecia más carroza arzobispal que vehículo de fonda.

Pocos de mis lectores pueden comprender la sensacion que experimenta un hombre de la civilizacion al volver-

se á ver en contacto con ella. Cada uno de nosotros cuatro habia pasado por diferentes pruebas en distintos países, pero todos habiamos estado separados de la vida de las naciones en las que nos habiamos criado. Cada uno era de una nacion diferente, pero la civilizacion era comun á nuestros países, y nuestras impresiones fueron las mismas al ver el movimiento, la animacion y la vida de San Francisco.

He viajado demasiado ya y he leido demasiados libros sobre viajes para no saber lo engorrosas que son para el lector las descripciones de ciudades que no conoce ó de costumbres que no comprende. Poco ó nada voy á decir de la vida norte-americana; se ha dicho y se ha exagerado mucho hasta el presente; sobre ella se escribe todos los dias, y en estos momentos sobre todo, ¡cuánto no se estará escribiendo por los que han ido á Filadelfia á celebrar el jubileo de la República al cumplir ésta un siglo de existencia! La vida norte-americana la conocemos todos, ya por haberla observado, ya por haber leido descripciones que de ella se han hecho.

Vida de febril agitacion, carrera desenfrenada, existencia eléctrica, pueblo nuevo que se mueve por los nuevos medios. Al nacer los Estados-Unidos, Franklin aplicó la electricidad y Fulton el vapor, y parece como si la República y sus ciudadanos fueran impulsados por los elementos domeñados por esos sus dos hijos ilustres.

Al hombre norte-americano todos le vemos, segun nos lo han descrito, con un revólver al cinto en las minas de California y Nevada, siendo escalpado por los indios, y

vice-versa en las praderas; perdiendo salud y vida en la agitada existencia de los negocios ó de la política. Le vemos como nos lo describen, persiguiendo el vellocino de oro con fiebre insaciable, inteligente, emprendedor, activo. Teniendo innato el sentimiento comercial y desconociendo todo sentimiento artístico que no obedezca á principios exactos ó á formas geométricas. Gran patriota, y robando casi siempre á su patria cuando la patria lo llama á su servicio.

La mujer de los Estados-Unidos todos sabemos lo que es: aventurera, atrevida, viajando sola, teniendo libre albedrío, protegida por el temor á las leyes más que por el respeto que inspira; derrochadora, elegante, atreviéndose con todas las modas, porque sabe que todas le van bien; de pié pequeño, de esbelto talle y bellísima cabellera.

¿Es mujer de su casa? Yo no lo sé, y es más, yo no lo creo. La he visto en California viviendo en las fondas, en París y en toda Europa, siempre extravagante, gastando un dinero que el marido, que no sabe quién es, gana no se sabe cómo y no se sabe dónde.

Cuando solteras, como he dicho, se teme más á la ley que se las respeta á ellas. Cuando casadas, ¿cómo se conducen? ¿Quién puede decirlo? Se ha dado en creer que son modelos de esposas; no creo sean las peores; pero no abona nada en su favor, ni la historia misteriosa de cierta bruja que hoy tiene un palacio en la quinta Avenida, y que ha hecho la fortuna que hoy gasta insolentemente impidiendo que aumente la poblacion de la gran república, ni tampoco los *personals* de *El New-Yoork Herald*, ni los paseos en *Ferriboat*, que son su consecuencia,

ni los viajes á Europa y la vida que hacen en París.

¿Son así los hombres y las mujeres en Norte-América? No lo serán, no creo que lo sean; pero es preciso que nos entendamos, que sepamos á qué atenernos. Estamos ya cansados de recibir y conocer gentes que resultan ser despues unos bribones; de oir á todos los norte-americanos hablar de sus compatriotas tanto peor cuanto más altos están; de estrechar manos que, si creyésemos á los que dicen que los conocen, deberian llevar esposas y no guantes.

Esos no son los norte-americanos que han hecho de una mala colonia una gran nacion; no son los que con su genio emprendedor y práctico han admirado al mundo haciendo brotar las ciudades, construyendo una inmensa red de ferro-carriles y una infinidad de escuelas; no son los Stwart, ni los Peabody, ni los Astor; pero son los Beecher y Tilton, los Belknap y Babkock, los de la municipalidad de New-York, los *Indians agents*, los del *Wiski ring*. Son esa inmensa cantidad de *jobers* sobornadores de oficio, ladrones de levita, publicanos despreciables que hacen dudar del porvenir de la Union Americana.

Los que lean las severísimas frases que á los americanos dirijo estarán muy léjos de creer que soy entusiasta de los Estados-Unidos; pero mi entusiasmo, serio y reflexivo, me deja conocer los grandes defectos que oscurecen sus grandes cualidades.

He procurado estudiar ese país al atravesarlo de Oeste á Este y no he podido comprenderlo. Pueden abandonarse las antiguas y rancias preocupaciones que han pa-

sado con el tiempo; pueden variar las ideas económicas y sociales que forman la base de la existencia de los pueblos; pero no comprendo, por más que me esfuerzo en hacerlo, cómo se pueden variar para la gobernacion de un gran pueblo las ideas morales, que son el fundamento de las relaciones de la especie humana, y cómo puede prescindirse de las meras ideas de cortesía, que, aunque en menor escala, sirven de regulador á las acciones del hombre.

Los Estados-Unidos son un gran país, estamos cansados de oirlo decir á los norte-americanos, y lo confesamos con mucho gusto. Una raza emprendedora, instituciones libres, una tierra fértil y vastísima han dado en un siglo resultados tales que asombran á los presentes y asombrarán á los hombres venideros. Esa sociedad se ha constituido de un modo diferente á como se han constituido nuestras sociedades; pero, compuestas de hombres, tienen los mismos vicios que las nuestras, sólo que tan exagerados, que es un problema el saber si podrá subsistir como está.

Ya los Estados más viejos, los de la Nueva-Inglaterra por ejemplo, empiezan á sentir los males de que está aquejada la vieja Europa. Las grandes aglomeraciones que engendran el pauperismo; la poblacion que crece; los medios de subsistencia que disminuyen, la inexorable ley de Malthus que se cumple.

Cuando los problemas sociales que hoy se presentan en Europa aparezcan en América, ¿podrá vivir la República como hoy vive? Un Gobierno sin unidad y sin fuerza, una Administracion corrompida, intereses en-

contrados de los diferentes Estados, antagonismos de razas, ¿podrán conservar por mucho tiempo la cohesion, que es la única fuerza que la constitucion federal tiene?

Yo creo que no. Cuando se pueblen los Estados, cuando la sobra de brazos tienda á hacer disminuir los salarios, se presentará el problema social como en todas partes: ¿Podrá oponerse al socialismo la fuerza de nuestras antiguas instituciones? Si los salarios no bajan, ¿podrán los Estados-Unidos sostener la competencia con las otras naciones? Si se empeñan en sostenerla, ¿seguirán tolerando los Estados agrícolas del Oeste y del Sud la tiranía económica de los fabricantes del Norte? ¡Cuánto problema! Pero problemas todos, segun mi opinion, cuya solucion ha de querer imponerse mucho ántes de lo que se cree.

Cuando cese el movimiento febril de hoy dia y los Estados-Unidos sean como las demas naciones; cuando las utilidades disminuyan, ¿podrán tolerar los contribuyentes ser gobernados como lo son? ¿Querrán pagar grandes cantidades por un ejército que no existe, por una marina cuyos buques, si van á China, no pueden volver, por el mal estado en que se hallan; por una Administracion cuyos generales, diplomáticos, senadores y alcaldes están contínuamente sirviendo de pasto á los aficionados á los dramas jurídicos?

Tan distintos intereses no pueden permanecer unidos: con el tiempo han de formarse tres naciones con el Este, Oeste y Sud, y si es verdad lo que dice Castelar, que la democracia tiende á la unidad y á fortalecer el poder central, las necesidades de esas tres repúblicas llamarán

tres dictadores; de eso á la monarquía no hay más que un paso, que será salvado con mucho gusto por esos austeros republicanos que hoy se llaman con tanta fruicion *General*, *Profesor*, *ó Doctor* (siéndolo todos *in partibus*), y que se llamarán de mejor gana Duque de *Conneticut* ó Marqués de *Minosota*.

*
* *

No voy á detenerme á describir una ciudad americana con sus avenidas tiradas á cordel, sus calles numeradas y sus inmensos edificios de formas arquitectónicas que desesperarian á Vitrubio, á Herrera y á Bramante, pero que son la delicia del que, habiendo comenzado su vida mascando tabaco y poniendo los piés sobre una mesa de pino en una choza de minero, la concluye mascando tabaco y poniendo los piés sobre una mesa de laurel de California en un palacio de hierro y mármol.

El desarrollo de San Francisco ha sido portentoso. El que se sitúe en Montgomery ó en California Street y vea esas inmensas hileras de grandiosos edificios, el movimiento que en ellas hay, la infinidad de coches y *tramways* que las cruzan, no puede creer que hace veinte y cinco años no existia siquiera el terreno en que hoy está fundada esa ciudad maravillosa. Las iglesias, templos y sinagogas; las lógias masónicas; el nuevo *City Hall*, que ha costado cinco millones de duros; el *Palace Hotel*, que ha costado cuatro, son edificios como sólo se construyen en las grandes capitales de los grandes países. En eso sí que son admirables los norte-americanos; en su espíritu emprendedor y práctico, en el valor y la fe con que acometen empresas que á todos parecerian irrealizables.

La ciudad está separada del mar por vastos arenales. Hace tres años se decretó que debian poblarse. Al instante han empezado las obras y ha empezado á hacerse el trazado, á plantar y á hacer tierra al mismo tiempo. Ya tienen mil cien acres allanados y plantados; dentro de poco será un parque magnífico, y tendrá como remate el Océano Pacífico. Desde un *restaurant* puesto sobre unas rocas y llamado *Cliff House*, pude extender la vista sobre el mar que he atravesado, y entretenerme viendo un espectáculo para mí nuevo; un pueblo entero de focas y lobos marinos que viven en unas rocas frente á la fonda.

Lo que más me chocó en San Francisco fué el clima. Desembarcamos en el mes de Junio, esperábamos el clima que á su latitud corresponde, y fué todo lo contrario. El viento del Norte se engolfa en las montañas que rodean á San Francisco, y produce unas nieblas tan espesas y un frio tan húmedo, que parece que se está en Lóndres ó en Bruséłas.

No hay más que atravesar la bahía é ir á Ockland ó á Sacramento para que la temperatura cambie por completo y para sufrir muchísimo calor. Lo más extraño es que los vientos esos no reinan en invierno, y entónces la temperatura es dulce y agradable.

En 1874, por ejemplo, la temperatura máxima fué en Junio de 67°, y la mínima de 58°, y en Enero los dos extremos fueron, 59 y 54° (1).

Con esos datos se comprenderá fácilmente la cantidad

(1) (Fahrenheit.) 19°,425'' y 14°,43' en Junio. 14°,985' y 12°,21' en Enero (centígrados).

de humedad y de nieblas que debe amontonarse sobre San Francisco para igualar durante los meses de verano á la temperatura general de California durante el invierno.

Eso hacía exclamar á uno de nosotros, que no habia visto un verano así desde el invierno anterior.

No sé si detenerme á describir los hoteles de San Francisco. Todo el mundo empieza ya á imitar los hoteles de Norte-América, y en California, que va delante de los Estados-Unidos, son áun más notables.

El *Hall* del occidental parece más bien la estacion de un ferro-carril que la entrada de una casa de reposo.

Grandes pilas de equipajes; *porters* entrando y saliendo con ellos; infinidad de gentes andando como andan los americanos, que parece temen llegar siempre tarde.

En un lado el telégrafo con su *tac tac* contínuo; en el otro un buzon tragándose numerosas cartas. Un mostrador en el que hay empleados que reciben á los viajeros, y que para llamar á los mozos tocan contínuamente un inmenso timbre capaz de ensordecer más de lo que lo está á un artillero de la armada. El *elevator*, subiendo y bajando gentes, completa el cuadro de esa torre de Babel, que enloquece al que no esté organizado á la yankee. Las señoras son recibidas en esos hoteles en un saloncito aparte; pero los hombres no tienen más remedio que ponerse en fila delante de un inmenso libro, y allí ir inscribiéndose por turno y recibiendo la llave de un cuarto, al que sin discusion le destina el empleado.

Poco importa que se desee estar en uno de los pisos bajos: todos cuestan lo mismo, y como al *clerk* se le ha-

ya antojado que se suba alto, no hay protesta que valga. No sirven reclamaciones. En estos países libres la libertad es para los fondistas, para los mayorales en las diligencias, para los conductores en los trenes, para los criados negros en los *Pullman cars*, y nunca para el infeliz que paga.

Verdad es que importa poco que el cuarto esté alto ó bajo, porque se sube con máquina. En ellos se encuentra de todo. Por la mañana limpian las botas; durante el dia hacen la cama, y á eso se reduce el servicio; fuera de eso no se ve nunca un criado. En el lavabo hay chorro de agua fria y chorro de agua caliente, jabon y cuantas toallas puedan hacer falta; hay gas y baño en el cuarto, fósforos y un cepillo sobre una mesa; con eso todo el mundo puede bastarse á sí propio. Se me olvidaba decir que tambien hay campanilla eléctrica; pero es inútil, porque los mozos no responden nunca.

En el comedor, donde se sirven cinco diferentes comidas desde las siete de la mañana á las once de la noche, se entra y se sale cuando se quiere; por tres y medio *dollars*, que es lo que cuesta el hospedaje, se puede tomar parte en todas las comidas. La manera de comer es tambien peculiar. Hay una lista sin fin, se pide lo que se quiere, todo lo traen al mismo tiempo y se come frio y como se puede.

En todo buen hotel hay un *Bar room*, es decir, un sitio especial destinado á las bebidas. Los americanos casi no beben comiendo. Se les ve en la mesa tomando agua, te ó leche con hielo, y luego entre comida beben *wisky*, *gin* y otros excesos. En esos *bars* se sirven esos *mixed*

drinks, que ahora se trata de introducir en Europa, *cocktails*, *sherry-goblers*, *punchs*, etc., etc.

En los *bars* bien acondicionados hay siempre una mesa cubierta de fiambres, dulces y pastas, de los que se puede usar y abusar sin que cueste el dinero: sólo se pagan las bebidas, que cuestan cada una dos *beets* (1), es decir, un cuarto de dollar.

Para probar ese aserto, todos los viajeros van á tomar tímidamente un sandwich y se marchan muy corridos; pero los del país entran, comen, echan una ojeada al telégrafo, que va contínuamente imprimiendo las operaciones que se hacen en Bolsa, leen los periódicos y se marchan sin beber, y, por consiguiente sin pagar si no tienen sed.

He pasado en San Francisco el noventa y nueve aniversario de la independencia de los Estados Unidos, que por caer en domingo el 4 de Julio, fué celebrado el 5.

Desde la víspera los chiquillos se habian entretenido en tirar petardos y cohetes, y no hubo que lamentar en aquel dia solemne más que uno ó dos incendios, como acontece siempre en tan patrióticas expansiones.

La ciudad estaba engalanada con los diez mil duros de banderas que se habia gastado el Comité organizador de las fiestas. Éste era dirigido por un ciudadano que se titula gran mariscal. Su casa se llama aquellos dias cuartel general.

Sabemos, por desgracia, en España, cuán aficionados

(1) Moneda peculiar de California: el mínimum de las que allí se usan; es imaginaria, y vale 12,50 centavos de peso fuerte; es decir 2 1/2 reales.



son los demócratas y republicanos á todo lo que reluce; así es que no me cogió de nuevas el ver un diluvio de generales y coroneles cubiertos de bandas, bordados y plumas.

Los bravos y valientes panaderos, labradores y cerveceros que para defenderse de no se sabe quién han tomado las armas, no han adoptado un uniforme general y sencillo, sino que, formando un regimiento con cada veinte y cinco hombres, y un ejército con cada ciento, han escogido los trajes de los cuerpos más formidables, Ademas, como California está formada con tan distintas nacionalidades, cada una de ellas se ha vestido á su modo, y por delante de nosotros desfilaron garibaldinos italianos, dragones alemanes, zuavos franceses, montañeses suizos, no recuerdo qué mejicanos, y á más una variedad infinita de granaderos con inmensas gorras de pelo, coraceros, artilleros, húsares, etc., etc.

Al lado de tanto ridículo, que es casi imposible el describirlo, habia dos cosas sublimes, por las ideas que representaban; una era un piquete de voluntarios con el histórico traje con que pelearon los colonos y con que se batieron en Lexiton ó en Bunker-Hill, y el otro era un peloton de los nacidos en California, agrupados alrededor de un pendon, en el que se leia: *The native sons of the Golden State;* ninguno de ellos tenía veinte y cinco años, y paseaban por una ciudad construida donde estaba el mar cuando llegaron sus padres !! Irlandeses agrupados bajo el verde estandarte de Erin, sociedades de templanza, toneles de cerveceros, colegios, clubs, etc. completaban la procesion.

Concluida ésta, fuí á ver la funcion literaria que se celebraba en el inmenso edificio conocido con el nombre de *Mecanics Hall*, donde se cantaron himnos patrióticos por una *miss* descocada; se pronunciaron discursos llenos de los ampulosos ditirambos que á sí propios se dedican siempre los norte-americanos; un Parson pronunció una oracion con la hipocresía protestante; y como, á la norte-americana, era preciso que hubiese algo sublime al lado de tanto ridículo, se leyó ese magnífico documento que se titula *Declaracion de independencia.*

XIV.

CALIFORNIA.

En el campo, 1.° *de Julio de* 1875.

No podia abandonar las costas del Pacífico sin tratar de conocer las gentes que han convertido en tan poco tiempo á un país despoblado é inculto en un emporio de riquezas, y sin visitar, aunque ligeramente, uno de los jardines del mundo.

La sociedad, como en California se ha formado, puede convencer á los que de buena fe estudien su desarrollo de lo utópicas que son las doctrinas de los modernos reformadores.

En Europa, unos pudieran tener orgullo recordando que sus antepasados han combatido en las Cruzadas; otros, descendientes de los siervos de la gleba y de los pecheros, podrian guardar rencor hácia las clases á quienes sus padres arrancaron la igualdad civil y política á fines delsiglo pasado.

En California todos han sido iguales ante la naturaleza vírgen.

Hace veinticinco años sólo habia mineros que acudian

con su actividad é inteligencia por capital y abolengo; mujeres que venian á lucrarse con las riquezas que á aquéllos daba pródigamente la tierra. Todos eran iguales; allí no habia señores, ni villanos; no habia Estado, propiedad ni ley. ¿Qué ha sucedido en tan corto tiempo? No hay que acudir á la filosofía de la historia, no hay que meditar la economía para saberlo. El que de buena fe busca la solucion de los problemas sociales, bástale observar lo que allí ha pasado.

Todos eran iguales al empezar; pero unos trabajaron y otros no; unos ahorraron miéntras otros derrochaban; unos tuvieron suerte y hallaron minas, miéntras otros cavaban en dura roca, y al cabo de algunos años, unos han muerto de miseria ó se han embrutecido en el vicio, miéntras otros han áumentado sus riquezas y se han elevado sobre los demas.

Esta es la historia de la desigualdad en todas partes; ésa es la historia del mundo.

Tómense dos hombres y dése una canasta con telas á cada uno, y á la vuelta de algunos años, uno pedirá limosna, y el otro, Stward, tendrá cientos de millones de pesos. Una hoja de papel impresa hará la fortuna de Gordon Benet y de Santana, y desacreditará, sin sacar de la miseria, á un sin número de *quidams*.

Así se ha formado la propiedad en todas partes; así ha venido á existir el presente estado social, y en California se ha formado en poquísimos años un estado igual al que ha sido en el resto del mundo el lento producto de los siglos.

Lo mismo que existe la desigualdad en las fortunas,

existe en las clases; hoy es timbre de nobleza el ser de los *pioneers*, es decir, de los primeros que llegaron; timbre preciado, como puede serlo para un europeo que sus antepasados hayan peleado en las Navas ó hayan entrado en Jerusalen con Godofredo de Bouillon. El que vende al pormayor, tiene á desdoro juntarse con el que vende por libras; el que vive en una fonda, no trata al que vive en casa de huéspedes; y eso en la Gran República, en el modelo, para algunos, de las naciones.

El hombre es siempre el mismo; la desigualdad está en la naturaleza, y cuando ésta no puede fundarse en antiguos recuerdos, va á buscarse en la diferencia de los cuartos de las casas de huéspedes! Prefiero en esto, como en otras muchas cosas, nuestro viejo sistema europeo.

California, como he dicho, se ha formado con aventureros de todas las partes del mundo. Al llegar se encontraron en un estado parecido al de los hombres de Rousseau al pactar *El Contrato social.* Allí no habia, repito, ley, ni propiedad, allí no habia Estado.

Hubieran podido constituirse en comunismo; hubieran podido aplicar las fórmulas sociales que hacía poco (1) intentaron plantear á balazos en las barricadas de Junio los precursores de la *Commune.* Estaban en plena anarquía, y hubieran podido ensayar esa que para algunos locos soñadores es la fórmula final del progreso. Nada de eso aconteció.

Ni se reunieron ni pactaron como queria el filósofo frances, ni inventaron fórmulas económicas, ni aplica-

(1) Los primeros mineros llegaron á San Francisco en 1849.

ron utopias socialistas, ni convirtieron al Municipio en nodriza.

Por un desenvolvimiento natural, tras la lucha, la civilizacion se ha impuesto al mundo; tras el antagonismo del trabajo, la inteligencia y la suerte; contra la pereza, la ignorancia y la desgracia, ha venido la desigualdad, que está en la naturaleza humana y que es orígen del progreso, porque sobre la desigualdad de las condiciones hay una ley igual para todos.

El que viene de Europa ó de los Estados del Este en California empieza á ver la vida oriental; allí se ven los primeros chinos; allí hay siempre japoneses é indios. Asia, en fin, se empieza á revelar; pero el que, como yo, viene de Oriente (1), San Francisco y California son la civilizacion europea, y los vestigios asiáticos no merecen ni una mirada siquiera. No se extrañe, pues, que pase por alto el elemento chino, pues no he ido al barrio que alberga á los hijos del *Imperio del Medio*, ni he visitado fumaderos de ópio ó teatros que ya habia visto en China.

No voy á tratar tampoco, por ser cuestion muy séria, de la emigracion y de sus efectos. Que al principio ha sido un bien, no puede negarse; sin los chinos no se hubiera podido construir el ferro-carril del Pacífico, y sin comunicaciones, California nunca hubiera llegado á ser lo que es. No voy á examinar si es un mal ó es un bien ese elemento de California. Que los chinos son muy trabajadores y muy sobrios, que contentándose con poco

(1) Lo que para nosotros es Oriente, es Occidente para los Estados-Unidos; hay que tener presente esto al leer Este ú Oeste.

hacén bajar el precio de los salarios, lo sabemos todos. Que creyendo por fanatismo religioso que el que no reposa en China no puede ir al cielo, y vuelven todos, muertos ó vivos, á su país, llevándose cuanto poseen, tambien es notorio. Esas dos tan conocidas verdades son el principal motivo del ódio que se les tiene y el orígen de las persecuciones dirigidas contra ellos.

Se dice, y creo que con razon, que abaratando los jornales hasta un precio con el que no puede un blanco vivir, impiden que vengan colonos inteligentes y amigos del progreso, y que se establecerian definitivamente en el pais aumentando la poblacion, que es el *desideratum* de los Estados nacientes. Se dice tambien que llevándose todo lo que ahorran no contribuyen al progreso general más que con su prestacion personal, y que en cuanto ésta no es indispensable, debe evitarse la inmigracion de chinos.

Tal vez acierten los que esto dicen; no quiero entrar en el fondo de la cuestion; sólo diré que hoy dia es una de las grandes dificultades de California.

No sé si el Estado por medio de leyes, la Nacion por tratados con China, ó el pueblo con sus crueldades, llegarán á impedir que los chinos vengan á California: hasta ahora nada ha bastado, y esa raza perseverante y amiga del lucro va, como los judíos, á donde la llama el ruido del metal acuñado, y así es que, á pesar de las iniquidades que con ellos se cometen en América, he visto anuncios de artesanos chinos en los periódicos de Chicago.

En el Estado de Oro se ha verificado lo del labrador de la fábula, que dijo al morir á sus hijos que en su

campo habia un tesoro, y éstos, revolviendo la tierra, la fertilizaron y se hicieron ricos.

En 1849 se descubrieron las minas de oro, y allí acudseron por millares los buscadores. Cuando el oro empezó á escasear, y la carestía de la mano de obra hizo que costase 30 rs. cada duro de oro que sacaban de la tierra, la labraron; y hoy el trigo y las frutas, y pronto el vino, y tal vez las sedas, traerán á California acuñadas más piezas de *veinte dollars*, que han salido céntimos de los *Placeres*.

Ver el progreso en el campo despues de haberlo visto en la ciudad, era uno de mis grandes deseos; y verlo en ese bellísimo país, vivero de los jardines modernos, pasando en la diligencia de los tiempos de los *pioneers* por selvas casi vírgenes y por ciudades en embrion, una de mis esperanzas desde que salí de Europa.

En California existen ademas los árboles gigantes, esos respetables vestigios de los siglos antiguos, objeto de veneracion para todo amante de la naturaleza, y á donde se va como en peregrinacion á recordar lo pasado.

Decidida la excursion, salimos una mañana de San Francisco, Boutenef, el Dr. Neesen y yo, despues de habernos hecho con un billete *circular* para ferro-carriles, diligencias, etc.

No hablaré ahora del ferro-carril, porque éste será el objeto del capítulo siguiente.

En cuanto lo dejamos en Milton, un mal break, arrastrado velozmente por seis caballos, nos hizo atravesar un terreno muy bello y muy accidentado en el que tuvimos mucho calor y mucho polvo.

Viajando en esas diligencias por el interior de California, se comprende un poco á las gentes que han creado ese país. Mezcla de excelentes y de pésimas cualidades, brilla en sus ojos la energía y la fuerza de voluntad, al mismo tiempo que la esperanza que tienen de cambiar el asiento que ocupan en una segadora ó en el pescante de un coche, por un muelle sillon en un palacio de San Francisco. Rudos y groseros, se ve en ellos aún á qué luchas se vieron obligados en los primeros tiempos. El respeto que por las mujeres tienen, que es orígen de la impertinente insolencia de éstas, se ve claramente que ha tomado orígen en la necesidad de imponer el culto de los débiles á una sociedad sin ley y sin freno.

En esos países colocados á la cabeza de la cultura, lo que más he creido digno de atencion ha sido la actividad, el conocimiento práctico de las cosas, y como resultado inmediato, el descanso del cuerpo. Me explicaré con claridad. En California, en esos campos que hoy tanto producen, me extrañaba ver lo poco que trabajan los que consiguen tan maravillosos resultados. Pasa ya por axioma el que los españoles son perezosos; eso dicen los extranjeros, y lo dicen tambien muchos de nuestros compatriotas tomando por horizonte la punta de su nariz. Compárese el trabajo que se hace en nuestros campos, con el trabajo de otros países: ¿En dónde como en España siegan á fuerza de brazos desde el alba al ocaso, sufriendo un sol de justicia que desarrolla 38° de calor? ¿Hacen más los negros en los ingenios ó los chinos en los arrozales? ¿En dónde atoñan, como se dice en Valencia, du-

rante catorce horas? Y sin embargo, el resultado es bien triste. El trabajo material, el que ejecuta el hombre como máquina, es tan grande ó mayor en España que en otra nacion: ¿Por qué no se consiguen más resultados? Por el atraso de las inteligencias, preciso es confesarlo. En los campos de California veia que todo se pide á las máquinas; en los campos de España veo que se pide todo á los brazos. Se siega aquí, con la frente en el polvo, y allí sentados y con una sombrilla en la mano; se ara aquí con el arado romano, con penas y sudores, y allí con uno de vertedera paseándose y leyendo un periódico.

Es preciso que cambien en España las condiciones del trabajo. La patria es grande y puede dar mucho; es preciso que mande la inteligencia; que cada hombre, con el auxilio de la máquina, valga por diez, y que en lugar las fuerzas de seis ú ocho millones sean las de sesenta ú ochenta las que la hagan rica y próspera.

Para ello hay que atacar el mal de frente y desarrollar la inteligencia desarrollando el entendimiento, y en España ése sí que es perezoso: es preciso que se acabe la rutina, que se anime la voluntad.

Los americanos han establecido escuelas ántes casi de fundar ciudades; y educados todos para el progreso, marchan con el siglo.

Yo creo que tienen los padres tanta obligacion de instruir á sus hijos como de alimentarlos. Es preciso que les den los medios de vivir y de desarrollarse en la socieciedad; y hoy dia el que no tiene instruccion, lleva una vida de penalidades y miseria.

Creo que es mision del Estado emplear todos los me-

dios, incluso los coercitivos, para obligar á que se instruyan los ciudadanos. Como cuestion de órden público, como cuestion económica, debe hacerlo. El hombre instruido es más fácil de gobernar, porque deja llevarse ménos de insensatas predicaciones. El hombre instruido produce más y aligera las cargas de sus conciudadanos y aumenta los recursos del Estado aumentando la materia imponible. Eso no se conseguirá con leyes especulativas, pero podrá fácilmente conseguirse con leyes prácticas.

Quisiera alguna vez hacer oir mi voz á fin de reclamar disminucion de tiempo de servicio en el ejército, para el que al entrar en caja supiese leer, escribir y contar; habia de pedir el establecimiento formal de las escuelas de compañía, premios para los coroneles que consiguieran mayores resultados, y que se exigiese estrecha responsabilidad á los que desatendiesen ese sagrado deber: habia de pedir aumento de tiempo bajo las banderas á los que, con elementos para ello, no se instruyeran.

El ejército, que tantas veces ha salvado á España, haria entónces que desapareciese para nosotros el baldon de ser una de las últimas naciones en lo referente á enseñanza primaria. Habia de pedir tambien que el que no supiese leer ni escribir no pudiera tener destino del Estado ni de las corporaciones populares, y que se le privase de todo derecho político.

En el Estado de Massachussets, uno de los más liberales de la Union-Americana, en donde no existe el sufragio universal, sea dicho de paso, se exige que para poder ejercer el derecho electoral se pague un peso fuerte

de contribucion al ménos, y sepa el elector *firmar su nombre y leer el del candidato á quien da su voto.* ¿Qué ménos puede exigirse á quien pretende tomar parte en la gobernacion de un Estado?

Soy tan radical en las cuestiones de instruccion, que creo deberia establecerse que todo aquel que al finalizar un plazo marcado llegase á la mayor edad sin saber leer y escribir, no fuese considerado como tal mayor de edad ni pudiera ejercer ningun derecho civil, quedando sujeto á perpétua curatela *ejemplar* (1) como *meliloto.*

Todas estas ideas nacieron de una justísima observacion de mi amigo el oficial ruso: «¡Pero aquí nadie trabaja!» exclamaba admirado recordando tal vez al *mugic* de su país, que, como nuestro bracero, pasa la vida encorvado hácia la tierra que le niega el necesario sustento; y sin embargo, todas aquellas gentes, á las que no se ve trabajar, viven de una manera que sería considerada como lujosa, hasta por la clase media en España; habita, viste y come de tal suerte, que se me saltaban las lágrimas al recordar al pobre trabajador de nuestra España, que come pan de maíz y una sardina, duerme en el suelo y bebe agua.

¡Miserables que os los llevais á las montañas en nombre de Cristo! ¡Miserables que los llevais á las barricadas en nombre de la libertad! ¿Por qué en lugar de fusiles de aguja no les comprais segadoras y arados mecánicos? ¿Por qué en lugar de cavar trincheras no les haceis cavar canales y formais comicios agrícolas en lugar

(1) Que serviria de ejemplo.

de formar batallones con esos laboriosos y honrados trabajadores? Malditos seais y maldito sea el Gobierno que no ahogue en vuestra sangre cualquier tentativa de guerra civil.

Haciendo estas consideraciones, he dejado de describir mi viaje por California, pero ha sido descrito tantas veces, y mejor que por nadie, por el *Baron Hubner* en su *Paseo alrededor del mundo*, que no lo creo necesario; la comida no ha mejorado, ni han disminuido las moscas, ni dejádose uno de encontrar con mineros en la mesa, ni de estar bajo la férula tiránica del mayoral que se sienta á comer al lado del viajero, y con el sombrero puesto se sirve ántes los mejores trozos. El norteamericano es siempre el mismo: lo que no está ya como lo describia el baron Hubner, son los medios de locomocion, ni los hoteles, que en pueblos de seis ú ocho casas son tan buenos como los mejores de Suiza; ni los caminos, que son perfectos; ni el telégrafo cuyos hilos colgados de las ramas de los árboles van ya á los más recónditos rincones. Llama la atencion encontrar en todas partes los últimos adelantos materiales y su aplicacion práctica.

De nada me serviria tampoco dar la reseña de mi viaje para que otro pudiera aprovecharlo; se va tan de prisa en este país, que lo que es hoy nuevo, mañana será antiguo. Yo tomé el tren del Pacífico hasta Stocton; allí cambié por otro de la línea Stocton-Milton Coperopolis (1),

(1) Son extraordinarios estos yankees; la tal Coperopolis es una ciudad que se *fundará* al lado de una mina de cobre. Ya tiene ferro-carril.



que me dejó en Milton. Tomé despues la diligencia, y fuí á dormir á Murphy, pueblecito de una docena de casas. A la madrugada siguiente salimos para el valle de Calaveras, y á las pocas horas nos apeábamos en un hermoso *chalet-hotel* , dirigido por un frances que se titulaba Marqués de... no me acuerdo de qué.

En el bosque donde están los árboles gigantes hay 92 de éstos que pertenecen á la familia de las coníferas. El inglés que las descubrió las llamó Wellingtoneas, pero los norte-americanos no quieren conformarse con que lleven el nombre del Iron Duke (1), y las han llamado Washingtoneas. Yo he oido á un *Juge* reprender severísimamenteá u n amigo mio por haber dado á esos árboles el nombre del vencedor de Simáncas y Waterloo, y hacerlo de tal manera, que parecia que habian dirigido un grave insulto á su patria. El nombre más usado en los libros científicos es el de *Sequoia*, tomado del de un jefe indio, amigo de los europeos, allá por el tiempo de William Penn.

La impresion primera causada por esas maravillas del reino vegetal es la misma que me han producido todas las cosas grandes y sublimes. El mismo efecto que me produjo la vista de la gran muralla; el mismo efecto que me habia de producir el Niágara. El efecto que producen las Pirámides ó el Océano á los que los ven por primera vez. ¿Es esta la maravilla de que tanto me han hablado? ¡Me preguntaba asombrado por qué no me asombraba!

(1) Así llaman los ingleses al vencedor de Waterloo.

El espíritu humano está reducido á los estrechos límites de lo real, sometido á las leyes de lo usual y lo comun, y cuando ante él se presenta un hecho ó se desenvuelve un fenómeno extraordinario, no lo comprende á primera vista, tiene que reflexionar y que formarse idea exacta por la comparacion.

Al pié de los árboles de California, midiéndolos con la vista midiéndolos con los brazos, se convence uno del tamaño que tienen, de la diferencia que hay entre ellos y los que de ordinario vemos en bosques y en florestas. El que así los mira, siente la satisfaccion que produce la vista de una cosa curiosa; pero el que recuerda al saber su tamaño la altura de los mayores edificios levantados por la mano del hombre; el que recuerda, al saber su edad, los acontecimientos que en el mundo han pasado miéntras ellos lenta y seguramente iban elevando sus copas al cielo, queda anonadado al pensar lo que hay que hacer para llegar á su altura, y lo que ha pasado en su tiempo.

Noventa y dos gigantes forman, como he dicho, el grupo de Calaveras. Diez tienen más de 30 piés de diámetro, y 82 varian entre 15 y 30. Sus cincunferencias están comprendidas entre 40 y 112 piés. Su altura entre 200 y 450.

Los principales, segun el *Guía* que venden en el Hotel, son:

	Altura.		Circunf.
Padre de la selva (caido)	450	pies	112
Madre de la selva (muerto).	305	»	63
Hércules (caido).	325	»	97
Los dos centinelas..	315	»	23

	Altura.		Circunf.
W. Cullen Bryan..	305	»	45
Rey de las Estrellas.	366	»	50
Monarca destronado (caido).	300	»	25
Abraham Lincoln.	320	»	18
Etc., etc.			

Esos guarismos dan una idea de lo que son esos árboles, que es preciso ver para comprender bien. Sobre el tronco de uno, que está aserrado, se estableció una imprenta en donde se imprimió durante algun tiempo *The big trees Bulletin:* y se ha construido despues un kiosco en el que pueden bailar cómodamente 32 parejas. *El Padre de la Selva* forma un túnel, pues está hueco, por donde puede pasarse á caballo; las fogatas de los indios han formado en un árbol la *Cabaña de Tom*, y en otro la *Casa del Minero*, cavidades que pueden dar abrigo á muchas personas.

La edad de esos árboles, leida claramente en los círculos concéntricos de los que han caido, y calculada por analogía en los otros, es, segun Mielk, de más de 5.000 años, y áun hay quien opina que alguno tiene 6.000!!

Comparémoslos con algunos de los mayores monumentos: tiene

La Giralda, 278 piés de altura.

La Cúpula de San Pedro, 141.

Las torres de Nuestra Señora de París, 210.

La Pirámide de Cheops, 436.

Y 420 y 174 las otras dos.

¡Qué de reflexiones se amontonan á la mente, pensando bajo esos árboles en los tiempos pasados! Parece que evocan todo lo que ha sucedido miéntras ellos han cre-

cido y se han desarrollado. ¿Y qué mejor imágen del tiempo que esos gigantes inmóviles en el fondo de una selva miéntras pasaba el mundo por cambios y revoluciones? Unos han sido fecundados por el limo del Diluvio de Noé; la semilla que ha producido á otros cayó en la tierra al mismo tiempo que peleaban los Griegos en Troya, ó cuando Rómulo echaba los cimientos de la Ciudad Eterna. Han concluido Medos y Persas; Griegos y Egipcios; han pasado República é Imperio; invasiones y migraciones de pueblos; sistemas y religiones, miéntras los árboles añadian cada año un círculo á su volúmen y una pulgada á su altura. La imaginacion, exaltatada por esa evocacion de la historia, conjura á todos los grandes monumentos hechos por la mano del hombre á que vengan á compararse con esos representantes de la vida del pasado y á dar cuenta de la historia encerrada en sus piedras. La Giralda si eso pudiera suceder narraria la vida de ese pueblo poético que, salido de las ardientes arenas de la Arabia y fanatizado y galvanizado por su religion, ha llevado á cabo tantas hazañas, y que hoy se ha convertido en las naciones muertas del Asia Central y de las costas Sud del Mediterráneo, ó en esa otra que muere carcomida á orillas del tranquilo Bósforo. Las torres góticas nos hablarian de la Edad Media, de ese laboratorio de las modernas sociedades y naciones, y nos dirian cuántas veces sus campanas han tocado á rebato por el señor feudal, y cuántas por las municipalidades hasta que fueron echadas á vuelo para celebrar la triunfal en trada de los reyes.

La Basílica de San Pedro nos diria que cuando empe-

zaban á construirla se alzó en Alemania una voz que ha traido grandes cambios en el mundo (1), y el único contemporáneo de los árboles, el único monumento que llega hasta sus copas, la vetusta Pirámide de Cheops, diria que ha visto pasar inmóvil el gobierno de las castas en Egipto; que ha visto pasar á Alejandro y á César; que ha mirado á los primeros cristianos en la Tebaida, pensando conquistar el mundo con la idea, y á Napoleon en Aboukir y Embabeh soñando en conquistarlo con la fuerza. Nos diria que ha visto un hombre que con su perseverancia y su genio ha renovado la idea de los Faraones abriendo un canal entre dos mares, y que teme que por la posesion de ese camino, llave del inmenso continente asiático, verá un dia luchar á Inglaterra y á Rusia. Nada me ha impresionado tanto como ese vestigio vivo de 50 siglos: ningun monumento que levante el hombre puede tener la significacion de esos venerables representantes de las edades pasadas.

(1) Lutero.

XV.

EL FERRO-CARRIL INTEROCEANICO.

En un Pullmancar, 6-11 *de Julio de* 1875.

El 6 de Julio nos embarcamos en un *ferry boat* (barco de rio), para atravesar la bahía de San Francisco é ir á Ockland á tomar el tren. Muchos de mis lectores habrán oido hablar de esos inmensos buques de dos proas, construidos de manera que se ajustan perfectamente á los muelles y en los que pueden entrar coches cargados hasta trenes para atravesar rios ó bahías.

Tomamos en Ockland el tren que nos habia de conducir á orillas del otro Océano.

La manera de viajar en los trenes de la Union-Americana es conocidísima por las muchas veces que se ha descrito; pero no es lo mismo apuntar la diferencia que existe entre los wagones de Europa y los de los Estados-Unidos y describir el lujo y la comodidad de los de Pullman, que dar cuenta de una travesía de siete dias recorriendo un continente de mar á mar. El sistema de locomocion europeo hubiera sido imposible aplicarlo en los

larguísimos trayectos que hay que recorrer en América. Es posible estar uno ó dos dias encajonado en los incomodísimos trenes de Europa, pero no resistirlos una semana. He hecho trayectos en Europa que han durado veinticuatro horas unos, y cuarenta y ocho otros. El que haya hecho lo mismo, recordará con horror el tiempo pasado en un wagon de primera ó en una berlina con los piés encogidos y torturados. Y no hablo de los coches de segunda, en los que meten diez personas en cada banco, ni de los de tercera, sin cristales ni almohadones.

La primera condicion que buscaron los norte-americanos fué que en sus trenes pudiesen moverse los pasajeros. Nada hará comprender tan bien lo que es un wagon en los Estados-Unidos como un coche del tramvía de Madrid. El mismo aspecto exterior, naturalmente en mayores proporciones, las mismas plataformas delante y detras, é idéntico corredor en el centro. Las plataformas comunican entre sí, de modo que puede el viajero pasearse del ténder al wagon de cola sin el menor inconveniente.

La única diferencia esencial que entre unos y otros existe, es que en vez de ser los bancos paralelos á la direccion del coche, son perpendiculares y para dos personas; una de las cuales está junto á la ventana y la otra junto al paso, y nadie prensado entre dos semejantes como puede pasar en nuestros trenes. Ademas, el respaldo está construido de modo que puedan colocarse cuatro personas (que ocupan dos bancos), frente unos á otros, ó bien pueden los viajeros estarse dando la espalda de dos en dos, si los vecinos mútuamente no se acomodan. Cada

wagon tiene sitio para setenta y dos, personas. Ademas, cada coche tiene un grifo con agua de nieve que se toma grátis, y otras cosas de evidente utilidad práctica. Los wagones de que me ocupo son los ordinarios, y en la línea del Pacífico, la mayor de los Estados-Unidos, hay dos clases: una que tiene los bancos forrados de terciopelo, y otra con bancos de madera, y en donde se puede fumar, guste ó no guste á los ó á las infelices que allí viajan, y que, para colmo de desgracia, no tienen derecho de atravesar los coches de la clase superior. Eso echa por tierra las declamaciones de los que dicen que no hay más que una clase en Norte-América, y de ahí sacan argumentos en pro de la libertad é igualdad que en la República modelo dicen existe.

Las clases son diferentes y con diferencias muy marcadas; lo que hay es que, como los viajes son largos y el bienestar general, hasta los mineros y labradores toman la mejor clase, los *Pulman Silver Pallace*, *Drawing room & Sleeping coaches* (1) para los trayectos largos. En esos trenes sí que se marcan las diferencias entre el que puede usar magníficos coches, y el pobrete, que por no tener dinero, duerme sentado en una tabla siete noches seguidas.

Pulman se ha propuesto suprimir las incomodidades de los viajes y lo ha conseguido. Sus coches son frescos, ventilados, no tienen polvo, por tener dobles cristales y persianas, y están bien calentados en invierno. Segun dice en uno de sus prospectos, su objeto ha sido «com-

(1) Palacios de plata, salones y coches-dormitorios de Pullman.



binar en ellos las comodidades y elegancia de un salon durante el dia, y el *comfort* de un buen cuarto de dormir durante la noche.»

Los que han viajado en sus coches dirán conmigo que cumple lo que promete.

En Europa empiezan ya á adoptarse wagones-dormitorios; pero hay entre ellos y los de América diferencias tales, que creo difícil tengan éxito pasada la novedad, porque no tienen las ventajas de aquéllos. Yo los he usado de París á Burdeos y de Colonia á Bruselas, y me he convencido, por desgracia, que no son lo mismo los de aquí, que parecen armarios, y los de allí, con tanta luz y tanto aire y tan animadísimos por la mucha gente que en ellos viaja, que parecen verdaderos salones en movimiento. Los wagones de Pullman son del mismo modelo que los ordinarios; pero para el viajero, aparte de su lujo y de las comodidades de que haré mencion, tienen la inmensa ventaja de que cada una de las banquetas, que en los wagones de primera son para dos personas, en los de Pullman son sólo para una. Dos bancos forman lo que se llama una *Section*, y de noche, con cortinas, se convierten en un cuartito con dos literas superpuestas como en los barcos. Para viajar por los *Pullman's cars* se paga un suplemento, que de San Francisco á Nueva-York es de 22 dollars. Los wagones de la Compañía Pullman, que son muchas veces casi todos los del tren, están bajo la direccion de un *conductor*, que es quien cobra y distribuye los sitios, y tienen un negro (*Porter*) que hace las camas y limpia las botas. Si algun defecto puede ponerse á esos coches es que, segun las aficiones de Norte-

América, son demasiado lujosos; las maderas valiosas y el terciopelo, los cristales tallados y los metales brillantes, forman un conjunto riquísimo, pero no de muy buen gusto. Las camas se forman juntando los bancos de dos en dos, tienen sábanas, y en ellas se entra en idéntico traje que en las usuales. Una parte del techo baja y forma otra cama. En cada extremo del wagon hay dos cuartitos; á la derecha un indispensable, y á la izquierda un magnífico lavabo: el de un extremo es para las señoras, y el del otro para los hombres.

En resúmen: se puede dormir cómodamente, se está ancho y puede pasearse con desahogo de uno al otro extremo del tren.

En tres trozos he hecho ese trayecto de siete dias: uno de cuarenta y ocho hôras, de San Francisco á Ogden; otro de ciento dos, de dicho punto á Niagara Falls; y de veintidos horas el tercero para llegar á Nueva-York. Despues del primero he pasado dos dias por Salt-Lake City; despues del segundo he admirado las cataratas, y al llegar á Nueva-York he ido al concierto á Barnum mucho ménos cansado que lo estoy al llegar de París á Madrid ó de Madrid á Cadiz.

He dicho lo mejor que he podido lo que son los trenes en la América del Norte; ántes de hablar del terreno recorrido por ese inmenso ferro-carril, no creo ocioso decir algunas palabras de él y apuntar algunos datos referentes á su importancia y á los esfuerzos que ha sido necesario hacer para terminarlo.

Ya he apuntado las consecuencias que para los Estados que se están formando en el Oeste ha tenido el

ferro-carril. Desde que infinidad de mineros y colonos se dirigian á California á explotar sus riquezas, empezó el clamoreo en favor de medios de locomocion rápidos y sanos. Como en otra parte he dicho, no habia más remedio que doblar el Cabo de Hornos, cruzar el palúdico Itsmo de Panamá, ó atravesar todo el continente luchando con los indios, con las montañas y con el desierto.

El problema se planteó, y los *prudentes*, como hubiera sucedido en Europa, empezaron á dudar de que tamaño proyecto fuese realizable. No habia sólo que colocar 1.800 millas de rails, que buscar dinero para la empresa y gente para los trabajos; era menester colocarlo subiendo á las agrestes y escarpadas *montañas peñascosas* (1); era preciso atravesar las praderas de donde no habian aún ahuyentado al indio; era preciso atravesar el

(1) Al llegar aquí tropezamos con una dificultad. ¿Cómo se llaman en castellano, ó mejor dicho, cómo deben llamarse las montañas que en inglés son nombradas *Rocky Mountains*, *Montagnes Rocheusses* en frances y *Felsen-Gebirge* en aleman?

He visto escribir generalmente *pedregosas:* pero no creo el adjetivo apropiado, porque esas montañas no se componen de piedras, sino de *rocas* ó *peñascos.*

El Sr. D. Francisco Coello, ilustradísimo Presidente de la Sociedad Geográfica Española, en una de sus interesantes y eruditas Memorias sobre el progreso de los trabajos geográficos, es el único que traduce con propiedad su nombre y las llama *rocosa* ó *roqueñas*, la primera palabra es un neologismo, la segunda es muy apropiada, y es posible sea mucho mejor que la que nosotros usamos. Hemos creido que buscando en los distintos sinónimos el que más se acerque á lo que en realidad son esas montañas, podriamos acertar.

Piedra, segun el Diccionario de la Real Academia Española (edicion 11.ª página 604), es materia más ó ménos dura de que

desierto americano, y saltar de monte en monte en la Sierra-Nevada.

En vano existia el proyecto de los mormones, que habian vencido todas esas dificultades en su Exodo; en vano hombres entusiastas y llenos de fe predicaban y hacian propaganda; la rutina no se dejaba convencer, y tal vez no se hubiera nunca llevado á cabo tan colosal empresa, si circunstancias políticas no hubieran venido á demostrar su urgente necesidad.

El Sud ardia en rebelion, la guerra civil ensangrentaba la República, y los confederados intentaban apoderarse de California y dividir el territorio de la Union. Era preciso para que la República progresase, conservarla unida, y para ello era necesario poder llevar las fuerzas federales á todas partes. El Congreso comprendió los momentos supremos por que pasaba la patria, y por un *Act* autorizó la construccion de un ferro-carril y una línea telegráfica que, partiendo de las orillas del Misuri, fuese á terminar en las costas del Pacífico.

---

están formadas las rocas; *roca* (pág. 686), es piedra ó vena de ella muy dura y sólida; *peña* (pág. 591), la piedra grande sin labrar segun la forma la naturaleza; *peñasco* (pág. 591), peña grande y elevada.

Segun he visto, en las montañas hay más peñas que piedras, y más peñascos que peñas Entre tres adjetivos hay que escoger, pues sólo tres existen: *pedregoso-sa* (pág. 586), adjetivo que se aplica al terreno naturalmente cubierto de muchas piedras; *peñascoso-sa* (pág. 509), adjetivo que se aplica al sitio, lugar ó *montaña* donde hay muchos peñascos; *roqueño-ña* (pág. 689), que se aplica al sitio ó paraje lleno de rocas.

Hemos escogido *peñascosa*, porque en el Dicionario es en el único adjetivo en el que habla de montaña.

El 1.° de Julio de 1862, el Presidente Lincoln firmó el *bill* que concedia ayuda y subvencion á la Empresa, documento que es, despues de la Declaracion de independencia, el que ha tenido, segun mi opinion, más importancia en el progreso y engrandecimiento de los Estados-Unidos, más aún que la emancipacion de los negros, firmada tambien por Lincoln. Esa es la historia oficial y pública del ferro-carril; pero toda obra humana tiene una historia particular, que es la más interesante.

Fulton, ofreciendo su barco sin velas; Stephenson, con su coche sin caballos; Lesseps, queriendo unir dos mares; Colon, Vasco, Galileo, todos los que han querido hacer dar á la humanidad un gran paso descubriendo ignotas tierras ó aplicando las fuerzas naturales, han sufrido las burlas del vulgo y han tenido que pasar mil sinsabores ántes de ver realizadas sus empresas. La de que me estoy ocupando es una de las mayores obras, una de las que han necesitado hallar hombres con más fe, más teson y más fuerza de voluntad.

El primero de todos, al que hay que considerar como iniciador de la colosal empresa, fué el ingeniero Teodoro Judah. En cuanto el desarrollo de California le hizo creer posible la obra, empezó á hacer propaganda y á decir y á predicar por todas partes que la Sierra-Nevada podria atravesarse, y lo mismo el Desierto y las montañas Peñascosas y ser entónces California miembro importantísimo de la gran familia norte-americana. Naturalmente, fué llamado loco por los tímidos y prudentes, y se le hizo abierta y declarada guerra por los monopolizadores del Oeste, que iban á ver terminadas sus

fantásticas ganancias en cuanto la facilidad de las comunicaciones desarrollase la competencia.

Judah no desmayó en su empresa, ni se arredró por la oposicion que se le hacía, y perseverando siempre, logró allegar algunos fondos para hacer exploraciones y levantar planos. En una tienda de Sacramento, en lo que entónces era una aldea y es hoy la capital de California, se reunieron unos cuantos de esos norte-americanos que he intentado dar á conocer y que soñaban convertir el Desierto en una nacion, las aldeas en capitales, y á sí, modestos tenderos, en opulentos banqueros, accionistas del ferro-carril más grande del mundo.

Quisiera ser un autorizado escritor para decir á todo el mundo lo grandes, lo sublimes que son esos pobres tenderos reunidos en la trastienda de Huntigton y Hapkins suscribiendo 50 pesos fuertes cada uno, para que en el verano de 1860 pudiera Judah ir á las montañas á estudiar y levantar planos. El resultado de la exploracion fué satisfactorio, y al siguiente año se reunieron 1.500 dollars y se demostró que la obra era cuestion de tiempo y de dinero. Judah fué á Washington, en donde encontró entusiastas sostenedores, sobre todo Sargent y Campbell, y entre los esfuerzos de todos y las revueltas del Sur, consiguieron que el *bill* fuese votado y con él grandes auxilios, pero *para cuando hubiesen construido cuarenta millas de vía.* Nuevas dificultades empezaron entónces; era preciso encontrar dinero para empezar obras costosísimas, y el dinero entónces en California, en plena fiebre de oro, valia 2 por 100 al mes, y los iniciadores de la empresa tenian contra sí ademas todos los especuladores de mala

fe de San Francisco; tanto, que una empresa que ha producido á la *Ciudad de Oro* los beneficios de que he hecho mencion, al dar cuenta de su rápido desarrollo, no tuvo más que *dos suscritores*, y uno de ellos fué una mujer.

Huntington, convertido ya en Vicepresidente del Consejo de Administracion de la nueva línea, supo infundir en Nueva-York á la casa Fisk & Hatch el valor y el entusiasmo de que se hallaba poseido, hasta el punto de que dieron en un año á un *ingeniero loco* y á unos *tenderos visionarios* hasta 20 millones de pesos.

Vencidas esas primeras dificultades, la línea empezó á trepar por las escarpadas cumbres de la sierra, y en cada uno de los años de 1863, 64 y 65 se construyeron 20 millas; en 1866, 30, y 46 en 1867; despues, ya en el llano progresó con rapidez suma, y en 1868 se hicieron 364, y en 1869 las 191 que faltaban para completar la parte del *Central Pacfiic.*

No he dicho aún que despues de votada la ley que autorizaba la construccion del camino de hierro, se habian formado dos Compañías que debian empezar por los extremos y encontrarse en la mitad del camino; una era la que acabamos de citar; la otra tomó el nombre de *Union Pacific*, empezando á orillas del Misuri.

Si tuvo dificultades una empresa no las tuvo menores la otra. Aunque el primer contrato para la construccion se hizo en 1863, por dificultades materiales que no son del caso, las obras no pudieron comenzar hasta el 5 de Noviembre de 1865, y se prosiguieron desde entónces con gran energía, pero á costa de inmensos sacrificios.

Las dificultades mayores fueron la carencia de comu-

nicaciones, pues el ferro-carril más cercano al Este estaba á 150 millas, y al Oeste no habia ninguno: de modo que todo el material, incluso las máquinas, hubo que trasportarlo en carros á precios ruinosos. ¡Qué fe y qué fuerza de voluntad se necesita para construir un ferro-carril en un país desierto y teniendo por un lado el mar á 800 millas y por el otro la vía férrea más cercana á 150!

Otra dificultad era la falta de madera. 500 millas á la redonda de Omaha, punto donde empezaba el ferro-carril, no habia árboles, y la Compañía tuvo que comprar traviesas en Nueva-York y en Michigan y pagarlas hasta á $ 2,50 cada una.

Nada de eso arredró á esos héroes de la industria; los trabajos se llevaron con tal energía, que el 1.° de Mayo de 1869, tres años, seis meses y tres dias despues de haber empezado, se reunia con el ferro-carril *Central Pacific*.

La vía debia estar completada el 1.° de Julio de 1876, de manera que, gracias á esos titánicos esfuerzos, el mundo entero ha podido utilizar y disfrutar esa vía *seis años, diez meses y veintiun dias* ántes del plazo fijado por la ley.

Cuando tales trabajos estuvieron para verse coronados por un éxito no menor por ser esperado, las dos Compañías rivalizaron para ver cuál de ellas construia más camino en un dia, y lo hicieron á la yankee. La *Union Pacific* empezó por construir *seis millas* y la *Central Pacific* construyó *siete*; su rival hizo *siete y media*, y el Director de la *Central* apostó 10.000 $ que construiria su Compañía *diez millas* en un solo dia. La apuesta fué

aceptada, y el 29 de Abril, cuatro mil obreros realizaron en las horas ordinarias de trabajo lo que imposible parece. Ese ejército trabajó de tal modo, que al descansar para comer, á la una y media, habian hecho en seis horas ocho millas; y á las siete de la tarde terminaban el trabajo, habiendo hecho diez millas y doscientos piés. El Director Campbell recorió la vía hecha durante el dia, en una locomotora, en cuarenta minutos, probando que habia ganado bien la apuesta.

Para formar una idea de lo extraordinario de la empresa, basta considerar que en diez millas hubo

3.520 rails,
25.800 traviesas.
55.000 tornillos, etc., etc.

y que el material empleado pesaba 4.362.000 libras. Gran dia para América fué el en que se puso la última traviesa y el último tornillo que unia 1.740 millas de ferro-carril y ponia en comunicacion los grandes mares acortando la distancia al rededor del mundo.

El lúnes 10 de Mayo de 1869 terminaron las obras. ¡Cómo se estremeceria en su tumba el pobre Judah, muerto ántes de terminar la empresa para la que tanto habia contribuido! ¡ Con qué orgullo contemplarian al *Júpiter* y al *número* 116, las dos locomotoras que se dieron la mano, aquellos tenderos que nueve años ántes daban cada uno cincuenta duros para estudiar lo que el mundo creia un desvarío!

Dia de júbilo fué en toda la América ese dia que tanto agrandaba la patria. Todos quisieron saber al mismo tiempo el fausto suceso. El último tornillo se puso con

solemnidad imponente. La última traviesa era de laurel de California primorosamente labrada, y fué afianzada con un tornillo de plata de Nevada y otro de plata, oro y hierro de Arizona. Despues de la bendicion, el gobernador Sanford colocó el último tornillo, de oro puro de California, y al golpear en él con un martillo cuyo mango estaba unido por un hilo eléctrico con las principales ciudades de la Union, ese último martillazo resonó en todas partes, y los hurras, las campanas y las salvas celebraron esa nueva y gran victoria contra la distancia, ganada por el siglo XIX.

No hay necesidad de encarecer los resultados que la línea ha producido.

Comparemos lo que eran las provincias que atraviesa la línea en 1860, y lo que diez años más tarde, á causa del ferro-carril habian prosperado, y eso que no estaba en explotacion más que un año apénas.

	1860.	1870.
Habitantes.	534.301	1.011.971
Millas de telégrafo.	232	13.000
Idem de Ferro-carriles. . .	32	4.191

representando un capital de *trescientos sesenta y tres millones setecientos cincuenta mil pesos fuertes.*

Los resultados que producirán en diez años de explotacion no pueden calcularse hasta el censo de 1880; entónces se verá lo que debe América y el mundo entero á los tenderos de Sacramento.

Réstame sólo apuntar lo que el Gobierno Federal ha hecho por la vía. La línea se dividió en terrenos de tres calidades. En las llanuras acordó el Congreso una sub-

vencion de $ 16.000 por milla (1); en los terrenos montañosos 48.000 (2), y en los mixtos 32.000 (3).

Correspondieron á la

	1	2	3
Central Pacific. . . .	7-018	580-032	150
Union Pacific.	525-078	363-0602	150

Lo que hace

A la primera. .	737-050	millas.	25.885.120	pesos.
A la segunda. .	979-0282	»	27.236.512	»
Total. . . .	1.716-0282	millas.	53.121.632	»

El Gobierno, ademas, ha garantizado los intereses y la amortizacion de las acciones y ha concedido á las Empresas tierras de propiedad nacional. Para ello la línea ha sido dividida en secciones de 20 millas de ancho á cada lado de la vía, y se ha concedido á las Compañías una seccion sí y otra no. Eso ha dado un resultado de 12.800 acres por milla, correspondiendo por consiguiente 23.195.104 al Central y 9.440.000 al Union. Esas tierras, segun la gráfica expresion de uno de los panegiristas de la vía, no producian siquiera bastante para pagar los cigarros de los empleados encargados de administrarlas.

Hoy el valor de ellas ha decuplado y aumentará cada dia. En muchos de los territorios atravesados por el ferro-carril no habia ni siquiera un *Land Agent* encargado de ellas, y hoy, en lugar de indios y bisontes, se encuentran populosas ciudades, fértiles campos y ricas minas.

El ferro-carril interoceánico es para los viajeros el complemento del Canal de Suez, como el Canal de Dairen lo será para los barcos y mercancías. Los viajes largos han concluido, el genio del hombre ha reducido el mundo á muy pequeñas proporciones. El vapor y la electricidad, esas dos hermanas gemelas, consecuencia y orígen del desarrollo de nuestra civilizacion, reinarán pronto sin rival, y el dia en que las aguas separen en dos partes el continente de Colon rompiendo ese *istmo ó estrecho de tierra que*, como dice Solís, *divide y engaza las dos Américas*, las rutas descubiertas y trazadas por Vasco de Gama y Magallanes serán inútiles; los Cabos de Buena Esperanza y de Hornos verán pasar muy pocos barcos, y se habrá *cargado* la última vela.

¡Qué poco comprendemos en Europa con nuestras antiguas y mezquinas ideas el modo de ser de los norte-americanos! En el viejo mundo, cuando se traza un ferro-carril, se buscan las ciudades y los centros productores, se leen estadísticas y se consultan empolvadas cuentas de portazgos. Los americanos empiezan trazando y construyendo la vía; siguen, fundando las ciudades; y despues atraen colonos para poblarlas. Así ha sucedido en ese inmenso camino. El ferro-carril interoceánico ha tenido otra ventaja, y es que ha demostrado que á todo puede atreverse y que es todo posible para el genio y la ciencia de la segunda mitad del siglo XIX. En Europa separadamente se han hecho obras más notables, y que yo haya visto y ahora recuerde, es un paso de montañas más notable el de los Alpes por el Semmerig que el de la Sierra-Nevada, y son puentes más notables que los del

Misisipí y del Misuri el de Dortrech en Holanda, el que une á Venecia con la tierra firme, y tal vez el hermosímo que sobre el Rhin hay entre Deutz y Colonia; pero en ninguna parte puede haber tanto trabajo, tanto atrevimiento juntos. Despues del ferro-carril americano se ve que es posible el del Asia Central, que no ha comenzado aún á causa de la rivalidad anglo-rusa; se ve que es posible el ferro-carril de Siberia, que con el anterior ha de formar los lazos de hierro que aten al Asia al Imperio ruso. Despues de haber subido los norte-americanos á 8.242 piés en Sherman, se han subido mucho más alto los peruanos en los Andes. Despues de haber cruzado el continente, quieren los ingleses tambien unir los dos Océanos por la Colombia, y los mejicanos unir el seno de Méjico con el Pacífico. Vese, pues, que el ferro-carril de San Francisco á Nueva-York ha hecho dar un gran paso á la humanidad, ha sido uno de los hechos materiales que han impulsado más la marcha de la civilizacion, y que no exageramos admirando á Judah y á los perspicaces contertulios de Hungtigton y Hapkins.

En esos ferro-carriles se pasa el tiempo muy deprisa; no sólo los objetos exteriores llaman la atencion; el tren entero forma una especie de *pasaje* animado por tantos y tan distintos tipos, que no hay lugar de fastidiarse.

Las precauciones que para el viaje hay que tomar son sencillísimas. En Yokoama habia tomado un billete provisional pagando hasta Liverpool; en San Francisco lo cambié por otro dividido en cuadritos con los trayectos que hay que recorrer, y en donde puede tomarse y aban-

donarse el tren á voluntad del consumidor. Aunque hay muchísimas líneas, todas se han puesto de acuerdo para combinar sus billetes, y el mio, que tenía media vara de largo, comprendia las siguientes:

Central Pacific, de San Francisco á Ogden.

Union Pacific, de Ogden á Omaha.

Chicago Burlington & Quincy, de Omaha á Chicago. *Michigan Central*, de Chicago á las Cataratas del Niágara.

Erie, de las Cataratas á Nueva-York.

Todo el que viene de Asia tiene derecho á 250 libras de equipaje, cuatro veces y pico más que en Europa.

No se dan talones; cada bulto lleva una chapa de laton con un número, y una igual es entregada al viajero. Antes de llegar á las principales estaciones, preguntan si se desea el equipaje, y al llegar á los empalmes, agentes de las líneas que se van á encontrar acuden con grandes manojos de números inquiriendo si se quiere ir por la línea que representan, en cuyo caso cambian de chapa sin trabajo del pasajero. Ademas, ántes de la llegada á Nueva-York se presentan los agentes de la Compañía del ferro-carril, quienes por una módica retribucion se encargan de llevar el equipaje á la fonda, y hasta al cuarto si se les da el número, asegurando ademas las maletas con sólo pagar uno por diez mil. Tan práctico es todo eso, tan bien seguí los consejos que los libritos de ferro-carril de que he hablado me dieron, que en lugar de pagar las sumas crecidísimas que algunos han tenido que aprontar á la llegada á Nueva-York, yo por cinco centavos fuí cómodamente del desembarcadero del Ferri-Boat al *Hotel de la 5.ª avenida.*

En los trenes hay que precaverse contra el calor si es en verano, y llevar ropa ligera, sin olvidar que áun en la canícula se sentirá frio en las montañas. En invierno, lo mejor es no viajar, y esa travesía no puede desearse al prójimo sin quebrantar el quinto mandamiento. Pero si la necesidad á ello obliga, es menester entónces adoptar el traje que haga que el que lo lleve parezca un oso, animal creado por Dios, no sólo para animar las frias regiones del Polo, sino tambien para servirnos de figurin cuando debamos luchar con frios y nieves.

En los *Pullman's cars* puede llevarse á la mano toda la ropa interior que pueda hacer falta; pero para que uno no parezca un molinero y al comer no respire el polvo que se recoge, debe adoptarse un gaban de dril, de la forma y hechura del *capote ruso* que se llama Duster (1). Esa prenda, que es muy fresca, se deja en el wagon, y baja uno á la mesa ó á las estaciones como salido de las manos de un hábil ayuda de cámara. El régimen es el siguiente: A las diez de la noche, un negro, naturalmente libre, y que se toma la libertad de hablar á todo el mundo con la gorra puesta, arregla la cama, y el que quiere se acuesta y el que no se marcha á un wagon ordinario ó sale á la plataforma á tomar el fresco. Por la mañana, á la seis, empiezan ya algunos á levantarse, y á las ocho están todos de punta, preparados á almorzar, cuidado que no debe dejarse nunca para más adelante, pues en esos desiertos hay poquísimas fondas en la vía,

(1) De *dust*, polvo.

y en donde no las hay es casi ménos que imposible procurarse un pedazo de pan.

No sé si será porque estoy curtido por la experiencia, pero la comida no me pareció tan mala como me habian dicho. Lo que sí es pésimo es el servicio. Dan á cada persona una silla, un plato y un cubierto; sobre la mesa se encuentran en confusa exposicion carnes, legumbres, frutas, dulces y repostería. Con el mismo cubierto y en el mismo plato se come *todo*. La única bebida és el agua ó leche con hielo.

Así se duerme y se come en el tren. Sólo al salir de Omaha hemos tenido wagones-comedores, en los que nos han dado comida excelente. El tiempo pasa ligeramente viendo y comentando el paisaje, hojeando los libros que engorrosos vendedores ambulantes, molestando á los pasajeros, reparten sin cesar, ó leyendo los periódicos, en los que, entre las noticias de todo el mundo, vemos nuestros nombres anunciados por telégrafo á todas las ciudades de importancia de la línea por si en ellas puede interesar saber quiénes son los que cruzan el continente de mar á mar.

XVI.

EL FAR WEST.

En un Pullmancar, 6-11 *Julio* 1875.

Allá en tiempos, para los Estados-Unidos, fabulosos, es decir, hace veinte y cinco años, el Misuri era el límite del territorio de la Union. Hasta allí se llegaba por rios, carreteras y vías férreas: más allá la naturaleza habia amontonado tantos obstáculos, que se creia era empresa imposible el franquearlos.

Los pieles rojas que dejaban con gusto la caza del bisonte para *scalpar* á sus hermanos los caras pálidas; los mormones, que impedian el acceso á su valle, apoyados en las escarpadas Montañas Peñascosas; el Desierto, lecho de un antiguo mar de quien es vestigio el Lago Salado, y finalmente la Sierra Nevada.

Tan largo camino, montañas agrestes, nieves perpétuas, desierto yermo, indios sin piedad, mormones fanáticos, nada arredró al *pioneer* (1), á ese misionero de la civilizacion, que, impulsado por el afan del lucro, hace

(1) Explorador.

lo mismo y sufre lo mismo que el que va á conquistar almas para un mundo mejor.

California reveló sus riquezas, y el grito de guerra de los exploradores resonó: ¡*Westward ho!* (vamos al Oeste) se oyó en todas partes, y empezaron á marchar, y tales resultados han conseguido, que hoy se ve claro el mapa de la América futura.

Un grabado he visto que, aparte de la imperfeccion del dibujo, expresa perfectamente cómo se han poblado y civilizado esas montañas, llanuras y desiertos. El dibujo representa un inmenso paisaje. Por la izquierda vense marchar hácia el ocaso osos, lobos, bisontes, indios que tienen apénas tiempo de defenderse contra el minero y el *pioneer*, que, *rifle* en mano, avanzan resueltamente. Detras de ellos se ven primero caravanas de carros, diligencias despues, y por fin ferro-carriles. Junto al indio el *Wigham* (1); con el minero, el *log-house* (2), y en el fondo del cuadro, ciudades populosas, puentes colgantes, fábricas, telégrafos y vapores, y el sol, que al salir del mar alumbra esa risueña parte del cuadro, contrastando con las sombras del lado opuesto.

Desde que el grito de ¡*Westward ho!* se ha dejado oir, la civilizacion ha ido siempre avanzando, y el *pioneer* ha ido siempre delante gritando más allá, hasta que al encontrarse el mar ha encontrado el límite de la patria.

Hoy dia el ferro-carril ha unido los dos océanos, y el Far-west (extremo Oeste) ya no existe.

(1) Tienda.
(2) Fortin ó casa aspillerada.

He dicho anteriormente que el admirable instinto norte-americano habia llamado *Central Pacific* al primer ferro-carril interoceánico, porque comprendia que sería preciso más tarde hacer una vía al Sud y otra al Norte para que todo el continente pudiera poblarse.

Los beneficios del primero son ya indisputables. California y Nevada son Estados florecientes. El Utach es un Territorio, á pesar de ser rico y poblado, porque lo habitan los mormones, y el Congreso no le ha permitido ser Estado para que no tenga la facultad de legislar y de establecer legalmente la poligamia; en Wyoming se ha descubierto oro; en Nebrasca se roturan las praderas. Tal es la mision que está llenando el camino de hierro central.

El que irá por el Norte atravesará Oregon, Idaho, Montana y Dakota, dejando sólo á Washigton un poco más arriba, pero en disposicion de ser fácilmente unido á la línea principal.

El del Sur, que ya está en estudio (es decir, casi hecho), pasará por Arizona, Colorado, Nuevo Méjico, Texas y lo que llaman territorio indio, en donde quiere el Gobierno federal acorralar y tener como en majada á los pobres aborígenes de América. Poblar esos inmensos terrenos es á lo que aspira la actividad yankee, y cuando lo haya conseguido no estará quieta. Primero querrá unir los estados-Unidos con Alaska (América rusa) que hoy les pertenecė, y querrá hacerlo anexionándose la Colombia Británica, resto del poderío inglés en América. Querrá despues en el Sur pasar el Rio Grande si los mejicanos, centinelas avanzados de la raza hispano-americana, no

consiguen ántes estar en paz, única cosa que para defenderse necesitan, porque los Estados-Unidos no serán nunca una nacion militar.

Los territorios y Estados que acabamos de nombrar constituyen el *Far-west:* conocido el terreno que voy á atravesar, puedo empezar la descripcion de mi viaje.

El terreno que recorre el ferro-carril ántes de llegar á la sierra está admirablemente cultivado y es muy llano. Cerca de San Francisco vense bellas quintas y hermosos jardines, y huertas plantadas de naranjos, con los que se preparan á hacer competencia al rico fruto de las vegas de mi bella Valencia. Léjos de las grandes ciudades, en los valles de Livermore y de San Joaquin, el terreno produce trigo, y los campos de pan llevar en Julio, despues de la siega, aparecen allí, como en todas partes, tristes y desnudos.

Por la tarde llegamos á Sacramento, que es la capital del Estado (1), aunque no es ni con mucho tan importante como San Francisco. En los Estados-Unidos las capitales están siempre en sitios sin grande importancia. Así Washington, capital de la Union, no tiene más vida que la que le dan el Presidente, los Ministros y las Cámaras, y Albany es la capital de New-York y no lo es la imperial ciudad del Hudson.

Al llegar á Sacramento apercíbense inmensos edificios, fábricas, colegios, hospitales, el capitolio del Estado, construcciones que dan á conocer el genio emprendedor

(1) Ya he dicho que salí de San Francisco el 6 de Julio por la mañana.

de sus habitantes, pero que más parecen concepcion de un pastelero que producto del genio de un discípulo de Miguel Angel, mas no puede pedirse sentimiento artístico á esos aventureros. El sentimiento artístico es fruto solamente de la cultura y de la educacion refinada, cosas que no existen aún en Norte-América, ó que sólo existen en los Estados del Este que van pareciendo ya naciones viejas. Un verdadero yankee no lee más que los periódicos en los que solamente se fija en los telégramas, que le dan sucinta idea de lo que en el mundo pasa, y en los precios corrientes, cotizaciones y anuncios que le marcan el modo y manera de aumentar el tanto por ciento que le produce su capital.

Decir que Sacramento tiene porvenir, es cometer un pleonasmo; en los Estados-Unidos, toda ciudad que resiste dos años sin desaparecer del sitio en que intentaban fundarla, crecerá y prosperará; Sacramento tiene, ademas de ser la capital del Estado, condiciones de vida propia, pues es el centro de la red de ferro-carriles que cruza á California, y es taller para coches y wagones de líneas importantísimas. Es ademas mercado y depósito de los trigos de uno de los graneros del mundo. Sólo en el interior de la ciudad habia, cuando yo pasé, tres molinos, que dan mil doscientos barriles de harina diarios.

A la caida de la tarde comenzamos á ascender la Sierra-Nevada; dia de agradables recuerdos es para mí ese dia. Despues de un calor sofocante empezaba á refrescar la atmósfera, y puestos de pié en la plataforma del coche, contemplábamos, departiendo acerca de nuestros viajes y aventuras, el magnífico panorama que á nuestra vista

se presentaba. Dígase lo que se diga, esa cordillera es uno de los puntos más bellos de la parte del mundo que yo he visto. Es uno de esos que se recuerdan cuando se recuerda el Niágara, ó Ceylan visto al amanecer desde el mar, que se recuerdan cuando se recuerda el mar interior del Japon, las orillas del Rhin ó del Tonegawa, y el Semmering ó la Cornisa.

Cuando despues de un año recuerdo trazando estas líneas ese hermoso paisaje, comprendo el orgullo de los norte-americanos al decir que en su inmenso país tienen de todo. Lo que en otras partes ha producido la naturaleza y el hombre ha realizado domeñándola, iguala, pero no sobrepuja, á lo que hay en América, y á lo que han hecho los norte-americanos. Podré ser tachado de exageracion en mis alabanzas ó de severidad en mis juicios, pero no podrá nadie decir que miro ó juzgo con parcialidad á la República Grande y á sus moradores. Cuando me hablen de sus instituciones, cuando me hablen de su moralidad, de su familia, de su gobierno, les gritaré: «mentira», ó «malo, malísimo»; pero cuando me presenten sus empresas ó sus obras, gritaré con toda la fuerza de mis pulmones «bravo, bravísimo.»

Tienen razon los norte-americanos en admirar á su patria y sentirse de ella orgullosos; pero no hay necesidad de imponer la admiracion con insistencia contraproducente, lo que da por resultado el que, con razon igual á la de aquel ateniense que condenó á Arístides al ostracismo porque le fastidiaba oir decir siempre el *justo*, el *justo*, nieguen muchos la evidencia y dejen de reconocer lo que es sin disputa cierto.

En cuanto se habla con un norte-americano, la primera pregunta que á uno le dirige es: «¿Qué le parece á V. América?—Hermoso país», se le contesta naturalmente, y despues de recibir esa respuesta, se desata en ditirambos, sin que las observaciones más atinadas le hagan modificar en un ápice su opinion exclusivista. «Glorioso país, tierra de los libres, patria de los bravos.—Sí, señor.—Lo mejor del mundo.—Hombre, no tanto.—Las mujeres más hermosas de la tierra.—Mire V. que soy español.—Las frutas más deliciosas del orbe.—Cuente V. que soy valenciano.—Los paisajes más sublimes.—Tenga V. presente que he viajado mucho.» Este diálogo se ha repetido cien veces, y por más que yo con espíritu transigente, he declarado que todo era muy bueno, no he podido nunca ponerme de acuerdo con ningun americano, por no haber querido confesar que todo era lo mejor.

Despues de patriotismo tan exagerado, se mira todo con prevencion tal, que á no habérseme impuesto la belleza del panorama de la sierra, no hubiera conservado de ella el grato recuerdo que tengo. Mas todo el que tenga sentimiento estético y sea susceptible de recibir las impresiones producidas por lo bello, no puede ménos de admirar esos montes y esos valles.

El ferro-carril trepa como pudiera hacerlo una cabra: busca su camino por entre las rocas, salta de monte en monte y sube á las cúspides por los pasos más pintorescos y de la manera más atrevida. Terreno accidentado y frondoso; montes que hacen que la tierra parezca un mar embravecido; precipicios, cortaduras, cañadas y barran-

cos, todo lo recorre la locomotora y sube y baja sin parar; unas veces dos máquinas de gran potencia arrastran penosamente el tren; otras se deja éste deslizar velozmente sujeto tan sólo por el freno.

Hora tras hora he pasado absorto contemplando ese espectáculo sin igual de un ferro-carril que vence dificultad tras dificultad, obstaculo tras obstaculo, contemplando rios, valles y llanuras; unas veces mirándolas desde la cresta de un monte, otras mirando desde el valle la grandiosa sublimidad de las montañas.

Despues de haber viajado como lo he hecho; de haber luchado con la monzon, arrojado de ola en ola; despues de haberme dejado llevar sólo en un *Shinrikishar* por el interior del Japon, ó en un barco-casa por los rios del Norte de China, ya mi sistema nervioso se ha acostumbrado á las impresiones que puedan causarle los objetos ó las circunstancias que por salir de lo natural parecen ser peligrosas. A pesar de ello, ha habido momentos en que mi emocion ha sido muy fuerte, cuando sentado en el escalon del coche miraba al tren pasar por uno de esos viaductos construidos para nivelar montañas y que echan de una en otra para pasar por sus crestas. Son de madera ¡y parecen tan frágiles!.. ¡Hay tanta altura!...

El punto culminante de la línea, el que se recuerda con terror y al mismo tiempo con el placer que produce lo hermoso, es el *Cabo de Hornos*. El ferro-carril ha encontrado un inmenso obstáculo en las montañas, roca terrible; dificultad al parecer insuperable, tan difícil de doblar como la Tierra de Fuego lo es para los marinos: de ahí su nombre. Ha sido preciso, para dar paso al tren

que suspendidos con cuerdas los trabajadores picasen en la piedra el camino é hiciesen en una roca, á dos mil quinientos piés de elevacion, una ranura por donde pudiese pasar la locomotora. Locura parece que en ello hayan pensado los hombres; pero lo han hecho, y hoy el ferro-carril gatea por la roca (no encuentro frase más apropiada) y los viajeros horrorizados contemplan desde ella al *American River* como una cintilla de plata deslizándose en el fondo por entre valles y bosques magníficos.

¡Qué sublime es aquel horror y qué bello el paisaje que desde aquella altura se divisa! Doblado el Cabo de Hornos, han sido las vencidas grandes dificultades y no ha habido que luchar más que con la nieve, que en las alturas á que sube el ferro-carril dura la mayor parte del año. El proteger la vía contra las avalanchas ha sido uno de los mayores cuidados de los ingenieros: donde podia el viento amontonar la nieve se han hecho empalizadas y larguísimos túneles de madera, y el tráfico no se interrumpe jamas. No se crea que ésta ha sido obra de poco más ó ménos, é indigna de mencion: en los alrededores de Summit en donde llega la nieve á tener quince ó veinte piés de altura, hay tantas de esas galerías, que se sale apénas de una y se entra ya en otra fatigando al viajero que cree hallarse debajo de tierra. En la línea hay *cuarenta y cinco* millas así cubiertas, que han costado diez mil pesos cada una. El mayor de esos cobertizos tiene mil seiscientos cincuenta y nueve piés de largo; los demas varian entre ciento y ochocientos. A las doce de la noche se llega á *Summit*: es el punto más al-

to (1) á que sube el ferro-carril, *Central Pacific*, se encuentra á siete mil diez y siete piés sobre el nivel del mar; poco despues se pasa por el Strong Cáñon (2) y se llega á Trunkee, en donde una porcion de pasajeros nos abandonaron para ir al lago Tahohe, uno de los sitios más pintorescos, destinado á ser en el Oeste lo que es en el Este Saratoga, punto de reunion de la sociedad elegante que en América, como en Europa, como en el Japon y como en todas partes, se reune con el pretexto de salud en los sitios más pintorescos y que tienen un clima diferente al de la estacion.

En Trunkee abandoné mi observatorio del exterior del wagon y fuíme á mi litera, en donde en confuso tropel vinieron los pensamientos á ahuyentar el sueño. Es tan portentoso el desarrollo de California que dejaba al bajar de la sierra; es tan notable, tan digna de estudio la formacion de esa nueva sociedad con elementos de la nuestra, y que en vez de variar va cayendo poco á poco en lo que damos en llamar vicios de nuestra vetusta civilizacion; hay tantos recuerdos poéticos ó tristes en ese camino, que forman la historia de las luchas que la energía del hombre ha tenido que sostener para poblar y cultivar estas regiones! Ese camino tiene ya sus leyendas, como las orillas del Rhin. Ante mis ojos veia una inmensa cruz que señala la tumba de una pobre niña muerta de cansancio; veia las pálidas y escuálidas caras de la familia Donner (que da nombre á un lago),

(1) El punto más elevado de la sierra está á diez mil piés.
(2) Barranco ó cañada, nombre derivado del español.

la cual quedó invernando en lo alto de la sierra para guardar sus ganados, y de la que, en la primavera, cuando sus compañeros de emigracion fueron á buscarlos, no quedaba más que un individuo loco, asando el brazo de la última víctima del hambre. En aquel campo, que se llama hoy aún *Campo del Hambre*, vense todavía troncos cortados á veinte piés del suelo y que marcan la altura á que llegaron las nieves. ¡Cuántas historias de esas podrán contarse! ¡Qué de cadáveres en la *via-sacra* del engrandecimiento de América, caidos por la fatiga, el hambre ó el *tomawak* de los indios en la misma vía en la que hoy viajamos tan cómodamente, gracias á su genio y á su perseverancia! ¡Qué dificil es dormir con calma con tales pensamientos y tales recuerdos!

Muy temprano vino á llamarme el *porter* para advertirme que se almorzaba en Humbolt á las ocho de la mañana. En Humbolt estábamos en otro Estado; al pasar por cima de la sierra habiamos pasado de la *Tierra del Oro* al *Estado de Plata*, del *Golden Land* al *Silver State*, como les llaman los americanos. ¿Quién al recordar lo que he dicho de San Francisco y lo dicho de California podrá creer que aquel prodigioso crecimiento, aquel fantástico desarrollo, esa sociedad de veinte y cinco años es antigua y va despacio al lado de esta sociedad de diez años? California se ha empezado á poblar con aventureros de todas las partes del mundo, los más enérgicos y los más audaces, y Nevada se ha formado con los aventureros y los audaces de California. El oro ha formado á ésta; la plata á aquélla.

Hagamos historia, y siguiendo el método racional,

fijemos ántes geográficamente el país de que vamos á ocuparnos.

La cordillera de los Andes, esa espina dorsal de la América del Sur, se bifurca despues de pasado el Itsmo de Panamá, y forma una especie de V, cuyos brazos son al Oeste la cordillera de Anahuac (Méjico) y su prolongacion la Sierra Nevada y al Este la Sierra Madre (Méjico) y su prolongacion las Montañas Peñascosas. La meseta comprendida entre esas dos cadenas de montañas es en el Sud la meseta en que está fundada la ciudad de Méjico, y en el Norte el *Utah*, el territorio escogido por Bringham Young para establecer el *Reino de los Santos de los últimos dias* y fundar la nueva Zion.

No quiero tratar de pasada asunto tan interesante como es la nacion mormona; su existencia es un hecho tan fuera de lo natural, un fenómeno tan digno de atencion, que dedicaré á su estudio capítulo aparte. No hablaré del Utah en este momento más que para decir que lo que hoy forma el Estado de Nevada es la parte occidental del territorio de *Utah*. Vemos, pues, que Nevada forma parte de lo que dió en llamarse Desierto Americano, de esa region fantástica desconocida del resto de la tierra, habitada por una nueva religion poligama; cruzada por los *Bannoks*, los *Pah-Yutes*, los *Serpientes* y otras naciones de indios; formada por el lecho de un mar muerto, en donde sus lagos son salados y sus piedras moluscos y pescados fósiles. Terreno que no se conocia más que por las narraciones de los oficiales que habian guarnecido los fuertes establecidos en las cercanías, ó por los

lamentos de los exploradores que al atravesarlo habian sufrido mil penalidades.

Dos aventureros de California, que habian cruzado la Sierra Nevada en busca de fortuna, dieron en mil ochocientos cincuenta y nueve con un mineral de plata, y llamaron *Washoe* á la nueva mina. En cuanto la noticia del descubrimiento llegó á California, una carrera desenfrenada, un *rush* se produjo al instante, las noticias desarrollaron el *furor minero*, y como en California la tierra empezaba á no dar ya más riquezas que las que producia el cultivo, todos los aventureros pasaron del otro lado de los montes y empezaron á buscar filones de plata.

He podido ver el *exitement* que en los yankees produce la noticia de haberse hallado metales preciosos. He leido los periódicos, he visto los anuncios de *meetings* y las caravanas que se dirigian á las *Blak hills* (Montañas Negras), uno de los pocos terrenos que con el nombre de *Reservations* se han guardado para los pobres aborígenes de América (1).

El filon de *Washoe*, descubierto por Peter O'Reilly y Patrik Mac Lounglin, y que tomó el nombre de su asociado Comstok, el Américo-Vespucio de aquellos colonos, produjo tal cantidad de plata, que han llegado á alarmarse las naciones europeas bi-metalistas, es decir, las que tenian el doble marco como base de su sistema moneta-

(1) El resultado de la invasion de las *Reservations* es sabido; los mineros han sido maltratados por los indios; el Gobierno ha enviado una expedicion contra ellos, y ésta ha sido víctima de una emboscada de *Red Claud* (la nube encarnada).

rio, pues las minas de Nevada han producido á razon de setenta millones de francos anuales desde mil ochocientos sesenta á mil ochocientos setenta.

Tales resultados harán comprender fácilmente al que tenga idea, por ligerísima que sea, de lo que es la especulacion de los bonos y acciones en América, lo que habrá sido durante algunos años la calle de California en San Francisco, donde estaban establecidos los bancos y las sociedades que especulaban con las minas. Sólo en tiempo de Law en Francia, durante la Regencia, ha habido tan grandes y tan inmotivadas oscilaciones en los valores públicos; sólo las acciones del Misisipí en aquella época han subido y bajado tan sin razon. Un ejemplo bastará para formar clara idea. Las acciones se llamaban *piés*, porque representaban el valor de un pié lineal de filon. Pues bien: un pié de Gould & Curry, se cotizaba:

1862.	Marzo.	Pfs.	500
»	Junio.		1.000
»	Agosto		1.500
»	Setiembre. . . .		2.500
1863.	Febrero. . . .		3.200
»	Mayo.		3.700
»	Junio.		4.400
»	Julio		5.600

Si despues de lo anterior digo que en primero de Marzo de mil ochocientos setenta y cuatro el *pié* de la misma mina valia tan sólo *veintidos dollars*, se comprenderán dos cosas: primera, que esas oscilaciones eran sólo fruto de una especulacion desenfrenada; y segunda, que á veintidos pesos el pié de la mina principal debia de haber ya muchos desengañados que, abandonando la bus-

ca de los azarosos tesoros del fondo de la tierra, se dedicáran á los de la superficie, que si á veces no son tan grandes, son siempre más seguros y más constantes.

California ha encontrado la riqueza con sus cereales; Nevada la tiene y la aumentará con sus pastos, que le permiten criar inmensa cantidad de ganados.

Los primeros tiempos de Nevada han sido iguales ó peores que los de California. Aventureros y aventureras sin ley y sin freno, convirtieron en una orgía de sangre lo que en el lenguaje del *Far west* se llaman los *early days;* pero allí, como pasa en muchas partes, la fuerza al servicio del derecho concluyó con los peores, y el saludable ejemplo de las sentencias del Juez Linch impuso á los demas.

El graciosísimo escritor *Artemus Ward*, que atravesó el continente en diligencia en mil ochocientos sesenta y tres, dice al hablar de *Virginia City*, la principal ciudad minera de lo que entónces era un territorio y es ahora un Estado, lo que podia decirse de toda Nevada; á continuacion lo traduzco:

«Virginia ha nacido en el corazon del país más rico en plata del mundo: es el Dorado de la hora presente. De la muchedumbre que hácia allí se dirige, apénas una mitad lleva consigo la Biblia de su madre ó la menor nocion de una religion cualquiera. El jugador de oficio, la mujer *extraña*, acuden en busca de las riquezas de la ciudad nueva, como acuden los patos á ese elemento tan bueno para hacer *cock-tails* (1), y para bañarse los

(1) *Cola de gallo.* Brevaje americano en que entra un poco de agua y un mucho de *brandy* ó *giri*.



piés. Esos personajes convirtieron á la ciudad en un infierno por algun tiempo; pero poco á poco los ciudadanos honrados se cansaron de esa vida diabólica, organizaron un comité de vigilancia que colgó de un manzano amargo (*sour apple tree*) (1) á lo peorcito de entre la canalla, y poco á poco se han ido estableciendo buenas leyes municipales, han acudido curas y pastores, se han fundado iglesias y escuelas, y se ha organizado un cuerpo de policía tolerablemente sobrio (es decir, que se emborracha con mesura) con uniforme azul y botones dorados.»

Esa es la *historia de la civilizacion* en la América del Norte.

De Nevada ha desaparecido ya el Comité de Vigilancia; pero de cuando en cuando los pacíficos ciudadanos cuelgan á álguien para hacerse la mano, y si hubiéramos pasado dos ó tres dias ántes en el ferro-carril, desde nuestro coche hubiéramos podido ver un negro que, á pesar de haber sido legalmente condenado á muerte, fué *lynchado* por unos cuantos ciudadanos, que lo arrancaron á la justicia para hacérsela por su propia mano. Resabios son ésos de un sistema necesario y que no han podido desaparecer en tan poco tiempo; pero esa dictadura de la honradez contra el crímen es lo que ha salvado á América. Las malas pasiones se habian impuesto de tal modo, que en el campamento de trabajadores, que es hoy la es-

(1) Alusion á una cancion, entónces muy popular, que decia que John Brow, el célebre anti-esclavista, fué colgado de un manzano amargo.

tacion de Blue Creek, se han llegado á cometer veinte y ocho muertes violentas en un mes, y hasta ocho asesinatos en un dia, y crímenes, muertes y asesinatos cometidos por el solo gusto de cometerlos, por el olvido en que se tenía todo buen sentimiento. Cualquier pretexto bastaba para quitar la vida á un hombre: que se sirviese más en la comida, que no quisiera aceptar una copa de ginebra. Declámese lo que se quiera, esa dictadura ha sido necesaria, y siempre que la sociedad se halle en idénticas circunstancias, deberá ejercerla ó perecer.

El camino es pintoresco hasta que se llega al Desierto propiamente dicho. Hoy dia ya no puede ser considerado como desierto todo el país comprendido entre las dos cordilleras. Este se reduce á unas sesenta millas cuadradas que, como he dicho ya, deben haber formado en lo antiguo parte del lago. Lo que forma hoy el territorio de Utah es rico en minas y de suelo feraz, y el valle que rodea la ciudad de Lago Salado es el más frondoso del *Far-west* despues de los de California. A ese valle vinieron á establecerse los mormones despues del exodo de Illinois. El terreno que habian cogido estaba completamente aislado del mundo. Está de él tan separado, que hasta forma una cuenca cuyo centro es el Lago Salado, y á él van las aguas y no al mar.

Cuarenta y ocho horas despues de haber salido de San Francisco llegamos á Ogden, punto de reunion de las dos compañías que han hecho el titánico esfuerzo de atravesar el Farwest. Ogden es una ciudad habitada por mormones, y es el punto de reunion tambien de los dos ferro-carriles que atraviesan el valle de los Santos.

Por uno de ellos me dirigí á Salt-Lake City, en donde pasé veinte y cuatro horas. En el capítulo siguiente me ocupo de mi excursion á la ciudad de Brighan Joung.

Vuelto á Ogden el nueve de Julio, tomé los coches del *Union Pacific Railway*. Poco tiempo despues de abandonar dicha ciudad, se empiezan á ascender las Montañas Peñascosas. Estas no son frondosas como la Sierra Nevada, ni se ven desde sus crestas valles alegres. Las *Rocky Mountains* son agrestes; parecen el producto de un dia de mal humor de la naturaleza. Los barrancos, picos y cortaduras presentan un aspecto grandioso, pero que al mismo tiempo atrae tan poco, que parecen hechos para lo que intentaba el nuevo Profeta, para dividir y separar, y no para formar una etapa entre los diversos Estados Unidos.

En esas montañas puede el viajero observador ver el bellísimo cañon *Weber* y *Echo:* puede observar inmensas rocas á las que el tiempo y el capricho de la naturaleza han dado formas fantásticas, que las hacen semejar á los sitios habitados por las divinidades de los antiguos germanos; castillos, catedrales, murallas, ruinas colosales hacen que figuren esas montañas el vestigio de una época que ha pasado. Puede mirar el viajero las puertas del Diablo, el tajo del mismo señor, el pintoresco á la par que gradioso panorama que recorre el Green River, pero yo confieso que, viendo todo eso, admirando todo eso, no podia apartar la vista de los indios, ni el pensamiento de la historia.

Así como en una biblioteca, miéntras me quede que ver algo que recuerde épocas pasadas, no puedo tomar otra clase de libros, en la vida real no puedo estudiar ni

mirar nada, miéntras tenga ante mi vista al hombre como un problema.

En las montañas empezaba á ver en claro la situacion del piel roja, pueblo interesantísimo que desaparecerá muy pronto de la tierra sin dejarnos vestigio ninguno que haga recordar que ha habido una raza que ha poblado un continente de polo á polo. Dentro de poco tiempo la civilizacion de los astecas y de los incas, los indios poetizados por Chateaubriand y por Fenimore Cooper y cantados por Ercilla, no tendrán quien los represente en la tierra ni quien llore sus desgracias.

He visto á los pieles rojas en California viviendo de limosna, vestidos por el Gobierno, degradados, envilecidos, comiendo raíces que arrancan á la tierra (1), ó bellotas molidas entre dos piedras. Los he visto en Nevada y Utah, al lado del ferro-carril, embrutecidos por el *brandy*, mendigos (2) arrojados de sus tribus por viciosos; tambien los he visto en las montañas con sombreros de copa adornados con plumas y pedazos de laton dorados, envueltos filosóficamente, á pesar del calor, en una manta colorada (3) de las que no se han extraviado al pasar por las manos de los agentes del *Big Father* (4).

(1) Esos desgraciados son llamados *diggers*, cavadores.

(2) Esos son los indios *loafers*, despreciados por sus compañeros y por los blancos entre quienes viven.

(3) Del color de las mantas le viene el nombre de Red Claud (nube encarnada), al jefe de los Sioux que ha derrotado en los Blaks Kills al ejército federal. Dicen los indios que los guerreros de esa tribu cubren la tierra como una nube encarnada.

(4) Así llaman al Presidente de los Estados-Unidos. Sabida es la rapacidad de los *Indians Agents*.



Pocos, muy pocos se ven cerca de la línea férrea de aquéllos que áun conservan el traje antiguo, luchan por su independencia y lloran sus desgracias.

La desaparicion completa de la raza roja en América es uno de los fenómenos más curiosos que hay que meditar al estudiar el desarrollo de la civilizacion. Esta, como dice Guizòt, comprende y encierra dos hechos: el desarrollo de la actividad individual y el desarrollo de la actividad social; el progreso de la sociedad y el progreso de la humanidad. A ese fin concurren todas las fuerzas del hombre y todas las fuerzas de las naciones, y es axioma en la historia, que el pueblo que falta á esa ley, está fatalmente condenado á perecer. La idea del progreso, á que todos deben obedecer, entraña en sí la idea del desarrollo del movimiento; pero no del movimiento que consiste en cambiar de sitio, sino el que consiste en cambiar de estado y mejorar la condicion.

En esa ley fija de la historia hay que buscar la explicacion del fenómeno que se presenta áun más claro en la América del Norte que se presentó en Méjico y en el Perú, donde Cortés y Pizarro encontraron dos civilizaciones, es decir, dos pueblos que se habian desarrollado; y, hecho curioso, que no puedo aquí más que apuntar, sus instituciones se habian ido perfeccionando casi al mismo tiempo que en Europa. Don Antonio Solís nos pinta el desarrollo de la nacion mejicana. Primero tribus que eligen reyes; el undécimo Moctezuma establece la unidad de la Monarquía casi al mismo tiempo que en Europa iba esa institucion levantándose sobre las ruinas del feudalismo. Y si esa nacion con leyes é institu-

ciones muere al contacto de una raza progresiva, ¿qué les ha de pasar á las tribus del Norte, que ya en tiempo del descubrimiento eran, como dice el autor de *La Conquista de Méjico* (1): «*Gente bárbara sin república ni policía: que habita en las cavernas de las fieras ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y fruta de árboles silvestres..... enemigos de la sujecion, que se contentan con no dejarse vencer y aspiran sólo á conservar entre las fieras su libertad.*» Puestas en contacto las razas, no podian amalgamarse. La roja vive en las praderas, tan sólo de la caza; planta su tienda donde pace el bisonte, y cuando éste emigra, corre tras él y le sigue. Esa raza está en la infancia de los pueblos; áun no ha dado el primer paso del progreso; el pasar de pueblo errante á pueblo pastoril; aún no conoce la Escritura; los jeroglíficos egipcios son un progreso sobre la *escritura pictográfica* usada por algunas, no por todas las tribus de pieles rojas. Hoy están como en los primeros tiempos, y la ciencia les pregunta en vano quién son y de dónde vienen. Son producto espontáneo del suelo, dicen unos, fundándose en que las condiciones *ethnológicas* de esa raza son las mismas en toda América y no se encuentran en raza alguna. Han venido traidos por la Kuro Suwo (2), dicen otros. Hay quien sostiene que proceden de las perdidas tribus de Israel. Hasta el flamante profeta Smith da su opinion como verémos, y dice en su *Book of Mormon* que son indios degenerados. Todas esas opiniones

(1) Libro II, cap. III.
(2) Corriente negra ó del Japon.

más ó ménos absurdas no podrán jamas ponerse de acuerdo, porque los interesados nada pueden decirnos porque nada recuerdan.

Si consideramos la cuestion que se nos presenta como de justicia absoluta; si la consideramos bajo el punto de vista humanitario, nada más digno de lástima que la suerte de ese pobre pueblo que se muere. Pero así no se puede considerar la historia. Si vamos al fondo de las cosas y analizamos el hecho, verémos que podemos mirarlo bajo dos puntos de vista: el fenómeno histórico y el procedimiento, los medios que se están empleando para acelerarlo. El procedimiento no podemos ménos de condenarlo en nombre de la humanidad y en nombre de la civilizacion moderna. Lamentamos y censuramos las crueldades cometidas por los españoles en América; pero ¿cuáles eran los tiempos en que se cometian? El carácter sanguinario español es tema obligado en el extranjero. España ha dominado á muchas naciones y las ha hecho sentir su mano á la usanza de la época; desgraciadamente su poderío ha decaido cuando las modernas ideas modificaban los procedimientos; pero hecha esta concesion, preguntamos: á los que nos acusan ¿dónde está el indígena en los países dominados por la raza anglo-sajona? Suprimido por completo.

Hoy día los yankees echan á los indios de sus tierras. Los puestos de *Indians Agents* se compran á las mujeres de los Ministros, ó son el premio de corrompidos *polititians*, y si los pobres indios robados, esquilmados, ahuyentados de todas partes, se rebelan, se les caza como bestias feroces, se exterminan hombres, mujeres y ni-

ños, se pagan sus cabezas como las de las alimañas, y sus *scalps* sirven de trofeo en las calles de las ciudades de la Union á los *boys in blue* (1). Ese es el procedimiento norte-americano, que no será nunca bastante vituperado; pero el hecho histórico obedece á otras causas. El indio desaparece, porque desaparecen todas las razas perseguidas; porque en la eterna lucha por la existencia, en el combate por la vida, deben perecer los que necesitan más terreno ante los que necesitan ménos: ante los que cultivan la tierra y la vigorizan, los que dejan que pierda sus fuerzas naturales.

A medida que el círculo en que los indios se han movido ha ido estrechándose, éstos han ido disminuyendo en progresion creciente. A principio del siglo XVII habia en lo que hoy son los Estados-Unidos, dos millones de indios; al fin del siglo siguiente ya no quedaban más que quinientos mil. Ese número ha bajado á trescientos mil, que habia en mil ochocientos sesenta y seis, y á doscientos ochenta mil en mil ochocientos setenta.

La conducta seguida con los indios es cruel, volvemos á repetir; pero cuando vemos que trescientos mil indios necesitan para vivir un terreno tan grande como el centro de Europa, y en el que pueden prosperar cien millones de blancos, nos inclinamos ante la fuerza ineludible de las cosas y ante la ley de la civilizacion y el progreso, que es ley constante de la historia.

(1) Los *boys in blue*, es decir, los muchachos vestidos de azul, que es como llaman á los soldados, *scalpan* tambien á los indios algunas veces, es decir, les hacen un córte circular en la piel del cráneo y la arrancan con todo el pelo.



La política oficial de los Estados-Unidos con respecto á los indios, el *desideratum* del Gobierno de Washington, está claramente explicado en el Mensaje presidencial del año de mil ochocientos setenta y tres.

«Es menester reunir lo más pronto posible á todos los indios, enseñarles las artes de la civilizacion, y á que se ganen la vida trabajando..... dia llegará, no lo dudamos, en que, con excepcion de los pocos que prefieran vivir entre los blancos, estarán reunidos en el *Indian Territory*.»

Algunos filántropos amigos de los indios han ideado formar un Estado indio con ese territorio, en el que, imitando la organizacion de los Estados-Unidos, se formaria una federacion de tribus. Esa es una generosa utopia. El indio concluirá; unos morirán por las balas de los rifles, otros abrasados por el *agua del diablo* (aguardiente), otros languidecerán en las ciudades ó en los trabajos agrícolas y morirán soñando una vida mejor en las *praderas dichosas* en donde el indio caza todo el dia sin estar fatigado.

En las praderas de donde han echado al indio viendo manadas de antílopes y rebaños de bisontes, se comprenden esas razas. Ya han desaparecido los chactas, los iroqueses y los natchez: ya no hay mohicanos; ya no se formarán círculos alrededor de los *wighams* para que en un *powwon* se decida, fumando la pipa de la amistad, si se tomará el sendero de la paz ó el de la guerra. Ya los valientes jefes Halcon Negro, Zorra Ligera, Cola de Tigre, Diente de Oso, cabalgan en la otra vida. *La Nube Encarnada* y el *Buey sentado* hacen un último esfuerzo

y defienden los pasos de los *Blak hills*, pero caerán como el capitan Jack de los Modocs, y apresurarán el aniquilamiento de su raza.

En las praderas no he podido pensar más que en los indios: ellos y el curioso pueblo de los *Prairie dogs* (1), con sus ciudades con casas y calles me han entretenido.

Al llegar á Omaha, al encontrar el Misuri, concluia el Far West y empezaban los Estados antiguos, en donde iba á encontrar al hombre y á la civilizacion del siglo XIX, que es igual en todas partes.

(1) Perros de las praderas. Especie de topo que viven en casitas hechas por ellos con tierra por familias, formando ciudades. (*Cynomus ó Spermóphilus ludovicianus.*)



XVII.

LA CIUDAD DEL LAGO SALADO.

8 *de Julio de* 1875.

Al llegar á Ogden, villa situada, como decimos en el capítulo anterior, en el punto de reunion de las dos líneas férreas que atraviesan el Far West, me desvié del camino principal para ir á visitar la ciudad del Lago Salado. Lo que iba á ver en ella era desconocido y misterioso. Una nueva religion revelada en el siglo del libre exámen; una teocracia nueva cuando más combatidas son las antiguas; un pueblo que por su fe ha pasado por pruebas tan terribles como las de los israelitas en Egipto y en el desierto, son hechos dignos de atencion, y lo son mucho más cuando se ha recorrido la floreciente ciudad del Lago Salado, se ha visto el frondoso valle cultivado por los santos, y se sabe que todo se ha hecho bajo la férula de un llamado Profeta, que ha introducido la poligamia en una sociedad que se llama cristiana, y una teocracia tiránica en la nacion de instituciones más liberales.

Segun las ideas que se forman de ese pueblo *à priori*,

la ciudad de los mormones parece debiera ser una ciudad turca en la que sus habitantes, enervados y embrutecidos por los placeres del harem, vivieran en la indolencia de los pueblos orientales. ¡Qué contraste al encontrar una ciudad que no es bonita porque es monótona, pero que como todas las ciudades del Norte América, está llena de animacion y de vida; que tiene anchísimas calles plantadas de árboles, con agua corriente que da frescura á la ciudad y lozanía á los jardines que hay en todas las casas! ¡Qué contraste, al hallar una ciudad con Bancos para proteger todas las industrias, con tiendas y almacenes en que se ven productos de toda la tierra, con hoteles magníficos, con todos los refinamientos de la civilizacion, fenómeno en aquel desierto y fenómeno más grande aún en un pueblo que ha estado separado muchos años del resto del mundo! La curiosidad que ese pueblo y esa religion me inspiraban vino á aumentarse cuando en la estacion de Ogden vi, esperando al tren que nos habia de conducir á la ciudad santa, una tribu de recien convertidos, que guiados por los misioneros venian de distintas naciones de Europa é iban á aumentar el rebaño del Profeta. La tristeza, los sufrimientos y la miseria que en sus caras se veia; los himnos fervorosamente entonados al divisar el lago y el valle, tierra de promision donde, segun creian, iban á encontrar bienestar en esta vida y esperanzas de salvacion en la otra, todo eso me hizo reflexionar y apartar mis pensamientos de las chispeantes bromas de mis compañeros y de sus ocurrencias al ver un *Anciano* ó á un *Obispo* seguido de cuatro ó cinco esposas. Con el deseo vehemente de saber

cuál era la historia y las creencias de ese pueblo, entré en la ciudad. En los templos mormones compré los libros sagrados; en las librerías los folletos de propaganda, en casa de los *gentiles* (1) las obras que combaten á los santos (2), y las leí para dar á mis lectores una idea de esa religion.

Tal vez se crea que nos detenemos demasiado hablando de una cosa que tiene influencia tan nula en los destinos del mundo; pero obligacion del viajero es ver y observar, y ocuparse de los fenómenos curiosos que á su vista se presenten, los cuales no son de la diaria discusion por estar apartados de la vida comun que en este siglo hacen las naciones. Si así no lo consideran nuestros lectores, les rogamos pasen por alto estas páginas y nos dispensen; pero al encontrar entre las cordilleras de la América del Norte una fe de la que tanto se ha hablado en Europa, hemos creido deber estudiar su historia y procurar averiguar sus creencias.

El orígen de la secta de los mormones se remonta al año 1830, que fué cuando se constituyeron en Iglesia. Para comprender su orígen hay que recordar lo que eran entónces los Estados de la Union, que empezaban á poblarse. Lo mismo que he dicho de Nevada y California podria decir de ellos. Hay que recordar la emigracion creciente, el estado primitivo de aquellas sociedades. El crímen y las malas pasiones habian imperado por mucho tiempo; la moral se hallaba relajada; la religion no era

(1) Así llaman los mormones á los que no son de su secta.
(2) *The charch of Jesus Christ of the latter days Saints*, así llaman los mormones á su secta.

conocida siquiera. El deseo de evangelizar á aquellos bandidos surgió en la mente de muchos, y con la facilidad con que en Norte América se forman las sectas, predicadores enérgicos methodistas, wesleyanos, cabdelistas, etc., etc., recorrieron esos Estados, y en las plazas públicas y en los caminos empezaron á moralizar á aquellas gentes. En aquel entónces empezaron los *revivals*, los *camp meetings*, todas esas reuniones de hombres sencillos é ignorantes á quienes se predicaba en un lenguaje enérgico propio á despertar en su ánimo el temor del castigo que les aguardaba en la vida futura y el remordimiento y la vergüenza de la conducta que seguian en ésta.

Todo el mundo ha oido hablar de aquellos meetings y sabe el efecto de aquellos sermones; los predicadores eran verdaderos energúmenos que con sus cantos, sus gritos y sus imágenes producian en sus oyentes efecto tal que llantos, gemidos y confesiones en voz alta seguian á las prácticas y peroraciones, y parecia que pastores y ovejas se hallaban poseidos del espíritu maglino.

Nada tiene de extraño que en aquel entónces ánimos sencillos y predispuestos se encontrasen en un estado de semilocura y de exaltacion religiosa que les hiciese ver visiones y creer en ellas como si fuesen realidades.

José Smith, segun la opinion de todos, tanto de sus más fieles y entusiastas panegiristas como de sus más encarnizados enemigos, descendia de una familia en la que siempre se habia atribuido todo á causas sobrenaturales y se tomaban como artículos de fe, sueños, agüeros y buenas venturas. Unido á esa tendencia el efecto

de los sermones de aquel entónces, nada tiene de extraño que haya creido, soñando ó alucinado, oir voces y ver personajes celestiales.

Esa es mi opinion, y la fundo en que la primera aparicion de que José dió cuenta acaeció en 1820, cuando el Profeta, que habia nacido en 1805, tenía poco más de catorce años, y es más de presumir que á esa edad estuviese exaltado que no que intentase reformar el mundo. Desde esa edad siguió con su idea fija, y más adelante, cuando vió la credulidad de muchos, fué, segun presumo, cuando le vino á las miéntes hacerse con un pueblo de colonos obedientes y enérgicos, con los cuales pudiera poblar los Estados del Oeste y fundar en ellos un reino teocrático. En aquel tiempo, más aún que ahora, toda colonia habia de prosperar, y cuanto más unida y numerosa fuese, mayores habian de ser los resultados que pudieran obtenerse de ella. La idea era excelente y la completaba el atraerse á los indios, haciéndolos por artículos de fe, hermanos del pueblo nuevo; mas no anticipemos: ya examinarémos sus doctrinas; sigamos ahora la historia.

José Smith nació de unos pobres labradores en Sharon, condado de Windsor, en el Estado de Vermont, el 23 de Diciembre de 1805. Cuando el Profetita tenía dos años, sus padres se trasladaron á Palmira, en el Estado de Nueva-York, y permanecieron allí por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales llevaron su domicilio á Manchester, en el mismo Estado. Allí fué donde las predicaciones de sectas diferentes pusiéronle en perplejidad suma. Deseando salir de ella, pidió á Dios ardientemente que le iluminára y le indicase qué religion era

la verdadera. En tal estado de ánimo, cuenta él mismo que se fué á un lugar escondido en un bosque, y que estando orando muy fervorosamente, su pensamiento se fué separando de los objetos que le rodeaban, y se vió envuelto en una densa oscuridad (1): de pronto, cuenta, apareció sobre su cabeza una nube de luz, y en ella dos personajes celestiales muy semejantes. El que parecia de más edad le dirigió la palabra y presentando (*introducing*) (2) al otro, dijo: «Este es mi hijo, escúchale.»

Jesucristo, segun Smith, dijo que todos los cultos creian poseer la verdad, pero que ninguno la conocia; que no se afiliase á religion ninguna, y que tuviera paciencia, que *todo* el Evangelio le sería revelado. José contó su vision, y casi todo el mundo se burló de él, como era natural. Así pasaron tres años esperando la Revelacion prometida. Al cabo de ellos se representó el segundo acto de este pasillo. En la noche del veinte y uno al veinte y dos de Setiembre (mil ochocientos veinte y tres), segun dice Smith, en su autobiografía, «estando clamando á Dios, apareció en mi alcoba una luz brillantísima que fué aumentando, é iluminó la habitacion como si fuese mediodía, y un personaje vestido de blanco, resplandeciente, y cuyos piés no tocaban al suelo, se acercó á mi cama.» El profeta se complace en la des-

(1) Probablemente el sitio estaba fresco, y el elegido de Dios durmió prosaicamente creyendo luégo habia sido realidad lo que habia soñado.

(2) Es notable la *misse en scène*. Dios, segun Smith, adopta la moda americana, y se conduce como en un *meeting*. En lugar de enviar á su hijo á la tierra, baja á presentarlo como se haría en América con un orador adocenado.

cripcion del aparecido, cuyo traje y hechos son de circunstancias. No trascribiré la conversacion de ese señor, que estuvo locuacísimo: bástenos saber, en sustancia, que dijo que se llamaba *Moroni*, que Dios habia destinado á Smith para grandes cosas; que habia un libro escondido en el hueco de una peña, escrito en láminas de oro, en el que se daba cuenta de la historia de los antiguos habitantes de América, y se explicaba su orígen; que en él se encontraba el complemento del Evangelio. Dijo tambien que con el libro habia un instrumento llamado por los antiguos *Urim* y *Thunim*, compuesto de dos piedras trasparentes, con el cual se adquiria la virtud de ser oráculo é interpretar todas las lenguas (1). Tambien le dijo que cuando llegase el momento de sacar del hoyo dichos objetos, se le avisaria; pero que de ninguna manera los enseñase más que á las personas designadas por Dios para atestiguar la verdad de todo eso. Al dia siguiente se le presentó otra vez Moroni y le enseñó el libro. El profeta siguió, segun las órdenes de arriba, yendo al hoyo todos los años el dia del aniversario de la primera visita, hasta que el veinte y dos de Setiembre de mil ochocientos veinte y siete Moroni le entregó el libro, con la condicion de traducirlo y volverlo á meter en la caja de piedra en que estaba depositado.

Ese es el cuento de la mision divina de José Smith, y de ahí viene la iglesia de los *últimos Santos*. José Smith pasó el invierno de mil ochocientos veinte y siete

(1) ¡Y decir que hay quien cree todo eso!!



á veinte y ocho, traduciendo con la ayuda de los talismanes y la de un tal Martin Harris, primero, y año y medio despues con la de Oliverio Cowdery, que, como el anterior, le sirvió de amanuense. En el libro que traducian, encontraron, segun dicen, que Dios les mandaba bautizarse por inmersion, y el quince de Mayo, en compañía de San Juan Bautista, que vino á la tierra para esta ceremonia, se zambulleron mutuamente, adquiriendo por ese medio infinidad de dones del Espíritu Santo.

A Cowdery y Harris se añadió pronto un David Whitmer, y todos, segun en la primera página de ese libro está escrito, dicen que han visto las láminas y grabados, no por mérito humano, sino por virtud divina, y porque la voz de Dios se lo ha dicho y un ángel se los ha enseñado, y declaran ser auténtico tan curioso documento. Al pié de tan *verídico* testimonio hay otro en que se dice que han visto tambien las láminas, y se declara que al parecer son de oro y están cubiertas de curiosísimos grabados. Firman cuatro *Withmer*, un Sr. Page y el Padre, y dos hermanos de Smith. Total, ocho. Si despues de pruebas *tan concluyentes* hay aún quien duda de la existencia, verdad y orígen divino de ese libro, hay que desesperar de su salvacion. Traducido y atestiguado por dichos ocho señores se dió á la estampa, y poco despues de publicado, el seis de Abril de mil ochocientos treinta se constituyó la nueva iglesia, naturalmente con el Sr. de Cowdery y las apreciables familias *Smith* y *Withmer*. El Profeta y su Secretario ordenaron á los demas y comenzaron á predicar y á hacer milagros curando enfermos y endemoniados (al ménos así lo afirman

los historiadores mormones). El primero de Junio tuvieron la primera conferencia, á la que asistieron ya treinta miembros, y por aquellos dias se convirtieron Sidney Rigdon y Orson Pratt, nombres que no hay que olvidar al hacer la historia de este pueblo. La nueva comunidad aumentó rápidamente, y José dijo á sus secuaces que una revelacion de Dios le ordenaba que todos los santos fueran al Condado de Jakson, en Misuri, fundáran allí la nueva Sion y levantáran ademas en Kirtland (Ohio) un templo al Señor.

Aquí se manifiestan ya claramente las intenciones de Smith: reunir á sus secuaces en ciudades fundadas por él.

Los mormones aumentaron rápidamente; sus prácticas y doctrinas se comentaron de mil modos entre sus vecinos. Dicen, y es lo probable, que temieron éstos que estando tan disciplinados como lo estaban, y siendo tan numerosos como iban á ser, se apoderáran en breve tiempo de las elecciones, nombráran los magistrados á su antojo é hicieran las leyes á su gusto. Sea de ello lo que quiera, el caso es que empezó contra los mormones una persecucion cruel y sangrienta. Las primeras víctimas fueron el Profeta y Sidney, que fueron emplumados como vulgares brujos de la Edad Media despues de haberles administrado sendas palizas. No paró en esto el furor del populacho, excitado contra los mormones, organizando el motin, comprometieron vida, hacienda y honor para expulsar á los intrusos *de buen grado, si podemos, por fuerza si preciso fuera*, como decidieron en un *meeting*, en el que se constituyeron en cuerpo arma-

do permanente. Eso pasaba á fines de mil ochocientos treinta y tres.

Entrar en todos los detalles de esta primera persecucion sería muy prolijo y alargaria desmesuradamente mi narracion; baste saber que la agresion partió casi siempre de los gentiles; que los mormones, gracias á lo que el Profeta llamaba sus revelaciones, se constituyeron y se armaron para defenderse; pero como los *malos eran más que los buenos*, tuvieron que resignarse á la derrota. Así pasaron los años y fué aumentando la Iglesia y fueron tambien aumentando sus enemigos. La vida de Smith siguió siendo una contínua alternativa de gozos y desdichas. En el año de mil ochocientos treinta y cinco nombraron *los doce Apóstoles y los Cabildos de seteintas* (1); en mil ochocientos treinta y seis consagróse el templo con gran acompañamiento, segun la narracion mormona de visiones, voces celestiales, ángeles, profetas antiguos, etc., etc. Smith, que nunca pudo estarse quieto, se hizo banquero, y ocupado más de las cosas celestiales que de las terrenales, no pensó que Satan habia de infundir á los enemigos de la Iglesia la diabólica idea de cambiar por dinero su papel. Cuando eso aconteció tuvo que salir escapado, salvándose por milagro del revólver de sus perseguidores. El ánimo de Smith se vió tambien conturbado por numerosas apostasías, entre ellas las de Harris y de Cowdery, famosos testigos del libro. La persecucion aumentaba de dia en dia: los Santos habian sido expulsados de Jackson, y el profeta

(1) Ya verémos más adelante lo que todo eso significa.

no podia parar en ninguna parte á causa del célebre Banco, pero no se dejaba arredrar, y en cuanto se veia en un aprieto traia una revelacion que lo arreglaba todo. Arrojados sus sectarios de Sion y de Kirtland, se los llevó á fundar *Far West* y *Adam Ondi Ahman* (lo que significa, segun dicen, valle donde Adam bendijo á sus hijos; porque hay que saber que José ó Joe (Pepe), como le llaman los más, descubrió que el paraíso estaba en América).

Los de Misuri no se contentaron con que el Profeta en cuanto lo echaban de una ciudad fundase otra, y resolvieron *expulsar* á los mormones ó *exterminarlos:* para conseguirlo, no hubo crueldad ó traicion que no se cometiese. Un dia quemaban sus granjas, otro en Haunt Hill asesinaban á sangre fria mujeres y niños, al mismo tiempo que ya en guerra abierta y declarada era sitiada Far West por los milicianos del Estado. Los mormones se preparaban á la lucha, y hubiera corrido mucha sangre si un Júdas no hubiera entregado por un ardid al Profeta y á varios de los jefes. La intencion del general de las fuerzas sitiadoras era pasar por las armas á Smith y á sus compañeros; pero éstos fueron salvados de un asesinato que queria ser revestido de formas legales, por la intervencion de uno de los generales subordinados.

El año de mil ochocientos treinta y nueve empezó tambien mal para los Santos. El profeta estaba en la cárcel; por la capitulacion de Far West se habian comprometido á salir del estado de Misuri, y á pesar de que se marchaban en masa, la persecucion cruel é implacable no cesaba un instante.

Á Bringham Young, al actual Profeta, deben los mormones que no concluyese entónces su secta. Sosteniendo su fe, infundiéndoles esperanza, empleó el tiempo que pudo estar entre ellos, y cuando las persecuciones le obligaron á buscar un refugio en Illinois, organizó la emigracion y consiguió que por lástima fuesen perfectamente recibidos sus hermanos, que se les concediesen tierras y renacieran las esperanzas de dias mejores. Estos vinieron con la libertad de Smith. El cruel tratamiento de que habian sido víctimas los mormones habia producido gran escándalo en la nacion, y éste fué explotado por los partidos políticos. La agitacion anti-esclavista comenzaba, y los enemigos de Misuri acusaban al Estado negrero de las violencias ejercidas contra millares de ciudadanos pacíficos.

El Gobernador del Estado, no queriendo añadir á las dificultades que habia producido la cuestion mormona el asesinato del Profeta que se estaba tramando, dió órden de que se le dejára escapar.

Con la llegada de José volvió la esperanza y el favor divino; nuevas revelaciones marcaron diariamente la conducta que debia seguirse. Por indicacion celeste fundaron *Nauvoo*, que quiere decir, en la famosa lengua del flamante libro, *La bella*.

Los Santos llegaron á Illinois hambrientos, perseguidos, humildes. A fines de 1839 se colocó la primera piedra de Nauvoo: ántes de los dos años tenía 2.000 casas, y los mormones eran ya 15.000. La posicion de su jefe volvió á ser importante. Apoyando alternativamente á los dos partidos que á la sazon se disputaban el

mando en los Estados Unidos, whigs y demócratas, les arrancó grandes concesiones. Primero el derecho de ciudad para Nauvoo, más tarde la incorporacion á la milicia del Estado de la milicia mormona con el nombre de legion de Nauvoo. ¡La ciudad le nombró Alcalde, la legion le escogió Teniente General! y segun decia, recibia diarias revelaciones. Entre las más dignas de mencion están la de construir un templo y *una casa de huéspedes:* ¡á tales minuciosidades descendia el Altísimo!!

Los Santos prosperaron y aumentaron con rapidez. José, que no podia ser prudente, extremó sus exigencias y abusó de sus evoluciones políticas. No contento con ser Alcalde y General, se presentó candidato á la Presidencia de los Estados-Unidos, con el solo objeto de llamar la atencion y meter ruido. Fué tal su insolencia, que en aquellos tiempos empezó á hacer pública la revelacion sobre la poligamia (12 de Julio de 1843), y no consintió que en su ciudad se le atacase. Un incidente, al parecer trivial, precipitó el desenlace de la primera parte del mormonismo. Algunos apóstatas habian fundado en Nauvoo un periódico llamado *El Expositor:* el Profeta armó una *partida de la porra* y lo hizo destruir cobarde y villanamente. Hasta entónces los mormones habian aparecido víctimas; desde entónces se convirtieron en perseguidores, y perseguidores de una institucion tan cara á América como la libertad de la prensa. El resultado de esto fué un auto de prision contra el Profeta: éste tomó las de Villadiego, pero como en aquel entónces se habia constituido otra *partida de la porra* contra los pobres Santos, los enemigos de Smith le

acusaron de cobardía porque se ocultaba, y él, para desmentirlos, se presentó al juez (23 de Junio de 1844).

Pocos dias estuvo preso en Cartago el infeliz Profeta. El 27 de Junio la cárcel fué atacada por unos 150 hombres enmascarados, y José é Hyrum, su hermano, fueron cruelmente asesinados.

El Profeta tenía treinta y ocho años y medio.

Ante el cadáver de Smith nos preguntamos: ¿quién es ese hombre extraordinario? y de la historia de su vida apénas podemos deducirlo. Si no fuera por lo del *Libro de mormom*, de esas planchas metidas en tierra durante mil cuatrocientos años, escritas en egipcio por un judío que estaba en América, y traducidas por obra y gracia de dos talismanes, diriamos que José era un exaltado, un visionario, un loco que creia en su mision divina; sus actos nos harian adóptar esa opinion. Pero fundada su religion en ese cuento ridículo, fundada en contínuas revelaciones en las que se mezcla el santo nombre de Dios hasta para construccion de una posada, no puede tenerse á ese hombre más que como á un impostor. Aun así y todo, José Smith es un hombre notable. A los catorce años revela su primera mision: en otros catorce forma un pueblo, funda ciudades, crea legiones, levanta y consagra templos. «Un pobre labrador ignorante es en tan corto tiempo predicador, traductor sobrenatural, oráculo, banquero, alcalde, general, candidato para la Presidencia de los Estados-Unidos. Inventa la poligamia y es marido de muchas mujeres al mismo tiempo» (1).

(1) J. B. Stenhouse «*The Rocky Mountains Saints.*»

He dicho y creo que Smith era un farsante; pero me admiro, y conmigo se admirarán mis lectores, al saber el desarrollo que su Iglesia ha tenido; al considerar la fe que ha sabido inspirar á sus sectarios, las privaciones y fatigas que se ha impuesto para llegar á sus fines.

Al poco tiempo de la constitucion de la Iglesia manda misioneros á todas las naciones, y éstos abandonan familia y bienestar para ir á llevar su palabra á lejanas tierras. Los convertidos afluyen por cientos y por miles; siguen al Profeta abdicando la voluntad, abandonándole vida y hacienda. Son perseguidos en Misuri, martirizados en Illinois, y le siguen sin tener en cuenta que sus profecías se veian desmentidas diariamente por los acontecimientos. Los que asesinaron á José Smith y creyeron con su muerte acabar con su religion, se equivocaron lamentablemente. El Profeta, en contacto con el pueblo, hubiera tarde ó temprano concluido por perder su prestigio. Asesinado injustamente es un mártir, y su martirio ha dado aliento á los mormones para sufrir lo que sufrieron y ha hecho vivir á esa secta hasta la hora presente.

Bringham Young salvó por segunda vez á la Iglesia. Aunque más adelante hablarémos de su organizacion, es preciso anticipar que el poder supremo era ejercido por la llamada *Primera Presidencia,* que se componia del *Profeta y sus dos Consejeros* por una parte, y de los *Doce Apóstoles* por otra. Nominalmente tenian igual poder, aunque quien gobernaba era el Profeta. Cuando José Smith fué asesinado, eran sus consejeros su hermano Hyrum, que murió con él en la cárcel de Cartago, y

Sidney Rigdon. De modo que á la muerte del Profeta sólo queda Rigdon de la primera presidencia frente á los Doce Apóstoles. Rigdon empezó á profetizar y á relatar visiones, con la intencion de suceder al Profeta; pero eso no convenia á Brigham, decano de los Apóstoles, y le hizo excomulgar.

Desembarazado del rival más temible, poco á poco y á fuerza de astucia vino Bringham á ocupar la vacante que hicieran en la jerarquía de los Santos los asesinos del Profeta. Ese asesinato fué, como he dicho, un error gravísimo. Cuando los cadáveres del Profeta y del patriarca su hermano llegaron á Nauvoo, diez mil personas siguieron su entierro llenos de ira y deseos de venganza. La guerra de una parte y otra fué terrible.

El condado de Hancock, en donde estaba situada Nauvoo, y las principales colonias de los mormones, fué teatro de saqueos, incendios, asesinatos y toda clase de violencias. La situacion que ese estado de cosas creaba era insostenible, y así lo comprendieron los jefes de la Iglesia y decidieron un nuevo Exodo. Para que se vea la fe de los mormones á lo que llegaba, dirémos que durante aquél para ellos tristísimo año 1845, apresuraron la construccion de la casa de huéspedes y del templo, que ya entónces les costaba más de un millon de pesos. En Octubre se celebró en él la conferencia semestral, decidiéndose ir hácia las desconocidas regiones del Oeste á buscar un sitio donde pudieran vivir solos y en paz.

La *Iglesia* escogió á Bringham para conducir la expedicion exploradora que salió de Nauvoo el 3 de Marzo de 1846.

Hácia mediados de Mayo habian pasado el Misisipí más de diez y seis mil de estos creyentes. El punto de reunion designado habia sido las orillas del Misuri, hácia el punto en que hoy están situados Omahá y Council Bluffs, es decir, donde comenzaba el *Far Wesst*, que en 1846 no habia sido explorado todavía.

En Nauvoo habian quedado unas mil personas enfermas, inútiles ó encargadas de vender lo que los mormones abandonaban y de llevar con su producto provisiones á sus hermanos al punto que hubieran elegido. El populacho no se contentó, sin embargo, con que la mayoría hubiese abandonado el Estado, y tomando por pretexto que los mormones que quedaban podrian votar y decidir del triunfo en las elecciones, atacaron á Nauvoo en número de ochocientos. La ciudad, defendida sólo por ciento cincuenta hombres, resistió tres dias, al cabo de los cuales fué saqueada y sus infelices moradores arrojados sin piedad del otro lado del rio, condenados á seguir en la mayor desnudez y desamparo á sus correligionarios.

Los sufrimientos de los mormones en el valle comprendido entre el Misisipí y el Misuri sólo son comparables con los del pueblo judío cuando erraba conducido por Moisés. Faltos casi de todo, obligados á caminar leguas y leguas, mal alimentados, durmiendo á la intemperie, sufriendo de dia en sus larguísimas marchas y sin poder descansar de ellas por temor de quedar helados de noche. Cuando llegó la primavera y se vieron sólo á mitad del camino, con sus provisiones exhaustas, sus ganados y caballerías sin fuerza, en las desnudas praderas,

pudieron creerse abandonados de Dios como lo estaban de los hombres, porque la vuelta del buen tiempo en lugar de favorecerles, aumentó sus dificultades, pues el deshielo convirtió las praderas en lagos y no dejaba vadear los rios. Un año entero necesitaron para llegar á orillas del Misuri.

¡Qué diferencia con lo que hoy dia sucede! ¡Qué poco se comprenden las dificultades de esa emigracion hoy que en ménos de veinticuatro horas se cruzan aquellos dos rios inmensos sobre magníficos puentes y se atraviesa un terreno feraz y bien cultivado en trenes que andan cuarenta millas por hora y tiene *pullman cars* y coches-fondas! ¡Y sólo hace treinta años que aquello pasó!

Los pobres perseguidos fueron, en los confines habitados por los blancos, objeto de compasion y lástima hasta para los indios. Allí se les permitió fundar lo que se han llamado *ciudades fronterizas*, la principal de las cuales fué Winter-Quarters (cuarteles de invierno). En ellas pasaron el de 1846 á 47, y esperaron á que la vuelta de la primavera les permitiera seguir su viaje.

Un suceso inesperado vino á auxiliar un poco á los desgraciados mormones, á quienes faltaban áun las cosas más indispensables para la vida.

El Gobierno federal habia decidido declarar la guerra á Méjico con fútiles pretextos y con la intencion de redondear sus fronteras del Sur y conquistar la costa del Oeste, y formó un batallon de mormones, y les dió adelantada la paga de un año con la que pudieron atender á las más perentorias necesidades de los emigrantes.

La guerra con Méjico fué un acto de despojo.

¡Desgraciadas razas ibero-americanas si algun dia se ven abandonadas frente á frente del egoismo yankee! La doctrina de Monroe no significa el derecho que puedan tener los pueblos á gobernarse por sí solos cuando llegan á su mayor edad. Americanos se llaman por antonomásia los de allá arriba, y quieren que para ellos sea América.

Hicieron la guerra á Méjico para tener el Rio Grande y el Pacífico por fronteras; mañana la harán para llegar al Itsmo de Panamá ó para anexionarse todo el continente, á no ser que la ley de la vida que produce el nacimiento, el apogeo y la muerte de las naciones, haga bajar á los norte-americanos y subir á nuestros hermanos de allende los mares.

Siguiendo nuestra narracion dirémos que el 14 de Enero de 1847 Bringham dijo que recibió su primera revelacion celestial, lo que llenó de gozo y contento á los santos, que desde la muerte de José se hallaban desposeidos de la palabra divina.

La revelacion decia que debian organizarse por centurias, medias centurias y décadas, con jefes para cada una; que éstos eran responsables del órden, de la distribucion de las provisiones, de la conservacion de las simientes, etc., etc. De acuerdo con ella y bajo la direccion de Bringham, salieron el 14 de Abril ciento cuarenta y tres hombres escogidos, tres mujeres y dos niños, que formaban la vanguardia, eran los exploradores y los *pioneers* del pueblo de Dios.

Despues de un viaje penosísimo de mil cien millas por

esas áridas y agrestes *motañas peñascosas*, de las que he intentado dar una idea en anterior capítulo; sin caminos y sin guía, llegaron el 24 de Julio al valle del Lago Salado. No es extraño que al divisarlo cayesen los exploradores de hinojos y con lágrimas en la voz cantasen las alabanzas del que permitia que así se cumpliesen las profecías. El valle del Lago Salado es el contraste de lo que le rodea; su fecundidad es la antíteses del desierto que parece un cementerio abandonado; su verdura, su frondosidad, el plateado lago que con sus islas y bahías completa un cuadro delicioso cuyo marco son sublimes montañas, es tan diferente de los riscos y desnudas peñas de la cordillera, que parece el esqueleto del mundo, como la vida de la muerte.

No es extraño que los mormones en su fe ciega creyesen que Dios habia creado y puesto en conserva para sus hijos predilectos, *los de los últimos dias*, aquel bellísimo *oásis*.

Los exploradores, despues de haberse entregado al júbilo, trazaron la nueva ciudad y emprendieron el regreso hácia *Winter Quarters* y despues de muchas penalidades llegaron el 31 de Octubre.

No hay necesidad de describir la alegría del pueblo á la vuelta de los exploradores, ni de decir cómo fueron recibidas sus noticias.

La tentativa habia sido coronada de extraordinario éxito, y la popularidad de Bringham llegó á su colmo. Ese fué el momento escogido por el astuto presidente de los apóstoles para cambiar á su provecho la organizacion de la Iglesia.

La *primera presidencia* habia sido simplificada á la muerte del Profeta y de su hermano. Los Apóstoles habian excomulgado al consejero Sydney Rigdon y se habian quedado solos mandando.

Para volver á la antigua organizacion habia que llenar tres puestos importantísimos. El de Profeta se lo guardó Bringham; con los de Consejeros y Presidente ó Decano de los Apóstoles se atrajo á los miembros más importantes de los Doce, y apoyado en ellos y en los tímidos, hizo aprobar el cambio por los altos dignatarios de la Iglesia, y á ello el pueblo dijo amén.

Vueltos al antiguo régimen los santos emprendieron la marcha, y á fines de 1848 todo el pueblo mormon estaba instalado á orillas del Lago Salado.

Hasta aquí he seguido tan minuciosamente como la índole de este escrito me lo ha permitido el nacimiento, progreso y viajes de ese pueblo que tanto llama la atencion del viajero que atraviesa el continente americano por el ferro-carril tras-continental.

Desde su establecimiento á orillas del Lago hasta el presente, su historia se puede resumir en pocas palabras; es la historia de las discusiones y luchas de un pueblo que quiere permanecer autónomo en medio de una nacion, y de esa nacion que quiere someterlo á la ley comun. La organizacion teocrática de la Iglesia, la poligamia, etc., etc., son los fueros de los mormones: los diputados del Congreso de los Estados-Unidos han ido poco á poco supriméndoselos.

El territorio que ocuparon los mormones pertenecia á Méjico, pero éste lo cedió á los Estados-Unidos por el

tratado de Guadalupe. Recordando Bringham las dificultades por que habia pasado la Iglesia al contacto con los gentiles, quiso ser para siempre el amo en el valle, y pidió la admision del Utah en la Union con el nombre de Estado de Deseret (colmena, en indio ó egipcio reformado). Sabido es que por la ley fundamental de la República, la federacion se compone de *estados* y *territorios*, siendo la diferencia entre unos y otros, que los primeros tienen una constitucion propia, legislatura propia compuesta de Senado y Congreso, y que el pueblo nombra de acuerdo con la Constitucion á los funcionarios públicos y los territorios están en tutela, por decirlo así, y el gobernador, el secretario y la administracion de justicia son nombrados por el Poder Ejecutivo, con aprobacion del Senado.

Antes que la peticion de los mormones llegase al Congreso, éste habia convertido al Utah en territorio, nombrando á Bringham gobernador, y para ocupar los principales destinos, á los mormones más importantes. De nada sirvieron las buenas intenciones del Gobierno de Washington: la armonía entre los representantes de un Gobierno liberal y una teocracia cuyos sacerdotes se creen infalibles, no sólo en asuntos de fe y de moral, sino en las cosas más triviales de la vida, era imposible.

Desde un principio sucedió que el Jurado no pudo funcionar, porque los mormones no querian condenar á sus correligionarios; que la policía fué inútil, porque cuando era mormon el delincuente, todos sus correligionarios á porfía le ayudaban á escapar. A la lucha entre mormones y gentiles vino á añadirse las contínuas dis-

cordias entre funcionarios federales, discordias naturalmente atizadas por los Apóstoles. Así fueron las cosas durante muchos años; en el Utah se practicaba la poligamia á las barbas de los representantes del gobierno federal; no habia libertad; el que intentaba huir de la tiranía ó abandonaba la fe mormona, era asesinado sin misericordia. Desde el Tabernáculo se predicaba el exterminio de apóstatas y gentiles, y se decia que Dios gustaba de cruentos sacrificios que aplacaban su cólera.

Sociedades cooperativas, bajo la égida de la Iglesia, impedian el libre comercio; prohibiéndose las transacciones entre fieles y gentiles. Las autoridades federales eran, como muchas en los Estados-Unidos, venales ó prevaricadoras; las primeras eran compradas; las otras, denunciadas al Gobierno si no obedecian las órdenes ó deseos de Bringham.

El Presidente Buchanan quiso concluir con el estado de cosas del Utah, y destituyó á Bringham, nombrando á Mr. Cunning en su lugar. Esta es, como vemos, una nueva fase en la historia de los mormones, que iban á ser regidos por un gobernador gentil. La resistencia á admitir el delegado federal dió orígen á lo que se conoce con el nombre rimbombante de *Mormon War*.

La primera expedicion yankee se compuso de dos regimientos y de dos baterías, que á fuerza de trabajos y fatigas avanzaron hasta las cordilleras. Al llegar á ellas encontraron los pasos defendidos y tuvieron que regresar al fuerte Bridger para invernar; pero los mormones les cortaron las provisiones; el frio les mató sus caballerías y ganados, y pasaron un año muriendo de hambre,

porque Bringham habia dado órden de sorprender los convoyes de auxilio é inutilizar todo lo que pudiera servir á aquellos infelices compatriotas.

Al año siguiente se puso en marcha una fuerte expedicion con toda clase de pertrechos y provisiones de guerra y boca, compuesta de las tres armas en número bastante para imponerse.

Esa campaña costó á los Estados-Unidos *catorce millones de duros*, y terminó sin disparar un tiro. Es tan célebre por los escándalos que en las contratas se cometieron, que se la conoce con el nombre de *guerra de los suministros*. En ese bendito país no hay que preguntar *¿quién es ella?* para darse cuenta de los acontecimientos, sino *¿quién es el contratista?*

Como digo, todo terminó en paz y gracia de Dios, sin que nadie supiera por qué; el Gobernador tomó posesion de su destino, se indispuso con el *Chief Justice* y con el general que acampaba en las cercanías de Salt Lake, y los cosas siguieron poco más ó ménos como ántes para mayor gloria de Bringham Young.

Sometidos los mormones al régimen general de los Estados-Unidos, concluye su historia particular. Podriamos narrar muchos episodios de la guerra siempre latente entre la *Iglesia* y el Gobierno de Washington y entre gentiles y santos, pero eso es lo único que rompe la monotonía de ese pueblo. Durante la guerra civil respiraron un poco, porque el Gobierno tuvo que retirar las tropas; pero mandó al poco tiempo voluntarios de California, á cuya sombra vinieron á establecerse numerosos gentiles.

Estos han ido aumentando de dia en dia y se les han

unido cada dia mayor número de apóstatas, que no podian tolerar la tiranía de Bringham ni seguirle en sus nuevas doctrinas.

Al narrar la historia de los mormones es imposible prescindir de algunos hechos importantes, que son tema obligado de las acusaciones que contra el segundo Profeta se dirigen. Uno de ellos es la *emigracion con carretillas* (*The hand cart emigration*), procedimiento inventado por Bringham para llevar al Utah colonos que le costasen poco dinero. Puede figurarse el lector lo que habrá sido el viaje de muchos miles de desgraciados que tuvieron que atravesar mil cien millas de montañas arrastrando tras sí todo su haber en carretones y teniendo que luchar con el frio, el hambre, el cansancio y las enfermedades que sus crueles sufrimientos desarrollaban en ellos. Tambien se acusa á los santos, y sobre todo á Bringham que los dirigió ó toleró, de los crímenes que cometió el fanatismo.

Aun hoy son objeto de diaria discusion *la matanza de las montañas Meadows* y los asesinatos de *Springville.* De ellos se acusa á los jefes de la comunion mormona y se clama al Gobierno federal para que éste los castigue. Dícese que por vengar la muerte de un apóstol asesinado por un habitante de Arkansas, cuya mujer y cuyos hijos se habian convertido al mormonismo y habian seguido á aquel señor, una tribu de emigrantes compuesta de muchos centenares de personas de aquel Estado, fué sorprendida en un barranco de las montañas Meadows por la milicia de los mormones disfrazada de indios, y destruida completamente.

El principal autor de esta matanza ha sido pasado por las armas hace pocos meses, á pesar del mucho tiempo transcurrido. Señal es ésta de que la ley impera ya en el Utah, y que no domina ya allí una teocracia fanática que inspira las doctrinas que vamos á examinar.

Las creencias de la Iglesia de *los santos de los últimos dias* están contenidas, segun dice su catecismo, en el libro de Mormon, que se compone de las famosas láminas traducidas por José Smith, y en las revelaciones que dicho profeta y su sucesor dicen haber tenido.

El Book of Mormon que yo poseo es un volúmen en 16.°, de 153 páginas de impresion muy menuda. Está escrito en el inglés de la Biblia, es decir, en un estilo anticuado, monótono y pesado, y dividido en versículos que comienzan por la frase *and it come to pass*, que puede traducirse por *in illo tempore*, que hace casi imposible que haya paciencia humana que lo lea. Un mormon que ha hecho apostasía y ha escrito un libro contra su antigua fe, dice que hay pocos mormones que hayan leido todo el libro. Yo lo he recorrido, porque es muy curioso ver el atrevimiento de una persona que escribe en mil ochocientos veinte y siete una especie de biblia y engaña con ella á miles de personas. El libro de Mormon pretende ser la historia antigua de América, y como dice en su primera página, contiene los anales de los Jareditas y de los Nephitas y Lamanitas.

Los primeros vinieron á América, segun afirma, desde la Torre de Babel, cuando la confusion de lenguas, y desaparecieron completamente poco tiempo ántes de la

venida de los segundos, que eran descendientes de un señor Lehi, de la tribu de Manasés, que salió de Jerusalen durante las revueltas del reinado de Zedequías.

De todas las opiniones que he leido sobre ese libro, la que más verosímil me parece es la que sostiene que Smith encontró el manuscrito de una novela de un tal Salomon Spaulding, cuya escena pasaba en América ántes del descubrimiento. Con ese elemento, é imitando á la Biblia, formó el libro de que vamos á dar un ligero extracto.

«Cuando la confusion de lenguas en la torre de Babel, dice Smith, Jared y su hermano no fueron confundidos, y cuando la dispersion, se dirigieron á las orillas del mar y vivieron allí cuatro años con sus familias, hasta que Dios se les apareció y durante tres horas (página 519 del *Book of mormon*) les estuvo dando instrucciones para que cruzasen el Océano y fuesen al continente que hoy llamamos América. Jared construyó ocho barcas en las que, á imitacion de Noé, se metió con su familia y toda clase de animales. Dios, segun dice, se dignó hacer grandes milagros en obsequio de esos señores, entre ellos dar luz á ocho piedras para que iluminasen las barcas y hacer que soplase un viento furioso que durante trescientos cuarenta y cuatro dias impelió á dichas embarcaciones, que no tenian ni velas ni remos. Ademas, el Señor se apareció á Jared en carne y hueso y le dejó tocar la puntita de su dedo para que se convenciese de que era material.

»En América los jareditas crecieron y se multiplicaron; fundaron grandes ciudades y se dividieron en na-

ciones; pero habiendo por sus pecados perdido el favor divino, fueron abandonados á Satan, que suscitó entre ellos guerras terribles que al fin los exterminaron. En las páginas 548 y 549, versículos 8 y 9, se da la curiosa descripcion de una batalla que duró cinco dias, y en la que empezó por haber dos millones de combatientes y concluyó por no quedar ninguno. Afortunadamente para América, en aquel entónces (seiscientos años ántes de Jesucristo) vino la otra emigracion; si no, el continente se hubiera quedado despoblado.

» He dicho ya que un tal Lehi abandonó con su familia la ciudad de Jerusalen, en tiempo de Zedequias: ese señor emprendió el viaje por el desierto hácia la orilla del mar. El principal personaje de esa tribu de emigrantes era Nephi, hijo de Lehi; ése es quien nos cuenta parte de estas historias. El favor divino se manifestó á los emigrantes muy á menudo, y particularmente con el hallazgo de una bola de cobre con dos agujas, una de las cuales marcaba el camino que debian seguir, tanto por mar como por tierra, y les daba consejos. Esa especie de brújula no señalaba el Norte, sino el punto donde Dios queria se dirigiese ese pueblo. La otra aguja debia servir de adorno, pues los profetas no nos han dicho su uso. Nephi construyó un barco por órden del Altísimo, y con la ayuda de la bola mágica llegó á las costas de América. Los nombres geográficos usados por el Profeta son todos de pura invencion, y no se parecen ni á los antiguos ni á los modernos, de manera que sólo por conjeturas puede deducirse que ha hecho viajar á Nephi y los suyos por tierra, por las orillas del mar Rojo, y los

ha hecho se embarcasen allí, y por el golfo de Aden, India y Australasia, les ha hecho ir á parar un poco al Norte del Itsmo de Panamá.

» Por el camino, los hermanos de Nephi le dieron mucho que hacer rebelándose contra él, principalmente Lemuel y Laman, que llegaron á ponerlo preso; pero viendo que Dios le quitaba virtud á la bola en cuanto no la empleaba Nephi, le obedecieron, y llegaron felizmente â tierra. En la descripcion de este viaje se le va un poco la mano al flamante Profeta, porque hace que encuentren los nuevos emigrantes toda clase de animales en los bosques, restos probablemente de los jareditas; y entre ellos cita caballos, asnos, mulos y cerdos, que es probado no existian ántes del descubrimiento, y tambien elefantes, que no ha habido nunca más que en el circo de Barnum. Hace tambien que los israelitas abandonen el hebreo, que es para ellos todavía la lengua sagrada, y hablen el *egipcio reformado*, idioma que á haber existido hubiera sido el de los antiguos opresores del pueblo de Dios. Tambien hace que los emigrantes coman puerco, lo que por su religion está prohibido, y dice otra porcion de cosas en que bien claro se conoce la ignorancia del antiguo labrador Smith.

» Tambien los descendientes de Lehi crecieron portentosamente, pero no tuvieron un momento de paz y de union: siempre estuvieron guerreando unos con otros. La organizacion de su Iglesia fué muy parecida á la de los israelitas: tuvieron como ellos maestros y profetas que unas veces escucharon y otras despreciaron y mataron. La mision de esos profetas era la de anunciar la

venida de Cristo, y lo hacian sin ambajes, no con el lenguaje místico de los profetas de Palestina. Naturalmente, esas profecías, escritas mil ochocientos veinte y siete años despues de suceder lo que predicen, no pueden ser más precisas ni más claras. Los que seguian las doctrinas de esos profetas tomaron el nombre de cristianos cien años ántes de la venida de Jesucristo! Pero éstos fueron pocos: la mayor parte de los descendientes de Lehi vivian en el pecado. Por fin, un buen dia se cumplieron las profecías. Durante veinte y cuatro horas no se hizo de noche; el pueblo, lleno de estupor, pidió perdon al Altísimo, porque conoció que el Cristo habia nacido, y se convirtieron muchos. Entre los cristianos del porvenir más fervientes habia un tal Nephi, descendiente del que vino de Jerusalen, que predicó y bautizó á mucha gente. La paz duró poco: los años siguientes nuevas guerras desolaron el país, á pesar de las conversiones de que acabamos de ocuparnos; y á los treinta y cuatro, furiosas tempestades, rayos y truenos y una oscuridad completa, que duró tres dias y tres noches, se extendió por todo el país. Los cristianos se reunieron asustados y empezaron á orar; aquí entra lo bueno: vióse bajar del cielo un personaje que les dijo que era el *Hijo de Dios*, el Ungido, el Cristo que acababa de morir por los pecados del mundo. Para que lo creyesen, hizo que todos (unas 2.500 personas) tocasen la herida de su costado y las de los piés y manos, lo que á quince segundos por persona, que no es mucho, nos da diez horas y cuarto que el pacientísimo Cristo estuvo siendo manoseado por aquella gente. Cuando todos se conven-

cieron de quién era, empezó á predicarles: instituyó el *bautismo por inmersion* que debia administrarse en remision de los pecados, despues del arrepentimiento de ellos y de manifestar deseo de recibirlo. Tambien instituyó la Comunion y la administró; bendijo á los niños; curó á los enfermos; ordenó doce apóstoles y volvió á los cielos.

»En poco tiempo apóstoles y profetas convirtieron á toda América; pero duró poco la virtud de aquellas gentes. Se volvieron lujuriosos, avaros, crueles, y volvieron á guerrear unos con otros, principalmente los dos bandos en que estaban divididos. Los nephitas, que eran los buenos, y los lamanitas que eran los malos, descendientes de aquel revoltoso *Laman* de marras. Se riñeron sendas batallas entre los dos partidos, hasta que por fin, en la colina de Cumorah, situada entre las ciudades que se llaman hoy Palmira y Manchester, en el Estado de Nueva York, se dió una gran batalla, en la que murieron casi todos los nephitas en número de 230.000. Poco tiempo ántes de la batalla, Nephi habia confiado á su hijo Mormon las planchas en que estaba la historia de su pueblo. Mormon las enterró en la colina de Cumorah, no sin haber dado ántes á su hijo Moroni un extracto que éste completó y enterró tambien, allá por los años cuatrocientos de nuestra era. Este Moroni fué el que más tarde se apareció á Smith en forma de ángel, y le dió el extracto que le habia dado su padre. Mormon fué asesinado; poco despues murió Moroni. Mormon es el último profeta de aquellas gentes, y en recuerdo de él se llaman mormones los nuevos santos. Despues de la muerte de

Moroni, no quedaron más que los lamanitas, cuyos descendientes son los indios pieles rojas!!!»

Me he extendido tal vez algo más de lo que la índole de este escrito me permite, porque me parece curiosa esa fantástica historia de los antiguos habitantes de América. Ese libro es el primer artículo de fe de los santos: de sus páginas sacan la institucion divina de su Iglesia; el bautismo por inmersion; el órden y el sacramento llamado de la cena del Señor. Habiéndoles sido dado ese libro por conducto de José Smith, deben creer en las palabras del Profeta que decia estaban inspiradas por Dios, que tan señalado favor le habia hecho. Esta es la segunda fuente de sus creencias. La principal revelacion, la que más ruido ha metido, ha sido la revelacion sobre la poligamia ó la del matrimonio celestial como le llaman los mormones.

Hemos dicho anteriormente que fué publicada en Nauvoo en 1843. Consta de 25 *items* ó apartes, en los que claramente se dice que el hombre puede y debe tener más de una mujer, y entra en una monserga un tanto confusa acerca de si las mujeres que no se casan en esta vida, ó se casan sin tener en cuenta la ley Mormona, no serán en la otra vida más que ángeles, y tendrán por ocupacion el servir á las demas.

Los santos creen en tres estados de existencia. El primero es el *estado puramente espiritual*, el que tienen ántes de venir al mundo. Los espíritus tienen la forma del cuerpo humano, y son hijos de Dios. El segundo es el *estado corporal;* los espíritus reciben un cuerpo de carne y hueso, y van á *uno de los mundos* á perfeccio-

narse. A su muerte reciben otro cuerpo material, pero inmortal, y en el que la sangre ha sido reemplazada por el flúido de la vida. Si han cumplido la ley y sido fieles al Padre, son exaltados á la dignidad de reyes y sacerdotes, y reciben dominio y honor igual al de Dios: *ese es el estado de gloria.* (Catecismo Mormon, capítulo sexto, páginas diez y nueve y veinte, preguntas una á once.)

Acabamos de decir que los mormones creen en la pluralidad de mundos; tambien creen en la pluralidad de dioses, y dicen que cada mundo tiene un Dios, padre de los espíritus, que lo han poblado al tomar carne, de modo que aunque se sabe que hay muchos dioses, ni se debe reverenciar, ni se tiene que ver más que con uno (capítulo cuarto), el de nuestro mundo, de lo que me alegro mucho, porque si me cuesta trabajo comprender y explicar todo este jaleo de espíritus y cuerpos, ¿qué sería si se les hubiese ocurrido contarnos la historia de todas las familias de dioses que pueblan los espacios infinitos?

El Génesis mormon es el siguiente:

Un dios se encontró con que le habian nacido millones de hijos en el estado de espíritus; queriendo buscarles ocupacion para que no estuviesen ociosos, los reunió en consejo para que entre todos decidiesen lo que debia hacerse. La idea que se adoptó fué la de crear un mundo, y que en él habitasen los cuerpos á que debian pasar los espíritus y perfeccionarse. (Catecismo Mormon, capítulo sétimo, páginas veinte y una á veinte y siete.)

Bringham Young ha hecho aún más irrisoria esa cu-

riosísima teoría. Segun él, Adan es el dios de la tierra, y explica la Creacion del siguiente modo:

«Adan era un dios: de sus hembras, puesto que tenía muchas, habian nacido los espíritus, y los reunió en consejo. *Jesus*, que era el espíritu primogénito, propuso la creacion de la tierra y la perfectibilidad de los espíritus por medio del cuerpo mortal. Lucifer, hijo segundo de Adan, por el contrario, queria que no se sometiese á pruebas, sino que se les diese la gloria sin hacerles pasar trabajo alguno. El sistema de Jesus prevaleció: el mundo fué creado, el Paraíso establecido, y Adan se vino á vivir á él con su favorita Eva. Ésta, durante uno de los paseos del dios, que se habia hecho hombre, comió del fruto del árbol del bien y del mal. Adan hubiera podido volverse por donde habia venido, pero entónces no hubieran nacido nuestros cuerpos. Para que todo pasára segun el programa, comió tambien, faltando á los preceptos establecidos de antemano.» Estas ridículas creencias las empalman los mormones con el Antiguo Testamento, con el *Book of Mormon* y con las revelaciones de José Smith. Para que tuviera lugar en la tierra lo que hemos dicho, en el cielo hubo ántes grandes cosas. Lucifer no se contentó con la decision tomada, y envidioso *de la popularidad de su hermano mayor*, le hizo la guerra con un tercio poco más ó ménos de los espíritus que se habian declarado á su favor, pero fué derrotado y expulsado del Cielo, teniendo que ir á habitar el Infierno, donde aguardaba á los que se conducen mal en este mundo. En esas guerras no todos se pusieron en favor ó en contra de la justicia: hubo algunos espíritus, hasta en

esas vaporosas regiones los hay, que con el poco plausible deseo de arrimarse al vencedor, permanecieron neutrales. Ese sistema de no intervencion no les produjo el mismo resultado que á las modernas naciones, porque el Padre se enfadó por su falta de decision, y dispuso que esos espíritus sirviesen más adelante para los cuerpos de los descendientes de Cham, es decir, de los negros!

Si en esta vida nos conducimos muy bien, podemos en la otra ser reyes ó patriarcas, segun la antigua doctrina de los mormones, ó dioses, segun la moderna de Bringham. Para ser algo de provecho es menester tener muchas mujeres, que, segun las revelaciones, se casan por esta vida y por la otra, á donde van á dar nacimiento á los espíritus que han de aumentar la gloria del marido y servir, si á éste le da la gana de crearse un mundito, para pasar á los cuerpos de los que lo habiten. Si éstos llegan perfeccionándose, á ser dioses, crearán mundos nuevos, y así sucesivamente.

Hemos visto el oficio de la mujer. Cuantos más sean sus hijos, más espíritus concebirá en la otra vida, y más glorioso será el sol de quien ella y ellos son satélites.

Las que no se casan y los gentiles, que somos buenos (perdonen ustedes el modo de señalar), no servirémos más que para ser los domésticos de los que hayan vivido aquí en gracia de Bringham Young, que ha dicho en un sermon que tiene la esperanza de que le limpie las botas en la otra vida algun Presidente de los Estados-Unidos.

¿No es verdad que parece imposible que tales despropósitos hayan podido servir de base á una religion, y

hayan podido hacer que los mormones pasasen por las pruebas de que anteriormente hemos dado cuenta?

Como habrán notado mis lectores, no me he entretenido en combatir absurdos que se combaten por sí solos. Hay quien con sencillez imperdonable ha creido en la buena fe de los mormones instruidos, y ha empleado volúmenes en poner de manifiesto los plagios de la Biblia y las Escrituras, en dar á conocer los absurdos y en combatir la creencia de los sectarios de Bringham, en nombre de la moral, de la razon y de la ciencia. Inútil nos parece y tiempo perdido. Las personas sencillas y fanáticas no comprenden sus razones, y el que puede comprenderlas tiene un interes demasiado grande en seguir en el error y no hace caso de polémicas, pues si se dejase convencer tendria que dejar una religion que le ha dado riquezas y poder, á más de una coleccion de mujeres á quien hace creer que es señor en esta vida, y puede llegar á ser Dios en la otra, y que tienen por obligacion que servirle y por devocion que buscarle *hermanas* para aumentar su rebaño, que ha de dar orígen á los futuros espíritus.

He dicho que el libro de Mormon está escrito en lenguaje bíblico; ese estilo es el que han adoptado tambien los profetas para trasmitir las palabras que dicen vienen de Dios. En citaciones del Antiguo Testamento, interpretadas á su antojo, apoyan todas sus doctrinas, y hasta para probar la pluralidad de dioses y la vida de los espíritus, etc., han encontrado versículos de la Biblia, en los que las palabras torturadas ó tomándolas al pié de la letra en sentido propio cuando están manifiestamente

escritas en sentido figurado, parece que confirman los artículos de fe de los Santos.

Segun vemos, ésa es la razon por la cual han tenido adeptos. Los neófitos mormones vienen casi todos de las naciones escandinavas, de Escocia, del país de Gáles ó de los barrios de Lóndres, que son los más miserables del mundo. Vienen todos de las naciones protestantes y de los países más fanáticos de esa religion, de esos que tienen contínuamente la Biblia en la mano. Los misioneros mormones han penetrado en aquellos países de largas noches y crudos inviernos: en las chozas de aquellos desgraciados que viven sin ningun goce, pues ni áun tienen el que Dios da de balde á las gentes del Sud, el calor y la luz del sol. Los misioneros les hablan un lenguaje que su sencillez no entiende, pero al que estaban acostumbrados desde su infancia, pues es el lenguaje que sin comprenderlo oyen el domingo en el templo ó por la noche en el hogar. Ademas les hablan de un Dios de carne y hueso, de un cielo, en el que tendrán los goces que aquí abajo tienen los ricos y poderosos, cosas comprensibles para aquellas gentes en quienes el desarrollo de la inteligencia es casi nulo. A esas promesas añadirémos las conversiones hechas con la descripcion de ese valle reservado por Dios para los Santos, en el que el sol alumbra todo el año, en el que la nieve no es un sudario durante nueve meses, en el que las plantas florecen en Mayo y dan fruto en Octubre, y donde con la ayuda de Dios y la proteccion de los dignatarios de la Iglesia llegarán los creyentes á poseer una casita y un campo y unas vacas, y á ver á sus hijos sanos y robustos en vez

de verlos morir de frio y de hambre al lado de un hogar sin fuego y sin pan.

Esas son para mí las dos causas de la conversion de los mormones: la lectura de la Biblia sin comprenderla, que prepara el ánimo á recibir palabras parecidas, y la esperanza de goces terrenales.

Hemos indicado anteriormente que la organizacion de los mormones es puramente teocrática.

Los mormones están directamente gobernados por sus sacerdotes, que se dividen en dos órdenes (1), subdivididos en jerarquías. Estos dos órdenes son el de *Melquisedec* y el de *Aaron*. El primero es llamado *Orden mayor*, y el segundo *Orden menor*, que no es, como dice el Catecismo, más que un apéndice del otro. Los sacerdotes del órden mayor se llaman Ancianos, y pueden llenar los cargos de apóstoles, seteintas, patriarcas ó evangelistas, y grandes sacerdotes. Los apóstoles son los que presiden y gobiernan la Iglesia y cuidan de que no se desvirtue la fe; el Patriarca ó Evangelista bendice á los huérfanos y les predice lo futuro; los *seteintas* son los misioneros; los *Grandes Sacerdotes* presiden y quieren tener una mision parecida á la de los obispos cristianos. Todos ellos tienen la facultad de ordenar.

El órden menor está compuesto: 1.° De *obispos*, que son los que se ocupan de los asuntos *temporales* de la Iglesia y sirven de jueces y árbitros. 2.° De *sacerdotes*, que predican, bautizan y administran el sacramento de la Cena

(1) Catecismo, cap. XVII, pág. 61 y siguientes.

del Señor, que toman los Santos bajo las dos especies. 3.° De *maestros*, que se ocupan en velar para que los Santos vivan en paz y en gracia y cumplan sus deberes. 4.° De *diáconos*, que son los asistentes de los demas sacerdotes. El Catecismo de los mormones, de quien tomamos estos datos, nos dice que todas esas jerarquías están agrupadas en cabildos, de los cuales el más notable es la primera Presidencia compuesta del Profeta y de dos consejeros elegidos entre los grandes dignatarios de la Iglesia. Siguen los Doce Apóstoles, el Gran Concilio y los Seteintas, que están agrupados de seteinta en seteinta, con siete presidentes cada grupo.

El Catecismo define las facultades y derechos de todos esos dignatarios; lo más notable es un párrafo que nos dice que el Presidente de la primera presidencia (hoy dia Bringham Young), tiene por *deber* que ser *oráculo*, *revelador*, *traductor* y *profeta*. Como vemos, la organizacion de esa Iglesia es completa; en ella los sacerdotes tienen toda clase de oficios, y no sólo á las cuestiones de fe y de doctrina se extiende su brazo, sino á los temporales, pues si los altos dignatarios se ocupan de dirigir y catequizar, el que podriamos llamar *bajo clero* administra, juzga y vigila, teniendo á los *Santos* completamente supeditados á su diaria influencia.

Pronto creemos volverán á empezar las discusiones sobre esta religion, porque Bringham Young es muy viejo y á su muerte todo se pondrá de nuevo en tela de juicio, y segun nuestra opinion, los Santos se disolverán al ver las ambiciones que se disputan la sucesion del Profeta. Este es únicamente el que ha sostenido la Igle-

sia: él la salvó á la muerte de Smith y él la ha mantenido y la mantendrá miéntras viva. El carácter de Bringham Young ha sido siempre un completo contraste del de Smith. Éste puede decirse era un loco, un visionario, un iluminado que, impostor ó no, buscaba su fin con entusiasmo y despreciando toda idea práctica y todo lucro inmediato. Bringhan, por el contrario, ha vivido siempre en la tierra y ha procurado dejar en sus empresas la parte menor á la casualidad, á la que José llamaba favor divino. Smith hacía intervenir á Dios para todos sus negocios. Bringhan ha hecho los suyos siempre valiéndose de medios humanos. Así es que el uno ha muerto pobre y mártir, y el otro vive tranquilamente y disfruta de una fortuna que sube, dicen, á quince millones de pesos, y cuando entró en la Iglesia mormona, era un infeliz pintor de brocha gorda.

Todas las empresas que durante mucho tiempo se han hecho en el Utah han sido monopolizadas por él y á un mismo tiempo ha explotado minas, construido ferrocarriles, sido contratista de obras públicas, empresario de diligencias y de teatro, labrador y acaparador de terrenos, que vendia luégo para levantar los mejores barrios de la ciudad del lago.

Hoy dia vive como un patriarca antiguo en su casa llamada *la casa del Leon*, y tiene á su lado en otro edificio llamado *la colmena* á sus mujeres presentes y jubiladas y á sus numerosos hijos, y á pesar de sus años cuando nosotros pasamos por el Lago Salado, estaba haciendo levantar no léjos de su casa un lindísimo hotelito, estilo Luis XV, para su favorita Amelia.

La facilidad de aumentar el número de mujeres da siempre lugar á esas preferencias de un dia que destruyen la familia y la felicidad, que es imposible existan con la poligamia, y como, segun las revelaciones de Smith, los espíritus de las mujeres que mueren solteras no pueden llegar nunca á la perfeccion, de ahí que todas deseen casarse, áun aquellas cuya falta de atractivos no les pueden hacer nunca esperar un sitio de distincion. Así es que los mormones dividen sus mujeres en útiles y agradables, haciendo las primeras de criadas en la familia.

Dos veces seguidas, al ir y al volver de Ogden á Salt Lake City, he visto en una estacion, cuyo nombre no recuerdo, y en casa del jefe de ella, una escena repugnante por lo realista y que hacía ver lo que debe ser la poligamia en las clases pobres. El jefe tenía una casucha de madera con una sola habitacion en la que debia vivir continuamente con sus cuatro mujeres; entre éstas habia una, que si no era bonita, era jóven y fresca, una que era ya muy vieja y dos de media edad muy feas. Las dos veces he visto á la jóven sin hacer nada y muy compuesta; la vieja, que habia perdido naturalmente toda esperanza de dominio sobre su marido, la adulaba y mimaba, para de ese modo no tener que estar, como las otras, trabajando sin cesar, con una cara de sufrimiento, de celos y de envidia imposibles de describir y que debe ser el estado de todas las infelices que llegan á tener la edad y la cara de las mujeres *útiles*. Se me objetará, al parecer con razon, que las mujeres son las más fervientes y que muy pocas aprovechan la

facultad de divorciarse que tienen con sólo dirigirse á una autoridad de los Estados-Unidos: á eso contestaré que en todas las religiones es lo mismo; las mujeres á causa de tener una imaginacion más exaltada, creen con fanatismo, y las mahometanas son las más ardientes defensoras de una religion que tanto las envilece, lo que no prueba que ésta sea buena.

Dícese que las mujeres mormonas son muy feas, y en ello hay algo de verdad, segun he podido averiguar, y lo atribuyo á que en los países de donde vienen son horribles en general, y á que los sufrimientos son malos afeites para la belleza.

A pesar de todo, el aspecto general de la ciudad y del valle no hace creer que pasen en cada casa los tristes dramas que tan bien describe Missis Stenhouse en su obra *Á lady s' life among the mormons.*

Las calles están muy animadas, las casas parecen muy cómodas, el Hotel de Walker es tan bueno como todos los de los Estados-Unidos. Durante el invierno tienen teatro diario, y todos los domingos en el tabernáculo fiestas y sermones. El tabernáculo es un edificio elíptico con una bóveda parecida á una tapadera que los gentiles llaman por burla *dish cover*, sostenida al interior por columnas de madera; está lleno de bancos en semicírculo, y en el frente tiene un órgano inmenso y tres púlpitos en escalera, desde donde predican, en el de arriba los apóstoles, en el segundo los ancianos y en el de abajo los obispos. Las paredes del tabernáculo están cubiertas de versículos como las de los templos protestantes, en los que las doctrinas y sentencias de la Bi-

blia andan mezcladas con las de José Smith, y el nombre de éste y de los *pioneers* de 1847 con el santo nombre de Dios.

Otro templo de granito, parecido á una catedral, están erigiendo los mormones; pero se ve que la fe vacila, los donativos no llegan ya como en aquellos tiempos en que concluian la casa del Señor sabiendo que iba á ser profanada y destruida por los gentiles á los pocos dias, y ántes de que el nuevo templo esté terminado habrá concluido la secta que fundó José Smith despues de sus visiones celestiales.

XVIII.

DEL MISURI AL MANZANARES.

Madrid, 5 *de Agosto de* 1875.

Al dejar la ciudad del lago Salado el 9 de Julio, volví, como he dicho, á emprender mi viaje, tomando en Ogden el *Union Pacific Railroad*, que en cincuenta y cuatro horas me llevó á Omaha, despues de haber atravesado las Montañas Peñascosas y las praderas.

Al llegar el 11 á Omaha habia concluido el *Far West*, y al pasar por un magnífico puente del otro lado del Misuri, podia dar por terminados los viajes por países extraordinarios, que comenzaron el 15 de Junio de 1873 al desembarcar en Port-Said.

Al lado de allá del rio estaban los indios bravos, los mormones, el Pacífico y el Continente Asiático, del lado de acá, los Estados-Unidos y el Atlántico, camino real de la civilizacion cosmopolita, en la que trajes, usos costumbres, ideas y aspiraciones son las mismas.

Al volver á nuestra civilizacion despues de haber estado separado de ella dos años, comprendia que las diferencias que entre los hombres parece haber, son pura-

mente ficticias. El hombre civilizado pretende dividirse por naciones, por provincias, por ciudades, hasta por barrios; pero es siempre el mismo en todas partes.

Cuando viajábamos por Europa sentiamos en nosotros viva la idea de la nacionalidad; pero al llegar á Asia vimos con cuánta razon decia el ilustre economista Blanqui, que entre los salvajes todo hombre civilizado es un compatriota.

En el Oeste de los Estados-Unidos el desarrollo pasmoso de aquella sociedad, los exploradores, los buscadores de oro, los indios bravos, los mormones, nos demostraban bien claramente que, aunque podiamos gozar de las consecuencias de nuestra cultura, aquello no era todavía parte integrante del mundo civilizado; al llegar á Omaha vimos claramente que de allí en adelante todo sería igual. Podriamos ver progreso en la industria ó en las artes, paisajes bellísimos, ciudades populosas; pero habiamos de encontrar siempre igual raza, idéntica religion, la misma moral é instituciones que sólo discrepan en el nombre, y que si hacen que los hombres luchen por las pequeñas diferencias que las distinguen, es porque el hombre es muy pequeño y sólo de pequeñas cosas puede ocuparse.

¿Qué hay que ver en Europa ó en América en donde el hombre se levanta á la misma hora, almuerza lo mismo, lee idénticos periódicos que dicen y repiten iguales cosas, y sale á la calle con idéntico sombrero é idéntica ridícula levita á decir las mismas tonterías que su prójimo?

Este es uno de los defectos de nuestra civilizacion: la

monotonía. ¿Qué harán los hombres cuando, despues de haber empequeñecido el mundo con sus inventos, lo arreglen á un patron uniforme? Pero dejando de filosofar, y volviendo á mi viaje, diré que las veinticuatro horas que siguieron á mi salida de Omaha las pasé en el frondosísimo valle formado por los rios que confunden sus aguas en San Luis y van á echarse juntos al mar en Nueva Orleans.

Terrenos feraces regados por el Misuri y el Misisipí, y explotados con ardor é inteligencia por los norte-americanos, puede comprenderse lo que serán. Cuanto el genio moderno puede producir lo han amontonado en esos territorios. Hermosísimos puentes, que son de los más notables del mundo, unen las orillas de los rios; sus aguas se ven surcadas por numerosos vapores, y en las vegas se divisa la locomotora lanzando al viento en cien distintas direcciones su negro penacho de humo.

Tres líneas parten de Omaha para Chicago; tres trenes pertenecientes á tres distintas compañías esperaban en la misma estacion la llegada del nuestro, con el hirviente vapor en las calderas y próximos á lanzarse al espacio como caballos de carrera.

Nuestra pequeña caravana tomó el ferro-carril llamado *Chicago Burlington and Quincy*, que aunque yendo por distinto camino, debia llegar á la misma hora á Chicago que sus competidores.

Esa carrera desenfrenada, que duró veinte y seis horas, fué una nueva emocion en nuestro viaje; el tren nos llevaba con una velocidad de cuarenta millas por hora, y esa rapidez vertiginosa nos dejaba ver apénas el paisaje.

Marchando así, llegamos felizmente á la ciudad de los Lagos ochenta horas despues de haber salido de Ogden.

El inmenso comercio de esa ciudad *fénix*, que despues de los horribles incendios que la han destruido, renace con más fuerza y más vigor, es conocido por todos. A dicha ciudad se ha dirigido principalmente la inmigracion alemana, y su perseverancia y su laboriosidad, unida á la febril iniciativa de los yankees, están convirtiéndola en la *metrópoli del centro*, digna hermana de San Francisco y de Nueva-York.

La situacion que ocupa Chicago es muy favorable, colocada en el centro de terrenos muy productivos, unida por vías férreas á dos océanos, á orillas de lagos que parecen mares y en los que la navegacion es muy importante, en comunicacion por el San Lorenzo con el Canadá, y próxima á estarlo, segun dicen, con Europa por dicho rio, por el que barcos de lejanas tierras penetrarán hasta el corazon de América; ántes de muchos años habrá pocas ciudades en el mundo que le aventajen.

En Chicago no nos detuvimos más que para cambiar de tren y para comer. Cuanto más nos acercábamos á Europa, cuanto más veiamos la civilizacion de que habíamos estado separados durante tanto tiempo, mayor era en nosotros el deseo de seguir adelante y terminar nuestros viajes, abrazando á los nuestros.

Por ese deseo, la pequeña caravana de que formaba parte, decidió no ir á Washington á ver en el Capitolio la síntesis del Gobierno de la Union de la América del Norte. Por eso atravesamos el Canadá durante muchas

horas sin que se nos ocurriese ir á Montreal y á Quebec, á ver cómo viven juntos los franceses y los ingleses en ese país semi-independiente en que, como prenda de union, duermen en el mismo sepulcro el sueño de los bravos Wolf y Montcalm, y no nos detuvimos á averiguar por qué son pobres y harapientos los súbditos de la Reina Victoria, y al lado de ellos, en terrenos iguales, son ricos y limpios los ciudadanos de los Estados-Unidos.

Por donde no pudimos pasar sin detenernos fué por las orillas del Niágara, y *ciento dos horas* despues de salir de Ogden nos trasladamos del Pullmancar á un coche, que nos llevó al magnífico Hotel Internacional.

En Niágara Falls, contemplando su sublime belleza, admirando las nubes de blanca espuma de la cascada desde *Goat island* ó á *Prospect Parc*, alumbrado por los rayos de la luna, atravesando en frágil barca las tranquilas aguas del rio, casi al pié del torrente, oyendo á la izquierda el tronar de las cataratas y á la derecha el bramar de los *rapids*, yendo á la *caverna de los vientos*, cogido de la mano de un guía mulato y vestido como el Capitan Boyton (1), hasta el último límite donde han ido los hombres, teniendo un rio sobre la cabeza y un precipicio á los piés, he disfrutado del espectáculo más sublime, más bello y más conmovedor del mundo, exceptuando tan sólo el cabo de Hornos de California y el Océano Indico embrabecido por la monzon.

(1) Inventor del vestido insumergible con el que ha atravesado el canal de la Mancha, el estrecho de Mesina y ha ido de Viena á Pesth, por el Danubio, etc., etc.



No voy á cometer la falta de entrar en más pormenores ni en más detalles de mi viaje. Los que anteriormente he escrito no tienen en su abono más excusa que el interes que les presta lo desconocido. Los medios de comunicacion modernos hacen que los Estados-Unidos, sobre todo despues que al cumplir los cien años de existencia se han presentado á las naciones convertidas en Jurado para juzgarlos, sean parte integrante de nuestro mundo, puesto que con el vapor el Océano ya no separa sino une á los pueblos. Ademas, cuantos lean estas páginas habrán leido las interesantes cartas y estarán esperando la Memoria que escribe por encargo del Gobierno de S. M. mi amigo D. Luis Alfonso y habrán leido tambien las bellas correspondencias de D. Alfredo Escobar, y conocerán por sus interesantes descripciones, no sólo los productos reunidos en él Parque de Filadelfia, sino tambien las costumbres y las ciudades de los Estados de la Nueva Inglaterra.

Con ellos habrán recorrido las calles de la Imperial ciudad del Hudson, y habrán viajado por la Suiza Americana, que atravesé por el ferro-carril de la Compañía *Erie* del Niágara á Nueva-York.

A esta ciudad llegué el dia 15 á las siete y cuarenta de la mañana.

Visitas á las personas conocidas y á nuestros banqueros, al circo de Barnum y al único teatro que estaba abierto; paseos por Central Park, por Broadway y por las Avenidas fué todo lo que hicimos en la ciudad del Hudson. En América no hay monumentos antiguos, no hay objetos de arte; lo único que puede admirarse es el ade-

lanto en la industria, la febril agitacion en el carácter, y al lado de las ciudades del Far West, al lado de Chicago y de San Francisco, Nueva-York es una ciudad atrasada.

Por una dichosa casualidad tuvimos la honra de estrechar la mano del Representante de S. M. en Washington, que se hallaba en Nueva-York.

El señor Mantilla me recibió con la cortesía con que á todo el mundo recibe y con la bondad con que se acoge al hijo de un antiguo amigo.

¡Cuán risueña se presenta la patria cuando la primera española que se ve despues de recorrer el mundo entero es la señora de Mantilla! ¡Qué agradablemente resonaban en nuestros oidos las palabras españolas dulcificadas por su acento cubano! ¡Con cuánto sentimiento tuvimos que rehusar la invitacion que nos hicieron para que fuésemos á Saratoga, en donde podiamos presenciar las regatas ya famosas y conocer toda la sociedad elegante que allí se reune!

Europa nos atraia con fuerza irresistible, y aprovechamos el primer vapor que hácia sus costas saliera para llegar á nuestras familias.

En Yokohama, al tomar un billete directo para París, nos aseguraron que podriamos escoger la Compañía de vapores que quisiéramos para atravesar el Atlántico; mas *sin duda por olvido* no nos dijeron que podiamos usarlas todas ménos la *Trasatlantique*, la *Cunnar* y la *Nord Deutsches Lloyd*, que son las únicas buenas y rápidas. Escarmentados de lo mal que habiamos ido á bordo del *Oceanic*, de la *White Star*, y teniendo que hacer de ne-

cesidad virtud, escogimos el *City of Montreal* de la Compañía Imman.

Once dias tardamos en cruzar el mar, y si no hubiéramos estado aguijoneados por la impaciencia, hubiéramos deseado que durase más un viaje en el que íbamos complacidísimos de los compañeros, muy contentos del servicio de á bordo y admirados de los hermosos dias y de las poéticas noches, sin mar y sin viento, en las que nos columpiábamos sobre las majestuosas olas del Atlántico.

Por la noche del 27 al 28 llegamos á Quenstown, en Irlanda, y esperamos á que en la madrugada desembarcasen los desgraciados irlandeses que, pobres y desengañados, volvian á la patria que habian dejado años ántes con la esperanza de hacer una fortuna que les permitiese vivir sin hambre.

El dia 28 lo pasamos en el Canal de San Jorge, que contra su costumbre estaba en calma completa. Todo un dia con la costa de Europa á nuestra vista, cruzándonos contínuamente con buques de todas las naciones pasa rapidísimamente, y el 29 por la mañana saltamos en tierra, en Liverpool, á donde habiamos llegado en la madrugada. Visitamos la ciudad en el tiempo que trascurrió entre nuestro desembarco y la salida del tren para Lóndres, y miéntras fuimos de un lado para otro buscando el telégrafo desde donde anunciar á los nuestros el feliz arribo, y la agencia que habia de cambiarnos nuestro billete provisional por uno definitivo para París.

En la estacion de Liverpol dijimos adios al Dr. Nis-

sen, que se dirigia á Alemania. Con él habiamos recorrido muchos miles de leguas, con él habiamos compartido alegrías y penalidades, y tal vez no volvamos á saber nunca de nuestro compañero, con el que habiamos intimado en el mes y medio que habiamos vivido juntos.

No debemos entrar en descripciones del hermoso puerto inglés, en cuyos doks entran los barcos de tantas naciones y del que salen tantos con bandera inglesa á llevar por todos los mares los productos de esa gran potencia.

No debemos tampoco detenernos á describir la puntualidad, la rapidez y el buen servicio de los ferro-carriles ingleses, ni el movimiento que hay en sus estaciones, ni el hermosísimo aspecto que presenta en verano su campiña llena de elegantes casas de campo y de ricas granjas y cultivada con un esmero y una inteligencia de que no hay ejemplo en ninguna parte. Ni debemos hablar tampoco de Lóndres, visto á lo léjos al caer de la tarde; ni de la actividad febril que se nota al acercarse á la gran ciudad; ni del ruido infernal de Victoria Station, en donde nos lavamos y en donde comimos esperando el tren que nos llevase á Dover; ni es ya este lugar de describir la vertiginosa carrera que hasta dicho puerto emprendímos por la noche. Nuestros lectores tendrán un deseo tan grande de llegar al final de estas páginas, como el que teniamos nosotros, primero de llegar á Europa, despues de pisar lo que los ingleses llaman el Continente, y por fin de oir hablar nuestra lengua en nuestra patria y de abrazar á nuestra familia. Antes de dejar á Inglaterra, de la que tanto mal he dicho, es preciso

que explique francamente mi opinion y lo que pienso de ese país. Al encontrarlo guardando en su provecho todos los mares; celando con desconfianza á las demas naciones; imponiéndose á los débiles; oponiéndose al progreso de razas enteras é impidiendo el cumplimiento de la justicia, por lo que llama cínicamente *sus intereses*, he combatido á la nacion que ha deshonrado á nuestros padres; que nos deshonra á nosotros, y que deshonrará probablemente á nuestros hijos si Dios no lo remedia, azotando nuestro rostro desde el usurpado peñon de Gibraltar. Esa es la Inglaterra del exterior, la que sigue una política egoista y retrógrada para poder continuar siendo la nacion más poderosa del mundo. Pero la Inglaterra del interior, la que trabaja sin descanso, cumple religiosamente la ley, sobre todo desde el gobierno, que es desde donde es más necesario aunque más difícil, la que tiene en la conciencia pública el amor al órden y á la libertad, y el cariño entrañable al soberano, á quien quieren tanto como á la patria, porque lo consideran, lo que es, su más alta representacion; el país que tiene una aristocracia que de Oxford y Cambridge pasa á las Cámaras á cumplir dignamente su deber, y de allí al Gobierno á dirigir sabiamente á la nacion; el país que tiene un ejército y una marina que no ha faltado jamas al honor ni al juramento prestado, y en el que todos los dias en cada barco y en el *mess* de cada regimiento se levanta el más caracterizado y dice *gentelmen to the Queen;* el país comercial, industrial, serio, honrado en una palabra, tiene y merece mi admiracion, como tiene y merece la del mundo entero.

Ochenta minutos tardamos en atravesar el Canal de la Mancha; nunca he visto un rio tan tranquilo, ni un lago de tan tersas aguas como las de ese brazo de mar, terror de los estómagos de los viajeros.

Hablando del *Castalia*, vapor sin movimiento, segun dicen, que pocos dias ántes habia destrozado el muelle de Calais, y del proyecto que ahora empieza ya á realizarse de atravesar el estrecho por debajo del mar, nos pareció muy corto el tiempo que tardó la *Sirena* en llevarnos á Calais, en donde pasamos del desembarcadero á la berlina que nos habia de llevar á París.

Al llegar á las siete de la mañana del 30 de Julio á la estacion de Estrasburgo, en la que los tres compañeros Otin, Bouteneff y yo habiamos estado várias veces, terminaba la segunda vuelta al mundo de Otin y la primera de los otros dos; para ellos estaba terminado casi el viaje; uno encontraba allí á su hermano, secretario de la embajada rusa; Otin iba á Bruselas destinado; pero para mí faltaba todavía la distancia que me separaba de mi familia, que estaba en Cádiz. Si hubiera podido, en la tarde del mismo dia hubiera salido de la estacion de Orleans para España; más cuando nos comparamos con la gente que iba por la calle, comprendiamos que era imposible presentarnos en ninguna parte. ¡Qué pantalones debidos á la fantástica tijera de algun hijo del cielo (1) ó de los dioses! (2). ¡Qué viejas y que ridículas estaban nuestras levitas, que desformados nuestros sombreros,

(1) Chino.
(2) Japones.



comprados á peso de oro en alguna pacotilla llegada de Europa! ¡Qué ropa blanca cuidada por un salvaje durante tanto tiempo, camisas con flecos en los puños y en los cuellos, con la tela más blanda que la estopa! Sólo el militar que vuelva de una larga campaña podrá comprender nuestro estado.

Otin y yo nos metimos en un coche, recorrimos todas las tiendas necesarias para que nos vistieran de piés á cabeza, y completamente pertrechados, á los tres dias, salí de París: el 2 de Agosto.

Los que en el patio del Grand Hotel miraban á tres viajeros estrecharse las manos conmovidos, y veian á los dos que se quedaban saludar con los pañuelos y seguir con la vista al que se iba, no comprenderian seguramente los motivos que tenian para sentir separarse.

Bouteneff me habia dado hospitalidad en su barco, el *Vsadnick*, en Nangasaki, y la habia recibido mia en el *chalet* donde yo vivia en Yokohama. Otin me habia alojado en Pekin en su casa, y habia galopado en mi compañía por los alrededores de la capital del Celeste Imperio, sirviéndome de cicerone en la tumba de los Mings y en la Gran Muralla. Los tres habiamos mirado juntos el *Fusi yama*, al salir del Japon; habiamos atravesado el Pacífico y el Atlántico; habiamos admirado los árboles gigantes de California; las bellezas de la Sierra Nevada; la grandiosidad de las montañas Peñascosas; la sublimidad del Niágara; habiamos compartido los camarotes de los barcos, los *sleeping cars* de los ferro-carriles, las *ochayas* japonesas y las posadas chinas. Despues de muchos meses de aventuras y de vida íntima, nos sepa-

rábamos. ¿Nos volveriamos á ver? Ese pensamiento amargaba nuestra separacion.

Una vez en el tren, éste me llevó rápidamente y mi ánimo se distrajo y se alegró con la vista de la hermosísima Francia y con la esperanza de estar dos dias despues en el suelo de la patria.

Casi dos años y medio hacía que la habia abandonado, poco es eso si se está cerca de ella; pero es tanto como el mundo si el mundo entero de ella nos separa.

No voy á decir nada de mis antiguos amigos el Garona, las Landas y la playa de Biarritz, que parecen estar en una calle de Madrid por lo que las pasean los hijos de la coronada villa. Despues de almorzar en San Juan de Luz, me embarqué en el puerto de Socoa en un remolcador llamado *Algorta*. Muchos han exhalado amargas quejas contra las cáscaras de nuez que hacian el servicio de correos en la costa del Cantábrico; pero por mucho que se haya dicho, nunca se habrá dicho bastante. Ochenta y seis veces veinticuatro horas he permanecido á bordo en el año 1875. En los grandes océanos, en el mar de la China y en los mares del Japon, he tenido malos tiempos. Todo lo cambio, sin embargo, por las horas que en dos distintas ocasiones he pasado en esos barcos. Tiritando de frio, mojado por el agua del mar, con el estómago levantado viendo las víctimas del mareo, horrorizado y lleno de lástima sin poder hacer nada por los pobres heridos que de San Sebastian enviaban á Santander, con el ánimo contristado al divisar las fogatas encendidas por los carlistas en las alturas de la costa Cantábrica, he pasado una de esas larguísimas no-

ches, tan largas que cuando se recuerdan parecen una época de la vida.

Al desembarcar en Santander, la primera pregunta que me dirigí fué: ¿he de terminar mis impresiones al pisar el suelo querido de la patria despues de haber dado la vuelta al mundo con las mismas palabras de desconsuelo con que abria el relato de mis viajes? Así lo creia solo y triste en las pocas horas que pasé en la Fonda del Comercio, segun creo, ántes de que saliese el tren. Pero al ver, al ponerse el sol en esas bellísimas montañas de Cantabria, tan hermosas como las de Suiza, como los Alpes, como las que forman las orillas del Rhin y la costa del mar interior del Japon, en las estaciones por desgracia convertidas en fortines, el simpático tricornio de nuestros valientes guardias civiles y el destrozado uniforme de nuestros aguerridos soldados, de unos soldados que no eran ya los que yo habia dejado gritando: «*¡Que baile!*» en lugar de batirse, sino los que á la májica voz de «¡viva el Rey!» asaltaban las últimas trincheras del carlismo, ha renacido en mí la esperanza.

Las áridas llanuras de Castilla me han parecido hermosas: al pasar por Avila, frente á la pintoresca ciudad y frente al convento de Santa Teresa de Jesus, he saludado con respeto el pasado religioso y feudal de España; al pasar por el Escorial, he saludado tristemente el Monasterio, que es la tumba de nuestra grandeza pasada: pero al divisar en el Alcázar de Madrid ondear el pabellon rojo y oro flordelisado, he visto con alegría y confianza la enseña de nuestra generacion futura.

Estas palabras, esas esperanzas parecerán cándidas á los pesimistas, que creen saber mucho de España, no habiendo visto más que de cerca sus miserias.

Para tener fe en el porvenir de la patria es preciso haber estado en el extranjero los años en que cada noticia que de ella se recibia hacía subir el color al rostro; es menester haber estado fuera de ella cuando volvia á reinar el órden y la paz. Para saber la consideracion que en poco tiempo hemos ganado es preciso haber visto el desprecio que habiamos merecido.

Casi deseamos que no nos unieran lazos de inmensa gratitud al primer Ministro de S. M. el Rey D. Alfonso XII, para que no pareciera la opinion que emitimos producto de nuestro respetuoso cariño y de nuestra lealtad. En España las pasiones lo empequeñecen todo; en el extranjero es donde se aprende á agradecer que haya habido un D. Antonio Cánovas del Castillo, que teniendo fuerza y talento bastante para secundar los nobles propósitos de S. M. el Rey, permita en ménos de dos años que los españoles, en lugar de llorar la muerte de la patria, podamos llevar con dignidad y orgullo nuestro nombre, no con soberbia vanidad por las glorias pasadas, sino con tranquila esperanza por la regeneracion futura.

Es menester haber salido de Madrid el 28 de Abril de 1873 y haber vuelto el 5 de Agosto de 1875 para conocer la diferencia que hay entre aquella y esta España. ¡Cuán distintos eran mis pensamientos al salir de la estacion de Atocha en 1875 de los que me habian quitado el sueño en 1873! ¡Qué feliz era al ver salir el sol en

Sierra-Morena! ¡Qué alegres me parecian los hermosos olivares del valle del Guadarquivir, alumbrados por sus ardientes rayos! ¡Qué poéticas esas ermitas de la Sierra de Córdoba, *desde las que falta tan poco para llegar al cielo!*

¡Qué bien cuadraba al estado de mi imaginacion á la caida de la tarde, en Sevilla, ver al sol esconderse tras la Giralda y alumbrar con sus últimos reflejos los naranjales de la huerta y las aguas del Guadalquivir, y dejar medio envueltos en la sombra, al perderse en el ocaso, los cipreses del cementerio donde reposa mi madre, que de seguro se conmovió, con la alegría de los muertos justos, al ver volver á su hijo de un largo viaje al seno de una familia incompleta desde que ella falta.

Nunca se borrará de mi memoria la noche en que me separé de mi padre y de mis hermanos para ir al Japon, pero tampoco se borrará jamas de ella la tarde en que, en una estacion entre Jerez y Cádiz, me eché en sus brazos y con mis manos agarradas á las suyas entré en la bella ciudad, divisando entre sombras su hermosa bahía, y allá, á lo léjos, las luces de los pueblos que en ella se miran.

***

Ha terminado mi viaje y ha terminado el libro. Mis lectores habrán visto que no he hecho más que narrarles mis impresiones, contarles los pensamientos que he tenido en las largas y monótonas horas de navegacion ó en las pesadas jornadas de ferro-carril.

Al terminar mi trabajo, despues de rogarles que recuerden las palabras con las que les pedia excusa al empezar, debo recordar yo las frases que he escrito al dar cuenta de mi llegada al Japon y al referir mi paso por el 180° de latitud, mitad geográfica del mundo. El viaje se ha hecho con mucha facilidad, con tanta, que imposible me parece haber recorrido 21.628 millas, y haber estado meses seguidos en la mar sin el menor contratiempo.

En la siguiente tabla está el resúmen de los dias de navegacion y de las distancias que he recorrido felizmente.

	DISTANCIAS en millas.	DIAS en que hice el viaje.	DIAS de navegacion y ferro-carril descontando las escalas.
		1873	
Madrid á Marsella.	355	28 Abril á 5 Mayo.	3
Marsella á Yokohama.	9.720	8 Junio á 23 Julio.	35 ½ } (1)
		1875	
Yokohama á San Francisco. .	4.760	13 Junio á 29 Junio.	15 ½ } (1)
San Francisco á Nueva-York.	2.876	6 Julio á 15 Julio.	7
Nueva-York á Liverpool. . . .	2.812	17 Julio á 29 Julio.	10 ½
Liverpool á Madrid.	1.105	29 Julio á 5 Agosto.	3 ½
	21.628		75 » (2)

(1) No tenemos en cuenta los cuatro minutos por grado que se pierden marchando hácia el Este, porque, como hemos dicho, en el Pacífico contamos dos veces el 20 de Julio, y en realidad fueron 16 $^1/_2$ los dias que pasamos á bordo.

(2) Si hubiera sido posible tener un servicio combinado, áun tardando tanto como tardamos de América á Europa, hubiéramos dado la vuelta al mundo en 75 dias.

De éstos podemos deducir cinco, porque saliendo de Marsella y volviendo á Marsella sólo hay que contar 36 horas del puerto

Despues de ver tantas tierras, de haber observado tantas razas, de examinar las formas de gobierno de tan distintas naciones, se ha fortalecido mi fe en el constante y progresivo desarrollo de la civilizacion europea, que al hacerse universal, conseguirá la completa cultura del mundo. Ese convencimiento racional que nace de la observacion y está fundado en hechos repetidos y constantes, en lugar de descorazonarme por el porvenir de España, me da fe y esperanza en la regeneracion de mi patria. Mirando al interior, viendo nada más que sus partidos, considerando solamente el estado de su Hacienda, la postracion de su industria, la escasez de su comercio, buscando el remedio en donde tienen orígen los males, se agravarán éstos y parecerá imposible el corregirlos. Las naciones deben hacer como los hombres, no deben mirar nunca al suelo. La naturaleza ha dado á éstos una forma que les hace mirar al horizonte; adelante, para seguir siempre el mismo camino, para tender siempre al mismo fin; atras, para estudiar el camino que han recorrido, para evitar los males que la experiencia indique; al rededor, para sacar enseñanza de los demas, para aprender con su ejemplo.

¿No tenemos elocuentes ejemplos dignos de imitacion en la Historia comtemporánea? ¿Qué era Prusia al prin-

---

frances al ingles. El *Occeanic* fué de Liverpool á Yokohama en 31 dias; ha atravesado el Pacífico una vez en 13, y de San Francisco á Liverpool se ha ido ya en 7 dias. Si Jules Verne escribiera ahora su novela, haria dar la vuelta al mundo á su héroe en cincuenta y cinco ó sesenta dias.

cipio de este siglo, cuando su hermosísima reina se arrastraba á los piés de Napoleon despues de Jena? ¿Qué era cuando, agitada por los partidos, aceptaba la corona imperial en 1848, corona que tenía que rehusar poco despues yendo á pedir humildemente perdon al altivo ministro austriaco, al implacable Príncipe de Schwartzemberg? ¿No hay más distancia de la Prusia de Olmutz á la soberana de Alemania, árbitra del mundo, que de la España de hoy á la Prusia de hoy? ¿No ha progresado á la par en las ciencias, en las artes y en la industria que en los campos de batalla? ¿A qué lo debe? Al movimiento nacional que ha hecho comprender á los alemanes que todos, en la medida de sus fuerzas, debian tender al engrandecimiento de una patria que tenía grandes fines que cumplir; y no se nos diga lo que se complacen en repetir los germanos y los sajones, que creen que pertenecen á una raza superior á la nuestra, que la raza latina no puede ser grande con las ideas modernas.

Frente á nosotros, en la costa oriental del Mediterráneo, tenemos un ejemplo elocuente que echa por tierra esos argumentos. Italia, la patria de las artes, la hija de Roma, la hermosísima península que tiene por capital á la antigua capital del mundo; que tiene á Nápoles, á Milan, á Venecia, á Génova, á Pisa y á Florencia, recordándole tantos dias de gloria, estaba desunida, era pobre, estaba humillada. Sus hijos no tenian nombre; en los mares de Levante no se veian ya los buques que habian combatido en Lepanto, que habian dominado en Creta, en Chipre, en Candía y en Morea. Sus provincias

más hermosas, despues de haber pertenecido á España, á Francia y á Alemania y de haber servido de campo donde se daban las batallas que durante dos siglos ha reñido la ambicion en Europa, eran pequeños ducados y reinos vasallos del extranjero, que sus príncipes tiranizaban por mandato de la Santa Alianza. ¿Qué es ahora, veintiocho años escasos despues de Novara, no sólo á causa de la lealtad de Víctor Manuel, del genio de Cavour y del patriotismo de Garibaldi y de Mazini, sino á causa del esfuerzo de todos sus hijos? Una gran nacion, una potencia de primer órden, cuya bandera se muestra en todas partes, siendo en todas respetada, y que se sienta en el consejo que dirige á Europa.

Se nos dirá, tal vez, que las dos naciones que hemos citado, que no son las únicas, tenian una idea que seguir; que el pueblo, el Gobierno y los partidos estaban unidos por un mismo pensamiento, y que nosotros no tenemos esperanzas y que los recuerdos nos dividen; que en Italia casi todos los republicanos y los borbónicos han abdicado de sus ideas ante la idea de la unidad, y que nosotros no tenemos una idea equivalente que nos una.

¿No la tiene la nacion que no paga lo que debe? ¿No la tiene la nacion que en Asia posee un emporio riquísimo sin explotar, que puede y debe ponerse en comunicacion con China, con el Japon, con Australia y las costas del Pacífico? ¿No tiene idea que pueda unir todas las voluntades, la nacion cuyo principal deber consiste en mantener cordiales relaciones con los pueblos que han nacido en los territorios que ella ha descubierto y

que viven entre el Rio Grande y la Tierra de Fuego? ¿No tiene una idea nacional el país en el que ondea una bandera extranjera? ¿No debemos tender á que el vasallaje en que Portugal está respecto á Inglatera se convierta en una franca y cordial amistad con nuestros hermanos del Oeste, y que resulte, no de una union que nosotros no debemos desear si ellos no la quieren, sino de la comunidad de intereses? ¿No debemos tender á dirigir un dia, ántes de que otra nacion lo haga, las fuerzas esparcidas de nuestra patria al territorio que está del otro lado del Estrecho y que antiguos y sabios gobernantes han rodeado por lo que llamamos los Presidios y por las Canarias? ¿No son éstos los deberes de España, no es ésa su mision? ¿No es bastante noble y bastante grande para que pensando en ella se olviden ridículas rencillas? ¿No es tiempo ya de que se piense en el porvenir de la patria y se consagren las inteligencias á conseguir que sea éste grande y próspero? ¿Hasta cuando se han de reñir las grandes batallas en los Parlamentos por un poco más ó ménos de libertad para la Prensa ó por el sistema de hacer las elecciones, cuando miéntras sigamos así la Prensa y los Diputados que nombren los electores no se ocuparán más que de pequeñeces?

Es menester levantar la vista del suelo y levantarla con confianza; yo confieso que la mia es muy grande. Cuando veo que las escuadras extranjeras vienen á nuestras aguas á saludar el pabellon Real que ondea en el palo del mismo buque donde izaron la bandera inglesa en vez de la cantonal; cuandó veo que dice un ministro extranjero que *S. M. el Rey ha conquistado al Ejército*

y á la Marina de la Gran Bretaña (1); cuando los cañonazos que se disparan en Málaga, en Valencia, en Barcelona, en Cartagena, en la Carraca y en el Ferrol no son para que se maten entre sí los hermanos, sino para festejar la llegada del Soberano; cuando veo que los regimientos que marchan marcialmente por las calles van al ejercicio mandados por su jóven jefe supremo, y no á batirse contra sus compatriotas, renace en mí la esperanza.

Ya no podrá decirse que el sol no se pone en los Estados del Rey de España, pero si secundamos los nobles propósitos de D. Alfonso XII, manifestados en la Universidad, en la Exposicion Vinícola, en la apertura de las Conferencias Agrícolas, en sus viajes y en cuantas ocasiones ha tenido de dirigir la palabra á su pueblo, podrá decirse algun dia que al salir el sol por Oriente nos trae noticias satisfactorias del inmenso imperio descubierto por Magallanes y domeñado por Legaspi, y que al hundirse en el ocaso, lleva nuestro aliento y nuestra amistad á los cincuenta millones de hispano-americanos descendientes como nosotros de Cortés, de Pizarro, de Almagro y de Fernando Nuñez de Balboa, y les dice y les repite todos los dias que es preciso olvidar el pleito seguido al desvincularse el mayorazgo que durante cuatro siglos ha poseido España, y que hoy, que ya los bienes están divididos, es menester que cada uno en su casa seamos buenos amigos y buenos parientes.

(1) Palabras pronunciadas en Cádiz por Mr. Layard, ministro plenipotenciario de S. M. la Reina Victoria en la córte de España.



Con poco esfuerzo España puede ser una, libre y neutral en Europa; con constancia puede llegar á dominar en Africa, influir en Asia y ser en América la mejor amiga de los que descienden de nuestros padres : tal es la síntesis de lo que creo haber aprendido al ver su posicion y al meditar en ella en mi viaje al rededor del mundo.

FIN.

ÍNDICE.

la cuestion de Oriente y en el Gran Mehemet-Alí; dedica especial interes al Canal marítimo y á las antiguas comunicaciones del Mediterráneo y el Rojo, desde el tiempo de los Faraones al de los Califas; y despues de hacer consideraciones sobre la importancia del Canal de los Khedives, llega á Suez, oyendo cantar la plegaria del *Moises*, de Rosini.

CAPÍTULO IV.

El autor, no pudiendo desembarcar en Suez, piensa largamente en las razas que pueblan el Egipto; trata en vano de averiguar cuál es el orígen de la indígena; departe en castellano antiguo con un judío español, y da cuenta de lo bien que se pasa la vida á bordo á pesar del horrible calor del mar Rojo. Mirando el Desierto no puede ménos de hacer votos por el descubrimiento y civilizacion del Africa Central; alaba, como se merecen, los generosos esfuerzos de SS. MM. española y belga; y despues de decir lo que ha visto en la rada de Aden, dice lo que ha visto en la ciudad de dicho nombre.

CAPÍTULO V.

El autor, leyendo sobre cubierta, al salir de Arabia, la *Historia de Mahoma*, de Washington Irving, recorre con su imaginacion la vida de los pueblos que siguen la religion del Coran; deja sus lecturas para contemplar el sublime espectáculo del Océano embravecido, y se acerca á los corros formados bajo el toldo de popa, en los que se habla de la rivalidad de Rusia é Inglaterra, del sistema colonial y de la influencia que ejercen en Asia las naciones europeas.

CAPÍTULO VI.

El autor se cree trasportado por los genios á la region de las *Mil y una noches*, al ver salir el sol en la rada de Ceylan; pasea por los cocales y por el jardin de la canela; hace reflexiones so-

FIN DEL ÍNDICE.

5

)-
)k
la

79

los
los
les
ni-
se
sía
ice
ica
de
;ria
; le